

El Imperio veneciano
Un viaje por mar
Jan Morris



El Imperio veneciano

Un viaje por mar

Jan Morris

Traducción de Blanca Gago



NARRATIVAS GALLO NERO

91

El Imperio veneciano

Un viaje por mar

Jan Morris

Traducción de

Blanca Gago Domínguez



Título original:

The Venetian Empire: A sea voyage

Primera edición: mayo 2024

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

Maquetación: David Anglès

Conversión digital: Pilar Torres

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-60-3

Depósito legal: M-215-2024

El Imperio veneciano



Mapa del mar Adriático. Vincenzo Maria Coronelli, 1688 (University of Split Library).

Introducción

Durante seis siglos, la República de Venecia, asentada y magnífica en su resplandor sobre la laguna frente al mar Adriático, fue una potencia imperial. Como muchas otras ciudades Estado medievales, extendió su autoridad poco a poco sobre las tierras aledañas, y en la cúspide de su esplendor gobernó casi todo el norte de Italia, el sur hasta Ancona y el interior casi hasta Milán. Sin embargo, y de una forma más propiamente imperial, con el paso de los años también adquirió dominios en ultramar, un imperio colonial en el sentido más clásico —Stato da mar, en lengua vernácula veneciana—, y esa romántica entidad, diseminada por los más bellos mares del mundo, constituye el objeto de este libro. Se trata de un libro de viajes, dispuesto por orden geográfico, pero donde se confunden tiempo y espacio, pues he divagado a placer desde los paisajes y sensaciones de nuestra época por los acontecimientos, las sugerencias y las sustancias del pasado.

Llamo entidad al Imperio veneciano, pero lo cierto es que muchas veces me parece más bien una abstracción. Los venecianos nunca carecieron de posesiones en ultramar, desde la época en que empieza mi relato, esto es, a finales del siglo xii, hasta la caída de la República de Venecia, a finales del siglo xviii. Sin contar las de Roma, sus guerras fueron las primeras y más duraderas de todos los imperios europeos en ultramar, aunque su imperialismo fue fragmentado y oportunista. Los venecianos se hicieron ricos recolectando productos orientales, transportándolos en barco a casa y luego despachándolos por toda Europa: desde el principio, su imperio se concibió con la idea de preservar y desarrollar dichas actividades, y se gestó según esa idea con un pragmatismo casi excesivo. Todo se adaptaba con facilidad a esas circunstancias. Los venecianos no exportaron ninguna ideología al resto del mundo. No esperaban hallar Estados inferiores a su imagen y semejanza. Tampoco tenían ningún celo misionario. No eran grandes constructores, como los romanos. Ni fanáticos, como los españoles.

Eran, sobre todo, gente interesada en hacer dinero —todo

veneciano, escribió el papa Pío XII en el siglo xv, era esclavo de «las sórdidas ocupaciones del comercio»—. Si las aventuras allende los mares les brindaron también un cierto sentido de plenitud patriótica, fue porque durante los años de virilidad nacional estaban muy orgullosos de su república e instituciones, y trasponían su lealtad a todo cuanto creaban. Así, el orgullo y el provecho estaban intrínsecamente entrelazados. Tal y como declararon los remeros de una galera veneciana al verse atrapados en el Cuerno de Oro durante la toma de Constantinopla en 1453 por los turcos, «donde están nuestras mercancías, está nuestra casa [...]. Hemos decidido morir en esta galera, que es nuestra casa», y desenfundando la espada, se prepararon para ahuyentar a los asaltantes bajo el estandarte de san Marcos, patrón y protector de todo lo veneciano.

Era un imperio de costas e islas distribuidas a lo largo de las rutas comerciales de la República en dirección a Oriente. Es probable que la población total nunca llegara a superar los cuatrocientos mil habitantes, pero se extendía en fragmentos dispersos desde el Adriático, al oeste, hasta Chipre, en el este, y por el norte del Egeo. Nunca fue un territorio definitivo, por así decirlo, ni tuvo una culminación. Cambiaba constantemente, y sus posesiones comprendían una enorme variedad de estilos, tamaños y duraciones.

Algunas eran fortalezas aisladas en orillas ajenas. Otras, grandes centros de transporte o dominio naval donde los mercaderes de las galeras podían hallar comida y agua y reparar sus naves, y los barcos de guerra podían disponer de una base para la tripulación. Otras eran colonias de asentamiento: por ejemplo, varias familias venecianas vivían de forma permanente en Creta y Corfú, y otras se apropiaron de las islas del Egeo como Estados feudales. En ciertos lugares, la presencia de lo veneciano fue tan extensa y duradera que parecía casi geológica; en otros, apenas los soldados irrumpieron entre las murallas, la bandera cayó y las galeras se desvanecieron en el mar, una vez cumplidas sus tareas punitivas. Un lugar como Corone, en Grecia, fue veneciano durante tres épocas distintas de la historia, entre las cuales fue gobernado por un elenco de caballeros franceses, emperadores griegos y sultanes turcos; y para complicarlo

un poco más, muchas posesiones venecianas han cambiado de nombre con el tiempo, lo cual señalaré cuando sea necesario a lo largo del libro.

Con todo, los venecianos trataron de forjar una unidad imperial a partir de ese conglomerado tan diverso e ininteligible. Pese a las apariencias, el suyo fue un territorio muy severo en su centralismo. Todo miraba hacia Venecia, al señorío de la cúspide, así como los convoyes de los mercaderes, razón de ser del Imperio, navegaban siempre desde o hacia un destino muy claro: Venecia. El Imperio se gobernaba con mano firme en su época más dinámica. Todas las mercancías coloniales debían transportarse en barcos venecianos. Todo excedente de producción colonial debía dirigirse a Venecia. Todo el comercio del Adriático se canalizaba por la laguna. Funcionarios enviados desde la metrópolis gobernaban los principales puestos coloniales bajo títulos diversos —gobernador, rector, alguacil, prefecto, lugarteniente—, y la defensa del reino siempre estaba en manos de los nobles venecianos.

Por debajo en la jerarquía, los indígenas solían mantener algún tipo de autoridad en el gobierno local, pero la última palabra siempre la tenía Venecia, y el verdadero poder nunca se devolvía a las colonias ni existía ninguna representación de estas en la capital. No tiene sentido fingir que fue un imperio cultivado. Los venecianos no se guiaban por el instinto del desarrollo y la prosperidad que, más tarde, templaría la belicosidad de los constructores del Imperio británico, y sus patrones de gobierno oscilaban entre la eficiencia impersonal y la corrupción incorregible. «Si desean que los dálmatas sean leales, manténganlos en la ignorancia y la escasez. […] En cuanto a los súbditos griegos, bastaría con un poco de vino y unos garrotazos», aconsejaba el teólogo Paolo Sarpi al señorío en 1615. Los venecianos generaban desprecio y repulsa en gran parte de sus territorios. Los griegos ortodoxos, tras unas cuantas generaciones de gobierno veneciano católico, en varias ocasiones acogieron jubilosos la llegada de los musulmanes turcos —los cuales, pese a su desagradable debilidad por las masacres humanas, los incendios y el destripamiento, al menos no despreciaban a sus súbditos tachándolos de palurdos cismáticos—.

Sin embargo, cabe señalar que en otros lugares la autoridad de

Venecia era muy querida y deseada, hasta caer en lo sentimental. El señorío despertaba una gran confianza en muchas tierras lejanas, más que los funcionarios allí destinados, y a veces los súbditos más resueltos se defendían mejor que los venecianos cuando turcos, genoveses, piratas u otros vasallos hostiles desembarcaban en sus orillas con la mayor impertinencia.

El veneciano, más que otros imperios, se mantuvo muy fiel en su propósito a lo largo de los siglos. No se enriqueció porque, casi con toda seguridad, el coste de mantener las colonias superaba las ganancias obtenidas con los productos coloniales. Con el paso de los siglos, y desde una perspectiva estratégica, las colonias se convirtieron más en una carga que en un recurso. Es cierto que proporcionó puestos de trabajo y oportunidades a los miembros de la nobleza gobernante, pero era un imperio de pequeños territorios y solo una pequeña parte de la población procedente de la madre patria decidió asentarse en ellos.

Se trataba, de forma muy específica, de un imperio mercantil. Bajo las armas de sus puestos dispersos, los mercaderes podían navegar confiados en sus empresas, y en una época en que los marinos preferían pasar la noche en tierra, la existencia de tantos puertos venecianos convertía el viaje desde la laguna hacia el este en una serie de estancias en dichos puertos: de Venecia a Parenzo, Split, Durrës, Corfú, Modona, Citera, Creta, Chipre y Beirut. Así, en el siglo xv un navío veneciano no necesitaba atracar en ningún puerto extranjero desde que zarpaba del muelle de su dueño hasta que llegaba a los almacenes de Levante.

De los numerosos enemigos que codiciaban esas rutas, hubo uno, en concreto, que se cernió desde el principio sobre las perspectivas venecianas. Los turcos otomanos surgieron por primera vez en la historia, procedentes de su Anatolia natal, en el siglo xii. Cuatro siglos después habían tomado Constantinopla, dominaban el mundo árabe y, en Europa, habían llegado hasta Viena. El verdadero hilo que traza la historia imperial veneciana es la persistente defensa de la República —que fue alternándose durante unos tres siglos— contra el poder de semejante coloso. Venecia era la potencia europea más expuesta y vulnerable a la larga lucha entre el islam y

la cristiandad, y durante casi toda su historia imperial estuvo en guerra, aunque de forma intermitente, con los turcos: ya antes de alcanzar su apogeo territorial, el señorío empezó a perder sus primeras posesiones ante la Sublime Puerta.[1]

No obstante, Venecia dependía al mismo tiempo del comercio musulmán. Así, su relación con el islam siempre fue muy ambigua. Aunque participó en más de una cruzada, siguió manteniendo sus puestos comerciales en Siria y Egipto, e incluso mientras luchaba con los turcos como su principal antagonista siguió sin renunciar a sus contactos comerciales con esos territorios y dejando que los mercaderes turcos establecieran su centro de negocios en el Gran Canal. Por mucho que los turcos se aprovecharan de la República, en general esta era capaz de apaciguarlos con rapidez. Aunque en Occidente aparecía como la única y verdadera defensora de la cristiandad, en el mundo islámico le gustaba mostrarse como una especie de servicio neutral: en 1464, cuando los caballeros cristianos militantes de la Orden de San Juan capturaron a un grupo de pasajeros musulmanes en una nave veneciana en Rodas, al cabo de una semana apareció una flota veneciana en la isla que dio un ultimátum a los caballeros. Estos, intimidados, permitieron la liberación de los infieles y su desembarco, sanos y salvos, en Alejandría —con grandes esperanzas, cabe suponer, de seguir recibiendo favores en el futuro—.

El Imperio veneciano era un parásito en el cuerpo del islam, pero conforme pasaron los siglos, esa condición se volvió cada vez más insoportable. Aunque los venecianos necesitaban al islam, el islam no necesitaba a Venecia de forma determinante ni mucho menos, por lo que con tres o cuatro guerras feroces e innumerables escaramuzas, los turcos redujeron cada vez más las posesiones más orientales de la República. Una por una, las colonias fueron cayendo hasta la extinción de la propia Venecia como Estado en 1797, cuando apenas le quedaban más territorios que las islas Jónicas, frente a la costa griega, y unos cuantos puestos en la orilla oriental del Adriático; propiedades todas ellas inútiles, salvo como resquicios de un pasado glorioso.

Venecia nunca fue un poder imperial por encima de todo, y el notable

interés que ha suscitado en historiadores y viajeros de todos los tiempos no se debe a su imperio más que de forma indirecta. Al emprender nuestro propio viaje, debemos recordar de vez en cuando los grandes acontecimientos que siempre sucedían en la lejana capital imperial. La ciudad, poco a poco, alcanzó el apogeo de su magnificencia —era el lugar más lujoso de Europa: la Serenísima República de Venecia— con una constitución pulida por una oligarquía sutil y vigilante y bajo la autoridad de un dux nombrado por elección que el resto de las naciones admiraba sin reparos. La burocracia veneciana se transformó en un instrumento clave de poder y permanencia. Durante un siglo, libró una despiadada guerra contra el enemigo europeo más persistente, Génova, la cual culminó en una dramática victoria final que, de hecho, pudo avistarse desde la ciudad. Así se creó y consolidó la tierra madre del Estado, la terra firma, al tiempo que Venecia se veía arrastrada una y otra vez en los vastos conflictos dinásticos y religiosos del resto de Europa. Más de una vez, el papa excomulgó formalmente a la República por sus tendencias herejes. Las plagas asolaron a la población en varias ocasiones. Una sucesión de grandes artistas llevó la gloria a la ciudad, y un lento debilitamiento de la voluntad nacional acabó instaurando la ignominia.

A imagen y semejanza de tantos otros Estados, la República de Venecia creció para luego ir menguando. Alcanzó su máxima reputación, a mi parecer, en el siglo xv, pero tuvo un declive muy prolongado. El carácter incondicional de su población fue mitigándose poco a poco. La integridad de los nobles gobernantes se vio corrompida por la avaricia y la complacencia. El auge de dos superpotencias, el Imperio otomano al este y el Imperio español al oeste, situó a Venecia, cuya población nunca superó los ciento setenta mil habitantes, fuera de la escala mundial, y las avanzadas competencias de los marinos del norte, neerlandeses e ingleses, sobrepasaron las de los suyos en su elemento nativo, el mar. Los nuevos organismos políticos y las nuevas ideas y energías hicieron de la República un anacronismo entre las naciones europeas, hasta que en 1797 Napoleón Bonaparte declaró: «Seré el Atila del Estado veneciano», envió a sus soldados a la laguna y puso fin a todo aquello, para mayor gloria del progreso y lamento de los románticos del mundo. Wordsworth habló en nombre de todos ellos cuando, en pleno apogeo del Romanticismo, escribió el soneto «De la extinción de la República de Venecia»:

Antaño tuvo de Oriente la suntuosidad,

y de Occidente fue salvaguarda,

gran valor desde que nació alcanza

Venecia, hija mayor de la libertad.

Fue ciudad virgen, libre y brillante,

ni por astucia ni por fuerza seducida,

y cuando tuvo que tomar partido,

eligió desposarse con el mar interminable.

¡Y qué si vio esas glorias desvanecer,

esfumarse títulos, perder las fuerzas!

Aunque algún lamento pagará de prenda,

una vez que su larga vida vea perecer.

Somos hombres y le debemos luto fatal

cuando la sombra de su grandeza veamos marchar.

Ahora toca guardar todo eso en un rincón de la mente para, a medida que naveguemos por los mares soleados, poder trepar los muros floridos de las fortalezas, admirar a los héroes y deplorar a los villanos del Stato da mar. He incluido una cronología a modo de apéndice para tratar de situar el viaje en el marco de una perspectiva histórica. Esas islas, cabos y ciudades marítimas eran reflejos lejanos de una imagen mucho mayor. Lo más propicio, entonces, es que iniciemos el viaje igual que lo acabaremos: en el centro del sol, en el brillante y animado litoral que se extiende ante el palacio ducal.

El preimperio

Perspectivas desde la piazzetta – Una ciudad muy peculiar – Llegar a la madurez – Una promesa piadosa – Ajustando las velas

El más resplandeciente de todos los miradores, la más sugerente de todas las grandes ocasiones y nobles circunstancias es sin duda la piazzetta de San Marcos, junto al paseo marítimo de Venecia y flanqueada por dos columnas de mármol, una coronada por un insólito león alado de san Marcos, patrón de la ciudad, y la otra por una estatua de san Teodoro, su predecesor en el oficio, acompañado de un cocodrilo. Si nos situamos entre ambas, allí donde antaño solían colgar a los malhechores, podremos llegar a sentirnos parte de Venecia: tan contagioso es el espíritu del lugar y tan vívidos sus significados.

Justo detrás se apiña el antiguo fulcro de la ciudad: la masa rosada del palacio ducal, y un poco más allá las arcanas cúpulas doradas, la torre del Campanil coronada por un ángel y con el campanario repleto de turistas, y los elegantes soportales de la plaza de San Marcos, «el mejor saloncito de Napoleón en Europa», desde cuyos rincones, en ciertas épocas del año, los melancólicos acordes de las orquestas de los cafés rivalizan con suspiros y ritmos por encima del murmullo. Al oeste, más allá de la veleta dorada del antiguo edificio de Aduanas —una figura de la diosa Fortuna sostenida por dos musculosos Atlas—, se extiende el Gran Canal entre una avenida de palacios en dirección al puente de Rialto. Hacia el este, la Riva degli Schiavoni desaparece entre montículos de puentes y alineada con las fachadas de los hoteles, y una vez pasados los transbordadores, remolcadores y cruceros en sus amarres, se avista la verde y lejana mancha de los Jardines Públicos.

Inmediatamente después, en el siempre esplendoroso y cambiante proscenio de este teatro, tenemos el bacino de San Marcos, la cuenca marítima que, durante mil años, fue el magnífico puerto de Venecia.

Desde esta perspectiva está dominado, cual pieza monumental en el escenario de un teatro, por las torres de la isla de San Giorgio Maggiore, que luce salpicada de bancos de lodo en los bordes con la marea baja; y moteado, al abrirse hacia la ancha laguna, con los pesados tocones de madera que marcan el canal de aguas profundas hacia mar adentro.

Los barcos navegan noche y día. A veces pasa un enorme carguero, del todo desproporcionado, con sus extraños aparejos, antenas y radares deslizándose entre los tejados y las chimeneas hacia los muelles. A veces surge un crucero pavoneándose. Aquí y allá se ven los indomables vaporetti, autobuses acuáticos venecianos, sumergidos entre las aguas, así como las nuevas incorporaciones desde la estación de tren y los aparcamientos de coches, y a veces el vapor de Chioggia, de chimenea amarilla, da un bocinazo, se estremece un poco, se suelta del amarre y se adentra en la laguna. Si es temporada alta, las góndolas —que hoy en día son objetos artesanales con tendencia a hibernar— avanzan lánguidas en el paisaje, entre el aleteo de las cintas de los sombreros de los gondoleros y una estela de dedos en luna de miel reposando sobre la borda. Portentosas lanchas oficiales recorren apresuradas los tramos entre la oficina y la conferencia. Las motoras de los ricos se alejan en dirección al Lido o el bar Harry's. Un bote gris de la aduana se desata con un rugido de su embarcadero, más allá de San Giorgio, y se lanza en persecución de algún ominoso acto contrabandista —o tal vez de un pícnic—.

Es un paisaje inquieto. Los barcos nunca están satisfechos, los turistas deambulan y se agitan sin reposo. El agua no tiene olas ni rompientes, pero a menudo parece cortada —de un modo muy típico del lugar— en un millón de partículas diminutas de vapor que reflejan la luz, como fragmentos de hielo, y otorgan a la laguna un aspecto danzarín y prismático. La piazzetta nunca está quieta, ni silenciosa, ni vacía, y permanece en esa condición, noche y día, desde la Alta Edad Media, y de vez en cuando se erige en escenario de esas espectaculares demostraciones de pompa y efecto, siempre esenciales en el estilo veneciano.

Capitanes generales de la marina, por ejemplo, han partido de estos lares con sus escuadrones hacia lejanas campañas. Enormes regatas han celebrado jornadas sagradas o victorias. Potentados de visita o

líderes espirituales se han visto acogidos en la ciudad. En 1374, Enrique III de Francia navegó por estas aguas en un barco de cuatrocientos remeros eslavos escoltado por catorce galeras, una imagen imponente a partir de la cual los sopladores de vidrio, con la ayuda de un horno, crearon objetos fantásticos con forma de monstruo marino, una armada de fantásticas carrozas decoradas dando vueltas y un arco de bienvenida diseñado por Palladio y decorado por Tintoretto y Veronese juntos. En 1961, la reina Isabel II de Inglaterra llegó en su yate real mientras, desde la torreta del destructor que la escoltaba, un solitario gaitero escocés, con la falda arremolinada por la brisa y la cabeza bien alta como un gallito, tocaba una orgullosa aunque inaudible melodía de las tierras altas escocesas. Yo misma pude ver llegar a un papa muerto, con una máscara y un féretro dorados, en la popa de una barcaza ceremonial, al compás de los golpes de remo y el tambor del cómitre.

El 8 de noviembre de 1202, «en la octava jornada de las fiestas de San Remigio», dio comienzo un espectáculo que los venecianos no olvidarían jamás: la transformación de su ciudad en un imperio marítimo. Y es que ese hermoso día en pleno veranillo de San Martín, el octogenario y cegato Enrico Dandolo, cuadragésimo primer dux de Venecia, embarcó en su galera pintada de rojo en la cuenca, bajo un dosel de seda bermellón, al son de las trompetas, los cantos sacerdotales y los vítores de la poderosa flota que lo rodeaba, para inaugurar la Cuarta Cruzada, que lo convertirían a él y a sus setenta y nueve sucesores —al menos en título— en señores de un cuarto y medio del Imperio romano.

Por entonces, Venecia ya contaba con unos quinientos años de existencia. Nacida tras la caída de Roma, cuando se construyeron las primeras aldeas destartaladas en las partes más resguardadas de la laguna pasó a convertirse en un cliente del Imperio bizantino —con capital en Constantinopla, alias Bizancio, la actual Estambul—, sucesor oriental de las glorias romanas. Durante sus primeros siglos de historia, cuando buena parte de Europa occidental estaba sumida en el oscurantismo de la regresión bárbara, los venecianos organizaron sus asuntos bajo el auspicio del poder bizantino. A

veces aprovechaban la protección de este, otras actuaban como mercenarios suyos, y tan leales fueron a la soberanía bizantina que uno de sus emperadores más obsequiosos tildó a Venecia de «niña de sus ojos».

Así las cosas, en 1202 Venecia era una suerte de ciudad bizantina, aunque peculiar en muchos aspectos. El impacto que ejercía en los extranjeros era, más o menos, el mismo que ahora: el maravilloso espectáculo de una ciudad levantada sobre islotes de barro cuyas murallas daban directamente a la laguna tal vez era aún más impresionante que hoy en día, cuando los viajeros alcanzaban a contemplar el maravilloso litoral después de laboriosos periplos cruzando los Alpes salvajes o peligrosas travesías por el Mediterráneo. La primera pintura que nos ha llegado de un paisaje de Venecia es una miniatura del siglo xiv que atesora la Biblioteca Bodleiana de Oxford, y parece haberse pintado en una especie de aturdimiento: cúpulas y torretas pintadas de colores fantásticos pueblan la escena, rodeadas de suaves cisnes blancos, y en la piazzetta un turista mira al león erguido en su columna justo con la misma actitud de atolondramiento descolocado que podemos apreciar ahora en los fotógrafos aficionados que apuntan al animal un día de verano cualquiera.

Era una ciudad de unos ochenta mil habitantes, una de las más grandes de Europa, y estaba organizada por distritos, cada uno con su carácter y jerarquía social propios, lo cual no daba pie a barrios separados de ricos y pobres. Estaba construida casi toda en madera, pero sus contornos funcionales ya se habían establecido: ese patrón tan sensato y casi mecánico que los urbanistas modernos admiran sin reparos. Las aguas que la rodeaban disuadían de la necesidad de circunvalarla, pero la protegía un muro alzado a cada lado del mar, y los principales edificios hacían gala de un estilo pensado, sobre todo, para su defensa. Todo ello le otorgaba un aspecto muy serrado: además de las barrigudas chimeneas que coronaban cada casa, había fortificaciones con almenas por todas partes, y en particular una especie de merlón doble de un trazo levemente oriental que parecía correr por los tejados de todos los edificios y acentuaba de pleno la naturaleza exótica del lugar.

En 1202, casi todo eso era nuevo. Los primeros puentes de piedra acababan de construirse, las columnas llevaban poco tiempo en la

piazzetta y la gente aún recordaba la época en que adoquinaron la plaza. Sin embargo, el trazado urbanístico databa de tiempos inmemoriales y estaba basado, entonces como ahora, en el Gran Canal, que dividía la ciudad en dos y constituía su vía principal. Discurría en una gran ese invertida de un extremo a otro de Venecia, y hacía las veces de ruta de acceso desde cualquiera de sus rincones: de allí el tráfico se extendía por todos los distritos en barcas y botes a través de innumerables canales menores, y por un sinfín de callejuelas laberínticas que se recorrían a caballo o bien a hombros de los porteadores.

El centro comercial de Venecia era el Rialto, donde estaba el único puente que cruzaba el Gran Canal más o menos por el medio, de modo que suponía un puntal evidente de la vida urbana. Ahí tenían los banqueros sus despachos, los mercaderes sus oficinas y los dueños de esclavos sus patios de subasta; ahí atracaban las barcazas procedentes del continente para cargar mercancías de los buques de gran calado. El puerto de Venecia abarcaba casi toda la ciudad, pues si la cuenca era el muelle más ceremonial, por el litoral entero se repartían los numerosos embarcaderos, y los grandes barcos siempre hallaban una vía de acceso al centro urbano. La mayoría de los palacios del Gran Canal, residencia de los comerciantes más importantes, tenían sus pequeños embarcaderos delante, y disponían de almacenes en la planta baja donde los buques descargaban sus mercancías. La ciudad contaba con astilleros en los canales laterales, comercios de efectos navales en las plazas del mercado y mástiles que sobresalían entre los campanarios, de modo que casi todos los rincones disponían de una bulliciosa dársena que daba mucha vida al conjunto.

El centro del poder militar estaba en el este: desde 1104, Venecia poseía, en su famoso Arsenal, el astillero más majestuoso y quizá lo que entonces era la principal empresa industrial en Europa. Cuando Dante, en su descenso al infierno, buscaba imágenes para expresar la confusa agitación y congestión del purgatorio, excavó en sus recuerdos del Arsenal, pues entonces el astillero fascinaba tanto a la gente como las maravillas de los fastos y la arquitectura venecianos: cada mapa y cada dibujo lo muestran, por lo general, bastante confuso, pues imagino que reinaban unas estrictas reglas de seguridad y las puertas almenadas no permitían la presencia de dibujantes con sus caballetes.

Sin embargo, el poder militar se concentraba en la plaza de San Marcos, un foro de expatriados bizantinos sin lugar a dudas. Ya tenía la forma y el tamaño actuales y estaba adoquinada con una cenefa de espina de pez con soportales a los lados. A lo largo y ancho se desperdigaban puestos de gremios comerciantes cobrando sus cuotas, capitanes de barco reclutando tripulación y pasajeros, emprendedores turísticos vendiendo recuerdos… y en la entrada a la Merceria, la principal arteria comercial, había una pequeña y vieja arboleda donde los ciudadanos ataban a los caballos. Los edificios aledaños a la plaza eran una maraña de tiendas, oficinas y hospedajes para viajeros, y dominaba el conjunto la gran torre de ladrillo rojo del Campanil en un rincón, con la cúspide más o menos plana, que cumplía varias funciones a la vez: hacía de faro y de campanario y tocaba a rebato cuando sucedía una emergencia.

Al doblar la esquina, en la piazzetta aún por adoquinar, se hallaba el palacio de los dux. No era nada majestuoso, sino más bien como el palacio de un jeque árabe o un rey africano: un revoltijo de pabellones en torno a un patio, algunos privados, otros públicos, con torres fortificadas que componían la defensa a lo largo de la Riva degli Schiavoni. Las vistas al sur daban a la cuenca y eran magníficas; la perspectiva hacia el este, más allá de la piazzetta casi siempre enfangada, permitía avistar las panaderías públicas de la calle y el barullo de puestos de cambio que se arremolinaban bajo el Campanil.

Justo al lado estaba la basílica de San Marcos. Aunque el patriarca de Venecia y obispo de la ciudad tenía, además, otra sede fuera, en el pequeño pueblo costero de Grado, el verdadero centro de la fe popular se situaba en esta iglesia, por entonces ya notoria, donde los restos de san Marcos se habían depositado casi cuatrocientos años atrás. Oficialmente, la tercera iglesia del lugar era la capilla del dux, patrón y gobernante, que aunque privada, se había convertido en un santuario del Estado y un foco de la emoción nacional. Era del más puro estilo bizantino, con su planta basada en la de los Santos Apóstoles de Constantinopla, sus cúpulas achatadas a la manera bizantina y los ladrillos de la fachada impregnados de una pátina de severa autoridad que solo aliviaban unas cuantas piedras de colores; y a la derecha de la puerta principal, un único penol latino sobresalía de la fachada en señal de alguna antigua victoria marítima.

Las devociones de los venecianos encerraban un temperamento claramente oriental: sus cantos eran de estilo oriental y sus sacerdotes llevaban túnicas doradas y oficiaban ritos peculiares; por ejemplo, durante el canto del paternóster en el bautismo, colocaban al niño en la base de la pila para simbolizar la posesión de la Iglesia. Con el paso de los años, para adaptarse mejor a esas preferencias rituales, la basílica se llenó de artilugios orientales: mosaicos, relicarios, columnas de mármol y un tremendo retablo llamado Pala d’Oro, confeccionado por orfebres bizantinos y ornamentado con toda exquisitez por joyeros bizantinos, que refulgía tras el altar mayor.

También las gentes que atestaban esta extraordinaria ciudad eran exóticas. Por una parte, los viajeros procedentes del este eran muy comunes: eslavos, griegos, árabes, persas, peregrinos de cualquier nación de regreso de Tierra Santa; por otra, los mismos venecianos, después de tantos años asociados con los países del este, mostraban un temperamento de influencias orientales. En realidad, estaban mucho más familiarizados con lo oriental que el resto de los europeos. Llevaban muchas generaciones comerciando con los países de la media luna fértil —Egipto, Persia y la misma Bizancio—, y tan intensa era su atracción por lo oriental que, un siglo antes, el dux Domenico Selvo había ordenado que todos los barcos procedentes del este trajeran obras de arte y artículos para embellecer la ciudad. Así, las dos columnas de la piazzetta eran un botín oriental. El león de ágata de San Marcos era una quimera siria. El trono patriarcal era una antiquísima tumba musulmana.

Al parecer, los venecianos también manifestaban un gusto muy oriental por la ostentación, una tendencia al despliegue y la dignidad extravagante, y a presumir en la plaza —porque en cuanto sentían que ya era hora de tomar el aire, si había algún rumor que comentar o un espectáculo que presenciar, si querían cambiar de aires, comer un bocado, dejarse sorprender o calumniar a alguien, entonces, como ahora, todos apresuraban el paso, por instinto, hacia la plaza de San Marcos, frente a la gran basílica—.

Imaginadlos, al doblar la esquina del Campanil, como una suntuosa y variopinta asamblea paseando arriba y abajo. No se ven muchas mujeres, pues están escondidas, recluidas en casa, o si no, muy

ocupadas con su comercio en los numerosos burdeles de la ciudad, pero los hombres resultan bastante pintorescos aun sin ellas. Con sombreros de armiño o damasco, pesados trajes con brocados, zapatos en punta, tabardos multicolores y rostros morenos, negros o amarillentos; perfumados con almizcle o sudorosos tras haber desembarcado de las galeras, hablando en el pesado dialecto veneciano o en griego, árabe y persa; una muchedumbre urbana que no se parece a ninguna otra en Europa, que siempre mira a Oriente, a las oportunidades de Asia y las formas de Bizancio, por sus placeres y sus provechos.

En el altar de la basílica, casi siempre ignorado por los turistas que entran y salen clamorosos, eclipsado por la maraña de puestos de recuerdos y, en general, sumido en la penumbra, hay un rombo de mármol trazado en el suelo. Ya estaba allí en 1202, y en esa época encerraba un significado muy importante para los venecianos, mucho más que ahora.

Ese rombo señala el punto donde, veinticinco años antes, Federico I Barbarroja, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, se reconcilió con el papa Alejandro III después de una larga y enredada lucha que afectó a toda Europa occidental. Ambos enterraron sus diferencias bajo los auspicios directos de Venecia, en circunstancias muy beneficiosas para los venecianos. Prelados y potentados de toda Europa acudieron a la ciudad para la ocasión, acompañados de ejércitos de secretarios, acólitos, guardianes y consejeros, y cuando el papa y el emperador se dispusieron a firmar el acuerdo de paz, la plaza de San Marcos se convirtió en el centro del mundo, tal y como los venecianos la habían visto siempre.

A todos les encantaba contar la historia de la reconciliación, que con el paso del tiempo se había revelado aún más satisfactoria. Oímos detalles del alto trono fuera de la basílica que el millonario dux Sebastiano Ziani, asistido por los patriarcas de Venecia y Aquilea y flanqueado por un par de gigantescos estandartes venecianos, presidió para la ocasión. Nos cuentan que el papa montó a caballo tras la ceremonia, y el emperador le sostuvo el estribo con gesto humilde; pero también que cuando, según el humillante protocolo, se vio obligado a besar los pies papales,

gruñó: «No por ti, sino por san Pedro», a lo cual Su Santidad respondió por lo bajinis: «Por mí y por san Pedro».

El impresionante acontecimiento, retratado con grandilocuencia por los pintores locales y descrito con toda clase de ornamentos por los cronistas locales durante varias generaciones, otorgó a Venecia el estatus de potencia mundial. Una potencia que supo mantener los equilibrios en sus muy genuinas relaciones con los dos imperios, el papado y el islam. Antes de marcharse, Barbarroja reconoció su idiosincrasia estableciendo una serie de privilegios especiales entre Venecia y sus dominios. El papa bendijo el territorio con toda una parafernalia de elementos sagrados que, a partir de entonces, siempre acompañarían al dux en las ocasiones especiales: una espada, un escabel, un cirio sagrado, una sombrilla, un juego de trompetas de plata y ocho banderas ricamente bordadas. Venecia ya era Venecia, «súbdito únicamente de Dios», tal y como dijo un devoto comentarista alemán, testigo del magnífico acto de reconciliación.

Todo ello no hizo sino reforzar la innata seguridad en sí mismos que sentían los venecianos, que solían verse como legítimos sucesores de los romanos —los bárbaros no habían penetrado en las lagunas— y se creían custodios de las intachables virtudes romanas. Les gustaba trazar paralelos entre sus instituciones y las de la Antigua Roma. Los nobles del Gran Consejo, con sus togas vaporosas, les parecían reencarnaciones de los solemnes senadores de antaño. Los dux eran como muchos césares.

Además, se suponía que el peculiar patronazgo de san Marcos Evangelista brindaba a Venecia ciertos llamamientos a la grandeza. Varias leyendas asociaban a san Marcos con la laguna de manera recurrente, y la presencia de su cuerpo en la ciudad siempre fue un puntal del orgullo veneciano. Todo el mundo conocía la célebre historia de su adquisición: cómo los valientes mercaderes venecianos arrebataron el cuerpo sagrado a los infieles de Alejandría y lo acarrearon hasta el barco escondido bajo varias pilas de carne de cerdo, para disuadir a los inquisitivos musulmanes de las aduanas de investigar el fardo. Asimismo, todo el mundo sabía que el cuerpo se había perdido once años antes durante un gran incendio de la basílica para reaparecer por un milagro en un pilar,

reclamado por las plegarias combinadas del dux, el patriarca y el pueblo congregado. El patronazgo de san Marcos reforzó el sentido de otredad general. Los venecianos aún no exhibían a su león alado en lo alto de sus galeras para que alzara el vuelo, pero el emblema ya era talismán del Estado y aparecía tallado en los umbrales de las puertas, insertado en los pináculos, delineado con toda exquisitez en los manuscritos. Muy pronto dio licencia dorada a una de las monedas más poderosas: el ducado veneciano, la moneda del dux.

Así fue como la hija favorita, la niña de los ojos del Imperio bizantino alcanzó la mayoría de edad. Venecia sin duda estaba destinada a desempeñar un papel especial en el conjunto de naciones, y sus vínculos con sus antiguos protectores bizantinos se habían vuelto bastante anómalos. Desde el punto de vista comercial aún seguía dependiendo en buena medida de ellos. Los árabes dominaban la zona de Levante, pero gran parte del comercio oriental llegaba vía Constantinopla, y los venecianos, como otras naciones europeas, tenían allí una colonia permanente dedicada al comercio. Ahora bien, la relación entre ambas partes estaba llena de altibajos, y oscilaba entre juramentos de lealtad eterna y verdaderas declaraciones de guerra. Ya podíamos oír que un noble veneciano se casaba con la hija del emperador bizantino entre grandes manifestaciones de aprecio mutuo, ya veíamos a un esclavo negro ataviado con una burda parodia de las insignias imperiales, erguido en la popa de una galera veneciana ante la flota bizantina a modo de insulto. A veces los mercaderes venecianos eran huéspedes de honor en Constantinopla, consagrados a importantes funciones de Estado y alojados con toda clase de lujos. Otras veces morían masacrados a manos de los bizantinos. Un año los venecianos gozaban de completa libertad para comerciar en los dominios del Imperio, y al siguiente veían cómo los bizantinos les embargaban los barcos y les confiscaban las pertenencias.

Para rizar el rizo, en 1054 una ruptura teológica separó a Venecia de Constantinopla. El Cisma de Oriente dividió de forma irreconciliable a la Iglesia latina, con sede en Roma, de la Iglesia griega ortodoxa, con sede en Constantinopla, y Venecia se declaró fiel al papado latino. Esta diferencia exacerbó todas las demás y surgieron muchos rencores entre el despotismo ya anticuado de los bizantinos, por un lado, y la ágil y ambiciosa República, por otro. A

los venecianos empezó a pesarles la perpetua y desdeñosa condescendencia de los emperadores bizantinos, que tendían a tratar a los dux como sus vasallos, concediéndoles o retirándoles favores a capricho. A los bizantinos no les gustaban los venecianos por su competitividad feroz, su trato arrogante incluso en Constantinopla y su notoria disposición, en la época de las Cruzadas, a hacer negocios con los infieles.

No obstante, las relaciones en 1202 eran pacíficas gracias a la firma de un nuevo tratado de cooperación muy poco antes, en 1187. Los comerciantes venecianos intentaban explotar al máximo sus privilegios a lo largo y ancho del Imperio, al tiempo que sus compatriotas constructores de barcos se consagraban a reconstruir la flota bizantina. Constantinopla llevaba años sin presenciar ni una sola de las antiguas masacres. Aun así, la aparente calma era ilusoria. El emperador bizantino Alejo III Ángelo, recién llegado al trono tras dejar ciego y meter preso a su hermano, Isaac II, estaba medio loco. Al dux, Enrico Dandolo, que había pasado varios años en Constantinopla en los inicios de su carrera, no le gustaba nada el emperador —quizá fuera allí donde, por accidente o por malicia, perdió la vista—.

Dandolo, que ya era anciano cuando se convirtió en dux, tenía, sin embargo, una formidable energía y en modo alguno pensaba que su espléndida República tuviera que rendir vasallaje de ningún tipo a nadie. La creía, antes bien, una gran potencia con sus propios derechos —la Dominante, como luego la llamarían los venecianos —.

En suma, Venecia estaba casi lista para su Imperio, incitada por un fiero patriotismo —quizá el primer orgullo nacional europeo— y ya una especie de potencia en ultramar. Los mismos bizantinos reconocían su señorío supremo en el Adriático y habían nombrado al dux duque de Dalmacia: en los mapas del cartógrafo Abu Abd Allah Muhammad Al-Idrisi, el mejor de su época, el Adriático norte se llamaba golfo de Venecia. En el día de la Ascensión, el dux navegaba hacia aguas abiertas en su maravillosa barcaza estatal, el dorado Bucintoro, y con elaborada ceremonia trazaba un círculo en el mar que se suponía que simbolizaba ese dominio veneciano del

Adriático, pero en realidad representaba el casamiento con el mar y las aspiraciones de supremacía marítima en todas partes.

No hay duda de que Venecia ya era importante a lo largo y ancho del Mediterráneo oriental. Sus agentes, distribuidos por todo Oriente Próximo, le rendían un servicio incomparable. Sus mercaderes contaban con una inmensa experiencia en los asuntos de Levante. Gracias a su conocimiento de las rutas comerciales orientales, así como de Bizancio y el islam, ya entonces los europeos occidentales que deseaban aprender de los pueblos del Mediterráneo oriental, negociar con ellos, viajar por sus tierras o bien conspirar en su contra, consultaban con los venecianos. Muchos de los principales ciudadanos habían servido a su país en Oriente como diplomáticos, marinos o soldados, y aún más tenían dinero invertido en negocios orientales. Era una ciudad comercial, una ciudad cuya aristocracia gobernante era, asimismo, la clase empresarial: el comercio era su poder y suponía, dada la particular situación geopolítica de Venecia, un gran conocimiento de las tierras al este.

Así fue como todo ese conocimiento se trasmutó en imperialismo. En 1197 la caballería francesa, alentada por el papa Inocencio III, decidió emprender una nueva Cruzada para liberar Tierra Santa del islam y acudió a Venecia para pedir ayuda. Los venecianos poseían los conocimientos y recursos necesarios para conducir a un gran ejército de Europa al este y, en concreto, estaban muy familiarizados con Egipto, un socio comercial muy antiguo, que los cruzados habían elegido como blanco inmediato de sus acciones. Es cierto que los venecianos miraban con cierta reticencia su participación en la Cruzada, pues no les gustaba la idea de enfrentarse a sus socios comerciales musulmanes y tampoco que las potencias europeas rivales pudieran afianzar su poder en Levante durante sus piadosas campañas. Además, se cree que en ese preciso momento estaban negociando con los egipcios una serie de acuerdos comerciales aún más provechosos.

Pese a todo, aceptaron la comisión de los cruzados y se comprometieron a suministrar una flota para llevar a veinte mil hombres de Venecia a Egipto; una tarea gigantesca para un Estado de ochenta mil habitantes, pero, tal y como quizá arguyeran desde

el principio, seguro que les acarrearía importantes provechos. De forma directa o indirecta, la ciudad entera se consagró al proyecto. Incluso el cierre del acuerdo con los cruzados se contempló como un asunto cívico que atañía a toda la población, puesto que las seis misiones francas tuvieron que proponer el trato por sí mismas ante la muchedumbre congregada en San Marcos. Aquellos hombres tan importantes en sus países se arrodillaron con humildad ante la congregación y lloraron por Tierra Santa para rogar ayuda en nombre de Cristo, y, al acabar, los venecianos levantaron los brazos y gritaron como un solo hombre —según aseguran las crónicas—: «¡Consentimos! ¡Consentimos!»; y acto seguido «se formó tal ruidoso tumulto que parecía como si la tierra misma fuera a romperse en pedazos».

Poco después, el dux, en otra lacrimógena ceremonia en la basílica, anunció que él mismo llevaría la cruz: «Soy un hombre débil y anciano […], pero sé que nadie podría gobernaros y guiaros como yo, vuestro señor». Al arrodillarse ante el altar mayor, le cosieron la cruz en el sombrero de algodón y en ese momento quedó sellado el destino de la expedición.

Lo que tenía de anciano también lo tenía de pícaro. Mucho se ha hablado, desde entonces, de la participación de Enrico Dandolo en la Cuarta Cruzada, pero cabe asumir que, por muy conmovido que estuviera su pueblo ante la causa, el dux no hizo nada por puro ímpetu religioso. Resulta muy improbable que tuviera la intención de llevar su flota al asalto de tierras egipcias, tal y como creían los cruzados. El comercio con Egipto era muy valioso para los venecianos, y algunos estudiosos sugieren que Dandolo informó al sultán de Egipto acerca de los planes de los cruzados.

Lo más probable es que, ya en el momento en que Dandolo se calzó el sombrero blanco, planeara llevar la Cruzada a un destino muy distinto: no hacia un objetivo islámico, sino hasta la ciudad más importante de la cristiandad, esto es, Constantinopla. Había llegado la hora de bajar los humos a esos arrogantes emperadores y asegurar la primacía comercial veneciana en el este de una vez por todas. Mientras tanto, el dux cerró un trato muy provechoso, al más puro estilo veneciano: a cambio de proveer la flota y navegar con ella, Venecia recibiría la enorme suma de ochenta mil francos.

Además, tendría derecho a una parte de cualquier territorio del que pudieran apropiarse los cruzados.

Así, todo quedó en manos de Dandolo. Los cruzados empezaron a llegar a Venecia en el invierno de 1201. Casi todos eran franceses, con algunos alemanes, belgas e italianos, y todos se alojaron en la isla de Lido, bien lejos del centro urbano, puesto que, tal y como gustan de precisar los antiguos historiadores, aunque entre la población había muchos hombres buenos, dignos y piadosos, también había muchos aventureros y vagabundos. Desde el principio, los cruzados tuvieron dificultades en reunir el dinero necesario. Para hacer el primer depósito de cinco mil francos y permitir que el astillero del Arsenal empezara a construir nuevos barcos, tuvieron que recurrir a los judíos venecianos, que les prestaron la suma. Luego, cuando el ejército entero ya estaba reunido y la flota a medio construir, pasaron al pago en especias: enormes pilas de objetos preciosos desaparecieron tras las puertas del palacio ducal, de donde muchos volvieron a salir en guisa de otra gran moneda veneciana: el grosso de plata.

Casi al mismo tiempo llegó al oeste un plausible pretendiente al trono imperial de Constantinopla: Alejo Ángelo, hijo de Isaac II, que seguía ciego y preso, conocido como «el joven Alejo» para distinguirlo de su tío usurpador, que ocupaba el trono imperial. El joven anunció que, si accedía al trono de Bizancio, no solo se convertiría en generoso patrono de las Cruzadas, sino que se comprometía a devolver la Iglesia ortodoxa a su antiguo redil romano.

Nada podía favorecer más a Dandolo que esa combinación de circunstancias. Cuando se hizo evidente que los cruzados nunca podrían pagar la deuda contraída con Venecia, el dux propuso condonarla a cambio de una parada de camino al este con el fin de refrenar, en nombre de Venecia, una ciudad muy problemática en la costa dálmata, Zadar, y consolidar así la supremacía veneciana en el Adriático. Y cuando se insinuó que el joven Alejo tal vez acabara instalado en el trono bizantino por la fuerza para poner fin al Gran Cisma, seguro que Dandolo fue el primero en proponer que la Cuarta Cruzada, con sus barcos venecianos, lo condujera allí por razones de pura conveniencia.

Así, el dux Dandolo manipuló el rumbo de la historia para establecer los cimientos del Imperio veneciano. Sin duda conspiró con los señores menos escrupulosos de la Cruzada, pero los caballeros rasos y los soldados ordinarios quedaron fuera de todas esas maquinaciones, convencidos de que se preparaban para asaltar Alejandría. En otoño de 1202 ya estaba todo listo. El ejército había embarcado en el Lido y la flota se hallaba en la laguna. El mirador de la piazzetta fue testigo del magnífico espectáculo que ofrecían los quinientos barcos allí reunidos. Ocupaban la enorme cuenca hasta la lejana orilla del Lido. «Nunca una flota tan magnífica zarpó de puerto. ¡Nuestro armamento era capaz de conquistar el mundo!», escribió Geoffroy de Villehardouin, uno de los principales señores de la Cruzada. Había cincuenta galeras de guerra de la escolta naval, comandadas por las Paradiso, Aquila y Pellegrina, quizá las embarcaciones más poderosas que navegaban entonces: bajas, con forma de serpiente y largas hileras de remos como patas de insecto, con su penol latino colgando y su popa como un alto castillo con dosel donde los señores capitanes, todos con su armadura, se pavoneaban en posturas de auténticos capitanes. Había también doscientos cuarenta barcos de transporte de tropas, pesados y gruesos en el agua con sus velas cuadradas. Había setenta naves de abastecimiento y ciento veinte de fondo plano para el transporte de la caballería especialmente diseñadas para operaciones anfibias, con anchas compuertas para los caballos. Alrededor de los cascos de las embarcaciones, engalanando la laguna, estaban los escudos blasonados de los caballeros en armas Bonifacio de Montferrato, Balduino de Flandes, Richard de Dampierre, Guy de Conflans, el conde Berthold von Katzenelnbogen, el castellano de Brujas y el senescal de Champaña.

Luego estaban los cientos de embarcaciones menores que pululaban entre la flota, las pinazas de los almirantes y generales deslizándose de barco en barco, o de barco en orilla… además de todas las embarcaciones de recreo en las que sin duda los ciudadanos de Venecia, como siempre, pasaban el rato cotilleando aquí y allá; los botes pesqueros de la laguna, que seguían trabajando con estoicidad y en grupos en las orillas enfangadas; las góndolas; los esquifes del mercado; y uno o dos barcos mercantes atónitos en su ruta hacia el canal del Lido tras toparse por sorpresa con aquella imponente armada colapsando el fondeadero.

Sonaron las trompetas, chocaron los platillos, y, flanqueado por

senadores y capitanes venecianos, condes y comandantes de la caballería franca, capellanes, edecanes y galenos, el ciego dux salió de su palacio y fue guiado entre las columnas gemelas de la piazzetta hacia su galera, que lo esperaba en el muelle. Los tambores de la flota marcaron el ritmo. Las cornetas sonaron de almirante en almirante. Los himnos se escucharon desde el embarcadero. Barco a barco, la magnífica flota zarpó tras la nave del dux, con la bandera ondeante, y conforme avanzaban las horas y las naves cobraban velocidad, desapareció por el extremo este de la ciudad, en pos del mar abierto.

Al anochecer, la Cuarta Cruzada ya se encontraba en mitad del Adriático, rumbo a Constantinopla —aunque muy pocos soldados conocían ese detalle—, y allí, tras evitar con cierto remilgo el asalto a Zadar —pues fue un asunto muy sanguinario— y correr un tupido velo sobre las disensiones surgidas cuando la tropa de cruzados descubrió que, después de todo, no iban a rescatar Tierra Santa de los infieles, la encontraremos al pasar la página.

¡Oh, ciudad, ciudad!

Una gran presencia – La Cruzada sale a navegar – El asalto – La ciudad - «La ira de Dios» - El Imperio de un plumazo – Un dejo de Venecia

«¡Oh, ciudad, ciudad! ¡Ojo de todas las ciudades!» Así de apasionado sonaba Nicetas Coniata, cronista griego de la época, al escribir sobre la expedición de la Cuarta Cruzada a Bizancio, y tal vez la exclamación resuene en nuestras mentes ahora que, una vez hemos salido del mar de Mármara tras la enorme flota de Dandolo, nos acercamos a Constantinopla tal y como se acercaron los cruzados hace tanto tiempo.

¡Oh, ciudad, ciudad! En ningún lugar de la tierra hay otra más magníficamente situada, o que salude al viajero con una percepción tan intensa de las consecuencias; ni Manhattan, cuando su abarrotada silueta asoma por el estrecho, ni Londres, al divisar las torres de Westminster, solemnes y pesadas detrás de los puentes. Constantinopla se construyó en una península alta y estrecha, con el mar de Mármara a un lado y el estuario llamado Cuerno de Oro al otro, dominando el estrecho del Bósforo mientras se aleja entre las colinas hacia el mar Negro. Es un lugar tan impresionante, justo en la frontera entre Europa y Asia y donde las aguas calientes confluyen con las frías, que, según se decía, el antiguo asentamiento de Calcedonia, en la orilla opuesta del Bósforo, se conocía como «la ciudad de los ciegos», porque sus fundadores sin duda eran miopes, ya que se establecieron en el lado equivocado de una forma tan estúpida.

Ahora Constantinopla se llama Estambul, y la primera visión que nos ofrece en la distancia resulta engañosa. Parece un pliegue más entre las colinas, poco impresionante entre las montañas de corona blanca que se perfilan sobre las aguas de Anatolia, hacia el este. Sin embargo, a medida que el barco se acerca, una ilusión indefinida va

cobrando forma en nuestro interior. El tráfico de las aguas se vuelve más denso, el ritmo se acelera y, de repente, la península se esclarece y nos damos cuenta de que no es una simple prominencia del paisaje, sino la sólida masa de una ciudad. Hoy en día, el horizonte está dominado por las cúpulas y los pináculos de las mezquitas, dispuestas una tras otra sobre la cresta —una incrustación formidable allí en lo alto—, enormes bloques con bóvedas achatadas y contrafuertes cuyos frágiles minaretes se alzan hacia el cielo como haces de luz. Abajo, la ciudad se derrama por las colinas en confuso desorden, grisácea y sin patrón alguno, delimitada a orillas de las aguas por los restos desmoronados de una muralla que aún conserva sus almenas. En el extremo de la península están las torres y los jardines de un magnífico palacio, y mientras el barco navega bajo los muros y pasa el pequeño castillo que, erguido en la isla un poco alejada de la orilla, parece un portazgo para los barcos de paso, a la izquierda, de repente, el Cuerno de Oro huye hacia el otro lado del promontorio, unos quince kilómetros entre las sombras, atravesado por dos puentes con mucho tráfico y navegado por una gran cantidad de barcos.

Hay barcos por todas partes. «A quien esté acostumbrado a las góndolas que se deslizan entre los palacios de San Marcos, aquí en Estambul le asaltan ciento veinte barcos cañoneros por la calle […] y la tormentosa novia del dux es aquí la esclava reverente del sultán», escribió Alexander Kinglake hacia 1840. La imagen aún es del todo real. Los ferris avanzan y maniobran hasta la locura, haciendo sonar sus sirenas, propulsando sus hélices, balanceándose peligrosamente hacia sus amarres mientras los pasajeros corren a la barandilla del muelle. Los caiques llegan resoplando al Cuerno con los mástiles en horizontal para pasar bajo los puentes. Hay una hilera de grandes trasatlánticos a lo largo del paseo marítimo, y los buques cargueros de gran calado siempre rodean la ciudad pasando una y otra vez por el Bósforo, una presencia perpetua que nunca se detiene. Un estruendo constante flota en el aire mientras nuestro barco se amarra al muelle, y alrededor un tumulto que corre por los puentes y los pasos elevados abarrota los muelles, trepa por las empinadas laderas de la península, inunda las calles adoquinadas del otro lado del Cuerno de Oro: allá donde posemos la mirada, los turcos se afanan en su movimiento incesante, incontable y gris.

Cuando desembarcamos para adentrarnos en todo ese tumulto —el olor a pescado frito en los restaurantes flotantes del puente de Gálata, el tintineo de las campanillas de latón del aguador a la entrada del bazar egipcio, el vuelo de las sucias palomas en torno a la mezquita de Yeni Cami—, para confundirnos entre la multitud, de inmediato sabemos que estamos ante una presencia magnífica que despliega, incluso en su moderna impotencia, el porte de la antigua majestuosidad.

Si hoy en día navegar rumbo a Bizancio se parece a lo descrito más arriba, imaginad la sensación de los cruzados mientras dejaban atrás el mar de Mármara el 24 de junio de 1203, ¡cuando se desveló el verdadero propósito del viaje! Estambul ni siquiera es la capital de Turquía, pero Constantinopla era la capital de medio mundo, así como una de las ciudades supremas de la fe cristiana: por muy profundo que fuera el abismo entre los ritos latino y ortodoxo, los católicos reverenciaban Constantinopla. «Puedo asegurar que quienes no habían visto Constantinopla nunca antes en su vida clavaron la vista en la ciudad maravillados, pues no podían imaginar que existiera un lugar tan hermoso en el mundo», escribe Villehardouin.

Nadie pasó por alto el histórico impacto de la ocasión, así como su belleza. «Era algo digno de recordarse toda la vida, de tan hermoso.» Era como si la flota, en palabras de Villehardouin, «estuviera floreciendo»: un maravilloso elenco extendido a través del Mármara bajo un cielo despejado. En cabeza iban las terribles galeras de guerra, que los remeros conducían con firmeza; luego la masa de altos cargueros, y detrás, como una nube, la estela, hasta donde alcanzaba la vista, de pequeñas embarcaciones con seguidores de la flota, cazadores de fortuna independientes, empresarios esperanzados, granujas y chatarreros que se habían sumado a la Cruzada en su camino a Oriente.

Para los soldados procedentes de Francia, Bélgica o Alemania, Constantinopla era más que una ciudad: un mito, un misterio. Los rusos la llamaban Tsarigrad, la ciudad de los césares; los vikingos, Mickle Gard, la ciudad poderosa. Mucho tiempo atrás había pasado a formar parte de las leyendas occidentales. Los jóvenes crecían con

una imagen del lugar. La ciudad sobre sus siete colinas, el gran repositorio de civilización clásica cuya riqueza sobrepasaba toda imaginación, estaba llena de viejos y nuevos tesoros donde las maravillas de los saberes antiguos se atesoraban en bibliotecas magníficas; donde la suprema basílica de Santa Sofía, iglesia de la sabiduría divina, era más un milagro que una obra humana; donde incontables reliquias sagradas se guardaban en mil hermosos santuarios; donde el emperador de los bizantinos se vestía con túnicas doradas y plateadas, se rodeaba de prodigios artísticos y artesanales y vivía en el mejor de los palacios que existían sobre la tierra: el Bucoleón. Era la ciudad de los deseos del mundo, la ciudad custodiada por Dios, la ciudad del Concilio de Nicea —«¡Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible e invisible!»—.

A los venecianos, gente mundana y cosmopolita, la vista de la ciudad sin duda les provocó otra clase de escalofríos. No les resultaba un lugar extraño: muchos de los marinos ya habían estado allí, mientras que el resto tenían incontables parientes que habían comerciado en la ciudad o trabajado en los astilleros. En esos momentos había una numerosa colonia veneciana asentada en la ciudad. Para los venecianos, y quizá sobre todo para el viejo dux Dandolo mientras inspiraba el aire de Bizancio por la nariz, lo más emocionante aquel día no fue la vista de Constantinopla desde el agua, sino las circunstancias de la recalada. Nunca antes una flota veneciana se había presentado de aquel modo, con aquella fuerza abrumadora, con un ejército compuesto por los soldados más fuertes y fieros de Europa; y llevando consigo, además, en cuanto que mascota del dux, a un aspirante al trono imperial, el joven Alejo, que había aceptado entusiasmado los planes sobre su futuro y se había unido a la flota en Zadar.

Aunque eran cruzados arribando a una ciudad cristiana, en modo alguno se acercaron en son de paz. Cuando algún bote pesquero se interponía en su camino, lo atacaban de inmediato; y cuando la flota, tal y como hemos hecho nosotros más arriba, se acercó a las murallas de la ciudad, los soldados de los muelles ya estaban limpiando las armas, dispuestos a librar batalla. Era el día de San Juan Bautista, cuya cabeza se hallaba entre las reliquias más preciosas atesoradas en Bizancio: los barcos ondeaban las banderas en honor al santo, y los nobles llevaban colgados sus escudos

decorados en la borda.

La gente de Constantinopla se congregó en las murallas a millares para contemplar la flota que se acercaba. Los soldados miraron con asombro los muros elevados sobre los barcos. Era la ciudad más perfectamente amurallada del mundo. En el lado terrestre, cortando la península desde las tierras de Tracia, se alzaban las célebres murallas construidas por Teodosio II en el siglo v, de siete kilómetros de longitud y con cuatro elaboradas líneas de defensa: un foso y tres muros. Y luego, por la línea de la costa, cercando la península entera, se alzaba un muro que protegía la ciudad de los ataques anfibios. Unas cuatrocientas torres dirigían esas cercas defensoras, y detrás había almacenes subterráneos, graneros e innumerables molinos de viento que permitían a la ciudad resistir y autoabastecerse durante varios meses de asedio. Una enorme cadena, controlada por un cabrestante instalado en la colina, bloqueaba la entrada al Cuerno de Oro. El ejército imperial se concentraba en la capital, y en el centro estaba la formidable guardia pretoriana de mercenarios daneses e ingleses: la guardia varega.

Nadie había quebrado nunca esas defensas, que llevaban mil años manteniendo a raya a los bárbaros, en la bahía. Seis veces habían derrotado a los ejércitos musulmanes, y también habían repelido a los godos, los hunos, los húngaros, los búlgaros y los serbios. No es de extrañar que los cruzados contemplaran pensativos las murallas al acercarse navegando: «No había hombre, por muy valiente y osado que fuese, que no sintiera cómo las carnes le temblaban ante aquella visión…», escribe Villehardouin convencido.

La flota echó el ancla al otro lado del Bósforo, en la orilla asiática. El ejército acampó en Üsküdar, donde Florence Nightingale plantaría su hospital seis siglos después y donde hoy los trenes parten hacia Anatolia, Alepo, Bagdad y Teherán desde la estación del paseo marítimo, con sus magníficas torres. Los soldados saquearon las inmediaciones en busca de vituallas y recuerdos, y los líderes de la Cruzada tomaron uno de los palacios que el emperador bizantino tenía en el campo. Una escena siniestra desde las almenas de Constantinopla, al otro lado del agua. La otra orilla estaba cerca,

y era fácil avistar el enorme campamento en la costa, el humo que se elevaba durante el día, las luces por la noche, el bosque de jarcias de los barcos en el mar… seguro que muchos corazones se helaron contemplando aquel ambiente. ¿Qué preparaba el intruso? ¿Estaba solo de paso o es que pretendía, por alguna razón inexplicable, atacar la antigua fortaleza cristiana bajo el estandarte de la cruz?

El emperador no esperó a averiguarlo. Su destartalada flota reunida en el Cuerno de Oro no estaba en condiciones de enfrentarse a la Cruzada, pero, en un par de días, un escuadrón de caballería asaltó el campamento de Üsküdar para salir expulsado de la manera más humillante. Al cabo de dos días, los cruzados declararon sus intenciones. Pusieron al joven Alejo en la cubierta de un barco de guerra y lo mostraron ante los muros de la ciudad. Gritaron que habían venido para ponerlo en el trono, puesto que era el verdadero rey y señor de Bizancio. «El hombre a quien ahora obedecéis os gobierna sin justicia ni derecho a ser vuestro emperador, desafiando a Dios y al bien en su reclamo. He aquí vuestro legítimo señor y dueño. Si os ponéis de su lado, estaréis cumpliendo con vuestro deber, pero si lo rechazáis, ejerceremos nuestras peores vilezas con vosotros.»

Eran argumentos engañosos, pura palabrería para gritar al viento desde la cubierta de la galera, y la respuesta predominante del pueblo que contemplaba al joven Alejo fue: «¡Nunca hemos oído hablar de él!». La sucesión por golpismo o revolución siempre había sido un rasgo muy característico de la monarquía bizantina, y era la forma aceptada por la plebe de transferir su lealtad a un nuevo emperador, por muy sangrienta que hubiera sido su llegada al poder. Nada sugiere que la gente de Constantinopla considerara a Alejo III un usurpador ilegal. Ni un solo ciudadano renegó de la causa imperial para apoyar al pretendiente al trono, al igual que nadie trató de rescatar a su padre ciego, Isaac, ya viejo y abandonado en las mazmorras donde llevaba tanto tiempo encerrado.

Así, el nuevo rey tuvo que imponerse por la fuerza. El 5 de julio de 1203, las primeras naves de asalto cruzaron el Bósforo, cada galera remolcando una carga, rumbo a la boca del Cuerno de Oro. La

mayoría de los asaltos previos a Constantinopla se habían producido por tierra, con los ejércitos atacantes batiéndose en vano contra las tremendas murallas de Teodosio. Dandolo sabía que el punto débil de la defensa era el rompeolas que bordeaba el Cuerno de Oro, que por entonces no tenía puentes, y en la orilla norte, opuesta a la de Constantinopla, estaba el barrio extranjero del Gálata, donde se asentaban las colonias de comerciantes y todos los delegados de los poderes ajenos estaban obligados a vivir. A media colina se erigía la descomunal torre de Gálata, desde la cual se extendía la cadena que atravesaba la entrada al Cuerno de Oro, de casi quinientos metros de longitud, suspendida unos metros sobre la superficie del agua y cuyos eslabones medían lo que el antebrazo de un hombre.

Si conseguían atravesar la cadena, los cruzados lograrían situarse bajo el sotavento de la ciudad por su flanco más débil. Las murallas de la orilla norte eran frágiles comparadas con el resto, sin fosos ni recinto interior, y muy complicadas de defender desde las empinadas calles que bajaban la colina por detrás. Así, Dandolo, el estratega del asalto, sentenció, de acuerdo con su experiencia, que el primer campamento debía levantarse en la orilla del Gálata. No hubo resistencia alguna. Al avistar a los caballeros normandos con sus caballos armados, guiados por mozos de cuadra desde la salida de las naves de asalto, las fuerzas griegas huyeron del puerto y enseguida pudo establecerse una cabeza de puente. Al día siguiente, tomaron el puente de Gálata después de una dura refriega y bajaron la cadena con el cabrestante para acceder al Cuerno. Los barcos de guerra, liderados por el poderoso Aquila, navegaron hacia las concurridas aguas, atacando y quemando todos los barcos con los que se cruzaban. Así, el 6 de julio el flanco de la ciudad ya estaba abierto y todos listos para asaltarla.

Desde el puente Atatürk, el más alto de los dos que ahora cruzan el Cuerno de Oro, puede contemplarse casi la misma vista que tuvieron los soldados al planear el ataque desde los muelles con los barcos de guerra. Es obvio que se trata del lado más vulnerable de la ciudad: carece de la aglutinación multitudinaria que caracteriza Constantinopla desde el mar de Mármara. Aquí el bullicio de los bazares, salpicados de pequeñas mezquitas y moteados aquí y allá

con manchas verdes, otorga un aspecto bastante desamparado al lugar, y los grandes edificios alineados en el horizonte, que tan imponentes resultan desde el mar, parecen casi amistosos desde el Cuerno de Oro.

Por la línea costera es posible distinguir los resquicios de las fortificaciones. Es una orilla sórdida, un suburbio de pequeños almacenes y fábricas, casas viejas derrumbadas por la miseria, pequeños astilleros donde los caiques se calafatean, curtidurías y depósitos de neumáticos. Los barcos grandes no atracan aquí, solo los mugrientos costeros de las islas de Anatolia, con sus mástiles arbolados y sus tripulaciones con gorras de tela comiendo bocadillos de pescado frito en bolsas de supermercado. Pero las torres se alzan entre las sombras, no del todo borradas por la confusión, aún distinguibles en el laberinto de calles, y las puertas de la ciudad quedan al descubierto. En 1203 esa línea de muros estaba entera, y se unía a las murallas de Teodosio que encabezan el Cuerno de Oro. Las torretas estaban vigiladas en toda la línea costera, y no había modo de sortearlas. Aun así, las defensas podían quebrarse en ese punto de Constantinopla gracias a las habilidades no de los soldados, que siempre habían fracasado en sus intentos de tomar la ciudad, sino de los marinos, que nunca hasta entonces lo habían intentado.

Los venecianos planearon el asalto aquí mismo el 17 de julio de 1203. Los franceses decidieron marchar hacia la cabeza del Cuerno por toda la orilla norte y asaltar las murallas de Teodosio en el punto del muelle donde se unían al rompeolas. Los venecianos acordaron simplemente lanzarse a atravesar el Cuerno, en una táctica muy dandoliana. El punto elegido como eje del ataque aún puede identificarse. Se trata de una masa de mampostería podrida llamada puerta de Petrion, justo debajo de la modesta residencia del patriarca griego ortodoxo, papa de la cristiandad oriental, que aún mora en circunstancias algo difíciles y espinosas en esta ciudad musulmana y no demasiado filohelena. Si recorremos con la vista la línea de edificios que conforma el litoral, podremos identificar casi con exactitud el lugar del primer asalto: una plaza pequeña y sucia con uno o dos árboles que luchan por sobrevivir junto a los restos de la puerta en la línea costera.

Cada mañana, muy temprano, se abre el puente Atatürk para dejar paso a los barcos, y entonces, con el centelleo de las luces, el ritmo de los motores y el lento movimiento de los barcos por el oscuro canal, es fácil imaginarse a los venecianos preparados para el asalto el día de la batalla antes del amanecer. El espacio del que disponía la flota para maniobrar era muy pequeño e incómodo: en ese punto, la anchura del Cuerno no llega siquiera a un kilómetro, la corriente es rápida y, de algún modo, había que lograr que varias decenas de barcos navegaran a la vez por el estrecho canal, atascado por los golpes de remo y los crujidos de casco. Los artistas venecianos posteriores a la época, cuando recordaban el momento épico en esas reconstrucciones históricas a las que eran tan aficionados, ofrecían un panorama de lo más confuso. Por ejemplo, en la exaltada versión que tengo ante mí ahora mismo, el Cuerno de Oro parece una masa sólida de barcos de guerra, un batiburrillo de cuerdas, mástiles, palos, remos y escaleras, y solo es posible asomarse a los muros de Constantinopla a través de una cortina de flechas y misiles prestos a hundirse. Marineros agarrados a los penoles, flechas hundidas en los escudos de los caballeros, hombres propinándose hachazos y guerreros armados cayendo en los escasos atisbos de agua que se adivinan.

Sin embargo, hay una figura que domina la escena con serenidad: el viejo y ciego Dandolo, blindado con su armadura en la cubierta de proa del buque insignia, sosteniendo una bandera y señalando con el brazo firme la basílica de Santa Sofía. Parece una postura coherente, puesto que fue él quien dirigió el asalto. Aunque no podía ver las murallas, al menos las tenía en mente, y gracias a su inspiración los venecianos hallaron un mecanismo muy peculiar para atacar las altas torres desde el agua. Emplearon los penoles latinos de los barcos para idear una serie de pasarelas que salían de la proa de las galeras en un pronunciado ángulo y hacían las veces de escaleras para subir a las murallas. Cubiertos de toldos de piel para protegerse del fuego y las flechas, los asaltantes accedieron a las almenas porque las pasarelas quedaron encalladas con fuerza entre los barcos atorados.

Con la ayuda de las doscientas cincuenta catapultas que llevaban a bordo, las fuerzas de asalto treparon por estos precarios artilugios bajo una lluvia de piedras y flechas, hasta que la primera torre

quedó en manos de los venecianos. De inmediato, lanzaron escaleras con garfios contra los muros de abajo, y el cuerpo principal del ejército empezó a trepar por las murallas. La batalla no duró mucho. Inspirados por la frágil pero militante figura de su dux, espada en mano en la orilla de abajo, los venecianos despejaron las torres de las almenas una por una —veinticinco en total— en apenas una hora de lucha, y al atardecer la ciudad parecía ganada. Según nos ha llegado, unas palomas mensajeras se encargaron de llevar las noticias rumbo a Venecia, cruzando los Balcanes.

«¡Oh, ciudad, ciudad!» Así, el desembarco en Constantinopla debió de ser una experiencia traumática para los venecianos más sensibles. Después de todo, era una ciudad sagrada. Constantino, el fundador, había establecido ahí su capital después de la visión que tuvo en las colinas de las afueras de Roma, a partir de la cual se convirtió al cristianismo. Desde el principio concibió el lugar como divino, y al trazar los límites por primera vez, le preguntaron cuán lejos estaba dispuesto a llegar, a lo cual se dice que replicó: «Hasta que el Señor detenga al que va por delante de mí». También su sucesor, Justiniano, al mandar construir el incomparable santuario de Santa Sofía, se sintió imbuido por un destino sagrado: «Ahora por fin he superado a Salomón», cuenta la leyenda que dijo al entrar en la gigantesca nave por primera vez.

Incluso el brillo de Venecia palidecía en cierto modo ante esta maravilla. La forma del palacio se regía por la más estricta funcionalidad. A través de las murallas de Teodosio, dos caminos se adentraban en la ciudad: uno desde el oeste, a través de la puerta de Adrianópolis, y otro desde el sur, a través de la entrada ceremonial llamada Puerta Dorada. Ambos confluían en la columna vertebral de la cresta para adentrarse por la calle principal, llamada Mese, y atravesar una serie de foros, cada cual orgullo de un emperador distinto, hacia el complejo de edificios estatales, memoriales y espacios abiertos que constituían el corazón de la ciudad.

Era una ciudad llena de estatuas maravillosas. Lisipo era el supuesto creador del gran bronce de Hércules, cuyo pulgar igualaba en

tamaño la muñeca de un hombre; y Fidias había hecho la imagen de Atenea Promacos, Atenea la combatiente, que se habría trasladado desde la Acrópolis de Atenas. El bronce de Rómulo, Remo y la loba había llegado procedente de Roma al fundarse la ciudad; la encantadora figura de mármol de Hera venía de la isla de Samos, y en cuanto a la estatua de madera de Atenea, el mismísimo Eneas se habría encargado de traerla desde Troya. Belerofonte a lomos de Pegaso era tan grande que había diez nidos de halcones entre la grupa y la cabeza del caballo. Una enorme cabeza de buey hecha de bronce daba nombre al foro del Buey, y así describía Nicetas la estatua de Helena de Troya: «Más bella que el aire del atardecer, vestida con la belleza de mil estrellas… Toda armonía, gracia y elegancia».

También era una ciudad de columnas. Según la leyenda, una de ellas contaba con un elaborado friso que, si se leía correctamente, era capaz de predecir el futuro. Había una columna en cuyo capitel se alojaban varios eremitas. Había una columna cuya escotilla se abría anunciando las horas. Había una columna en cuya base se habían insertado las presuntas cruces de los dos ladrones de la Crucifixión, la jarra de alabastro de María Magdalena y la cesta de los panes milagrosos. Había una columna que sostenía la figura ecuestre de Justiniano, otra con la emperatriz Helena y otra con una figura femenina de bronce, la sirvienta de los vientos, que se balanceaba según soplara la brisa. Había un pilar de Constantino todo revestido de cobre. Había un obelisco egipcio. Había un objeto tan hermoso como siniestro llamado Columna de las Tres Serpientes y procedente del oráculo de Delfos.

Era una ciudad de iglesias desparramadas por todos sus barrios; más de un centenar dedicadas solo a la Virgen en una u otra época y treinta y cinco al Bautista. En un extremo se hallaba Santa Sofía, que parecía descendida del mismo cielo, atendida por seiscientos clérigos e iluminada de noche por faroles que centelleaban en cada uno de los arcos de su cúpula, para surgir como una visión desde el mar. En el otro extremo había un sinfín de pequeños santuarios y ermitas escondidos entre los callejones, en las inmediaciones de los palacios, en las rendijas de los bazares o entre las decenas de monasterios y conventos incrustados con discreción en el tejido del lugar.

Las iglesias de Constantinopla estaban construidas según una suave simetría, a la vez inocente y dominante, que encerraba la esencia de la arquitectura bizantina y también formaría parte del mundo occidental gracias a las sucesivas adaptaciones del románico. Estaban decoradas con los mosaicos, los frescos y la carpintería que solo los artistas bizantinos son capaces de crear, y atestadas de objetos sagrados: fragmentos de la verdadera cruz o del velo de la Virgen, cabezas de san Esteban o del Bautista, la lanza que traspasó el costado del Salvador, el dedo dudoso de santo Tomás, piernas y brazos de mártires sagrados y el objeto más reverenciado, una advocación de la Virgen llamada Nikopoia y pintada por san Lucas, icono de la victoria que pasó a guiar la vanguardia de los ejércitos imperiales y cuyo velo protector se abría milagrosamente cada viernes por la mañana, como símbolo del favor divino.

Luego estaban los caleidoscópicos bazares de la ciudad, que hacían palidecer hasta lo ordinario a los mercados de Rialto. Eran un laberinto de hileras ordenadas por gremios y mercancías donde confluían las culturas y los continentes. Siempre había compradores de Grecia e Italia, así como vendedores de Persia, Afganistán, India o Rusia. Eslavos, armenios, sirios, negros y judíos frecuentaban los puestos, donde podían obtenerse pieles siberianas, miel del Turquestán, ámbar del lejano Báltico, algodones y azúcar de Levante y marfil, seda, especias, alfombras y objetos artísticos de India, Tíbet y China. En Constantinopla las importaciones no estaban sujetas a ninguna restricción: era el bazar del mundo entero.

En el centro de todas esas maravillas estaba el Augustaion, la gran plaza al aire libre junto a Santa Sofía que constituía el centro de la capital. Ahí se encontraba el hipódromo, un enorme estadio que no solo era el centro deportivo del Imperio, sino el espacio principal de asamblea pública donde se ejecutaba a los criminales, se celebraban los triunfos y las dos antiguas facciones nacionales, los azules y los verdes, reconciliaban diferencias para proclamar a sus emperadores. Las dinastías surgían y se derrocaban en el hipódromo, en cuyo centro había una columna en forma de serpiente, el obelisco egipcio, y todo un despliegue de curiosos bloques, pilares y objetos piramidales. Alrededor se disponían varias figuras de bronce de famosos aurigas con sus caballos, encargadas ya por los mismos

héroes, en un alarde de autoestima, ya por sus seguidores a modo de tributo. Y montados en el palco del emperador, a la cabeza del estadio, lucían magníficos, más bellos que la naturaleza, los cuatro caballos dorados de Constantinopla, las más célebres figuras animales jamás creadas por ser humano, con los hocicos anchos y elegantes, las patas delanteras alzadas en posturas dominantes, suaves pero firmes, fundidos de una aleación que nadie podía definir, traídos de un lugar que nadie podía recordar, creados mucho tiempo atrás por un genio cuyo nombre había caído en el olvido.

Justo al lado del hipódromo, justo enfrente de Santa Sofía, se hallaba el Bucoleón, el gran palacio, a imagen y semejanza del palacio ducal al lado de la plaza y la basílica —según un dicho de la época, la iglesia era para Dios, el palacio para el emperador y el estadio para el pueblo—. El Bucoleón era como una ciudad en sí misma que se derramaba por la ladera de la colina, en un flujo de pabellones, patios, iglesias, barracones y jardines, hasta la compuerta que daba a las aguas del Mármara. Era el palacio de los palacios, repleto de elementos asombrosos. La fábrica de seda imperial solo ocupaba una esquina del espacio; en la capilla imperial incluso los tornillos y las bisagras estaban hechos de plata; el faro de palacio también era un puesto de señalización cuyos destellos lumínicos mantenían al emperador en contacto con los oficiales más alejados de Asia Menor. La complejidad del palacio, el corredor que conducía a la galería, el vestíbulo que daba solo a la antecámara estaban diseñados para intimidar a los príncipes y embajadores de menor rango, mientras que el centro, la cámara de audiencias del emperador, daba a los visitantes la impresión de ser un lugar mágico. Unas aves mecánicas empezaban a piar en ramas esmaltadas en cuanto alguien entraba en la estancia. Unos leones automáticos empezaban a rugir, golpeando el suelo con la cola. Rubios centinelas varegos, cual criaturas de otro planeta armadas con sus hachas de guerra, estaban siempre en guardia. Cuando al fin se llegaba ante la presencia imperial, se descubría al emperador sentado en un suntuoso trono de oro y diamantes y ataviado con túnicas de varios colores; pero incluso cuando se hacía la reverencia al son de un repique de órganos, él permanecía en lo alto, fuera de la vista, y al cabo de un momento descendía, aún sentado en el trono, pero ataviado con una vestimenta aún más deslumbrante.

Así era la ciudad que aguardaba a los venecianos esa mañana; una ciudad consagrada en parte a las artes, en parte al misticismo, en parte a las destrezas manuales, en parte al orientalismo más caótico. Sigue siendo la Ciudad, con mayúscula, para miles de griegos en todo el Mediterráneo oriental, y parte de ella sobrevive. Constantinopla coincide exactamente con la parte de Estambul hoy conocida como Ciudad Antigua, y aún es posible seguir sus antiguos triunfos a lo largo de su eje principal, desde las murallas de Teodosio al foro original de Constantinopla —ahora repleto de tráfico y animado por unos exuberantes minibuses independientes que, abarrotados hasta las puertas, anuncian sus destinos con los gritos escandalosos de los jóvenes conductores que se cuelgan de los escalones y son dignos sucesores de los carros de carreras—. Aún puede verse el muñón de la serpiente de la columna, siniestra y sugerente en el centro del hipódromo. Santa Sofía fue una mezquita y ahora es un museo,[2] y un poco más abajo, en la orilla del mar, se puede distinguir la destartalada compuerta del Gran Palacio. Las cúpulas de la iglesia de Santa Irene aún emergen entre los árboles del palacio Topkapi. La impresionante mezquita de Fatih ocupa el lugar de la iglesia de los Santos Apóstoles, modelo de la veneciana. Los escasos y bellísimos mosaicos que quedan nos sonríen desde un pasado cristiano. Un pilar aquí y un obelisco allá atestiguan el orgullo de los antiguos emperadores.

Sin embargo, todo rastro de vida del viejo Bizancio se ha borrado, pues hay demasiadas capas de historia superpuestas encima.

Al final, los hechos aquí relatados no supusieron la caída de Constantinopla: eso fue más tarde. Los venecianos se vieron obligados a replegarse una vez más; los franceses, al vérselas con la impasible guardia varega, no lograron quebrar las defensas por su flanco. No obstante, esa misma noche Alejo III huyó de la ciudad para desaparecer en Tracia, de modo que los cruzados pudieron entronar a su aspirante con toda libertad y sin mayor violencia. Tras rescatar al pobre y ciego Isaac de la mazmorra, de la cual salió tembloroso y trastornado, establecieron a ambos, padre e hijo, como gobernadores del Imperio, y retiraron de nuevo a los ejércitos hacia la orilla del Gálata.

La operación no fue un éxito, como el mismo Dandolo no tardó en comprobar. El padre estaba senil y el hijo era un presuntuoso, por lo que nadie quedó contento. El joven Alejo faltó a su compromiso con los cruzados del modo más miserable —«Jovenzuelo estúpido, te sacamos de prisión y pronto volveremos a encerrarte en ella», se dice que le advirtió Dandolo—, y de inmediato surgió otro pretendiente al trono. Se trataba de Alejo Ducas, apodado Murzuflo por su poblada ceja, que ostentaba el cargo de gran chambelán en la corte y bajo cuyo liderazgo el pueblo rechazó de pleno al joven Alejo. Así, Constantinopla quedó sumida en el caos. La muchedumbre furiosa derribó la magnífica estatua de Atenea de Fidias porque, decían, las señales de su escudo, brillando en dirección al mar, habían permitido a los cruzados esa calamitosa entrada. Soldados borrachos prendieron fuego a barrios enteros de la ciudad, y las diversas facciones empezaron a luchar entre sí. Murzuflo logró coronarse en Santa Sofía, se puso las vestiduras de emperador y arrasó la ciudad a lomos de un caballo blanco. El pobre Isaac murió por fin; a finales de 1203 el joven Alejo apareció estrangulado en su palacio y en la primavera de 1204 los cruzados, siempre hostigados por los venecianos, se vieron obligados a saquear Constantinopla de nuevo.

Esta vez procedieron con la ira de la venganza. Ya se habían granjeado toda clase de enemistades y comenzaron a aplicar las duras leyes de la guerra. La gentuza de los cruzados podía satisfacer sus ansias de sangre y botín. Los venecianos podían vengarse de todas las humillaciones pasadas. Las fechas de la Semana Santa no disuadieron a los guerreros de Cristo. En tres días de violaciones y locura, robo y destrucción, los soldados terminaron de saquear Bizancio de una vez por todas, casi arrasando por completo su legado de esplendor y santidad. Se suponía que el botín se repartiría entre los ejércitos de manera justa, pero cuando llegó la hora de hacerlo, los soldados actuaron sin ningún control.

Por todas partes destrozaban, robaban y devastaban. Ni una sola mujer estaba a salvo en las calles, ni una sola iglesia era lugar sacrosanto. Los mayores tesoros de la época clásica se destruyeron sin razón alguna y con toda insidia. El Hércules de Lisipo se fundió para obtener bronce, así como el Belerofonte en su caballo volador; la sirvienta de los vientos fue derribada de su pilar y se

desprendieron todos los revestimientos de cobre de la columna de Constantino. La loba romana y el buey de Pérgamo se arrojaron al caldero para obtener su metal, y nadie volvió a ver jamás a la Helena de Troya de Nicetas, reliquia celestial de la Edad de Oro.

La miríada de reliquias sagradas de la ciudad se arrancó de sus santuarios para encaminarse hacia las iglesias, los monasterios y los castillos de toda Europa. Los juguetes de palacio se desarmaron. Los preciosos manuscritos griegos de las bibliotecas se quemaron junto a muchos otros papeles. Las tumbas de los emperadores se desvalijaron. Los mosaicos, tapices y relicarios de Santa Sofía se arrancaron, el altar se rompió en pedazos y sobre el trono del patriarca, en el centro de la nave, los soldados borrachos colocaron a una prostituta acicalada a modo de burla, como en una escena del Bosco: ella se atusaba muerta de risa sobre el trono mientras la horda de soldados borrachos blandía espadas, cálices, iconos, botellas, fajas de seda preciosa u obscenos recuerdos de su lujuria y pateaba la nave con sus pesadas botas.

«Desde los inicios del mundo, nunca se habían juntado tantos tesoros en una ciudad», escribió el senescal de Champaña; y su colega, el conde de Flandes, aseguró que «había más riquezas en Constantinopla que en todo el resto de Europa». Los grandes barones franceses sin duda fueron bastante astutos a la hora de elegir su parte del botín —más tarde, Luis IX mandaría construir la Santa Capilla de París solo para albergar la corona de espinas—; no obstante, los saqueadores más organizados fueron los venecianos. Solo ellos lograron mantener la disciplina en sus fuerzas de asalto, que acataron las órdenes para mayor gloria de su nación.

Sabían exactamente lo que querían. Se hicieron con la cabeza de san Esteban, a juego con los pies del mártir que ya tenían consagrados en el monasterio de San Giorgio, en Venecia, así como con un sinfín de reliquias sagradas menores y los prodigiosos relicarios de oro, plata y esmalte que los artesanos bizantinos habían fabricado para ellas: repartidos entre las iglesias venecianas, aumentarían el rentable atractivo de la ciudad como puerto de peregrinación. También se llevaron una serie de exquisitos camafeos del monasterio del Pantocrátor para que el Pala d’Oro de la basílica fuera aún más magnífico, y un par de puertas talladas

para otorgar enjundia a su entrada. Arramblaron con dos columnas de mármol decoradas con florituras para enriquecer el aspecto de la piazzetta. Arramblaron con un cuarteto de caballeros en miniatura de pórfido, probablemente tetrarcas romanos, para embellecer una esquina de San Marcos. Arramblaron con piedras y paneles de toda Constantinopla, fragmentos clásicos, pedestales de estatuas perdidas y losas rayadas de alabastro para llevarlas a casa como cargamento y que pasaran a formar parte de las estructuras y el tejido urbano veneciano.

Con deliberación suprema, arrebataron a la ciudad dos excelsos tesoros que, a partir de entonces y para siempre, quedarían asociados al poder y la providencia venecianos. El primero era el milagroso icono de la victoria, la Nikopoia, que robaron de la iglesia de la Virgen, donde hacía su revelación semanal, para consagrarla en una nueva capilla de la basílica veneciana y presentarle la gloria o la súplica cada vez que se obtenía una victoria o se quería evitar un desastre. El segundo era la maravillosa cuadriga del palco del emperador en el hipódromo, que despojaron de su guarnición y asociaron a partir de entonces con la independencia de la República ya de Constantinopla, ya de todos los demás Estados protectores, para nunca volver a someterse. La cuadriga permanecería así erguida hasta el fin de la República, dominando la plaza desde su pedestal en la fachada de San Marcos, relinchando a veces en el crepúsculo —según los viajeros más imaginativos— y exhibiendo en la más nimia curva de los músculos o la sacudida de las nobles cabezas su espíritu de orgullosa libertad.

Venecia, desde entonces y hasta ahora, se convirtió en el mayor repositorio de arte y artesanía bizantinos, y Constantinopla quedó despojada de sus glorias. «¡Oh, ciudad, ciudad! ¡Ojo de todas las ciudades! —se lamentaba Nicetas—. ¡Has bebido hasta los posos de la copa de la ira del Señor!»

Incluso el calvo Murzuflo acabó huyendo ante semejantes horrores, y esta vez los líderes de la Cuarta Cruzada decidieron quedarse con el Imperio. El conde Balduino de Flandes fue coronado primer emperador latino de Bizancio en Santa Sofía. Dandolo declinó el honor, pero, para compensar, un veneciano de reconocida familia,

Tomás Morosini, se erigió en patriarca latino de Constantinopla con el acuerdo tácito de que, a partir de entonces, todos los patriarcas de la ciudad serían venecianos —Morosini, por entonces, no era más que subdiácono, pero enseguida lo ascendieron a diácono, y luego a sacerdote dos semanas después, a obispo al día siguiente y a patriarca en cuanto llegó a Constantinopla—.

Al final, por supuesto, fueron los venecianos los que más se aprovecharon de la caída de Bizancio. Cuando llegó el momento de dividir los territorios bizantinos, adquirieron un imperio de un plumazo. Dandolo no quería grandes extensiones de tierras para la República, y de buen grado aceptó que los barones francos se repartieran Grecia. Lo que él quería era libre comercio para Venecia, y las mayores restricciones posibles para sus competidores. Así, fraguó su dominio a partir de las rutas comerciales.

Para empezar, se quedó con la mejor parte de Constantinopla, esto es, el distrito que rodeaba Santa Sofía, sede del patriarcado, y se extendía hacia el Cuerno de Oro. A continuación exigió una sarta de islas, fortalezas y franjas costeras desde los Dardanelos hasta el Adriático, que proporcionarían comodidad y seguridad permanentes a la navegación veneciana. De todas las partes negociadoras, los venecianos eran los únicos que dominaban esas aguas, de modo que eligieron sus adquisiciones con sumo cuidado. Cuando todo se hubo decidido, incluyeron la mayoría de las islas del Egeo, puestos de defensa diseminados por la costa griega; las islas Jónicas, en la boca del Adriático, y Creta, para organizar desde ahí los acercamientos a Levante. Así fue como casi todos los mejores puertos del Imperio bizantino pasaron a manos de Venecia.

El resto de los dominios bizantinos degeneraron en un revoltijo de principados feudales e invasores en conflicto. Los búlgaros se quedaron con una parte, mientras que los emperadores griegos exiliados se restablecieron en otra. Los barones francos de la Cruzada convirtieron Grecia en un mosaico de Estados feudales, con el Principado de Acaya, el Ducado de Atenas, los burgundios a un lado, los normandos en otro; más tarde llegaron los italianos y otra vez los griegos y los catalanes, hasta que, por fin, los conquistadores turcos, en su lento avance a lo largo de la Edad Media, barrieron las pequeñas dinastías e incorporaron todo aquello al reino del islam.

Los venecianos, incapaces de manejar los nuevos territorios con sus escasos recursos, dejaron un par de reclamaciones en suspenso y otorgaron otras adquisiciones a nobles venecianos para que cada cual gobernara su propio feudo, pero tomaron las riendas del eje de los nuevos territorios, esa cadena de puestos de defensa que iba de Levante a la laguna. La República se convirtió en un poder imperial, y el dux añadió a sus títulos el más sonoro de todos ellos: «señor de un cuarto y medio del Imperio romano» —lo cual equivale, en términos matemáticos no tan majestuosos, a más de tres octavos del antiguo Imperio bizantino—.

Ese fue el momento de mayor plenitud que vivió Dandolo. Era asombroso que el gobernador de Venecia estuviera en el campo de batalla en ese momento trascendental de la historia veneciana que, en buena parte, se debía a ese hombre anciano y terrible. Asumió, además, otro título, el de déspota, y se cuenta que andaba cojeando por la ciudad con los borceguíes escarlata propios de un emperador. Era el verdadero héroe del momento, el estratega de la expedición, la inspiración del asalto, el repartidor del botín: «¡Viejo y ciego Dandolo! —apostrofaría Lord Byron siglos más tarde—. ¡Jefe octogenario y enemigo conquistador de Bizancio!».[3]

Murió en 1205, ya cumplidos los noventa y en la plenitud de su triunfo. Nunca regresó a Venecia, pero de todos los dux sigue siendo el más conocido hoy en día; héroe supremo para los venecianos y canalla supremo para los filohelenos. Lo sepultaron, claro está, en Santa Sofía, en un sarcófago con columnas en el balcón sur. Nadie sabe qué ocurrió con sus huesos cuando, dos siglos después, Constantinopla cayó en manos de los turcos y la catedral se convirtió en mezquita. Hay quien dice que se arrojaron a los perros, y otros sugieren que, cuando en 1479 el pintor veneciano Gentile Bellini cumplió un encargo del sultán turco en Constantinopla, este le permitió llevarse los restos del viejo guerrero a Venecia, y devolverlos a su tierra natal junto con su espada y su casco.

De todos modos, la tumba sigue en Santa Sofía, una losa rectangular y lisa con el nombre toscamente tallado. Una vez comenté a un estudioso bizantino que el lugar apenas parecía atraer a los visitantes actuales en su circuito por el bello edificio. El académico resopló: «Yo sí que la visito. Para escupir en ella».

Es cierto que Dandolo y sus venecianos destruyeron, más que nadie, la civilización bizantina. El Imperio latino no duró mucho. Aunque Murzuflo regresó a Constantinopla solo en calidad de prisionero ciego y se le obligó a saltar desde la columna de Teodosio para ajusticiarlo —«porque se intuyó que el mundo entero se detendría a contemplar un acto de justicia tan notable»—, otros emperadores griegos recuperaron el trono medio siglo después para dirigir un resurgimiento tardío del genio bizantino. Aun así, el Imperio no se recuperó nunca, el espíritu ya no estaba presente y el legado se había dispersado, de modo que, cuando llegó el turno de los turcos en el siglo xv, la ciudad aún seguía medio en ruinas.

Los griegos, dondequiera que estuvieran, nunca perdonaron a los venecianos, a quienes consideraron instigadores de la tragedia. Los venecianos, de hecho, barajaron la posibilidad de trasladar su capital a Constantinopla —«en verdad, ciudad nuestra», como la describe un documento oficial—, pero perdieron la soberanía compartida y el patriarcado del territorio cuando los emperadores griegos regresaron en 1261. Aun así, su tiempo allí no había terminado. Mantuvieron la ciudad como colonia comercial durante dos siglos más y libraron batallas esporádicas en sus aguas contra uno u otro enemigo hasta el siglo xvii. Sin embargo, no dejaron ningún monumento en la península que dominaba el Cuerno de Oro. El barrio veneciano que adquirió Dandolo en el botín no preservó traza alguna de sus nuevos dueños. El bazar a cubierto que hoy se llama Mercado Egipcio, o Bazar de las Especias, está en el antiguo mercado veneciano, pero no queda ni un solo engranaje, ni un matacán que recuerde su presencia.

A veces, no obstante, gracias a algún guiño del clima, a una asociación de ideas o a cierta alquimia del escenario, percibo en el aire del Estambul actual una traza de Venecia. Sobre todo de buena mañana, cuando una fina bruma cubre aún el Cuerno de Oro y los barcos avanzan a tientas por el mar neblinoso hacia el Bósforo; cuando el clamor de los caiques y los ferris empieza a revolver las aguas y los bazares cobran vida entre el olor a café y los rugidos de los camiones; a veces, entonces, mientras el sol oculta la punta de los minaretes en la cresta alta de la Ciudad Antigua, veo, con los

ojos de la imaginación, esa otra ciudad tan lejana, donde reposan ahora los caballos dorados del hipódromo y arden las lucecitas entre los recovecos de la basílica noche y día, ante el icono portador de la victoria.

Egeánicas

En el archipiélago – La isla del duque – Principitos tumultuosos – Un lugar de interés turístico – Vida colonial – La caída de Eubea – De almirantes – La lenta retirada y el último bastión – La rendición

Abultadas y moteadas, exuberantes o rocosas, robustas o insignificantes, las islas del mar Egeo anidan entre los Dardanelos y el mar de Creta. Nunca desaparecen de la vista, y van quedando atrás una a una, por la proa del barco, azules, doradas o grises al atardecer; y cuando Patmos se desvanece tras la niebla a popa, Amorgos surge delante, en el horizonte, un mito tras otro, y los distantes peñascos se pueblan, en la imaginación, de los dioses, las ninfas, los héroes y los reyes marinos de las leyendas egeas.

Los venecianos se referían a ellas como «el archipiélago», cuyos ecos paganos les traían sin cuidado. Su importancia para la República era estrictamente militar, como puestos de defensa potenciales o puertos de las rutas de comercio. Los mercaderes venecianos habían navegado por esas rutas durante siglos, casi siempre pasando de largo frente a las islas o, como mucho, deteniéndose para abastecerse de fruta, sal o vino dulce. Pese a todo, la navegación por esos mares siempre había sido peligrosa. En tiempos de guerra, cada isla era una posible base hostil, e incluso en tiempos de paz el pasaje conllevaba un cierto riesgo. Las Egeas eran el paraíso de los corsarios. De las bahías interiores de Lesbos, del amplio fondeadero de Cos, de los puertos ocultos entre los islotes inhabitados, de mil indeseables guaridas surgían los piratas, a veces adheridos a confusas causas nacionales o religiosas, pero casi siempre buscando el provecho propio.

Bizancio había gobernado esas aguas, y para un pueblo tan marítimo como el veneciano, cuya riqueza dependía en gran medida de las rutas comerciales hacia los Dardanelos, el dominio

completo del Egeo podría haber supuesto una de las mejores bazas arrebatadas a la caída de Constantinopla. Sin embargo, nunca llegaron a culminarlo. Sus rivales, los genoveses, se quedaron con la isla de Chios, en la costa turca, para convertirla en un enorme mercado comercial y una base naval. Los caballeros de San Juan obtuvieron Rodas. Otras islas cambiaron de manos en muchas ocasiones, de los señores francos a los saqueadores griegos, de los piratas transitorios a los almirantes de paso. Los griegos isleños, en general, detestaban a los venecianos por su comportamiento en la Cruzada, y no era raro que alentaran a sus enemigos. Los turcos, desde sus bases en Asia Menor, hicieron que sus posiciones en las islas fueran cada vez más precarias.

Sin embargo, de un modo u otro los venecianos lograron asentar un señorío duradero en Eubea, la mayor de las islas del lado griego, así como en las diseminadas islas Cícladas. Ganaron pequeñas cantidades de dinero por sus posesiones en estos lugares y gastaron una fortuna en preservarlos, pero con el apoyo de las bases navales en Creta y en la Grecia continental mantuvieron su presencia en la región durante los cinco siglos siguientes, hasta que el estandarte de San Marcos se arrió en la fortaleza de la última isla: la ciudad construida en la cima del Exomvourgo, en Tenos, en 1715.

La división del Imperio bizantino perpetrada por los cruzados fue, claro está, una división sobre el papel, puesto que los funcionarios bizantinos siguieron al mando en muchas de las posesiones imperiales. En 1205, el nuevo dux Pietro Ziani, cuando consideraba la mejor manera de sacar partido al botín, decidió ofrecer las Cícladas como territorio de libre empresa. Así, cualquier ciudadano veneciano con suficiente flota, temeridad y hombres podía tomar las islas por su cuenta como señor feudal, asumiendo que, de algún modo, estas seguirían siendo clientas de la República. Tal vez no por casualidad el primero en aceptar el reto fue un sobrino de Enrico Dandolo, Marin Sanudo, que había seguido a su tío hasta Constantinopla. Empezó a trabajar como juez en los tribunales venecianos de la ciudad, pero enseguida dejó su trabajo para congregar a un grupo de aventureros que partían de cero, equipar ocho galeras de guerra y navegar al sur por los Dardanelos rumbo a

los mares encantados. Pronto arribó a las islas y se declaró duque de las Cícladas.

En teoría, su ducado se convirtió en un feudo del Imperio latino en Constantinopla, pero su carácter veneciano siempre estuvo fuera de toda duda, y con el paso de los años muchos agentes imperiales y gobernadores ejercieron sus cargos en Oriente. Los duques, oficialmente considerados por los venecianos los principales duques de la cristiandad, conservaron la ciudadanía veneciana. Sus territorios se regían por la ley veneciana y el dialecto veneciano era la lengua oficial. Sanudo entregó parte de sus doscientas islas a sus camaradas como subfeudos, y algunos de los más célebres clanes venecianos empezaron a crear vínculos con las Cícladas. Además de Sanudo, duque de las Cícladas, había otro sobrino de Dandolo que ejercía como señor de Andros. Un Foscolo tomó Ánafe, un Barozzi tomó Tera —actual Santorini—, Stampalia —actual Astipalea— fue para uno de los Querini, los hermanos Ghisi se quedaron con Tenos y Miconos y un Giustiniano ayudó a gobernar Cea. Eran nombres destinados a figurar una y otra vez en los anales de la República, y la lejana isla de Citera, al sur del Peloponeso, pasó a manos de Marco Venier por la única razón de su nombre: Citera era el lugar de nacimiento de Venus, y tal y como demostraba su patronímico, su familia descendía de la diosa por línea directa.

Sanudo eligió para sí mismo la isla de Naxos, donde montó su cuartel general. Era el lugar donde Teseo abandonó a Ariadna de camino a Atenas después de que ella lo salvara del Minotauro cretense. También era la isla natal de Dionisos, dios del vino —al que Ariadna acabó desposando—, así como uno de los parajes más verdes y bellos de todo el Egeo. La conquista no fue fácil para Sanudo y sus despiadados degolladores cuando, en 1207, las galeras asomaron por el pueblo principal siguiendo el canal de Paros y, pasado el alto templo de Apolo que albergaba el islote, atracaron en la orilla. Los genoveses habían llegado primero y lucharon con tal bravura que, en un gesto muy familiar para los cronistas de estos mares, Sanudo ordenó quemar sus propias galeras para alentar a los más cobardes de sus filas. Así inspiradas, estas ganaron las posiciones genovesas para proclamar a Sanudo duque Marco I del archipiélago. El papa despachó a un arzobispo latino a la isla de inmediato, y el templo de Apolo sirvió como cantera para la

construcción de una ciudadela de doce torres, sede del gobierno ducal.

Los restos de esta fortaleza son lo primero que vemos al navegar tras la estela de las galeras hasta adentrarnos en el puerto de la capital isleña, Chora —«pueblo principal» en griego—. Algunas dependencias se han rehabilitado en los últimos tiempos, y desde la distancia otorgan al sitio un aspecto escarpado y gigantesco en su montículo en mitad de la ciudad, como un Potala en miniatura. No obstante, al desembarcar y empezar a subir desde el paseo marítimo hacia los flancos, el enclave se revela como un fuerte más inhibido. Durante los siglos de ocupación, los venecianos de Naxos permanecieron ajenos a la vida de la isla, aunque solo fuera por su condición de gobernantes católicos latinos de una población griega ortodoxa, por lo que ese cuartel general anclado en la colina, en el corazón de la ciudad principal de la isla, despierta una sensación endogámica o introspectiva.

Nos acercamos a través de un laberinto de calles empinadas y tortuosas donde moraban, en tiempos de los venecianos, los tenderos, pescadores, marineros y artesanos griegos, que muy pronto se asentaron alrededor de las faldas de la fortaleza. Al subir y dejar atrás el animoso bullicio del puerto, el clamor políglota de los cafés donde se reúnen los viajeros con sus macutos, el chisporroteo de las motocicletas alquiladas, los bocinazos del ferri que se aproxima, el ruido sordo de los altavoces —tal vez procedentes de la discoteca de la esquina—, enfilando los callejones floridos y frecuentados por toda clase de gatos, ya casi en la cima pasamos bajo una tumba fortificada —con una puerta de hierro tachonado y un arco sombreado— para llegar al castro, el núcleo del antiguo ducado.

Aún hoy, tantos años después de que los Sanudo y sus sucesores partieran, sigue siendo un enclave latino en un lugar de fe ortodoxa. Silencioso y vacío, las callejuelas recorren el interior de sus muros, y los blasones de la nobleza veneciana aún lucen altivos en sus puertas. En la plaza central del castro hallamos los restos del palacio ducal, y los domingos por la mañana pueden verse, en la pequeña iglesia católica romana de al lado, a los últimos representantes del feudalismo veneciano rezando al estilo heredado de sus ancestros. Viven en casas

construidas intramuros de la ciudadela, y si nos encaramamos a uno de sus envidiables tejados, comiendo una tortilla con ensalada griega, o quizá bebiendo un vaso del licor típico de la isla —poderosa encarnación de las tradiciones dionisíacas a base de limones autóctonos —, aposentados en una de esas casas colgantes de los conquistadores, divisando los callejones de abajo, los cafés y los barcos pesqueros griegos y el único arco, en lo alto, que queda del templo de Apolo, es fácil sentir la antigua hýbris del Imperio, el orgullo y la arrogancia que llevan a transgredir los límites mortales.

Desde luego, los griegos —que se establecieron aquí en tiempos homéricos, mucho antes de que Venecia existiera— nunca olvidaron la arrogancia veneciana, y siempre consiguieron aguantar a los sucesivos gobernantes permaneciendo fieles a su identidad griega. Hasta las reformas agrícolas promulgadas en Grecia tras la Segunda Guerra Mundial, los descendientes católicos de los venecianos seguían siendo los terratenientes de Naxos. Los lugareños más amargados decían que la guerra no se ganaría del todo hasta que los católicos latinos del castro se vieran desposeídos de sus tierras. Siete siglos y medio después de la llegada de Sanudo y sus hombres, la cotidianeidad de la isla seguía impregnada, de un modo muy reconocible, de las dinámicas entre conquistados y conquistadores: incluso en los años cincuenta había al menos una familia del castro que, tras cargar todos los bártulos necesarios para su comodidad en recuas de mulas y acompañada de sirvientes y mascotas, partía cada primavera pertrechada bajo las sombrillas por los barrios periféricos y polvorientos, en su migración anual hacia las residencias veraniegas en el interior de la isla, preservadas por derecho de conquista desde que las galeras de Sanudo atracaran en la orilla.

Un tumultuoso linaje de principitos gobernó el Egeo veneciano bajo la mirada vigilante, a menudo perpleja y a veces furiosa de la Serenísima. Las crónicas del archipiélago son confusas y muy sangrientas, y el único hilo invariable que entrelaza los feudos y las dinastías es la oscura presencia de Venecia como trasfondo, la percepción de sus galeras de guerra en la sombra, más allá del horizonte, y la severa y eficaz supervisión del dux y el Gran Consejo en la distancia. A veces los súbditos resentían la intervención de

Venecia, mientras que otras veces la acogían con devoción: «Contemplan a nuestro almirante como si fuera el Mesías», contaba un diplomático veneciano sobre una comunidad especialmente atormentada.

Sanudo, sus compañeros y sus sucesores casi siempre hicieron gala de una temeraria indecencia. A veces eran señores ausentes —el de Andros, por ejemplo, gobernó su territorio desde su palacio veneciano durante muchos años—, pero a menudo se tomaban la vida como una suerte de juego en sus feudos iluminados por el sol y azotados por las tormentas. Todas sus islas estaban fortificadas y no era raro verlos enzarzarse en guerras entre ellos, con sus pequeñas flotas peleando entre los promontorios y sus minúsculos ejércitos precipitándose en las ciudadelas ajenas. Una vez el duque de Naxos raptó a la señora de Miconos, y en otra ocasión Siros y Tenos entraron en contienda por la posesión de un burro.

Para el señorío veneciano, la soberanía del Egeo debió de brindar, no pocas veces, más problemas que alegrías, sobre todo cuando surgían cuestiones sucesorias que implicaban el dictamen de Venecia. Cuando en 1361, por ejemplo, el duque de Naxos reinante murió sin heredero, la República tuvo que asegurarse de que su joven y bella hija encontrara un marido lo bastante obediente con respecto a los intereses venecianos. La muchacha se negó a cooperar y los pretendientes se revelaron tan incompetentes que, al final, los venecianos enviaron una unidad militar a Naxos con el fin de secuestrarla. La llevaron a Creta, donde la confrontaron con un prometido de la conveniencia del señorío, un militar audaz apodado «el dispersor de huestes». Por fortuna, ella se enamoró de él al instante, nos aseguran las crónicas, y tras celebrar una espléndida boda en Venecia, vivieron felices para siempre en la ciudadela de la colina.

Luego vino el asunto del duque Niccolò III, un vasallo tan desagradecido que intentó robar Eubea a la República, y se enfrentó a sus pares venecianos tanto como oprimió a sus súbditos griegos. Acabó convenientemente asesinado por un rival aspirante al ducado, Francesco Crespi, que se apoderó del castro para proclamarse Francesco I, y los venecianos, que no vieron contradicción alguna entre las tendencias criminales y el talento

para gobernar, le otorgaron su inmediato y agradecido reconocimiento.

Ya a finales del siglo xv estaba Giovanni III, a quien todos odiaban también porque alentaba a los piratas a usar Naxos como base de sus operaciones, exigía impuestos terribles a su pueblo, se enfrentaba a los turcos sin necesidad e ignoraba a los venecianos. El arzobispo de Naxos tuvo que pedir su cese a la República, la cual, una vez más, se desembarazó del problema enseguida, ya que los lugareños acabaron asesinando a Giovanni.

Y estaba Niccolò Adoldo, señor de Serifos, un tirano que residió casi toda su vida en Venecia hasta que, en 1397, decidió de la noche a la mañana que sus súbditos no pagaban impuestos suficientes y partió a la isla con una banda de forajidos cretenses, apresó a varios notables de la isla y los encerró en su castillo. Allí los torturó para que confesaran dónde escondían su dinero, pero el plan fracasó —quizá porque no tenían dinero— y acabaron arrojados por las murallas del castillo. Eso fue demasiado incluso para la pragmática República. Adoldo estuvo preso dos años, fue desposeído de su isla —e incluso le prohibieron visitarla durante el resto de su vida— y enterrado con honores en la iglesia de los Santos Simeón y Judas, para la que había donado grandes sumas, con certera y prudente previsión.

Y por fin estaba Francesco III, el duque loco del archipiélago. Era un protegido directo del señorío que, por desgracia, resultó un maníaco homicida. Asesinó a su mujer clavándole una espada en el estómago. Trató de matar a su hijo de once años. Raptó a su tía, la señora de Íos, del modo más criminal. Los venecianos se lo llevaron a Creta, donde murió bajo vigilancia, pero su hijo, que ya había crecido y estaba presto a sucederlo, se reveló casi tan difícil como su padre: una vez cayó en manos de los turcos y otra ocupó por la fuerza la isla de Paros, en contra de los deseos de Venecia. De todos modos, no importó gran cosa, puesto que al cabo de medio siglo la dinastía ya se había extinguido y el ducado del archipiélago no estaba bajo custodia veneciana, sino que pasó a ser feudo de un prestamista judío, José Nasí, bajo el patronazgo del sultán otomano, Selim el Rubio.

Así transcurrió la historia de las islas Egeas en la época de la pax

venetica. Pocas islas se libraron, en uno u otro momento, de la influencia del león alado. Tan estrecha era la relación de Venecia con este mar que, durante años, la esponja, una presencia familiar e ineludible en el litoral del Egeo, se conocía como enetikos, la veneciana. Los libertinos feudales se diseminaban de Ténedos a Kárpatos por medio de artimañas, matrimonio o insinuación. Los comerciantes aventureros husmeaban en las barcas que encontraban en cada puerto. Las galeras de guerra se colaban en los embarcaderos más insignificantes a golpe de remo terrible y enarbolando sus intimidantes banderas, como visitantes celestiales. A veces la República tomaba una isla bajo su protección de forma pacífica, a veces la isla debía ser asaltada por las exigencias de la guerra; así, donde alcanzaba la vista en esas aguas oscuras como el vino tinto, surgían trazas de Venecia.

En el interior de los Dardanelos, los castillos venecianos se erguían en las orillas, mientras al sur, más lejos, en Tera —hoy Santorini—, aún puede imaginarse, en la fina hilera de casas blancas que bordea la cresta del volcán, el pueblo veneciano que se mantuvo en pie hasta que el terremoto del siglo xix lo arrastró al olvido. En Siros, el centro de las Cícladas, la ciudadela veneciana se alza obstinada y coronada por una iglesia en un montículo cónico, mientras que la iglesia griega ortodoxa y su comunidad se asientan un poco más abajo en otro. Pequeños castillos desmoronados en Andros o Paros, malecones en los puertos y palomares ornamentales, un obispado católico superviviente aquí, un antiguo gesto de esnobismo allá, puertas con escudos y almenas puntiagudas… Todo son trazas de Venecia, y la delgada y exquisita fila de casas baratas en el litoral de Miconos, quizá la estructura más célebre y conocida de todo el Egeo, a día de hoy sigue llamándose Enetika.

La principal posesión veneciana era, sin duda, Eubea, que los griegos llaman Evvoia en la época actual, pero en los tiempos de la República se conocía como Negroponte, esto es, «puente negro». Es solo una isla de unos ciento noventa kilómetros de largo y cincuenta y seis de ancho en la parte más amplia, tan cercana a la Beocia, en la Grecia continental, que en cierto punto puede cruzarse el estrecho de Euripo, de apenas cuarenta metros de ancho, por un puente construido durante la época clásica.

Junto a Euripo existió una ciudad que los venecianos también llamaban Negroponte, ahora Calcis, de una importancia decisiva y evidente para la República. No solo era una puerta de entrada clave para el comercio a la Grecia continental, sino también una impagable escala para los barcos que cruzaban los Dardanelos y una base naval que dominaba todo el Egeo. Calcis pasó a manos venecianas cuando los cruzados se dividieron el botín, y luego, gracias a una serie de estratagemas sucesivas, los venecianos adquirieron el resto de la isla y la convirtieron en bastión de su poderío marítimo, con castillos por todas partes y las dependencias oficiales más importantes del Egeo. A los tribunales y las oficinas de Eubea llegaban solicitudes, apelaciones, quejas o disputas de otras islas, y de sus puertos zarpaban las galeras para mantener los turbulentos feudos en orden. Cuando los emperadores griegos regresaron a Constantinopla en 1261 para acabar con el Imperio latino, el patriarca católico trasladó la sede de su iglesia a Calcis, que se convirtió, asimismo, en una suerte de proconsulado espiritual.

Calcis era el lugar de interés turístico por excelencia del Egeo veneciano, y en las ilustraciones antiguas aparece encrespado con sus torres y torretas, completamente rodeado de un foso y un malecón y con sus mercancías amontonadas en la orilla. El sitio sigue siendo extraordinario. El Euripo es uno de los mayores enigmas que existen en el mundo, puesto que por sus aguas corren, como a través de un poderoso embudo, hasta catorce mareas al día en direcciones alternas. Se trata de un espectáculo asombroso. El estrecho es tan fino en ese punto, y el peso del agua corriendo tan inmenso —con la fuerza y la trayectoria de un torrente montañoso—, que es como si toda el agua del Egeo se bombeara por ahí. Nadie está muy seguro, ni siquiera hoy en día, de por qué sucede tal cosa, y la leyenda cuenta que Aristóteles, furioso por su fracaso a la hora de explicar el misterio, se ahogó en las aguas de Euripo. Los venecianos, de hecho, construyeron en lo alto del estrecho, en mitad de un puente levadizo doble, una torre fortificada que señalaba la frontera imperial. Era una construcción romántica, de estilo renano, a juzgar por las ilustraciones antiguas; un lugar tan notable bañado por unas aguas de movimientos tan sugerentes que los rumores creían que se trataba de un castillo encantado, guardado por hadas o demonios.

Más allá de la torre mágica se extendía la próspera Calcis veneciana. Además de sus gobernadores venecianos y sus lugareños griegos, también atraía a comunidades de italianos, albaneses y judíos, y una colonia gitana había acampado bajo sus muros. El banco de Andrea Ferro, trasladado desde Venecia, hizo boyantes negocios por toda la Grecia franca, mientras que los prestamistas judíos de Calcis aconsejaban y daban créditos a los imprevisores barones y los pródigos principitos de Tebas a Tera. El patriarca se convirtió en una figura crucial, con enormes fincas rurales en la isla y cientos de siervos. La iglesia de San Marcos, catedral de la ciudad, recibía generosas donaciones de la iglesia monasterio de San Giorgio Maggiore, en la cuenca veneciana. Calcis contaba con una poderosa fortificación financiada por judíos y tenía dos puertos para barcos de gran calado, uno a cada lado del estrecho de Euripo.

Durante los siglos xiii, xiv y xv, Eubea se mencionaba sin cesar en los anales de la República. El trabajo administrativo institucional de la isla recayó en hombres de gran prestigio en Venecia, y la bandera de la colonia ondeaba en las ocasiones ceremoniales desde los mástiles de bronce frente a la basílica de San Marcos. Sin embargo, cuando ya se acercaba al apogeo de su triunfo, a la par que el mismo Imperio veneciano se aproximaba a una especie de clímax, la suerte de Calcis revirtió. Por entonces, el Imperio otomano ya se había adentrado en buena parte de Europa, rodeando el flanco norte griego. En 1453 los turcos tomaron Constantinopla y muy pronto se cernieron sobre Grecia, destruyendo uno por uno los destartalados reinos francos. Solo era cuestión de tiempo que se fijaran en Eubea. Sus corsarios ya atacaban la isla sin vacilar en busca de botín y esclavos griegos, y la vida en las partes más remotas y rurales de la isla se había vuelto tan peligrosa que algunos lugareños pidieron permiso al alguacil para pasarse al lado turco.

En 1458, el sultán de Turquía, el magnífico pero predatorio Mehmed II, envió una nota al alguacil de Calcis anunciando su deseo de visitar la ciudad. Se trataba de una notificación de lo más execrable, y los venecianos aguardaron su llegada muy nerviosos. Cuando se presentó en la isla, actuó con todo el peso de su personaje. Asomó por la elevada cresta de Beocia, en la parte continental, que da a Euripo, con una larga comitiva de asistentes y

una caballería que alcanzaba el millar, y envió un cortés mensaje a la administración para anunciar su inminente llegada, no sin antes detenerse un rato en el extremo de la cresta para calibrar el escenario que se desplegaba ante sí con sumo cuidado.

Las vistas desde ese punto son impresionantes. Eubea, salvaje y montañosa, apenas parece una isla, sino que delimita el horizonte como si fuera otro país, mientras que, de norte a sur, el estrecho se angosta casi hasta lo ridículo hacia abajo, hacia el embudo. Aunque Calcis ya no es un puerto importante, su fondeadero sur está repleto de barcos amarrados, filas y filas de cargueros oxidados y petroleros abandonados, lo cual brinda al conjunto, aún hoy en día, una falsa sensación de continuidad y permite al viajero moderno, aunque sea con los ojos entrecerrados, la visión que Mehmed contempló aquel día: la flota de guerra veneciana bajo las torres de las murallas, el humo de la bulliciosa ciudad, sus capiteles, torres y pináculos apiñados intramuros, los barcos mercantes con sus velas barrigudas entrando y saliendo.

Los venecianos se apresuraron a recibir al sultán y lo condujeron por el puente entre exagerados obsequios. No se quedó mucho tiempo: partió ese mismo día entre sofisticadas muestras de gratitud, pero aprovechó la ocasión para inspeccionar las fortificaciones de la ciudad hasta su siguiente visita, al cabo de doce años.

Pese a las tormentas que siempre se gestaban en las desperdigadas colonias y los feudos venecianos, estos, en general, conseguían sacar el mayor beneficio de las circunstancias. Los almirantes y embajadores se recibían con bailes y festejos cuando recorrían las islas, según cuentan las crónicas, «y no faltaban las mujeres más refinadas y elegantes», e incluso mientras el poder de los turcos se extendía hacia el oeste por todo el Egeo, la vida entre los colonos transcurrió más o menos como hasta entonces.

Regresemos ahora a Naxos, a esas familias del castro en su migración estival al campo, puesto que en Naxos, más que en ningún otro sitio, aún se puede ver cómo vivían los venecianos y sus clientes en el auge del dominio egeo. Aunque pueda resultar

sorprendente, es una isla tropical —está situada en la misma latitud que Argel—, lo cual le otorga un aire colonial muy sugerente. Por todas partes hay palmeras e higos chumbos. Las altas barreras de bambú que resguardan los campos y pastos del viento son extrañas reminiscencias de las cañas de azúcar en las plantaciones de esclavos. Y el fértil valle de Tragea, que atraviesa la isla, es un verdadero oasis, con sus declives poblados de olivos de un verde intenso, como bosques de dátiles, y sus antiguas casas, como torres fortificadas de Omán y Adén. Las aldeas desperdigadas casi se pierden en el verdor frondoso, y en un alto y lejano pico que mira hacia el mar, a los turcos y los piratas, y hacia el interior, a las posibles rebeliones, la fortaleza veneciana llamada Apano Kastro se yergue envuelta en un vigilante abandono.

Las trazas venecianas siguen presentes, dispersas por todo este idílico paisaje campestre. Las más sugerentes de todas, a mi modo de ver, pertenecen a los seis monasterios fortificados, pues ahí no solo el Imperio se pone en guardia, sino también la fe. Hay uno en la escarpadura justo detrás de Chora, pintado en blanco y habitado solo por un grupo de monjas, que guarda un asombroso parecido con una de esas fortalezas al este de Suez repleta de escudos de los regimientos que los centinelas recorren a zancadas. Hay otro al principio del valle, en la costa oriental, que pese a estar en ruinas parece erguirse con toda la furia de sus belicosos monjes latinos en mitad del paisaje ortodoxo. Los muros almenados cortan el paso hacia el principio del barranco, como si aún siguieran dispuestos a arrojar flechas al abismo o inundarlo de aceite hirviendo.

Sin embargo, los memoriales más evocadores son las casas de campo. También están fortificadas y suelen ser torres que los griegos llaman pirgoi, con pesados merlones al estilo veneciano, alzándose sólidas y recias sobre los olivares. Pese a todas las batallas libradas, muchas siguen ofreciendo un aspecto agradable y cortés, y hablan con aire seductor de la época hedonista, de las noches licenciosas en el ducado, hace ya tanto tiempo. Una de esas casas de campo surge, rodeada de tierras y con su propio redil, a unos veinte kilómetros de Naxos, y no hay lugar mejor en todo el Egeo para tumbarse a soñar entre los matorrales de artemisa de la ladera, o junto al arroyo cubierto de juncos que recorre el fondo del valle, e imaginar a los venecianos imperialistas deleitándose.

Detrás de la casa, la fortaleza de Apano Kastro asoma entre los picos, y más allá se alza el macizo del monte Zas, el más alto de las Cícladas, de casi mil metros. Ante un trasfondo de semejante grandeza, la casa parece agradecida por conservar su hueco. Ahora está en ruinas, habitada solo por el ganado y unas cuantas gallinas aficionadas a escarbar, pero preserva su gracia del modo más encantador. Está construida a base de piedra toscamente labrada, y diseñada, por así decirlo, con un toque tan genial como bucólico, estiloso como un buen vino campestre. La torre es baja y mansa, aunque almenada según las conveniencias, y la terracita de la puerta principal, casi como una plazuela privada, brinda un aire favorecedor y ceremonial al conjunto. Allí, sobre la puerta, el fantasma de un escudo ya indescifrable resiste el paso del tiempo, y dentro persiste un leve aroma a aristocracia rural. Las estancias en ruinas aún muestran sus justas proporciones, y las ventanas destrozadas miran más allá del fangoso corral, hacia las hectáreas feudales que se extienden a lo lejos.

Los frutales rodean esta casa afortunada: limoneros, naranjos, almendros y manzanos. Las higueras nudosas luchan contra los muros del jardín. Los lagartos se retuercen entre las rendijas. Por todo el valle, las palomas siguen sobrevolando el palomar familiar, y en una cresta detrás de la casa una pequeña capilla familiar, con el yeso descascarillado y las paredes un poco torcidas, relumbra con las velas que, año tras año, mantienen encendidas los descendientes de los siervos.

Pero mientras todas esas pirgoi lucían tranquilas al sol, Mehmed regresó a Calcis, esta vez con un ejército de cien mil hombres y veintiún cañones con balas de veinte kilos y más de un metro de ancho, además de una flota tan vasta que algún capitán de galera veneciano llegó a compararla para sus adentros con «un pinar en medio del mar». Ahí se desencadenó la gran tragedia veneciana: doscientos cincuenta años después de la Cuarta Cruzada, ese desembarco fue una señal terrible de lo que acabaría sucediendo.

Así como la caída de Singapur para los británicos en 1942, la caída de Eubea para los venecianos en 1470 fue el primer y aciago aviso de que los imperios no duran para siempre. La isla era la piedra

angular de la posición veneciana en el Egeo, y su pérdida a manos de los musulmanes sería una mortificación para toda la cristiandad, por mucho que la caída fuera tan decretada como inevitable. Todo el mundo sabía lo que iba a suceder. El sultán ya había reconocido el terreno. La enorme flota turca se había preparado en Constantinopla. El ejército otomano aguardaba embarcado. La tragedia se compuso despacio, inexorable, y nadie acudió para evitarla. «Los príncipes de la cristiandad contemplaban el panorama como en un teatro», dicen las crónicas.

El 15 de junio de 1470 la flota turca apareció en Calcis, y el ejército desembarcó en la orilla justo a las afueras de la ciudad. Al cabo de tres días, una segunda fuerza apareció detrás de las colinas continentales, dirigida por el mismísimo sultán, para enfilar ladera abajo hasta la orilla del Euripo. Mehmed no trató de tomar el castillo al otro lado del estrecho, tras el puente levadizo, sino que formó dos puentes con botes que atravesaban el estrecho, al norte y al sur, para que todas sus fuerzas desembarcaran en la isla. Así, Calcis quedó rodeada. Había dos mil quinientas almas intramuros y al menos cien mil acampadas alrededor, pero cuando el sultán instó a la ciudad a rendirse, prometiendo a sus habitantes una exención de impuestos durante diez años, obtuvo una agria respuesta. El alguacil, Paolo Erizzo, replicó que se proponía quemar la flota turca y levantar todas sus tiendas, mientras que los hombres de la guarnición mandaron al sultán a comer cerdo. El bombardeo empezó esa misma tarde, y tres mil griegos que se encontraban en los campos aledaños fueron asesinados bajo las murallas de la ciudad, pour encourager les autres.

Los venecianos no fueron mucho más suaves en su resistencia. Cuando descubrieron a un traidor en la ciudad, un capitán de la artillería que había proporcionado información a los turcos, lo colgaron de un pie en la plaza antes de cortar su cuerpo en pedazos y enviarlos al campamento turco a base de cañonazos. La información brindada al enemigo se aprovechó luego para atraerlo a varios sectores muy bien defendidos, y ahí masacrarlo. Así lograron contener varios asaltos turcos, lo cual mantuvo los ánimos entre los defensores, y el 11 de julio la ciudad parecía salvada cuando, desde los puestos de vigilancia, llegó la noticia de que una flota de setenta y un barcos de guerra venecianos se acercaba al estrecho por el norte.

Era la flota del almirante Niccolò da Canale, capitán general de la marina, procedente de Creta, que al parecer rompió a llorar de rabia y frustración al enterarse de la llegada del sultán a Calcis. Si Canale rompía los puentes de botes, el ejército turco quedaría aislado en la isla. Sin embargo Canale, de modo inexplicable, amarró sus barcos a diez kilómetros al norte del Euripo y no se movió de allí. Ignoró toda señal de la guarnición veneciana. Se negó a seguir las peticiones de sus oficiales, que le suplicaban embestir los puentes. Quizá, como a cualquier otro navegante, lo desconcertaron las corrientes del estrecho; quizá estaba asustado o indeciso; en todo caso, vaciló demasiado y al día siguiente los turcos, que apenas se creían su suerte, tomaron la ciudad de Calcis.

Una vez rellenado el foso de cadáveres y basura, atravesaron la apestosa zanja y asaltaron las murallas para acceder al interior. La guarnición plantó cara, presa de la desesperación. Se levantaron barricadas en todas las calles. Las mujeres arrojaban tiestos, sartenes y agua hirviendo desde los tejados a los turcos. Pese a todo, conforme pasaban las horas, el enemigo fue llegando a la plaza mayor y el 12 de julio, a eso del mediodía, terminó la batalla. Canale, al ver la bandera turca izada sobre las murallas, zarpó de nuevo, mientras intramuros los hombres mayores de ocho años morían asesinados y las mujeres y los niños se convertían en esclavos. El sultán se paseó por las calles espada en mano buscando acechadores, y las cabezas de la guarnición masacrada se apilaron en un enorme y sangriento montón frente al palacio del patriarca.

El alguacil Erizzo, junto a un grupo de mujeres y niños, logró escapar de la ciudad por un túnel y se refugió en la torre del puente de Euripo con la esperanza de que Canale enviara al menos un barco para salvarlos, esperanza que pronto se vio obligado a abandonar. Los turcos procedieron a la ejecución sumaria de sus compañeros y a él lo colocaron sobre unas tablas y lo cortaron por la mitad, conservándole la cabeza, tal y como le habían prometido. La ciudad humeante quedó desolada a la orilla del mar, y el sultán partió de vuelta a Constantinopla dejando a una guarnición en la isla. La flota turca, cargada con el botín y los cautivos, pronto alcanzó los Dardanelos. Los barcos de Canale no interfirieron en su recorrido, sino que, tal y como contó luego el almirante turco con sarcasmo, la escoltaron en su viaje de regreso a casa con la mayor

cortesía. «Ya puede decirle al dux que se olvide de seguir siendo el rey de los mares. Ahora es nuestro turno», dijo el gran visir al enviado veneciano a Constantinopla.

Apenas queda ya nada de la Calcis veneciana. La torre del puente se destruyó sin motivo alguno cuando, en el siglo xix, se construyó un nuevo puente giratorio; solo sobrevive la base, con un indicador de mareas encajado en lo alto. Las famosas murallas de la ciudad, por encima de las cuales el sultán divisó la ciudad desde la cresta, aún estaban en pie en la época victoriana, cuando John Murray, en su Handbook for Greece, describió las callejuelas interiores, aún llenas de escombros de las balas del cerco, pero, con el paso de los años, estas fueron demoliéndose, desplomándose o hundiéndose. Uno a uno, los leones alados desaparecieron de las murallas una vez que el gobierno veneciano dio paso al turco, y luego el turco al griego, y los contornos del lugar se difuminaron poco a poco. En 1940 los alemanes, tras bombardear en picado los barcos del puerto, donde solían atracar las naves venecianas, y arrear al ejército británico en retirada hasta la orilla igual que los turcos habían forzado a los cautivos hasta las galeras, destruyeron lo que quedaba de las antiguas fortificaciones, aniquilándolo todo menos la amarga memoria de Negroponte.

Venecia quedó abrumada con las noticias de Calcis, las peores que habían llegado nunca a la República. «Nuestra grandeza sufrió una humillación, nuestro orgullo se extinguió», escribió al respecto un historiador contemporáneo. El capitán general de la marina volvió a casa encadenado para someterse a un juicio por su apocamiento. La sentencia lo condenó al exilio vitalicio y a no cobrar sus atrasos salariales, que se destinaron íntegros al rescate de los principales cautivos de Constantinopla.

¡Pobre Canale! Aunque no puede decirse que fuera un marino de la escuela de Nelson, sí era un hombre culto y con criterio, un académico y diplomático de gran experiencia. En eso no se distinguía de muchos otros almirantes de la flota veneciana. El sistema de responsabilidad oligárquica de la República dictaba que los oficiales marítimos siempre fueran nobles, pero no siempre eran marinos profesionales, y aunque a veces eso podía conducir a la humillación, también produjo, a lo largo de los siglos, varios

capitanes célebres que dirigieron a las flotillas venecianas hacia los mares del este. Mientras nos recobramos de los horrores de Calcis y tratamos de olvidar el desmembramiento del pobre Erizzo sobre las tablas, echemos un vistazo a algunos de esos capitanes:

Antonio Grimani, capitán general a finales del siglo xv, fue una figura eminente, exitoso banquero y hábil negociador, padre de un cardenal y hombre respetado en Venecia, pero, al igual que Canale, como almirante no fue ningún genio. Tras perder una batalla crucial contra los turcos, también lo mandaron a casa encadenado —su propio hijo, como favor especial, se encargó de ponerle la cadena de la pierna—. En Venecia lo recibieron como un traidor, lo satirizaron en las baladas populares como «la ruina de los cristianos» y lo exiliaron de por vida en la isla dálmata de Cres, pero al final se las arregló mejor que Canale. Huyó a Roma y organizó su reconciliación con Venecia con tanta sagacidad que, en 1521, resultó elegido miembro del consejo del dux, a sus ochenta y cinco años, y muchos años después de su deshonra marítima, la describió oficialmente como una experiencia serena, valiosa, virtuosa y excelente, dando grandes esperanzas en torno a la riqueza y la preservación del Estado.

En cambio, Vettore Pisani, capitán general durante el siglo xiv en las guerras contra Génova, encarnaba ante todo el mundo la figura del lobo de mar, muy querido por sus hombres, desdeñoso de la autoridad y siempre presto a la batalla. Era «el padre y patrón de todos los marinos venecianos». Arrestado y sentenciado a seis meses en las mazmorras tras una derrota en Pula, Istria, en 1379, cumplía condena cuando los genoveses tomaron Chioggia, en el borde sur de la laguna, y amenazaron Venecia. Los marinos venecianos se negaron a luchar sin él, y cuatrocientos hombres llegados de los municipios de la laguna solo para servir bajo su mando arrojaron sus banderas y volvieron a casa —empleando, según las crónicas, un lenguaje demasiado espantoso como para registrarlo—. Así fue como Pisani quedó en libertad. «¡Viva meser Vettore!», gritó la adoradora multitud al verlo salir de las mazmorras, pero él atajó enseguida: «Ya basta, hijos míos. Gritad mejor: "¡Viva san Marcos, el buen evangelista!"». Volvió a la mar, se sumó a la flota, luchó contra los genoveses, salvó Venecia y murió en servicio, como el héroe que era.

Otro gran contemporáneo fue Carlo Zeno, un personaje muy distinto. Intelectual, hombre de Estado, luchador, científico, culto, erudito devoto de la época clásica, bucanero y artista, Zeno desempeñó papeles muy distintos en su vida, siempre llena de emoción y aventuras. Así, lo vemos como estudiante de teología en Padua; jovencísimo cura en Patras, Grecia; mercader en el Cuerno de Oro o alguacil de Eubea. También lo vemos como un deslumbrante oficial al mando de las galeras, quemando barcos genoveses por todo el Mediterráneo oriental, enviando cargueros llenos de botín para subastarse en Creta, y apoderándose en el puerto de Rodas del premio más preciado: el Richignona, el mayor barco genovés puesto a flote, con una carga valorada en medio millón de ducados y un complemento de ciento sesenta mercaderes ricos que bien merecían un buen rescate.

Por fin lo vemos, con esa aura teatral que tanto le gustaba, apareciendo con su flota en Chioggia justo a tiempo para unirse a Pisani y salvar Venecia de los genoveses. Zeno fue a la cárcel una vez por conspiración, y en otra ocasión estuvo a punto de convertirse en dux de la República, pero le faltaron unos cuantos votos. Tenía cicatrices de sus innumerables batallas por todo el cuerpo, pero conservó la vista hasta el final y nunca tuvo que llevar gafas. Lo enterraron, como era de recibo, cerca del astillero que construyó sus barcos, y sus viejos y grandes huesos aún siguen pudriéndose ahí, en algún rincón bajo los nuevos edificios construidos con el paso de los años.

En el siglo xv, Vettore Cappello se enfrentó a tal sarta de reveses en aguas griegas que nadie lo vio sonreír en cinco meses y murió con el corazón roto. Benedetto Pesaro, en el siglo xvi, mantuvo a una amante a bordo de su buque insignia hasta bien entrado en los setenta, y solía decapitar a los oficiales insubordinados de su flota, mientras que un pariente suyo, Jacopo Pesaro, no solo era almirante, sino también obispo de Pafos, Chipre. Cristoforo da Canale escribió un libro sobre administración naval en forma de elaborado e imaginario diálogo, y se llevó a su hijo de cuatro años a la mar con él, orgulloso de haberlo destetado, según aseguraba, con las galletas del barco. Francesco Morosini, con quien volveremos a cruzarnos más adelante, siempre iba vestido de rojo de pies a cabeza y nunca entraba en acción sin su gato bien acomodado en la

popa.

Esos son algunos de los personajes más notorios que comandaron las flotas venecianas. Perdieron casi tantas batallas como ganaron, fueron tan cobardes como heroicos, tan venales como moralistas. Pocos de ellos, sin embargo, parecen hombres corrientes, y verlos llegar a puerto bajo sus estandartes dorados y atravesar el modesto paseo marítimo de Miconos o Cea con su magnífico porte debió de acelerar muchos pulsos y acercar un poco la historia a esos lugares.

Con todo, ni siquiera los almirantes pudieron lograr que Venecia siguiera controlando el Egeo. La pérdida de Eubea no supuso, tal y como predijeron las Casandras de la época, la pérdida de todo el Imperio, de las Cícladas a Istria, pero sí despojó a Venecia de su principal base egea y desencadenó la pérdida de las demás islas, una a una, a manos de los turcos.

Fue un proceso lento y terrible que se prolongó más de doscientos años. A veces la reducción del territorio era insignificante —por ejemplo, cuando los implacables capitanes turcos recorrían las islas exigiendo y recolectando dinero para su protección—, pero casi siempre resultaba espantosa. Durante generaciones, el Egeo se vio aterrorizado por los saqueadores turcos, que quemaban los puertos una y otra vez y raptaban a los isleños a miles para la esclavitud o el concubinato, de modo que las poblaciones debían recluirse cada noche tras las murallas de la fortaleza. El terrible corsario Jeireddín Barbarroja, cada vez que asaltaba una isla, empezaba por asesinar a todos los católicos. A continuación mataba a los griegos viejos, tomaba a los jóvenes como galeotes y despachaba a los niños a Constantinopla. Por fin, obligaba a las mujeres a bailar para él, elegía a la más bella para su harén y compartía el resto con sus hombres según su rango, hasta que la más fea y la más vieja se entregaban entre la soldadesca.

Las islas Egeas eran los lugares más expuestos de la cristiandad, que resistían en primera línea el avance del islam, pero en el siglo XVI era evidente que Venecia ya no tenía poder para contenerlo y salvar esos territorios, y las demás potencias europeas no querían saber nada del asunto. El duque Giovanni IV de Naxos apeló directamente

al papa, al emperador Carlos V, a Fernando I del Sacro Imperio Romano Germánico, al rey Francisco I de Francia y a «todos los reyes y príncipes cristianos» en vano, hasta acabar convertido en una marioneta de los turcos.

La desolación se arrastraba por las islas, y en las más remotas apenas quedaban ya trazas de vida. No había hombres en Sifnos, nos dice el testimonio de un viajero del siglo xv; en Serifos vivían «como brutos», día y noche aterrorizados por los saqueadores turcos; los isleños de Siros subsistían a base de algarrobas y carne de cabra; mientras que los granjeros de Íos no se atrevían a abandonar las murallas del castillo hasta que las ancianas de la isla no regresaban de su reconocimiento al amanecer y les aseguraban que no había turcos en la costa. Las luces se apagaban en las pirgoi, los coros ya no cantaban en las iglesias de las pequeñas islas y, una a una, casi como por su propio peso, por asalto o por defecto, las posesiones venecianas del Egeo fueron cayendo en manos de los turcos.

En los últimos años del siglo xvii todo estaba ya perdido salvo la isla de Tenos, en las Cícladas. Los griegos isleños habían traicionado a sus gobernantes católicos frente a los turcos en varias ocasiones, pero muchos de ellos también se habían convertido al catolicismo —hasta el punto de que los griegos de otros lugares llamaban a Tenos «la isla del papa»—. Ahí la población se mantuvo muy leal al señorío veneciano, de modo que cuando Eubea ya llevaba doscientos cincuenta años en poder de los turcos y el ducado del archipiélago no era más que un recuerdo romántico, a menos de doscientos kilómetros aún ondeaba la bandera veneciana con valentía.

Bien es cierto que la República no podía atribuirse el mérito de esa resistencia, puesto que había descuidado la isla de una forma deplorable. Tenos quedó bajo control veneciano en 1390 gracias al legado de su señor feudal, descendiente de uno de los hombres de Sanudo, pero los venecianos no tenían ninguna gana de que les endilgaran aquellas tierras, por lo que las sacaron a subasta. Luego acabaron aceptando las súplicas de la población, que había sufrido mucho a manos de los señores feudales —uno de ellos había intentado deportarla a otra isla despoblada que también poseía— y

declaró en una petición que «ningún señorío bajo el cielo podía ser tan bueno y tan justo como el de Venecia». Así, un rector veneciano gobernó la isla durante tres siglos, y la flota de la República la protegió de manera intermitente.

Intermitente, sí, porque ahí, como en todas partes, nunca consiguieron mantener a raya a los asaltantes turcos. Una y otra vez, los feroces generales musulmanes arribaban a las orillas de Tenos para quemar los pueblos y matar a todo aquel con quien se toparan. Pese a todo, no solían quedarse mucho tiempo y la población conseguía echarlos entre muestras de ignominia. Una vez, un almirante turco de paso envió un mensaje al rector exigiéndole el pago inmediato de un impuesto muy elevado, a falta del cual la isla entera sería pasto de las llamas. El rector replicó al pachá que, si quería cobrar el impuesto, solo tenía que ir a buscarlo, pero cuando las galeras turcas llegaron a puerto, miles de lugareños, encabezados por el rector, recibieron a la tripulación a palos hasta conseguir que, humillada, se marchara de nuevo. Así, Tenos adquirió una gran reputación por su arrojo inquebrantable, y las crónicas y los informes venecianos solían dedicarle toda clase de halagos —un escritor habló de ella como «una rosa entre espinas», una manera pintoresca y acertada de contemplar la perspectiva cada vez más espinosa que se abría en el Egeo—. (Aparte de eso, a los venecianos les encantaban las cebollas de la isla, que se comían crudas, como manzanas, y tenían fama de inodoras.)

La población de Tenos no estaba menos orgullosa de su lealtad, y a día de hoy sigue siendo una de las islas más católicas del archipiélago griego, lo cual no deja de ser mordaz porque también se erige en Lourdes de la ortodoxia griega. En 1824, un milagroso icono de la Virgen se halló enterrado bajo una capilla de la isla, y muy pronto se instauró un poderoso culto en torno a la imagen, con peregrinaciones populares dos veces al año. Miles de personas acudían a pasar el día desde Atenas, y cientos de enfermos se acercaban con la esperanza de curarse. En la fiesta de la Asunción de 1940, cuando el lugar estaba abarrotado de peregrinos, el crucero griego Helle fue torpedeado en el puerto, presumiblemente por un submarino italiano. Es curioso hasta qué punto la tragedia ha quedado entrelazada con el relato del icono, de modo que por toda la isla se venden figuritas del buque —construido en Estados

Unidos para la armada china— entre los exvotos y las imágenes sagradas, en una asociación de ideas que resulta, cuando menos, poderosa.

Así, en un día cualquiera, Tenos se siente veneciana hasta la médula. La gran iglesia blanca del pueblo, hasta donde suben los peregrinos, está vigilada por sacerdotes con altos sombreros. Comitivas de mujeres con pañuelos negros entran y salen del santuario. Por las puertas entreabiertas de la capilla del icono pueden atisbarse el misterio de las velas, el incienso, los objetos de plata reluciente, los rostros morenos y extáticos, las sombras y los resplandores que constituyen la esencia de la ortodoxia. El largo y ancho camino que conduce a la iglesia está flanqueado por casetas y albergues para peregrinos, y cualquier recuerdo de la isla tiene la estampa del icono. Rodeado de semejantes hechos sagrados, siempre bullicioso entre los ferris de vapor, los caiques a motor, las lanchas motoras, los yates de visita y las estrepitosas cañoneras de los mares helénicos, el pueblo de Tenos mantiene su pureza, casi como un arquetipo de lo griego. Solo los palomares decorados con fantasías en las afueras de la localidad, así como la profusión de pastelerías, evocan la lejana presencia de los venecianos, con sus gustos frívolos y extravagantes.

En los campos aledaños es donde aún podemos conectar con esa antigua presencia. El arzobispado católico, sucesor de una larga línea de titulares venecianos, tiene la sede de su palacio —elegida con mucho tacto— en el pueblo interior de Xynara, bien lejos del icono sagrado, y los venecianos, en sus buenos tiempos, establecieron aquí su cuartel general, lejos de la orilla. Desde un barco en alta mar pueden verse las trazas del asentamiento: a la izquierda del puerto moderno, un embarcadero y un par de ruinas señalan el sitio del antiguo puerto; en el interior, los pueblos blancos con campaniles italianizados salpican los campos como exiliados del Véneto, y pasado el margen del pueblo, colgando de las faldas de un pico montañoso casi cónico, pueden distinguirse los restos de la capital colonial veneciana, el último bastión en el mar Egeo: Exomvourgo.

Apenas queda nada de lo que fue. En los días dorados era una maravilla impresionante, y las antiguas imágenes, aunque proclives

a la licencia, dan cuenta de ello. El pico, que en realidad mide unos quinientos metros, parece demasiado alto, escarpado y repentino en esas antiguas y alegres versiones, y se alza sobre la isla como un Everest; encaramado vertiginosamente en su cima, como un afloramiento de la propia roca, el fuerte de Santa Elena se yergue como una erupción de torres, muros y banderas. Unas murallas de aspecto inexpugnable rodean el pico, y abajo la isla parece segura y confiada, caracterizada por sus benignas granjas y sus barcos anclados en aguas tranquilas.

Ahora no es así. Los restos que yacen en lo alto de la colina aún dominan, gloriosos, el paisaje isleño y los mares que lo rodean; al oeste hacia Cea, al norte hacia Andros, al este hacia Quíos e Icaria, al sur hacia Paros y Naxos de los duques. Sin embargo, son poco más que un montón de piedras, apenas reconocibles como un fuerte, sino por los empinados escalones que conducen hacia el risco, la puerta fortificada de las murallas y la pequeña capilla que sobrevive, recién pintada e iluminada con velas, en el sotavento de la montaña de abajo.

Además, aunque el drama siga ahí, la gloria ya se esfumó, porque al final los venecianos entregaron la rosa del Egeo con mansedumbre y llevaron su larga soberanía en esas aguas a una innoble conclusión.

Fue un célebre escándalo. A finales del siglo xvii, las defensas de la isla se hallaban en un estado vergonzoso. Quizá el rector siguiera remando por la isla con su galera de catorce remos y los venecianos aún vivieran con cierta clase en sus mansiones de la montaña, pero, tal y como declaró un visitante francés en 1700, «solo catorce soldados harapientos guardaban la fortaleza, siete de los cuales eran desertores franceses». Entonces había unas quinientas casas tras los muros de Exomvourgo, pero por muy magnífica que pareciera su situación a los cartógrafos más fantasiosos, en realidad el sitio no era tan envidiable. Tenos era, por tradición, la cuna de Eolo, el dios de los vientos: los cortantes vientos del norte del Egeo arremetían contra aquellas casas de piedra igual que hoy azotan, helados, sus ruinas, y los posibles asignados a ocupar la oficina del rector en el incómodo y peligroso puesto imperial veían el destino, según el francés, como una mortificación.

Así, acurrucado aquí el amanecer del 5 de junio de 1715, el último gobernante veneciano del Egeo vio una flota turca echando el ancla a orillas de la bahía. ¡Qué momento de soledad! Había veinticinco barcos de guerra y cargueros suficientes para transportar a veinticinco mil hombres. Los lugareños corrieron a Exomvourgo para ponerse a salvo, llevando las armas consigo. Los turcos se adentraron en la isla con su artillería, sus morteros y sus escalas de asedio y, una vez dispuestos alrededor de la montaña, comenzaron a bombardear el fuerte. Al principio, la guarnición luchó con ánimos, causando numerosas bajas entre los turcos. Tenían muchísima comida y municiones y, según las crónicas, los griegos estaban más que dispuestos a luchar hasta el final. Fueron los venecianos quienes se rindieron; al parecer, tras recibir sobornos, y lo cierto es que firmaron una capitulación deshonrosa. A todos los venecianos se les permitiría abandonar la isla. Todos los griegos estaban obligados a quedarse. El rector, Bernardo Balbi, firmó el acuerdo sin rechistar, y él y sus hombres pudieron salir del fuerte con todos los honores de guerra. Se marcharon indemnes, dejando a sus súbditos, los más fieles que hubieran podido soñar, a merced de los turcos.

Así, la duradera presencia veneciana en la isla de leyenda acabó de la manera más miserable, no como Dandolo, Sanudo y todos sus bravos hombres habían previsto. Al regresar a Venecia muerto de vergüenza, Balbi fue acusado de aceptar sobornos de los turcos y pasó el resto de su vida en prisión. Se dice que sus oficiales recibieron un castigo por su venalidad, consistente en derramarles plata ardiendo por todo el cuerpo. Los turcos arrasaron con la mayor parte de Exomvourgo y enviaron a los leales griegos de Tenos como esclavos a África.

La isla grande

La naturaleza de Creta – El sistema imperial – Problemas – Dos recuerdos – Beneficios irónicos – Obras de albañilería mezcladas – El cerco – «Hora de irse»

En el extremo sur del Egeo, como un malecón, está la isla de Creta. Es otro mundo. La primera vez que la vi fue desde el puente de un barco, a finales de la Segunda Guerra Mundial, y aquel día, mientras fondeábamos en la oscura bahía de Suda, me pareció que ardía entre las furias de la batalla recién concluida. Desde entonces, con los años, el turismo ha penetrado en cada recoveco de los mares griegos, y los antiguos modos de vida se han visto templados desde Lemnos hasta Corfú, pero Creta, tal y como descubrimos al acercarnos navegando desde las etéreas Cícladas, aún sigue ardiendo, no solo en un momento dado, con las brasas de un conflicto específico, sino con la intensidad temperamental que posee de nacimiento, con sus aterradores paisajes y sus recuerdos siempre feroces.

Es la cuarta isla más grande del Mediterráneo —los griegos la llaman simplemente «la isla grande»— y no se parece a ninguna otra. Emerge entre salvajes cadenas montañosas directa desde el mar, a menudo restregada por vientos brutales, y casi la mitad de su terreno es incultivable. No abarca mucho, en realidad: doscientos kilómetros de largo y nunca más de cincuenta y ocho de ancho, pero su presencia es gigantesca. Su masa de tierra está surcada por barrancos torcidos aquí y allá, y las profundas sombras que marcan sus flancos montañosos parecen doblar su tamaño e impregnarlo todo de su aire terrorífico. Es lo opuesto a la isla Mauricio, por poner un ejemplo, que Darwin definió como «una isla construida con elegancia». Creta está construida con violencia y abunda en augurios, pues es la tierra natal de Zeus y la guarida del Minotauro.

Incluso a plena luz del sol luce un paisaje sobrecogedor e insinuante que, en un invierno amargo, puede resultar un espanto glorioso. Las nubes que cuelgan tan a menudo de las cimas montañosas se diseminan por toda la isla, formando bancos de niebla y tormentas; entonces, a veces, cuando los vapores arremolinados se tiñen de la súbita luz del sol, el lugar parece en llamas. ¡Nubes carmesí corriendo de aquí para allá! Los vientos soplan en esos valles como chorros a presión, y, cuando truena, el estrépito resuena por las alturas como en cuevas y luego se propaga, quebrándose entre las rocas.

La historia cretense está a la altura de este paisaje y de su leyenda. La civilización minoica de la prehistoria quedó destruida por alguna catástrofe espantosa, a la que siguieron varios siglos de ocupación extranjera: romana, árabe y bizantina. En las Cícladas es fácil sentir que los dioses paganos sobreviven a todo lo que la geopolítica es capaz de hacerles, y suelen salir a darse baños de sol o a tañer las guitarras en la cubierta de algún ferri. Creta, en cambio, no es así. Es una isla cargada de poder, pero sin estremecimientos. Una vez fui al lugar donde nació Zeus, una caverna llamada Ideon en la falda del monte Ida, al atardecer de un día gris de invierno, y encontré el lugar estéril y perturbador. Allí la montaña es muy árida, y el choque de las pezuñas de las cabras contra el suelo era el único sonido en medio del silencio. Sin embargo, no fue el escenario desierto e inhóspito lo que me provocó un escalofrío, ni su color ceniciento, sino la sensación de que, pese a haber sido el lugar supremo de lo sagrado —donde, si no un dios, al menos había nacido una gran idea—, ahora ya no suscitaba ni una pizca de emoción. No había numen ni magia. El viento cretense lo había barrido todo, y la cueva era solo un agujero en la falda de la montaña.

Esta asombrosa isla pasó a manos venecianas después de la Cuarta Cruzada. Se asignó a Bonifacio de Montferrato, pero los venecianos le compraron los derechos de explotación, a precio muy barato, en un acuerdo con el rimbombante nombre de Refutatio Cretae. Sin embargo, antes de tomar posesión de la isla tuvieron que desalojar a los genoveses, que ya habían ocupado una parte, y pasaría otra década hasta que se

convirtieran en verdaderos dueños del lugar. Entonces Creta se llamaba Candía y, sobre todo después de la pérdida de Eubea, constituyó una pieza clave de la región oriental del Imperio donde los asentamientos dispersos podían buscar protección, juicio o intervención, y a través de cuyos puertos podía pasar todo el tráfico a Egipto o Levante. Muchas otras posesiones se consideraban subordinadas a la isla grande, y en el siglo xiii el dux Renier Zeno declaró que toda la fuerza del Imperio veneciano residía en ese dominio.

Creta es un nudo, un enlace por excelencia, equidistante de Europa, Asia y África. Incluso ahora, aunque bajo la dirección administrativa de Grecia, tiene un aire de lo más exótico, y ciertas partes de su capital, Heraclión, parecen no tanto una ciudad europea como un pueblo con bazar islámico. En los tumultuosos callejones de sus mercados flota el olor a hierbas, cuelgan los animales muertos, lucen objetos de latón lustrado y se oye el golpear de los martillos. En los restaurantes de las calles traseras crepitan las parrillas de shish kebab. El regateo, la falsa retirada, las rebosantes cachimbas y otros síntomas orientales permean la ciudad y brindan a sus sórdidas calles una consoladora impresión de caravasar.

A veces también la vida en el campo es más oriental que helénica. Detengámonos ante la pequeña comitiva que avanza a trompicones por el camino de pedruscos, y que bien podría haber salido de Damasco. Primero, cual exploradores, vienen los resueltos perros reconociendo el terreno, luego el pastor montado en su buen burro, con un turbante de cuentas negras y una vara que no deja de sacudir. A continuación la mujer, en un asno mucho menos majestuoso, medio velada con una bufanda negra envolviéndole el mentón y cargada de sartenes, bolsas y cestos. Un rebaño de cabras y ovejas enredadas de morro chato corretea a los lados; una y otra vez, se detienen para cornearse, mordisquear algo del camino o simplemente husmear el aire. Por último, el niño pastor surge caminando detrás con un cayado al hombro, tirando de dos o tres vacas con movimientos elegantes y finos que parecen extraídos de las negras tiendas del desierto.

En un día cálido y tranquilo, en la costa sur podemos imaginar que divisamos las nubes polvorientas de África saliendo con gesto hosco del mar de Libia. Tal vez sean reales. Entre Creta y la costa africana

solo hay trescientos kilómetros, y cuando los romanos se establecieron en la isla, la consideraron parte de la provincia Cirenaica. En Creta crecen bananas. Los egipcios la gobernaron en el siglo xix, y cuando en 1941 la invadieron los alemanes, miles de soldados griegos y británicos escaparon en pequeños botes rumbo a Alejandría.

Los venecianos eran muy conscientes de la importancia geográfica de la isla. No permitieron que ningún sobrino impetuoso gobernara ese preciado territorio, que debía albergar una verdadera colonia de la República regida por Venecia, compuesta por familias venecianas y organizada por administradores venecianos en el marco de un sistema de gobierno basado en el señorío: esto es, el primer gobierno imperial propiamente dicho del Stato da mar.

Creta sería una Venecia traspuesta. A la cabeza de la colonia estaba un duque, sombra del dux, designado por Venecia para un mandato de dos años. Con él venían dos consejeros, y el trío formaba así el señorío local. Por debajo estaba el Gran Consejo de nobles venecianos, entre cuyos miembros se elegía un consejo permanente para asesorar al duque. La isla estaba dividida en seis regiones administrativas, correspondientes a los seis distritos venecianos y con sus mismos nombres: San Marco, Cannaregio, Dorsoduro, Castello, San Polo y Santa Croce, y tan exacta se pretendió la analogía que se alentó a los habitantes de los diversos distritos venecianos a ocupar sus equivalentes en la isla. Por debajo de esos sestieri, la isla se dividía en doscientos feudos, casi todos otorgados a colonos de Venecia a cambio de que cumplieran deberes militares para la República.

Cada feudo contaba con su cuerpo de siervos, la mayoría de origen árabe y muy apegados a la tierra, que podían emplearse también para servicios militares, de modo que la perspectiva de la grandeza feudal de Creta atrajo a muchos jóvenes venecianos ambiciosos. Algunas de las mejores familias venecianas se hicieron cargo de las tierras cretenses igual que se habían apoderado de otras islas del Egeo, y nombres como Faliero, Foscari, Grimani, Contarini o Morosini dieron un brillo aristocrático a la comunidad asentada: en 1383, dos nobles navegaron hasta Creta para llevar de regreso a un

miembro de una familia de colonos, Antonio Venier, que acababa de ser elegido dux de la República.

El control de Venecia era férreo, al menos en teoría, pese a las tres semanas de media que tardaba el barco desde la laguna a Creta. El señorío especificaba la organización gubernamental de la isla hasta el menor detalle, y un equipo de inspectores velaba por el cumplimiento de las reglas. Un cuerpo de especialistas, los sapientes, acudía cada año a supervisar los asuntos marítimos de la isla, y cada cierto tiempo llegaban los todopoderosos proveditori, o superintendentes, para reorganizarlo todo.

La administración se guiaba únicamente por sus propios intereses y no era muy instruida. Creta se regía por el exclusivo beneficio de Venecia. Los cretenses vivían explotados sin reparos, obligados a cumplir las tareas más pesadas o bien reclutados para las guerras contra los turcos: «Muchos cretenses murieron en la última guerra —declaraba un pusilánime funcionario veneciano en 1573—, pero, en unos cuantos años, el cupo volverá a llenarse, porque hay muchos niños entre los diez y los quince años de edad…». El vino era el principal producto de exportación, pero, cuando en 1584 hubo un exceso en el mercado internacional, todos los viñedos cretenses se arrancaron para introducir la caña de azúcar, a cargo, sobre todo, de esclavos circasianos, armenios y rusos vendidos por los tártaros a los comerciantes venecianos en el mar Negro o el mar de Azov. Ni que decir tiene que todos los beneficios de las plantaciones iban a parar a Venecia o, cuando menos, a los venecianos. El trigo, la cebada, el aceite, el queso, el algodón, la seda, la madera para los astilleros… Todo iba derecho a las fauces del comercio veneciano y ayudaba a fraguar sus enormes fortunas. La corrupción abundaba por doquier: uno de los dos consejeros profesionales del duque de Creta acabó en prisión por aceptar sobornos en 1431. «¿Qué saben de leyes los peces? —se preguntaba el ultrajado, aunque prejuicioso papa Pío II—. Así como entre las bestias las criaturas acuáticas son las menos inteligentes, también entre los humanos los venecianos son los menos justos y capaces de la humanidad entera…»

Con los años, los venecianos se esforzaron en fortificar la isla y cercaron las tres localidades —Heraclión, La Canea y Rétino—,

todas ellas situadas en la costa septentrional. Construyeron castillos protectores en tres islas costeras —Gramvousa, Suda y Spinalonga —, y cubrieron los campos de fuertes más pequeños. Establecieron la capital en Heraclión, el más oriental de los tres municipios, al que también llamaban Candía —lo cual suscitaba una cierta confusión—, transformando aquel insignificante lugar, fundado por los árabes mucho tiempo atrás, en un impresionante centro colonial. Ahí residía el duque en su mandato bianual, la nobleza expatriada se reunía para sostener su dignidad y los venecianos trataban de recrear algunas de las grandezas de la madre patria.

Ahora no puede decirse que Heraclión sea un lugar majestuoso. Tal vez los venecianos se deleitaran en sus callejuelas de reminiscencias orientales, pero hoy quedarían horrorizados por sus discordantes bloques de cemento y sus carreteras sucísimas. Aun así, todavía puede adivinarse en los contornos del pueblo el patrón de su antigua autoridad, simbolizado a propósito en la arquitectura. El centro urbano era una réplica en miniatura de la ciudad imperial de Venecia. Ahora se llama plaza Elefthérios Venizélos, y pese a estar sumida en un absoluto caos de tráfico muy congestionado, aún es posible reconocer las trazas de su diseño. En la cara norte estaba el palacio ducal, antaño erguido y merlonado en imitación directa de su magnífico original, y ahora aniquilado por las tiendas y oficinas salvo por unas cuantas arcadas. Al oeste estaba la basílica de San Marcos, la capilla privada del duque a imagen y semejanza de Venecia; en este caso, el edificio sigue en pie y es de uso público, pero ha perdido el león alado que lo presidía, las tres astas de bandera y el campanil. Al doblar la esquina está la armería, actual ayuntamiento, y muy cerca, reconstruida hace poco, está la elegante Loggia, un club para nobles y centro social de poder desde cuyos balcones los heraldos hacían sus anuncios y los duques contemplaban los cortejos festivos. Aledañas a la Loggia, pero ya desaparecidas, se alzaban las casas de los mandos militares y navales y el enorme almacén estatal, donde se depositaba el grano para emergencias.

Bajando un poco la calle estaba la iglesia de San Tito, antigua iglesia ortodoxa en la época bizantina de la que se apropiaron los venecianos para rehabilitarla y otorgarle el aspecto de un arzobispado católico, una vez enviada a Venecia su más preciada

reliquia, la cabeza de san Tito. La bandera de San Marcos siempre ondeaba en el campanario para proclamar la pertenencia de la iglesia al Estado; y en su cementerio estaban enterrados obispos, duques y generales. En Navidad y Semana Santa, así como en las festividades de San Tito y San Marcos, los colonos feudales estaban obligados, según el contrato de sus tierras, a rezar por los dux venecianos en la iglesia y afuera, donde se celebraban las ceremonias sagradas estatales. Bajo el dominio turco, San Tito se convirtió en mezquita en 1872, pero luego volvió a ser una iglesia ortodoxa, y en 1966, superados ya los instintos imperiales, los venecianos devolvieron la cabeza del epónimo, aún conservada en su relicario original.

Desde el núcleo administrativo de la calle principal se extendía una verdadera avenida imperial directa hacia el puerto, y todo el conjunto estaba rodeado por una carretera de circunvalación. Más allá, la vida de la ciudad se desvanecía como en ondas concéntricas de cada vez menos importancia. Fuera del radio estaban los barracones de San Jorge, para las guarniciones de soldados venecianos, numerosos monasterios y conventos, el gueto judío y, rellenando el vacío, los mercados, las tiendas, los bazares y las viviendas de los griegos. Incluso ahora, la gente de Heraclión parece habitar los intersticios entre los edificios de la autoridad, y aún siguen enclaustrados en el recinto de murallas con el que los venecianos cercaron su capital en el siglo xvi.

Son murallas magníficas, diseñadas por el gran Michele Sanmicheli, que siguen más o menos completas, aunque aquí y allá los pobres se han asentado en sus recintos interiores y se ven chozas destartaladas que bloquean las troneras y cabras atadas mordisqueando la hierba de los fosos. Miles de pájaros anidan en los tramos mejor resguardados, entrando y saliendo de las hendijas, arremolinándose en torno a las silenciosas torres mientras los lagartos se escabullen entre las hendiduras para las flechas y las cañoneras.

Conforme recorremos estos rincones, se nos va desplegando poco a poco la elaboración de las defensas imperiales: el estratégico círculo interior de carreteras, como un cortafuegos entre las casas; las imponentes puertas defensivas: la de San Jorge, la de Jesús, la del

Pantocrátor; los polvorines ocultos y las salas de los cuarteles; los complejos ángulos y protuberancias de los muros; hasta que, al alcanzar la cara norte de la ciudad y contemplar las vistas, más allá del mar, vemos el puerto de Heraclión dentro de su propio muelle protector debajo. En sus embarcaderos se disponen los cobertizos irregulares de los constructores navales venecianos, y al final del malecón surge la aislada fortaleza de la Rocca al Mare, la puerta trasera de Creta: baja, fuerte, prohibitiva, con el león alado aún gigantesco sobre el umbral y sus almenas orientadas en todas direcciones, hacia dentro, a los súbditos cretenses; y hacia fuera, a los turcos, griegos, genoveses y otros peligros marítimos.

Todas las defensas tenían doble cara, hacia dentro y hacia fuera, porque desde el principio los cretenses detestaron la autoridad veneciana. Son un pueblo de sólida independencia que, a lo largo de la historia, ha respondido a las injerencias extranjeras con una violencia irreconciliable. La muerte y la crueldad son viejas conocidas en Creta, y el dilema entre sangre y miedo, entre libertad y vida tranquila, entre amor propio y supervivencia, no ha dejado de ser una constante en la isla.

No llores por el águila

que debe volar bajo la lluvia,

guárdate las lágrimas para el pájaro

que no tiene alas.

Así reza una canción popular cretense de lo más apropiada. Los cretenses llevaban una vida muy dura en su isla de paisajes desafiantes, pero se comportaban como héroes. Volaban atravesando tormentas eléctricas si era necesario. Su sistema de resistencia a la autoridad no deseada se componía de astucia, fuerza bruta y camaradería a partes iguales. Los griegos usaban el término

cretizar, que significaba «actuar como un cretense, mentir, engañar»; pero luego tenemos el verbo sincretizar, que comparte la misma raíz pero significa «aliarse contra un enemigo común». A día de hoy, al ver a un grupo de cretenses haciendo algo juntos, charlando o zapateando con extraños gestos en los círculos embrujados de sus danzas, medio jigas, medio zarabandas, nos parecen invencibles en su apego a los vínculos originales. Cuidan con esmero esas maneras indómitas. Tienen una palabra para su héroe ideal, ese fanfarrón bigotudo y con fajín que suele verse inmortalizado en tantos carteles y monumentos rurales. Lo llaman palikare, un matón en pos de la libertad, y lo honran en las sagas de todos sus héroes, por los siglos de los siglos.

Durante los primeros dos siglos de autoridad veneciana, no hubo más que rebeliones en Creta, y el palikare se convirtió en una figura de sobra conocida por los venecianos, uno de los cuales la describió como un hombre de grandes bigotes, grandes botas, muchas armas y un fuerte olor a cabra. Los venecianos disfrutaban citando a san Pablo, que describía a los cretenses como «mentirosos, bestias malvadas, panzas lentas», y avisaban a los recién llegados a la isla de que la mordedura de una cretense provocaba la muerte instantánea, y la sífilis de sus favores también era bastante letal. Casi en el mismo momento de la llegada de los venecianos, los isleños se rebelaron, obligando al primer duque a escapar de Heraclión disfrazado de mujer, y al cabo de medio siglo un cronista veneciano reconocía con franqueza que los cretenses eran irreconciliables: «Siempre han albergado sentimientos muy perversos contra los venecianos, y nunca han aceptado subordinarse a ellos». Tan contagioso era el espíritu de la isla que, a finales de siglo, algunos colonos venecianos también se rebelaron contra la República, resentidos por su exclusión de los principales puestos administrativos y, como los colonos británicos en África, escaldados por las interferencias de la lejana autoridad central: es decir, lo que los rodesianos llamaban «el factor imperial».

Los cretenses habían guardado una fidelidad absoluta a Bizancio y su iglesia. Las familias locales más destacadas llevaban nombres bizantinos. La iglesia era devota de Bizancio en sus rituales y creencias. Los todopoderosos sacerdotes odiaban todo lo latino. Constantinopla se alzaba de un modo tan tremendo en el imaginario del pueblo que los bardos seguirían cantando sobre el regreso a la

ciudad de las ciudades y la expulsión del gobierno usurpador durante los seis siglos siguientes. Cabe imaginar, pues, que la llegada de los venecianos, corruptores de Bizancio, no fue bien recibida. Las revoluciones y represiones se sucedieron con brutalidad, y los relatos de la Creta veneciana no escatiman en horrores.

Una vez hubo una confabulación para asesinar a todos los funcionarios venecianos en un solo día, pero al final alguien filtró la información al dux y los conspiradores acabaron estrangulados. Otra vez se invitó a negociar a un rebelde cretense a quien, tras recibirlo en el palacio ducal, los venecianos torturaron, metieron en un saco posteriormente cosido y arrojaron al mar. Cuando al dux se le reprochó haber procedido en secreto, este replicó que quería ahorrar sufrimientos a la familia del fallecido. Otra vez, un líder cretense que había fracasado en su insurrección personal ordenó a su sirviente que lo matara, cual Antonio de Shakespeare —y este, a diferencia de Eros, obedeció la orden—. Entre los cretenses, el terrorismo político, el bandolerismo y la vendetta se superponían sin cesar; mientras que entre los venecianos la inseguridad conducía, una y otra vez, a la malevolencia. Quemaban pueblos, ejecutaban rehenes o los deportaban a cientos. A veces persuadían a los rebeldes para que se atraparan entre ellos y les concedían el perdón cuando traían a algún cabecilla insurrecto a Heraclión. Sin embargo, en el siglo xvi la regla dictaba que solo podía perdonarse a un rebelde cuando traía la cabeza de un camarada que hubiera matado a más víctimas que él, y, según las especificidades del acuerdo, tenían que ser al menos dos.

La rebelión más grave tuvo lugar en 1362, cuando algunos destacados colonos ocuparon Heraclión, depusieron al duque, anunciaron su conversión a la fe ortodoxa y renunciaron a su lealtad a la República. Con el apoyo entusiasmado de los cretenses, eligieron a un nuevo duque entre los suyos y proclamaron la recién estrenada República de San Tito en la isla. Un ejército mercenario se levantó en Italia para lidiar con ellos, las tropas llegaron desde Eubea y Naxos y el papa declaró una guerra santa que solo logró restaurar el gobierno veneciano después de una lucha tan larga como terrible.

El poeta Petrarca estuvo en Venecia durante toda la contienda, como

huésped del señorío. Las noticias de la isla se recibían con aflicción, pues nunca había habido una crisis imperial tan grave, y la implicación de tantas familias venecianas en la revuelta perturbaba a la ciudad de un modo muy profundo. Una mañana, cuenta Petrarca, asomado a la ventana de la casa que le habían asignado en la Riva degli Schiavoni mientras contemplaba la laguna, una galera entró en la cuenca toda engalanada con flores mientras la muchedumbre congregada en el muelle la recibía con banderas ondeantes y gritos. El barco arrastraba en la popa las insignias del enemigo derrotado. Enormes multitudes corrieron hacia la piazzetta para saludar a la nave victoriosa, «y cuando el embajador descendió, todo el mundo supo de los hechos acontecidos, que se propagaron con rapidez. El enemigo se había derrotado, asesinado, capturado, puesto en fuga; los ciudadanos de la República estaban a salvo, las ciudades habían retomado la obediencia, el yugo se había clavado en Creta una vez más».

La ciudad estalló en una gran celebración. Hubo tres días de juegos, fastos y boato en la plaza. Se representaron luchas simuladas. Se ofrecieron magníficos banquetes. El rey de Chipre, que pasaba por Venecia, se unió a la justa. La memoria de los hombres no recordaba espectáculo como aquel, escribió Petrarca complacido. Muy lejos, la isla de Creta permanecía sumida en la desolación y todos los rebeldes, hasta el último, habían muerto ejecutados.

En la mente cretense, el antiguo antagonismo se diluyó hace ya mucho tiempo, y la memoria popular confunde a los venecianos con otros adversarios más recientes: los turcos, los egipcios, los alemanes. Sin embargo, aún perviven legados muy tristes en la conciencia del pueblo acerca de la larga lucha contra la Serenísima. He aquí dos de ellos:

El primer legado es un relato, la trágica alegoría de George Kandanoleon, uno de los palikares más audaces —quizá contenga una parte de ficción, puesto que varias generaciones de narradores cretenses se han encargado de embellecerlo, pero se ha contado tantas veces que ha llegado a adquirir una verdad propia—, que concierne a una de las últimas revueltas, en la primera década del siglo xvi. La gente del montañoso oeste cretense se negó en la época a pagar impuestos, rechazó la autoridad administrativa de la República y estableció su

propio gobierno revolucionario, con Kandanoleon a la cabeza. Este formó una verdadera administración, no solo un comando guerrillero, apoyado por varios cretenses destacados, miembros de los clanes bizantinos que habían sido muy poderosos antes de que llegaran los venecianos. Se recaudaron impuestos y se organizó un gobierno local, de modo que el oeste de Creta se convirtió, en efecto, en un Estado independiente.

Kandanoleon, según cuenta la historia, concibió a continuación la idea de sellar una alianza entre las dos autoridades rivales y propuso que su hijo Petros desposara a la hija de un gran noble veneciano, Francesco Molino de Alikianos. Así, corrió el enorme riesgo de cruzar al territorio veneciano para proponer la boda a Molino. Los venecianos, cosa inesperada, aceptaron la asombrosa propuesta. Hubo intercambio de anillos y la fecha del enlace se fijó para el domingo siguiente. Ambas partes acordaron que sería una boda discreta en el castillo de Alikianos, en pleno campo. Los Molino invitarían a unos pocos allegados de Heraclión, y Kandanoleon no llevaría más de quinientos camaradas y conocidos de las montañas.

El día amaneció claro y despejado, cuenta la historia. Kandanoleon y Petros llegaron en buena forma junto a trescientos cincuenta guerrilleros y cien mujeres, y se encontraron todo dispuesto para la boda. Un centenar de ovejas se asaban en sus espetones y un centenar de barriles de fuerte vino cretense se estaban abriendo. El contrato matrimonial se firmó, el pacto quedó cerrado y la comitiva, relajada. Bailaron mucho, sobre todo los cretenses. También bebieron mucho, como buenos cretenses. Se comieron toda la comida de los espetones. Al caer la noche, los invitados se echaron a dormir en el gran vestíbulo del castillo y el patio exterior.

Sin embargo, todo fue una treta, y lo que empezó como alegoría de una reconciliación acabó como estampa de una traición. Molino había alertado a los mandos militares de Heraclión, y las tropas se presentaron en mitad de la noche. Una compañía llegó por carretera desde la capital y otra atracó las galeras en la playa, hasta que unos dos mil hombres rodearon el castillo. Las tropas lanzaron cohetes a modo de señal, a los que contestaron desde la torre del castillo. Realizaron el asalto, prendieron a los cretenses y se llevaron a

Kandanoleon encadenado a Heraclión. Lo colgaron de un árbol con su hijo, el novio, y fusilaron, colgaron o enviaron a galeras al resto de los invitados. Arrasaron los pueblos del oeste. «Los hombres de fe que respetaban a su Dios y a sus líderes fueron confortados y consolados», declaró un oficial veneciano.

El segundo legado atañe a un lugar. Lasithi es un altiplano de unos diez kilómetros de ancho y casi circular que se alza a unos cuarenta kilómetros al sureste de Heraclión. Es como un cráter volcánico de cuatrocientos metros de alto, rodeado de picos áridos por todas partes. La carretera hasta allí se retuerce en dramáticas curvas que suben del litoral a los montones de escoria, esquisto y piedra caliza que constituyen las montañas cretenses, el aire se enrarece y enfría conforme subimos, las piedras se afilan, la cuneta es cada vez más precaria, hasta que de repente surge, como un desconcertante centinela en el borde del paso, una hilera de piedras achaparradas cubriendo la calzada y dispuestas, aguardando, a cada una de las orillas, como intercaladas hacia las laderas. ¿Son megalitos? ¿Son fuertes? ¿Son tótems minoicos?

Son molinos de viento, de una antigüedad remota y una clara malevolencia; algunos meras torretas ya, otros aún con los resquicios ruinosos de las aspas colgando del eje; y al cruzar el paso y enfilar la colina hacia el otro lado, hacia el altiplano verde y simétrico que se extiende abajo, descubrimos que son los centinelas de su estirpe. Apiñados en la llanura de atrás, allí donde alcanza la vista, en cada campo, encima de cada cobertizo, están los diez mil molinos de viento de Lasithi, quietos y silenciosos en una mañana de invierno, y envueltos en chasquidos, zumbidos, aleteos y gemidos cuando la brisa de verano refresca las colinas.

Cada uno de ellos es un irónico memorial de Venecia. En el altiplano de Lasithi vivía una comunidad muy irritable e independiente, incluso para el patrón cretense. Sus fértiles tierras, ricas en maíz, frutas y hortalizas, estaban aisladas del resto de la isla por las altas montañas que las rodeaban, pero siempre habían permanecido habitadas desde los tiempos paganos, cubiertas de toda clase de enclaves y vínculos antiguos. Era un hervidero de sentimiento patrio, por lo que se convirtió en el centro más natural de la resistencia a los venecianos. Desde su gran pozo de las colinas, bandas de palikares hostigaban sin cesar la costa, las cuales

desempeñaron un destacado papel en el gran levantamiento de 1362.

A modo de retribución, el duque de Heraclión, Paolo Loredan, ordenó arrasar el altiplano de Lasithi hasta el último rincón, y cada uno de sus habitantes debía abandonar la tierra. Arrancaron los árboles, devastaron los terrenos, quemaron los pueblos. A quien cultivara el altiplano, e incluso llevara el ganado a pastar a sus laderas, se le castigaría amputándole un pie. Con esas medidas, escribió Loredan a Venecia, «Creta será incapaz de engendrar otra rebelión». Lasithi se convirtió en un lugar muerto y estuvo desierto durante un siglo. Sus tierras permanecían ocultas bajo la maleza y el matorral, y las estribaciones empezaron a poblarse de densos bosques. En verano, el altiplano lucía pardo, quemado por el sol, y en invierno las lluvias formaban un lago; solo el kri-kri, la cabra salvaje de Creta, pacía imperturbable entre los acres de tierra. A lo largo de varias generaciones, la sola mención de Lasithi inspiraba en la isla fantasías sombrías y crueles tradiciones.

Aun así, Creta siguió siendo el granero de Venecia, y en 1463, un año de escasez, los venecianos se vieron obligados a devolver la vida a la región. Los técnicos recorrieron los campos para instalar una enorme red de acequias de drenaje y delimitar el terreno en cuadrados, cada uno señalado con un hito de piedra, al más puro estilo de la ingeniería de riego clásico. Despejaron los arbustos, levantaron el primer molino de viento y, poco a poco, restauraron la fertilidad en aquellos terrenos que luego arrendaron en parcelas, un tercio de cuyo producto se destinaba al Estado. La mayoría de los nuevos arrendatarios eran descendientes de los antiguos habitantes, pero, durante generaciones, no vivieron en el altiplano encantado, sino en campamentos improvisados en las mismas tierras durante los meses cálidos, como nómadas.

Así, Lasithi pervive como un ambiguo recuerdo del Imperio veneciano. Cualquier mapa a gran escala muestra la cuadrícula rectilínea de los agrimensores imperiales, y en el suelo aún quedan zanjas e hitos de piedra aquí y allá que evocan los pantanos de Brenta o los confines de la laguna veneciana. A día de hoy, los pueblos de Lasithi llevan los nombres de sus arrendadores imperiales: Tzermiado era el terreno de la familia Tzermia, Farsaro la finca de los Farsari. Y aún hoy, cuando los molinos permanecen

silenciosos en sus campos, tal vez al calor de una tarde de verano, o a primera hora de una mañana invernal, Lasithi sigue pareciendo un lugar muerto, con sus aldeas dispersas y abandonadas como durante los años de la maldición, y solo las cabras y los fantasmas andan sueltos.

Pese a todo, el impacto de Venecia sobre Creta no siempre fue duro y severo. En ciertos aspectos, también dio buenos frutos. Por una feliz paradoja, aunque los venecianos oprimían el cuerpo temporal, cuidaban el espiritual y artístico, y permitieron que la imaginación bizantina floreciera una vez más bajo su anómala tutela.

Los venecianos emprendieron su trayectoria imperial imbuidos de una intolerancia ritual. Morosini, el primer patriarca inventado de Constantinopla, se pavoneaba paseando por la ciudad afeitado —una afrenta deliberada a las convicciones ortodoxas— y ataviado, según los cronistas griegos, «con una túnica tan ajustada que parecía cosida a la piel». Los primeros sacerdotes latinos de las islas Egeas se empeñaron en desacreditar los ritos ortodoxos y escandalizaron a los isleños con su comportamiento mundano. Para muchos griegos, la religión veneciana era, en todo caso, más repugnante que la turca, pues al menos los turcos solían dejar las iglesias en paz y no intentaban hacer proselitismo.

Cuando los venecianos llegaron a Creta por primera vez, asaltaron todas las iglesias y trataron de prohibir la lengua griega en los rituales eclesiásticos, cesaron a los obispos griegos y sometieron al clero ortodoxo a sus prelados latinos. Solo permitieron una iglesia ortodoxa en cada una de las tres ciudades. No obstante, el fervor no duró mucho. En otras partes del Imperio, las antipatías se mantuvieron hasta el final, pero en Creta, aunque solo fuera en el aspecto teológico, los venecianos se comportaron con mano blanda.

Por una parte, sus intentos de excluir la ortodoxia resultaron un fracaso estrepitoso, pues el pueblo se negó a cambiar de creencias y lealtades. Por otra, los colonos venecianos fueron helenizándose cada vez más. Muchos se casaron con familias ortodoxas y se convirtieron al credo griego, mientras que algunos nobles cretenses, aunque conservaron su fe ortodoxa, adquirieron una forma de vida

y un estilo cada vez más latinizado, lo cual permitió que los dos grupos de nobleza terrateniente se confundieran. Poco a poco, las actitudes empezaron a atemperarse. En 1403 encontramos al capitán de Heraclión, el mando militar de la capital, tomando clases de griego, y algunas iglesias rurales consagradas a los dos ritos: el culto latino a un lado y el griego al otro. En el siglo xvi las tornas habían cambiado: todos los sacerdotes de la isla eran ortodoxos salvo unos cuantos católicos, concentrados en los barrios venecianos de los municipios más grandes.

Floreció la ortodoxia y con ella el arte. Las iglesias de Creta están dotadas de cuadros exquisitos, casi todos financiados por mecenas venecianos. Escondidas en valles inesperados, alegremente encaramadas en las colinas, colocadas en mitad de las aldeas con su amalgama de paisajes, suave arquitectura y colores deslumbrantes, constituyen casi una forma artística en sí mismas. Abovedadas, encaladas e inocentes por fuera, por dentro resplandecen con la grandeza de sus frescos bizantinos, con una trascendencia peculiar y una franqueza rústica muy genuinas de Creta. De colores brillantes pero a menudo descascarillados, con imágenes llamativas pero a menudo destruidas por el tiempo o la intolerancia, todas las ideas cristianas encuentran su canal de expresión —el gran ciclo de los relatos cristianos, de la Natividad a la Ascensión, las terribles concepciones del cielo y el infierno, los milagros y las resurrecciones, los ángeles, arcángeles, santos y mártires, las masacres y resurrecciones—, todas se prodigan en estas pequeñas iglesias rurales, como si un enorme libro sagrado se hubiera roto en mil pedazos diseminados por toda la isla.

Los artistas solían ser refugiados. Cuando los emperadores griegos regresaron a Constantinopla en 1261 hubo un resurgimiento del arte y la artesanía bizantinos. Cuando la ciudad volvió a caer en 1453, esta vez bajo el irrevocable dominio musulmán, la ironía quiso que muchos de ellos —escritores, artesanos y académicos— acabaran en esa Creta veneciana que luchaba sin descanso por su independencia, a la que enriquecieron brindándole sus mejores talentos. La isla grande, segura aunque no muy feliz bajo la protección de Venecia, pasó a ser el centro cultural del mundo griego durante un tiempo: Venecia, que había contribuido a destruir Bizancio, apreciaba ahora a sus supervivientes. Casi todos los

refugiados se habían visto apartados de sus cargos y solían llegar a Creta aterrorizados:

¿De dónde eres, barco, de dónde vienes?

Vengo de la maldición y la pesada oscuridad,

de la tormenta de granizo y relámpagos, del viento vertiginoso,

vengo de la ciudad quemada por el rayo.[4]

Estos hombres cultos y prodigiosos llegaban a una isla con una mayoría de población griega analfabeta, muy pocas escuelas y ninguna universidad. Sin embargo, la presencia veneciana aseguraba un elemento de educada compasión, y así, bajo el estandarte de San Marcos, pudo florecer el talento, pese a lo que pensaran los palikares.

Muchos prestigiosos eruditos se trasladaron con sus pupilos de Creta a la capital del Imperio, fraguando así un repositorio de aprendizaje clásico en Venecia. La gran imprenta Aldina, que publicó todo el catálogo de la literatura griega clásica, estaba a cargo de eruditos, editores y artesanos cretenses. Otro cretense fundó la imprenta Kalergis y publicó el célebre Etymologia Magnum, un diccionario griego de importancia fundamental. Los pintores de iconos cretenses fundaron su propio gremio veneciano, así como la escuela de San Niccolò dei Greci, con su correspondiente iglesia. El pintor Miguel Damasceno, que se trasladó de Creta a Venecia en 1574, creó una nueva manera de pintar iconos, combinando las técnicas venecianas del claroscuro con las antiguas tradiciones bizantinas.

El pintor cretense Doménikos Theotokópoulos fue aún más lejos en su síntesis de las artes orientales y occidentales. Emigró a Venecia en su juventud, estudió con Tiziano y luego estuvo en Roma y en España. Con su combinación única y extraña de su bagaje cretense, por un lado, y las técnicas y los estilos aprendidos en sus viajes, por otro, se dio a conocer al mundo entero como el Greco.

Los venecianos transformaron el aspecto de Creta durante los cuatro siglos que permanecieron en la isla. No solo cambiaron sus paisajes, despojándolos de sus magníficos bosques de cipreses, sino que, además, construyeron en cada uno de sus rincones. Incluso en los recovecos más profundos de la garganta de Samaria, una de las maravillas geográficas europeas, un triste y oscuro desfiladero de dieciséis kilómetros de largo, quinientos metros de profundidad y a veces solo tres metros de ancho, siempre en completo silencio salvo por los cencerros de las ovejas, el repiqueteo de las piedras que caen y los graznidos estridentes de los pájaros; incluso en las profundidades de este inquietante fenómeno se yergue la aldea veneciana de Santa María —hoy en día desierta, salvo por los senderistas de paso por la isla—, que dio su nombre al declive.

Algunos monumentos son muy divertidos y bastante extraños, lo cual otorga un raro toque de alegría al sombrío escenario cretense. Las fuentes salpican a modo de saludo con un brío excepcional. En la plaza de Spili, cerca de la costa sur, diecinueve leones de piedra de melena rizada escupen agua a borbotones en la fuente del pueblo con una auténtica efervescencia barroca, una estampa tanto más emocionante cuanto que enmarcada en ese entorno rocoso y propenso a las protuberancias, como un enorme bocio. En el monasterio ortodoxo de Vrondisi, en el flanco alto de una montaña desnuda, una pareja ahora descabezada preside, con encantadora incongruencia, una fuente del jardín del Edén: una rechoncha pero complaciente Eva y un flaco pero viril Adán. En Rétino, la fuente Rimondi tiene columnas corintias y tres cabezas de león, y constituye una bellísima y pantanosa estructura en el centro de la ciudad, donde las ancianas aún se acercan con un cubo a buscar agua cada mañana, y el agradable sonido del agua manando apacigua el estruendo del tráfico; mientras que en el centro de la antigua capital veneciana, la plaza Venizélos, se alza la exuberante fuente que el duque Francesco Morosini levantó en 1628, sostenida por leones con muecas feroces, cubierta de relieves mitológicos y provista de agua de su propio acueducto, de veinte kilómetros de largo, procedente de las laderas detrás de la ciudad.

Arkadi, el monasterio más famoso de Creta, es otra alegre sorpresa

de la época veneciana. El abad y sus monjes lo volaron durante una revolución en 1866 para evitar que los turcos se apoderaran de él, y ahora es un monumento nacional, el Valhalla de los palikares: aún despierta una leve sensación de estallido, allí solitario en el altiplano desierto, escoltado por un osario de héroes y unos cuantos cipreses funerarios. Ahora bien, aunque desde fuera parece algo melancólico, una vez cruzamos la puerta principal y pasamos las profundas sombras del zaguán, nos espera una maravillosa fantasía: en mitad del patio, bastante ruinoso, hay una iglesia tan alegre e interesante, tan elaborada en su invención, que bien podría pasar por un prodigio oculto en una de las plazuelas más recónditas de la misma Venecia. Arkadi se construyó en 1657, casi al final del dominio veneciano en Creta, y su alegre mezcla de fantasías clásicas y barrocas compone el monumento más afortunado de la presencia veneciana: una estructura italianizada a la vez que consagrada desde el principio a los rituales griegos.

Sin embargo, esas son solo unas pocas florituras. Las grandes murallas, las torres del castillo, los torreones y los barracones son, todos ellos, reflejos más verdaderos de la larga ocupación. En las tres ciudades de Creta aún se reconoce la presencia veneciana, imbuida de las inhibiciones nerviosas del régimen. La mejor es La Canea, al oeste, una de las ciudades más encantadoras de Grecia que, aun así, sigue encerrando un aire algo neurótico. Tras la ciudad, las desnudas crestas de las Montañas Blancas, a menudo nevadas, se yerguen como un misterio amenazador, y las casas parecen agrupadas en torno al pequeño puerto en busca de consuelo, como si quisieran embarcar. Los robustos cobertizos del antiguo arsenal veneciano aún bordean el paseo marítimo, disfrazados ahora de restaurantes de pescado; un faro veneciano vigila la entrada al puerto; los bolardos del dique, que a lo lejos parecen tocones de árboles chamuscados o petrificados, son en realidad armas capturadas que los venecianos incrustaron ahí. Las murallas son gruesas, engalanadas una y otra vez con leones de San Marcos, pero si bajamos la vista hacia el casco antiguo, veremos que solo eran una protección exterior para los venecianos que residían allí: en el centro, con sus propias y convenientes compuertas orientadas al puerto y los barcos que les permitían escapar a toda prisa, se alza el fuerte, el Castello, donde vivía el rector y sus funcionarios más importantes, y donde se guardaban los archivos locales. El conjunto está un poco elevado con respecto al nivel general de la ciudad, y ahora luce

embellecido con jardineras en los balcones y mascotas consentidas paseando por las calles, pero ofrece la persistente impresión de una élite que lucha contra toda clase de contingencias. Nullus parvus est census qui magnus est animus, afirma a día de hoy esta sentencia en el centro de la fachada de la logia veneciana: «El grande en alma no es pobre en riqueza».

La estructura veneciana más cautivadora, a mi parecer, es la pequeña fortaleza llamada Frangokastello, situada en un trecho de la orilla litoral al sur. Ahora el paraje no es tan desolador como antaño, pues las rutas turísticas han llevado carreteras asfaltadas y chalés junto al mar a los rincones más remotos de Creta, pero sigue siendo un lugar frío e incómodo, sobre todo en invierno. En ese punto, donde una estrecha llanura de lutita separa las montañas del mar, un dramático desfiladero se abre partiendo la tierra en dos, como la falla que deja un terremoto o el efecto de un rayo formidable, y ahí enfrente, alzando su figura en la orilla vacía, está el castillo.

Esta siempre fue una parte muy violenta de la isla. Sus habitantes, los sfakios, se encontraban entre los cretenses más problemáticos, casi todos bandidos y rebeldes, entregados a la piratería en la mar y a la vendetta implacable en tierra. La línea costera, separada por las altas montañas de los pueblos venecianos del norte, también era muy vulnerable a las incursiones de los corsarios genoveses, los turcos y los emires berberiscos, que solían atracar en esas orillas a fin de proveerse de esclavos para las galeras o los harenes. Frangokastello se erigió por petición de los inquietos colonos venecianos de la región, y desde el principio debió de ser un alojamiento de lo más inhóspito.

No es una hermosa construcción, salvo por su color miel, pero resulta más que sugerente. Está situada en la orilla, cuadrada, pesada e intransigente, sobre una desolada extensión de césped, como un prado bañado por las mareas. Las murallas exteriores son bastante recias, envalentonadas por un león esculpido en su seno, pero intramuros todo son ruinas vacías. El suelo se llena de barro tras la lluvia, duro como la madera en el cálido y seco verano de la isla. Por las ventanas rotas se divisa, al otro lado del llano, el sombrío corte en las montañas de atrás. Es un lugar siniestro, envuelto en una famosa superstición. Se dice que cada año, el 17 de mayo, se ve una horda de guerreros muertos sobre la

hierba que rodea Frangokastello a altas horas de la madrugada, cuando el rocío reluce formando telarañas en cada brizna. Algunos van a pie, otros a caballo, todos guiados por un enorme y espectral palikare empuñando una brillante espada. Los cretenses los llaman dhrosoulites, sombras de rocío. Son los fantasmas de la libertad o bien de la venganza.

Y llegó la hora, claro está, en que los turcos reclamaron Creta; momento que se repitió, más pronto o más tarde, en casi todas las colonias venecianas. A finales del siglo xvi, la isla ya mostraba todos los síntomas de la degeneración imperial. Es cierto que, para entonces, lo peor de las rebeliones había pasado, pero únicamente a base de pura extenuación, y la vida del lugar transcurría en condiciones muy crueles. El antiguo sistema feudal se había desmoronado, más o menos. Los campesinos vivían en la miseria, «las mujeres se vestían con trapos —relató un inspector veneciano —, los niños iban desnudos y los hombres, semidesnudos». Las incursiones en los pueblos para reclutar galeotes eran constantes, y muchos cretenses huyeron para ponerse al servicio de los turcos hasta que, en 1597, un grupo de Rétino los invitó a intervenir en la isla.

Para entonces estos, señores del mundo árabe, ya se cernían sobre Creta. Habían ocupado los Balcanes desde Constantinopla hasta el norte de Hungría y aguardaban a las puertas de Viena; incluso habían cubierto el flanco de Venecia y enviado sus avanzadillas a la llanura de Friuli, entre las lagunas y los Dolomitas —el humo de sus campamentos se veía desde el Campanil de la plaza de San Marcos —. El Egeo era casi todo suyo, igual que Chipre. Aun así, sus planes de controlar el Mediterráneo por entero se habían desbaratado. En 1537 no pudieron tomar Corfú. En 1565 tuvieron que salir de Malta. En 1571 sufrieron una derrota en la gran batalla marítima de Lepanto. Acudieron a calibrar la isla de Creta, se apoderaron de todas las rutas marítimas que pasaban por allí desde Constantinopla, consideraron la isla como un obstáculo enloquecedor para su triunfo y, en 1645, después de muchos años de incursiones y saqueos para luego darse a la fuga, atacaron Creta con todas sus fuerzas.

Por entonces la República veneciana, aunque ya debilitada y enflaquecida, plantó cara a las flotas y los ejércitos otomanos, desde el primero al último, durante casi un cuarto de siglo para tratar de conservar Creta. La isla era el último bastión cristiano en el Mediterráneo oriental, de modo que la lucha se convirtió, por así decirlo, en una competición entre los guerreros de Mahoma y los caballeros de Cristo. Toda Europa contempló fascinada el espectáculo, y los turcos arrojaron sus ejércitos a la isla con implacable resolución y una fanática indiferencia por las posibles bajas. En cuanto a los venecianos, el historial de su gobierno en Creta no era precisamente digno de orgullo, pero al menos, cuando llegó la hora de la verdad, recobraron su espíritu de lucha. Así, la prolongada defensa de la isla adquirió cualidades épicas. El cerco de Heraclión fue uno de los más largos de la historia y quedó en el dialecto veneciano como una imagen de la resistencia intransigente: una vera guerra di Candia.

Los cercos siempre son cercos, y la obstinada defensa de Heraclión, tal y como se recuerda entre los historiadores venecianos, guarda un notable parecido con las de Troya, Lucknow, El Álamo o incluso Leningrado, pues se registraron las mismas heroicidades y los mismos horrores —ratas asadas, perros estofados, bombardeos implacables, subsistencia brutal en casas arrasadas o agujeros en el suelo—. En este caso, como siempre, los relatores épicos describen a las mujeres pasando municiones o atendiendo a los heridos con abnegada entrega. Y también como siempre, aparece una bandera hecha jirones ondeando sobre una almena medio demolida, guardada por un comandante con la espada desenvainada entre sus soldados ennegrecidos por el humo, vendados por todas partes, pero aún indomables.

Lo que distingue el sitio de Heraclión de los demás es que duró veintidós años. Una generación entera nació y creció durante el cerco. La historia europea siguió su curso. Los comandantes llegaron y se fueron, los soldados peinaron canas al servicio de San Marcos, los niños tamboreros se convirtieron en sargentos mayores y los veteranos murieron de viejos. Varios observadores procedentes de toda Europa se acercaron a analizar el progreso de las técnicas militares. Los reyes murieron, los gobiernos se levantaron y cayeron, las dinastías se establecieron y las fronteras cambiaron mientras los turcos seguían sitiando Heraclión.

Tomar las otras ciudades les había resultado muy fácil. Los defensores de La Canea enseguida usaron la conveniente compuerta que los puso a salvo, mientras que Rétino, la mejor fortificada de las tres, con reputación de ser el bastión más fuerte de todo el Imperio veneciano, cayó en solo tres días. Aun así, los venecianos consagraron todos sus esfuerzos a la defensa de Heraclión. Pusieron a uno de sus nobles más impresionantes en la lucha, Francesco Morosini, al mando de la ciudad, ese almirante vestido de rojo e inseparable de su gato que ya hemos mencionado antes, hijo del duque de Creta que había erigido la agradable fuente en la plaza mayor. Ordenaron saquear islas turcas del Egeo a modo de distracción y trataron de forzar el paso de los Dardanelos para atacar Constantinopla. Cayeron ante varios convoyes turcos cuando se dirigían a Creta. Instauraron impuestos específicos en Venecia para pagar la defensa de la ciudad, e incluso vendieron títulos nobiliarios para ayudar a financiar la lucha. La flota veneciana mantuvo abiertos los canales de suministro desde la laguna, pero, a pesar de todo eso, los turcos seguían sitiando Heraclión.

Recurrieron al resto de la cristiandad, y los reyes de Suecia y Saboya, el compromisario de Baviera, el príncipe obispo de Fürstenberg, el emperador Leopoldo y los caballeros de San Juan enviaron contingentes de ayuda. El protector inglés Cromwell también habría enviado tropas si la Levant Company[5] no lo hubiera convencido de lo contrario, para salvaguardar los intereses comerciales británicos. En 1669 llegaron siete mil franceses guiados por los fanfarrones duques de Beaufort y Noailles, «encantados de conocerse». Las campanas tañeron a modo de saludo cuando llegaron a la ciudad asediada, los disparos sonaron en el puerto y las banderas rojas de bienvenida ondearon en las murallas. Los franceses hicieron una salida galante de la puerta de San Jorge, perdieron al duque de Beaufort en una retirada donde cundió el pánico, se negaron a atacar de nuevo a menos que los venecianos fueran primero y, al cabo de dos meses, embarcaron de regreso a Francia. Y los turcos, mientras tanto, seguían sitiando Heraclión.

En otoño de 1669 quedaban menos de tres mil venecianos aptos para luchar intramuros. Había habido unas treinta mil bajas, entre heridos y muertos. En todos esos años habían hecho noventa y seis salidas, empleado cincuenta y tres mil toneladas de pólvora y

disparado doscientos setenta y seis mil cañonazos. Los voluntarios extranjeros, uno a uno, fueron desfilando de vuelta a casa; los caballeros de San Juan fueron los últimos en marcharse, «y con su partida pierdo más que con todas las otras juntas», dijo Morosini. Por fin, el 5 de septiembre de 1669 la ciudad se rindió a los turcos. Después de gobernar la ciudad durante cuatrocientos cincuenta y nueve años, los venecianos tuvieron doce días para abandonarla.

Una extraña quietud cayó sobre Heraclión, según cuenta un testimonio, después de tantos años de matanza. Por fin los soldados pudieron abandonar sus puestos y los enemigos se reunieron sin malicia, «comentando los incidentes y las aventuras de la guerra, como si nunca hubieran surgido diferencias entre los bandos». La comunidad de Heraclión abandonó la ciudad casi al completo. Solo unos cuantos sacerdotes, unos pocos griegos y tres judíos decidieron quedarse. El ejército turco entró por las destrozadas murallas del bastión de San Andrés, al oeste, mientras los últimos soldados venecianos, dos mil quinientos hombres enfermos y andrajosos, marchaban hacia el puerto y embarcaban en las galeras rumbo a casa.

En el tratado vigente a continuación, los turcos permitían a los venecianos conservar la soberanía en las tres islas que habían fortificado mucho tiempo atrás, situadas en la costa norte de Creta. Solo en 1715, el año en que cayó Tenos, la República renunció a esos tres fuertes, cuyos castillos aún siguen en pie. Gramvousa es una isla remota e inaccesible en el noroeste. Suda guarda la entrada a la bahía homónima, y los barcos de guerra de los aliados aún navegan ante sus murallas hacia la base, situada justo debajo de la montaña. Spinalonga se encuentra en el este, en la bahía de Elunda, sin salida al mar y parecida a un fiordo.

El actual territorio, donde los hoteles pueblan las orillas y cuyas aguas se agitan al ritmo de las lanchas y los esquís acuáticos, es un feudo turístico. Aun así, Spinalonga es el mejor lugar para rastrear los últimos años del gobierno veneciano en la que fue la más difícil de todas sus colonias. Por casualidad es también el punto donde desembarcaron las primeras tropas cuando llegaron para echar a los genoveses, en la primera década del siglo xiii. Durante el medio

siglo posterior a la caída de Heraclión se convirtió en un puerto de Creta, al igual que la Creta veneciana había sido un puerto de Constantinopla: la vista del viejo y santo estandarte ondeando desde las torretas a escasos kilómetros de las tierras musulmanas era un rayo de esperanza para los cristianos de Creta, que se refugiaron allí por centenares.

Los venecianos llamaron así al lugar por la isla veneciana de Giudecca, antes Spinalonga, y la abarrotaron con barracas y muros de defensa, una buena casa para el gobernador y una iglesia para la guarnición; y en los últimos años la armaron con treinta y cinco cañones pesados. Su furiosa presencia tuvo que resultar mortificante para los turcos de la isla principal. Tragaron con la afrenta durante medio siglo hasta que, al final, repudiaron el tratado de 1669 y dispusieron un cerco en torno a los tres castillos de la isla. Los venecianos, para quienes los fuertes, por entonces, no tenían más que un valor simbólico, no resistieron mucho, y en 1715 la guarnición abandonó Spinalonga en barco rumbo a Corfú. La isla, que perteneció a los turcos hasta 1898, fue un refugio para los musulmanes contra los cristianos insurgentes, y más tarde se convirtió en una leprosería.

Ahora nadie vive allí, aunque varias hordas de turistas visitan el lugar en verano, y cuando una tarde de noviembre convencí a un barquero de Elunda para que me llevara, no hallé ni un alma. «Vuelva en media hora —me dijo el hombre con voz sombría al despedirnos en el embarcadero—, o tendremos problemas», de modo que me apresuré a echar un vistazo entre los restos arquitectónicos un poco nerviosa. Algunos son venecianos, magníficos y militares, otros son tristes cabañas y pabellones abandonados de la leprosería. Todo me pareció muy opresivo, impregnado de un amargo embrujo. Aun así, enfilé las escarpadas cuestas, pasé la muralla de Dona, atravesé la plaza Mocenigo más allá de la cortina de Grimani hasta alcanzar el pequeño reducto de la cima, llamado Castello degli Spiriti, castillo de los espíritus, y ahí fue donde me embargó una emoción incontenible. Fue como si la isla hubiera recobrado la vida, y vi los trirremes llenando el agua de espuma, oí las trompetas procedentes de las fortificaciones de abajo y sentí el golpe de la cuerda en el asta de la bandera justo encima de mí, donde el león alado aún corría como un rayo, en llamas

relucientes bajo el sol, entre el seco y severo viento cretense.

«¡Es hora de irse! —gritó una voz muy lejana desde abajo—. ¡Hora de irse!»

La isla agridulce

El Chipre negro – Reina y colonia – Un gobierno podrido – Una posesión peculiar – Vienen los turcos – Espacio para respirar – El guiñol – La repetición

Navegar de la Creta veneciana al Chipre veneciano es como navegar de lo épico al guiñol o la novelita. Los fantasmas que acechan las colinas cretenses son fantasmas de guerra y furia. Los espíritus chipriotas, en cambio, son más lascivos. Aquí nos situamos en el filo de la frontera con Asia. Las altas y blancas montañas de Anatolia resplandecen hacia el norte, esas montañas que vimos hace mucho cuando navegábamos hacia Bizancio con Dandolo, y una tiene la sensación, no muy lejos de allí, de que los observadores de la orilla siria nos siguen con la mirada. Desde Beirut, cien kilómetros al este, James Elroy Flecker vio pasar la antigua nave de Dandolo

sumergiéndose en las profundidades

hacia Famagusta y el sol oculto

que rodea el negro Chipre de un lago de fuego…[6]

La principal divinidad chipriota es Afrodita, diosa del amor y el coqueteo, y las leyendas de la isla están repletas de libertinaje e intriga, pasiones de mujeres y amores de reyes. Eurípides escribió:

¡Ay de Chipre,

isla de Afrodita!

Allí van los amores

a su terreno familiar:

los que engañan por un tiempo

el corazón del hombre

en su camino hacia la muerte.[7]

Los venecianos conocían Chipre desde los inicios de su comercio con Oriente, y tal vez se sentían sus propietarios espirituales porque san Marcos había aprendido allí las artes comerciales, pero no adquirieron la isla durante el reparto del botín con los cruzados porque, por entonces, no formaba parte del Imperio bizantino. El campesinado que la habitaba era griego, y la Bizancio griega la había gobernado durante un tiempo, pero, en realidad, era una isla muy mezclada, teñida de cepas asirias, persas, fenicias, árabes, egipcias, turcas y de muchos otros lugares. Desde 1192 era un reino independiente regido por grandes nobles de las Cruzadas, y en las últimas décadas del siglo xv, cuando los venecianos empezaron a considerar en serio la posibilidad de apoderarse de esa tierra, era el único reino que les quedaba a los cruzados, el único superviviente de las valientes aunque absurdas entidades feudales, de la chabacanería propia de los caballeros occidentales a quienes las guerras santas habían establecido en el Mediterráneo oriental.

Quienes gobernaban Chipre eran reyes de la dinastía Lusignan, de ascendencia francesa. Aunque pagaban un tributo anual al sultán turco para asegurarse su protección a cambio de dinero, se denominaban también reyes de Jerusalén y Armenia, y solían rodearse de una corte variopinta, brillante y felina en la capital de Nicosia. Era un reino próspero —Chipre constituía el gran mercado del Mediterráneo oriental— donde la literatura y la filosofía florecieron bajo la influencia de la casa Lusignan. Los principales países comerciantes tenían agentes y almacenes en la isla, y todas las órdenes religiosas contaban con un alojamiento. Famagusta, el

puerto principal, se conocía durante su apogeo como la ciudad más rica del mundo, donde las cortesanas vivían como señoras importantes, las drogas se vendían «a granel, como el pan» y los jóvenes montaban en caballos con la cola teñida de naranja. Así, no resulta sorprendente que la historia de los Lusignan esté cargada de golpes, contragolpes, matrimonios de conveniencia y muertes mal esclarecidas. Su reino era, según un acerbo contemporáneo, el lugar donde se mezclaban el orgullo francés, el afeminamiento sirio y la impostura griega.

Los venecianos eran muy conscientes, sobre todo, del valor militar de la isla. Acababan de perder Eubea, las islas del Egeo estaban a punto de caer, Creta seguía imbuida en su sempiterna disidencia sofocada y la seguridad de sus rutas orientales se veía amenazada una vez más. Chipre era la isla más oriental del Mediterráneo, y su caída en manos de cualquier poder hostil supondría un desastre. Las cursilerías de la corte de los Lusignan no casaban en absoluto con el estilo veneciano, cuya pompa era mucho más calculada y seria, y los venecianos siempre contemplaron esa tierra desde una perspectiva carente de romanticismo. Como introducción representativa de dicha actitud al llegar a la isla de Afrodita, nada mejor que hacerse con un coche y acercarse a alguno de sus castillos en ruinas que surgen en lo alto, en los pináculos más estratégicos sobre la cordillera Kyrenia, como refugios de águilas sobre la costa septentrional.

Los cruzados construyeron esos maravillosos fuertes en lugares elevados y azotados por el viento, restregados por la brisa y el sol, arrastrados por las nubes, tan improbables que bien podrían ser los escenarios mágicos de Camelot o Ruritania.[8] Todos ellos están envueltos en antiguas leyendas sobre tesoros míticos, hadas, demonios, jardines encantados, campesinos embrujados o la mismísima Afrodita. Dulces olores e insinuaciones mediterráneos flotan alrededor: la salvia y el pasto seco, el tintineo de los cencerros de las cabras, los susurros de las ninfas y los gruñidos de los sátiros. Bordeada de olas, la línea costera se pierde hacia Kormakitis y el cabo Apostolos Andreas; las boscosas montañas de Troodos se alzan lejanas al oeste, y al sur la ancha llanura de Nicosia, el altiplano central de Chipre, se extiende a nuestra merced.

Esas son las fantasiosas emociones y los oscuros ritos de pasaje que suscitan los castillos en los visitantes más sugestionables. Los venecianos los observaron desde una perspectiva más realista y, tras darse cuenta de que habían perdido todo propósito serio desde la invención de la pólvora, decidieron volarlos por los aires.

Con todo, Chipre pasó a manos venecianas en circunstancias muy romancescas, de ahí la novelita apuntada al principio. En Venecia había un clan muy poderoso, la familia Cornaro —o Corner—, cuyo linaje llevaba muchas generaciones vinculado a Chipre. Desde la década de 1360, los Cornaro tenían un feudo en la península de Episkopí —por el que pagaban una suma a los reyes Lusignan—, al sur de la isla, y gracias a un hábil sistema de riego y el esfuerzo de la mano de obra esclava, cultivaban una próspera plantación de azúcar que los había convertido en la familia más rica de toda la República. Eran tan grandes en Chipre como en Venecia, y alcanzaron el cénit de su ambición cuando, en 1468, Caterina Cornaro, hija de Marco Cornaro y nieta de uno de los duques de Naxos, se prometió con Jaime II, rey Lusignan de Chipre y Jerusalén. La pareja no se conocía porque ella había vivido en Venecia toda su corta vida —solo tenía catorce años—.

Desde el principio, el señorío contempló el enlace con ojos astutos. El rey era un bastardo que había accedido al trono gracias a una serie de intrigas venecianas, y su hermanastra Carlota, casada con el duque de Saboya, mantenía un furioso litigio contra él para disputárselo. Así, Caterina se convirtió en reina de Chipre bajo la vigilante tutela de la República, y fue solemnemente adoptada como «hija de san Marcos» —«No sabía que el santo se había casado», fue el cínico comentario del obispo de Turín— en un ritual arcano inventado para la ocasión ante el altar mayor de la basílica, en el que el dux participó como una especie de padrino. Caterina renunció a su apellido para convertirse en Caterina Veneta, y la Serenísima prometió actuar in loco parentis con respecto a ella. Esa locura encerraba un método: al adoptar a la reina como hija propia, la República también adquiría un reclamo sobre la isla de Chipre si esta sobrevivía a su marido y moría sin heredero.

El compromiso matrimonial se prolongó cuatro años, hasta que Caterina embarcó en Venecia rumbo a Chipre para conocer a su

marido y aceptar la corona. Fue un momento muy feliz para los venecianos de la época, que sus descendientes recordaron de forma muy vívida, y es probable que el pintor Vittore Carpaccio, entonces un niño, se basara en sus recuerdos del evento para pintar a santa Úrsula partiendo de Bretaña con todas sus vírgenes. La leyenda asegura, claro está, que Caterina era una muchacha de belleza sobrecogedora; y aunque retratos posteriores la muestran como una mujer más interesante que bella, en 1472 al menos contaba con la lozanía de la juventud y, presumiblemente, el brillo otorgado por las perspectivas nupciales y reales. Fuera como fuese, Venecia se despidió de ella al estilo tradicional de la más alta alcurnia. El Bucintoro, la lujosa galera oficial del dux, entró por el Gran Canal hasta los escalones de su palacio con todos los grandes hombres de la República a bordo, que la llevaron a la cuenca en un glorioso trayecto, entre banderas y banderines, hasta la galera que la conduciría a su reino.

Al año siguiente murió el rey Jaime, bajo la asunción general de que los venecianos lo habían envenenado —«Trataremos su reino como si fuera nuestro», le dijo el enviado veneciano justo antes de su muerte; unas palabras que quizá debería haber elegido con más tacto—. Al cabo de dos meses nació el hijo de Caterina, Jaime III, pero murió antes de cumplir el año. La reina se quedó así viuda y sin heredero, y a nadie le sorprendió que los venecianos, como padrastros malvados, no tardaran en instalarse en palacio. Tres consejeros se trasladaron a Chipre para asesorar a la reina en su duelo. Un cuerpo de ballesteros desembarcó en la isla. Uno de los magníficos almirantes de la Serenísima, el capitán general de la marina Pietro Mocenigo, arribó a Famagusta con una flota de sesenta galeras. En un santiamén, Caterina se convirtió en una reina títere. Los consejeros tenían instrucciones de implicarla en todas sus acciones, «de modo que parecieran iniciativa suya», pero lo cierto es que todas sus opiniones se ignoraron sin reparos y sufrió un descarado acoso en nombre de su padre adoptivo, la República.

Los venecianos tenían buenas razones para ello. La facción de Carlota aún contaba con bastante poder en la isla. Las reuniones y camarillas bullían por toda la corte tramando complots melodramáticos, y los turcos predadores no dejaban de merodear por los mares de alrededor, esperando un momento de flaqueza. En

realidad, nada más fallecer el rey surgió una rebelión contra la reina fraguada por el arzobispo de Nicosia junto con el rey de Nápoles, y parientes cercanos de Caterina aparecieron asesinados una noche bajo su ventana, ya cadáveres descompuestos.

La República la conservó en su cargo atándola muy corto. El capitán general se convirtió en un visitante asiduo y un batallón de soldados cretenses remplazó a los poco fiables chipriotas a las puertas de Famagusta. Poco a poco, los venecianos expatriados o sus hombres designados fueron ocupando los cargos oficiales de la isla, Carlota y su familia fueron deportados a Venecia y todos los posibles candidatos al trono tuvieron que exiliarse o recluirse en algún convento. Durante casi quince años, Caterina fue prisionera en su propio palacio, y en 1487 un nuevo embajador veneciano partió a Constantinopla con instrucciones de que, si le preguntaban por Chipre, debía asegurar que, en realidad, llevaba muchos años siendo territorio veneciano: «Tenemos dominado el territorio y las fortalezas, y enviamos a nuestro rector y a nuestro superintendente hasta allí para que rijan, gobiernen y guarden la isla como si fuera propia, igual que hacen con otros lugares pertenecientes a nuestro Estado».

Al final se convirtieron, inevitablemente, en sus gobernadores, y se libraron de la reina. En 1488 ya reunían varios pretextos plausibles para deponerla de su cargo. Habían oído rumores de que el sultán de Egipto podría estar planeando apoderarse de la isla. La amenaza turca parecía más grave que nunca y, además, había surgido otra conspiración para subvertir el control veneciano que, esta vez, pretendía casar a Caterina con Alfonso de Nápoles. Así, Venecia envió a un embajador para exigir a la reina que abdicara, autorizado a «someterla a nuestra voluntad —le dijeron— con o sin su consentimiento [...]. Por medios sensatos, circunspectos, cautelosos y seguros, debe obligar a la reina a embarcar en una galera y traérnosla a Venecia». La pobre Caterina se lamentó en vano: «¿No basta con que Venecia herede todo esto cuando yo falte?», exclamó; pero aún tenía treinta y cuatro años, y la República no podía esperar.

Insistieron en someterla a una ceremonia de abdicación en todos y cada uno de los pueblos chipriotas para elucidar el cambio de poder. Se

cantaron los Te Deum en las plazas, se bajó la bandera de los Lusignan, se desplegó el estandarte de San Marcos y, rodeada de asesores, guardias y funcionarios venecianos, la reina cumplió el ritual de su renuncia —la misma ceremonia en cada pueblo, a lo largo y ancho de la isla: la solemne extracción de la corona de la cabeza y el despojo de las vestiduras reales hasta que ni un alma en todo Chipre pudo ignorar el destronamiento de la reina y el nuevo gobierno veneciano—. Caterina partió rumbo a Venecia en marzo de 1489 y nunca volvió a Chipre. Tal vez no fuera Afrodita, pero dejó atrás a muchos simpatizantes.

Durante los siguientes ochenta y dos años, el gobierno veneciano en Chipre, que se había establecido de un modo tan cínico, procedió con igual cinismo en sus deberes. Era un gobierno corrupto, basado en el sistema cretense, aunque el jefe de la administración recibía el cargo de teniente, asentado en Famagusta, y el Gran Consejo estaba formado, en su mayoría, por nobles chipriotas de origen cruzado o bizantino. Aun así, los venecianos nunca intentaron hacer de Chipre una delegación de Venecia porque ya tenían Creta, y no estamparon en su vida cotidiana ninguno de los esplendores jerárquicos de la Serenísima. No se recuerda ni un solo procónsul de esos años de gobierno. El único administrador que ha pasado a la historia es Cristoforo Moro, cuyo nombre designa a una torre de la fortificación de Famagusta aún en pie. Él fue la inspiración real del personaje de Otelo, y seguramente Shakespeare asumió que era negro por el apellido —compartido por un montón de galeses morenos llamados Morris—.

Los venecianos, claro está, explotaron la isla todo lo que pudieron. El grano era la principal exportación, y cuando en Venecia había escasez, los barcos enseguida zarpaban hacia Famagusta para abastecerse. La sal se enviaba a casa bajo un monopolio gubernamental. El fuerte vino chipriota se hizo muy popular en Venecia —un año se enviaron tres millones de galones a la laguna—, lo mismo que los beccaficos —cucurras capirotadas en escabeche, más parecidas a aguzanieves, que se vendían a miles en los mercados de Rialto—. La plantación de azúcar de los Cornaro seguía prosperando y el algodón se convirtió en un cultivo muy valioso, que recogían los siervos y cuya venta producía enormes beneficios, hasta el punto de conocerse como «la planta de oro».

Sin embargo, nada de eso aportaba ventaja alguna a los isleños, y menos al campesinado griego: todo el dinero recaudado se destinaba a las suntuosas mansiones de los capitalistas de Nicosia o se iba a casa, a engrosar las arcas del señorío. Los ricos se hicieron más ricos, y la isla se pobló de nuevos magnates venecianos como Marco, sobrino de Caterina, nombrado cardenal a los dieciocho años, que no solo era titular del patriarcado latino de Constantinopla —una distinción peripatética ahora que Calcis se había perdido—, sino también comandante supremo de la Orden de San Juan en Chipre y, por tanto, el mayor terrateniente de la isla. Los venecianos apenas alentaron la industria y la agricultura autóctonas, no construyeron ninguna escuela y no se esforzaron por crear un servicio sanitario. Los mercaderes, financieros y artesanos griegos que habían prosperado bajo el fecundo aunque febril régimen de los Lusignan, se marcharon de la isla a Venecia, Grecia o incluso Turquía.

Un alemán que visitó la isla en 1508 contó que el pueblo, la gente corriente, «eran esclavos de Venecia [...] tan fustigados y explotados que apenas podían sostenerse en pie». Los corruptos se saltaban las leyes a la torera, y hasta los funcionarios más insignificantes se comportaban como tiranos. Los impuestos eran abusivos y los siervos, que constituían más de la mitad de la población, estaban tan sumidos en la pobreza que, cuando en 1516 se ofreció la libertad a veintiséis mil villanos de los dominios reales a cambio de cincuenta ducados, solo uno de ellos pudo pagarla. Las prebendas eclesiásticas, latinas y griegas, se vendían sin reparos al mejor postor, aunque los arzobispos latinos de Nicosia, que siempre eran venecianos, apenas se molestaban en aparecer por la isla. En 1560, los monjes agustinos de Bella Paise, el encantador monasterio a las afueras de Kyrenia, se habían adaptado tan bien a los tiempos que casi todos tenían mujer, a veces más de una por cabeza, y restringían el noviciado a sus hijos. Cuando el señorío veneciano intervenía en los asuntos internos de Chipre, cosa que hacía de vez en cuando, una serie de deshonras salían a la luz: un funcionario de Pafos fue acusado de sesenta cargos distintos, incluidos el maltrato a los pobres, la condenación de varias personas sin evidencias, la tortura injustificada de acusados y el comercio ilegal de sal en asociación con piratas.

La ciudad de Nicosia, que se alza casi en el centro de la isla dominando la llanura central, es un monumento a los propósitos venecianos. Ya había sido la capital de los monarcas Lusignan y constituía, en todos los aspectos, una de las ciudades más vitales y fascinantes de Europa. Cuando llegaron los venecianos, según las crónicas, la capital tenía cincuenta mil habitantes y una maravillosa mezcla de población griega, italiana, francesa, armenia, árabe e incluso abisinia. Era un lugar disperso con jardines, plazas y rincones floridos, doscientas cincuenta iglesias, una bella catedral en el centro y un magnífico monasterio real, Santo Domingo, donde se hallaban enterrados reyes, reinas, patriarcas, arzobispos y obispos de la isla junto a sus condestables, mariscales y senescales.

En 1560, cuando el ataque turco parecía inminente, los venecianos decidieron convertir esa ciudad de enorme riqueza cultural en una fortaleza. El esquema que concibieron para ello, basado en los muros recién construidos de Heraclión, implicaba la destrucción de la vieja Nicosia. Así, todo quedaba subordinado a la artillería y la fuerza defensiva. Se construyó un enorme circuito de terraplenes excavados en diez kilómetros a la redonda con una amplia zanja delante y se arrambló con lo que estaba en medio. Los ingenieros, en efecto, destruyeron todo lo que encontraron en su camino, todo lo que obstruía su obra, hasta dejar una enorme franja deshabitada alrededor de la zanja. No se salvó nada: se volaron las iglesias, se demolieron los palacios y miles de personas perdieron sus casas. El monasterio de Santo Domingo, el edificio más preciado de Chipre, desapareció con todas sus tumbas reales, y sus vigas se emplearon como afustes. La ciudad quedó cercada por un círculo amurallado y guardado por siete bastiones, en cuyo centro se erigía, de manera simbólica, una columna de granito coronada por el león alado, emblema del poder veneciano en todas partes del Imperio —y obtenido, como tantos otros, de las ruinas clásicas de Salamina, muy prácticas y convenientes—.

Aún puede verse todo eso, y sentir, a día de hoy, la unicidad del propósito con que los venecianos desarrollaron, arruinaron o adaptaron sus posesiones coloniales. Incluso la columna del señorío sigue en pie, muy cerca de las dependencias gubernamentales, en la plaza mayor de la ciudad, aunque los imperialistas posteriores remplazaron el león por una campana de hierro y el monograma de

la reina Victoria. Las murallas se han agujereado aquí y allá para construir nuevas carreteras, pero aún puede trazarse el circuito completo y, en muchos lugares, estas dominan el páramo del campo de tiro. Desde el aire, como en el mapa, Nicosia sigue pareciendo una máquina militar, que es más o menos lo que los venecianos hicieron de ella.

(La disciplinaria unidad de la ciudad se ha perdido, sin embargo, porque se construyó otro muro que atravesaba Nicosia justo por en medio; un muro que separa a los turcos del norte de los griegos del sur y que atraviesa el tejido urbano tan despiadadamente como cualquier fosa veneciana. Los soldados hacen guardia a lo largo del muro con sus rifles automáticos al hombro, y una tristeza propia de la tierra de nadie, muy adecuada para nuestra historia, cuelga pesada de las inmediaciones.)

«¿Quién construyó estos muros?», pregunté una vez a un paseante, que se limitó a encogerse de hombros. ¿Los francos? ¿Los árabes? ¿Los griegos? ¿Los turcos? ¿Los británicos? Podría haber sido cualquiera, habida cuenta de la compleja historia chipriota; y, de hecho, los venecianos son los que tenían menos probabilidades de hacerlo, pues su estancia en Chipre fue breve e infértil, y muchos lugareños cultos e inteligentes ignoran que estuvieron aquí alguna vez.

Chipre no era Creta. Los chipriotas sufrieron muchísimo en silencio, y poco más sucedió. La isla languideció con el paso de los años esperando, al parecer, el momento en que los turcos por fin se precipitaran en ella: durante el dominio veneciano, las galeras y los corsarios turcos no dejaban de merodear amenazadores, los diplomáticos resoplaban y los espías conspiraban, y aunque los venecianos pagaban un tributo al sultán igual que los Lusignan antes que ellos, se preparaban nerviosos para el día del ajuste de cuentas.

En Venecia, el señorío empezó a preocuparse por el destino de la isla y trató de suscitar el interés de los poderes cristianos con vistas a su supervivencia, enviando una misión tras otra para informar de los asuntos concernientes a la isla. Obtuvieron poco consuelo, y los

chipriotas, por su parte, no contribuyeron a mejorar las cosas. De hecho, la mayoría de los griegos esperaba con ansia la llegada de los turcos, mientras que la mezcla de población levantina se consideraba tan poco fiable que los planes de defensa de la ciudad contemplaban la reclusión inmediata de todos los judíos, coptos, maronitas, sirios y armenios. Los aires chipriotas, peligrosos, llenos de matices, duros como el pedernal e ineludibles a día de hoy, eran entonces también muy potentes, y los venecianos siempre se movían por la isla con una gran tensión, mirando por encima del hombro.

Chipre era, en conjunto, la más peculiar de sus posesiones; un lugar donde se hablaban muchas lenguas —latín, italiano, francés, griego, albanés, árabe— y donde parecía que cada valle encerraba sus propios secretos, tradiciones y costumbres. Un gran golfo dividía a los sofisticados gobernantes de los simples súbditos, y una red de leyendas y supersticiones ayudaba a mitigar las investigaciones de los inspectores gubernamentales y a confundir las intenciones de los terratenientes.

La resistencia pasiva de los isleños se enclaustraba en su genuina versión de la fe ortodoxa, con un esoterismo capaz de mistificar a cualquiera. La isla estaba preñada de maravillas. Ahí se alzaba el monasterio de los gatos cazadores de serpientes, más allá el monasterio construido sin manos, cuyos materiales había llevado la mismísima Virgen desde Asia Menor… El pueblo reclamaba a Lázaro como primer obispo de Chipre y adoraba la cruz de Tokhori, introducida en la isla por santa Elena, que podía levantar tempestades y apagar fuegos y había curado a la reina Alicia, de los Lusignan, cuando perdió el habla tras entrar en un monasterio prohibido a las mujeres. También veneraba a san Theostios de Melandra por su capacidad de cegar a los cuervos en beneficio de la agricultura, y a san Mamés de Morfou por haberse negado a pagar impuestos —y cuando se le ordenó acudir al palacio real de Nicosia a dar explicaciones, fue hasta allí montado en un león y con un cordero en brazos—.

En Nicosia se conservaba el cuerpo de san Juan de Monfort, mutilado por una alemana enamorada de él que, en la intensidad de su devoción, le arrancó parte de los hombros, pero cuando la

apresaron y pusieron el trozo de carne en su sitio, se fundió con el cuerpo milagrosamente. En Kouka conservaban una cajita de serrín caído de la cruz después de serrarla en trozos. En Agios Georgios los lugareños trituraban huesos fósiles de hipopótamos pigmeos, típicos de la zona, y los bebían en infusión medicinal creyéndolos huesos de san Jorge.

Todo era muy confuso. Con los maronitas chipriotas, que celebraban sus servicios en sirio; los nestorianos, que celebraban los suyos en caldeo, y los coptos negros de África, que hacían lo mismo pero en ge'ez y profesaban lealtad al patriarca de Alejandría, no es de extrañar que los venecianos, en cierto modo, se sintieran aturdidos por la sutilidad terca y el secretismo de la isla, pero, a imagen y semejanza de los demás soberanos, no hicieron nada al respecto.

Entonces llegaron los turcos. El sultán Selim II, Selim el Rubio, pidió formalmente Chipre a los venecianos en 1570 alentado, según se cuenta, por su asesor financiero y confidente José Nasí. Este formidable judío —al que ya hemos mencionado en el capítulo sobre el Egeo— se convirtió en duque de Naxos, aunque nunca llegó a visitar la isla, y por entonces quería fundar una colonia judía en Chipre: él sería el rey de la isla, cuyas armas reales ya tenía talladas en las paredes de su casa en Constantinopla.

A lo largo de la década de 1560, los turcos libraron una guerra psicológica contra la isla. Los corsarios hostigaban a los barcos que iban rumbo a sus orillas, y crecían una y otra vez los rumores de que estaban formándose armadas bélicas en el Cuerno de Oro. En 1561, los turcos participaron en un intento de golpe de Estado que contó con la implicación de miles de chipriotas —aunque cuando dos de ellos llegaron a Constantinopla para enrolarse con los turcos y ayudar a liberar a los siervos, el gran visir no halló su causa lo bastante atractiva, los entregó al embajador veneciano y nunca más se supo de ninguno de los dos—.

En 1569 el Arsenal veneciano, de donde aún salía todo el poder naval del Imperio, sufrió serios daños a causa de un incendio. Ahí se vio, también, la mano de Nasí, y el accidente, muy exagerado por

los rumores, alentó al sultán a tomar Chipre por la fuerza. Ordenó el asalto oficial porque la isla era suya por ley: los venecianos habían pagado tributo a la Sublime Puerta, lo cual, según los apologistas turcos, implicaba sin duda que el sultán era el soberano de Chipre. Además, como los venecianos habían aprovechado el territorio para hacer incursiones en el transporte marítimo turco, no merecían conservarlo.

En cualquier caso, el traspaso de Chipre al Imperio otomano era inevitable. Entonces como ahora, la anómala situación de Chipre, el enclave más oriental de la sociedad occidental, se traducía en no poder disfrutar de una paz duradera. Europa por fin estaba alertada del peligro y la Liga Santa, combinando las fuerzas de España, los Estados Pontificios y Venecia, se formó específicamente para luchar contra los turcos. Sin embargo, ya era demasiado tarde para mantenerlos fuera de Chipre, y el 1 de julio de 1570 un ejército turco atracó en Lárnaca, en la costa sur de la isla. La población griega, lejos de oponer resistencia, acogió a los soldados con la mayor efusividad; los venecianos de Lárnaca se rindieron enseguida y, en mitad del sofocante verano, cruzaron la reseca llanura central para atajar desde Famagusta hacia Nicosia.

Nicosia estaba gobernada por el general de una importante familia, Niccolò Dandolo. Aun así, para todo el carisma que desprendía ese nombre, y para los poderosos muros y fosos construidos, la ciudad se mostró débil ante los ataques y, al cabo de siete días, los turcos la tomaron. Pocos griegos ayudaron en la defensa, y fue uno de ellos quien bajó la bandera de San Marcos para izar la de la media luna. Los turcos condujeron a los venecianos y sus mercenarios italianos a la plaza mayor, junto a la columna de San Marcos, y allí, al igual que había sucedido con la guarnición de Calcis, les dieron muerte. «Los vencedores se dedicaron a cortar las cabezas de las ancianas», escribió un testigo veneciano. También solían cortar brazos o partir cráneos a su capricho, y se cuenta que entonces murieron veinte mil cristianos.

En el centro de Nicosia se alzaba la catedral latina de Santa Sofía, una magnífica construcción del siglo xiii. Ahí fue donde el obispo de Pafos, Francesco Contarini, trató de levantar los ánimos de su pueblo en la víspera de la caída: «en tanto en cuanto vosotros,

hombres libres y descendientes de una raza noble e ilustre, estáis llamados a luchar contra los esclavos, una estirpe de gentuza innoble y poco belicosa». Pronto llegarían refuerzos de Venecia, aseguró a su congregación, pero hasta entonces «tendréis tiempo y motivos para rezar, honrar y glorificar al Dios Altísimo, quien, con singular amabilidad, os mostrará solo las apariencias de su ira a través de esa raza de bárbaros otomanos, y se complace en velar por la seguridad de vuestras almas, la obtención de riquezas celestiales y la protección de vuestras vidas, así como de vuestras tierras y propiedades originales».

Hoy en día resulta una experiencia inquietante leer esas palabras que animan a la lucha en el pórtico de Santa Sofía porque, durante los últimos cuatrocientos años, la catedral se ha empleado como mezquita. Está situada en la parte turca de Nicosia y constituye el centro neurálgico de la fe musulmana en la isla. Sus elaboraciones góticas se han visto encaladas con toda severidad, y las vidrieras coloreadas y el altar mayor han desaparecido: en su lugar, un mihrab mira hacia La Meca, y siempre hay fieles meditando con las piernas cruzadas sobre las alfombras o recitando el Corán para sí mismos entre las sombras de los pilares.

Como las puertas suelen estar abiertas de par en par a la calle, en la quietud del antiguo edificio se entrometen los gritos del mercado, los cláxones de los vehículos a todo volumen y los cantos estridentes de las cigarras. Sentados en el nártex, bajo los grandes ángeles tallados que aún hacen oscilar sus incensarios encima del portón, podremos ver el escenario tal y como estaba el día del obispo Contarini. Junto a Santa Sofía se encontraba la catedral ortodoxa con su gran cúpula: arco gótico frente a curva bizantina, lo latino frente a lo griego; y delante, la animada plaza de la catedral surgía rodeada de las bellas casas de la nobleza, con los mercados serpenteando por las calles al doblar la esquina. Era un escenario muy europeo, la estampa de la presencia cristiana en Chipre, temporal y secular. Sin embargo, la llegada de los turcos el día posterior al sermón del obispo demostró que la Divina Providencia se había descuidado de preservar tanto las vidas como las propiedades de la congregación, y mientras los asaltantes saqueaban las casas de toda la ciudad, el obispo Contarini era uno de los primeros en morir.

En cuanto a Niccolò Dandolo, un campesino transportó su cabeza en una jofaina por el camino a Famagusta, donde la presentó al gobernador veneciano como memento mori.

Tomemos un respiro de tantas miserias —porque lo peor está aún por llegar— y sentémonos un momento en las murallas del castillo de Kyrenia, en la costa norte, donde desde la alta cordillera se ve el mar, y los obsoletos castillos de los cruzados asoman vagamente, como pedazos de granito desmenuzado, sobre las altas cimas. Los turcos no destruyeron Kyrenia porque no estaba defendida: el comandante del ejército captó la indirecta cuando un funcionario veneciano de Nicosia llegó encadenado de pies y manos a caballo, con las cabezas de dos generales venecianos colgando de la silla. Las fortificaciones, levantadas en parte por los cruzados, en parte por los venecianos, siguen en su mayoría como en el siglo xvi. Una vez tomada la ciudad, los turcos la mantuvieron durante cuatro siglos, para acabar perdiéndola primero a manos de los británicos y luego de los griegos, pero la recuperaron en 1974, y hoy en día Kyrenia es del todo turca. Un busto de Atatürk reposa en los cuarteles militares costeros. Varias cañoneras turcas a motor yacen amarradas bajo el castillo. Dos veces por semana, un hidroplano se aleja del muelle atestado hasta la borda de soldados con el pelo rapado y fornidos campesinos turcos rumbo al puerto de Taşucu, en Anatolia.

Para mí, Kyrenia sigue siendo veneciana. Con su paseo marítimo curvado y limpio, sus aduanas en el muelle, la mole del castillo cerniéndose genial y poderosa sobre el puerto, tiene el verdadero sabor de Venecia: es como un enclave cercado y sutilmente distorsionado. El olor no es el que debería: desde el principio flota demasiado empalagoso, demasiado sureño. También la luz es errónea: demasiado seca e inflexible. El aire de Chipre encierra insinuaciones en modo alguno italianas, tal vez algo taimadas, que surgen, creo, de la historia conspiratoria del lugar, de sus paisajes desnudos y sus leyendas incestuosas. Los venecianos no fueron felices en Chipre, y el señorío llegó a reconocer la inhospitalidad de la isla hasta el punto de desterrar a muchos ciudadanos allí: un convicto sodomita, una priora que no cumplía el celibato, un

hombre que habló con malicia de la República, dos que trataron de introducir una ley que otorgara un dinero a los pobres y otro que hizo sangrar la nariz de un compañero del Gran Consejo.

Casi nadie quería servir a la patria en Chipre. Costaba muchísimo incluso encontrar a un capellán que se encargara de los servicios de la catedral de Nicosia, y el Senado se declaró una vez oficialmente harto de que los capitanes se negaran a trabajar en Famagusta. Los esfuerzos consagrados a inducir a los venecianos a asentarse en esas tierras y formar una colonia como la de Creta apenas dieron fruto, por muy gratuitos que fueran los pasajes, y todo veneciano que residiera en la isla durante cinco años y practicara «cualquier arte no mecánica» era elegible para formar parte del Gran Consejo como miembro de la nobleza local. No era una isla fácil para los venecianos: los lugareños los odiaban y los terremotos, las sequías, las epidemias mortales y las plagas de langostas no dejaron de sucederse durante los ochenta y tantos años de su ocupación. Además, los venecianos siempre estaban alerta por los ataques de los turcos, y la razón más común y convincente para rechazar un destino en la isla era «a causa de los turcos».

Aunque inefectivo, el control del gobierno de Venecia suponía una fuente de irritación constante para los residentes en Chipre. He aquí las instrucciones dadas al capitán de Chipre, Giovanni Contarini, cuando lo destinaron a la isla en 1538: debía contratar a ocho siervos, a cuenta suya, y mantener ocho caballos. Tenía prohibido emprender toda actividad comercial. Una vez a lo largo de su mandato debía recorrer la isla para inspeccionar las fortalezas —para lo cual se le concedían unas dietas de diez besantes—; si no, salvo en caso de emergencia, no debía pasar la noche fuera de Famagusta. Tampoco llevar luto si no era por su padre, madre, hijo, hija o esposa, nunca más de ocho días y sin manto. Cuando su sucesor tomara el relevo, al término de su mandato, debía limitarse a declarar: «Le consigno este gobierno en nombre del Ilustrísimo Señorío de Venecia», con una multa de quinientas liras y la destitución del cargo si osaba decir más o menos de lo indicado.

Así, Kyrenia, con sus restricciones y sus recuerdos velados, debió de ser un lugar cargado de nostalgia. Si nos sentamos sobre las murallas solitarias una noche de verano, cuando las estrellas lucen

sobre la montaña de atrás y el pequeño pueblo ya está dormido, el chapoteo, el chapoteo del agua sobre las rocas quizá nos recuerde el irritante ruido de las aguas de la Serenísima, y el tacto de las piedras antiguas, ya un poco deterioradas, es como el tacto de un muro de jardín junto a la laguna de Giudecca; y acaso, por un instante, podamos compadecer a aquellos pobres venecianos que, en su odiado exilio en la isla, mientras contemplaban el mar oscuro temiendo el chapoteo de los remos corsarios, desearon estar a salvo en casa, felices bajo las luces brillantes de San Marcos.

Las noticias de la caída de Nicosia llegaron a Venecia en diecisiete días y el señorío quedó sumido en la desesperación. Aun así, no todo estaba perdido. La flota combinada de la Liga Santa, en esos momentos, se dedicaba a reunir fuerzas para su mayor hazaña contra los turcos. El Arsenal, lejos de haberse paralizado tras el incendio, había sacado cien nuevos barcos el año anterior; y las defensas de Famagusta, el siguiente objetivo de los turcos en Chipre, se conocían como las más fuertes del mundo: el apogeo de la arquitectura militar renacentista.

Todas esas murallas siguen en pie, con sus dos puertas. La puerta del Mar tiene un gran león alado en lo alto y una pareja de leones recostados en la parte interior, con un trazo tan vago que uno de ellos presenta una anatomía irreconocible en su postura y el otro tiene las ancas carcomidas por el tiempo. La puerta de la Tierra se planta a horcajadas sobre la carretera a Nicosia, con un imponente revellín en lo alto. Entre ambas se sitúa el bastión principal de las defensas, el Martinengo, de un par de kilómetros cuadrados de extensión, y en la orilla está la ciudadela, de la cual apenas queda ya el armazón, conocida con el romántico nombre de torre de Otelo; pero en tiempos venecianos era una formidable estructura con cuatro torres y un foso propio. Las dos puertas, el bastión y la ciudadela se unen mediante una tremenda muralla, de unos quince metros de alto y hasta siete de grosor; una zanja rodea el pueblo por tres costados, y el cuarto da al mar.

Entre todas estas construcciones corre un aire, hoy en día, de resignación hecha añicos. Famagusta ha visto cosas terribles incluso en tiempos recientes, como la batalla que tuvo lugar en 1974,

cuando los turcos invadieron la ciudad, entonces en manos griegas. En la parte noroeste, justo debajo de las murallas, se extiende una especie de páramo salvaje urbano, como un área de explosión o un aparcamiento abandonado, entre cuyos espacios vacíos surge una masa de escombros de tres iglesias en fila —todas en ruinas, todas muy viejas, muy tristes, ofreciendo una punzante insinuación de las consecuencias perdidas—. La plaza de la catedral en el centro, ahora un lugar provinciano y decaído donde los policías se hurgan los dientes en las esquinas al sol y los tenderos se pasan horas repantingados en las sillas inclinadas contra la pared sobre las aceras, es una desolada sombra de su antigua época como centro del poder veneciano en Chipre.

Aunque la ciudad luzca ruinosa y destartalada, sigue teniendo buenas proporciones y, en cierto modo, un aire imponente, como una vieja y fornida viuda venida a menos. La catedral de San Nicolás sigue allí, con su bello rosetón, aunque se convirtió en mezquita hace mucho tiempo; ahora tiene la fachada torcida porque los turcos pusieron un minarete en la torre norte y llenaron la mayoría de las ventanas de patrones arabescos con yeso parisino, pero aún se reconoce en ella la estirpe de Reims o Amiens.

Justo enfrente de la plaza polvorienta se alza la magnífica fachada, o lo que queda de ella, del palacio del teniente veneciano, muy destrozado por la sucesión de guerras y mezclado ahora con las dependencias de la comisaría de policía adyacente, cuyos camiones se aparcan en el patio y los temblorosos detenidos a veces asoman, escoltados con brusquedad hacia las celdas. Una pila de balas de cañón turcas brinda un aire marcial a la estampa, y sobre el precario arco central se distinguen las armas del noble veneciano que gobernaba la ciudad durante su construcción, Giovanni Renier.

Hay una iglesia franciscana en ruinas a la vista, un poco más allá de la plaza, con fragmentos de cantería veneciana aquí y allá, y cuando sopla una ráfaga de viento, el polvo de la antigua albañilería veneciana aún se arremolina en el aire. Bajando la calle hacia el sur, la torre de Otelo, apenas unos metros más allá, señala la presencia del mar. Junto a la catedral se alzan dos grandes y viejos pilares, sin duda hurtados también de Salamina, símbolos de la soberanía veneciana de antaño.

Estamos ante la enorme tragedia que, en 1571, marcó el final del gobierno veneciano en Chipre y dio un famoso mártir a la República. Ahí se montó el guiñol. Famagusta resistió con valentía ante los turcos durante diez meses, mucho después de que el resto de Chipre cayera. Era un cerco alegórico. Los turcos estaban al mando de un general que solo ha pasado a la historia como pachá Mustafá, una especie de comandante genérico islámico. Los venecianos, por su parte, estaban dirigidos por Marco Antonio Bragadino, capitán de Chipre y miembro de una de las familias más antiguas de la nobleza, como era de recibo. Incluso el estilo de la lucha encajaba entre ambos bandos. A veces se entablaban combates individuales entre dos figuras destacadas, que la multitud de soldados y ciudadanos contemplaba como un espectáculo, y los combatientes a menudo se lanzaban mensajes de amenaza o desafío, a imagen y semejanza de los caballeros de los torneos que intercambiaban elegantes insultos entre dos asaltos.

Los venecianos lucharon con gran coraje. Una vez fingieron abandonar la ciudad y, cuando los turcos se disponían a tomarla, les cortaron el paso con la artillería y los atacaron con cargas de la caballería. Otra vez recobraron sus banderas, que los turcos les habían quitado en Nicosia. Hicieron salidas muy osadas y esparcieron clavos envenenados por fuera de los muros para inhabilitar a la caballería enemiga. Los turcos, por su parte, invirtieron una enorme energía y determinación en el ataque, como siempre, derrochando vidas y dinero a mansalva pero manteniéndose firmes en su código moral y su deber nacional. Tenían al menos doscientos mil hombres dispuestos a pelear contra los ocho mil defensores, y los refuerzos no dejaban de llegar de Siria para renovar el ejército sin que decayera su vigor. Un ingeniero militar español asesoraba al pachá, hasta que murió a causa de una mina, y un cuerpo de cuarenta mil zapadores armenios excavó una red de profundas trincheras alrededor de la ciudad —tan enorme que, según las crónicas, proveyó refugio a todo el ejército, y tan profunda que las tiendas se clavaron en la base y los caballos podían moverse sin que el enemigo los viera—. En la cabecera de estos accesos subterráneos, ocuparon el foso de la ciudad y construyeron dos fuertes, de madera de roble y tierra, que se elevaban como castillos sobre Famagusta, de modo que podían bombardearla sin cesar, casi a quemarropa.

Bragadino estaba resuelto a resistir. Un día declaró a Mustafá, después de que este le pidiera una vez más la rendición, que una flota veneciana llegaría para aliviar la ciudad y destruir el ejército turco: «Entonces te haré caminar delante de mi caballo y te lanzaré a la espalda toda la tierra con que has llenado nuestro foso». Vivió lo suficiente para lamentar la amenaza proferida. Un escuadrón veneciano, en efecto, entró en la contienda después de una acción brillante, pero enseguida volvió a zarpar rumbo a Creta, llevándose consigo a todos los niños venecianos de la ciudad. Después no volvió a llegar ninguna ayuda. En julio de 1571 la vida allí era tan terrible que los ciudadanos suplicaron al general que se rindiera. Bragadino respondió solicitando al obispo de Limasol que oficiara una misa pública en la catedral con él como acólito, y pidió a la congregación resistir quince días más. Para entonces, casi no quedaba nada que llevarse a la boca. Todos los gatos y burros se habían comido, y solo había tres caballos vivos. La munición se había gastado casi por entero.

Aun así, en esos quince días todos resistieron tal y como el general les había pedido, bombardeados sin cesar y minados una y otra vez, apagando incendios, reparando revestimientos destrozados, librando batallas cuerpo a cuerpo en las esquinas de las murallas hasta que la guarnición se redujo a unos cuantos hombres medio muertos de hambre, el obispo de Limasol murió como el de Pafos antes que él y el mismo Bragadino se sintió desfallecer. En los almacenes solo quedaban siete barriles de pólvora, y el 1 de agosto de 1571 la bandera blanca se izó sobre la muralla.

Se cuenta que los turcos perdieron a cincuenta mil hombres en el cerco de Famagusta, y a modo de revancha arrasaron la pequeña ciudad, otorgándole ese aspecto de desolada derrota que aún hoy percibimos intramuros. Cuando Bragadino por fin se rindió, Mustafá le prometió que la guarnición podría poner rumbo a Creta con todos los honores de guerra. Sobre lo que ocurrió al final, la historia, en general, se ha fiado de los cronistas venecianos. Los turcos dicen que Bragadino rompió el acuerdo de paz matando a algunos de sus prisioneros, pero, como ha prevalecido la versión veneciana, he aquí el relato de lo acontecido en Famagusta en 1571:

El pachá Mustafá ordenó una flota de doce barcos para embarcar a la guarnición derrotada, proceso iniciado el día 3 de agosto. Al cabo de dos días, Bragadino partió hacia el campamento del pachá para entregarle las llaves de la ciudad antes de embarcar en las galeras. Llevaba su túnica púrpura oficial de alto cargo y la sombrilla roja, privilegio de estatus. Lo escoltaban trescientos hombres y oficiales suyos. Llegaron al campamento del pachá, donde los turcos les pidieron cortésmente que depusieran las armas, y condujeron a Bragadino y su círculo de oficiales veteranos al pabellón de Mustafá. Al principio, este se mostró amable, pero a los pocos minutos de conversación, estalló en una ira violenta y acusó a Bragadino de romper el acuerdo de capitulación y despilfarrar miles de vidas turcas mediante una resistencia innecesaria e inútil.

De repente, los turcos agarraron a los venecianos y los ataron de pies y manos, y los soldados que se habían quedado fuera cayeron ante los jenízaros, que los despedazaron allí mismo. Solo un puñado logró escapar, no siempre de la forma más satisfactoria: Hércules Martenigo, vástago de un clan aristocrático muy conocido, se convirtió en esclavo eunuco. Bragadino tuvo que arrodillarse tres veces para ser ejecutado, pero a cada vez el hacha se detenía en el último momento, hasta que el mismo Mustafá cortó la oreja derecha del veneciano y un soldado le amputó la oreja izquierda y la nariz.

Doce días después, mutilado sin piedad y muy débil, se vio arrastrado de vuelta a la ciudad, y la amenaza proferida contra el pachá se volvió contra él. Primero lo obligaron a cargar pesados sacos de piedras y tierra arriba y abajo por toda la muralla, y besar el suelo cada vez que pasara junto a Mustafá. Luego lo ataron a una silla, lo subieron al penol de una galera para que lo vieran todo el ejército y los ciudadanos, y después de bajarlo lo llevaron hasta la plaza de la catedral, arrastrándolo entre los abucheos del pachá y las burlas y los golpes de quien quisiera propinárselos. Una vez en la plaza, lo ataron a uno de los pilares venecianos delante del palacio.

El pachá Mustafá se sentó en la logia palaciega y ofreció a Bragadino conservarle la vida si se convertía al islam. Cabe suponer que entonces ya era tarde para la apostasía, y Bragadino se colocó ante el pilar agonizante mientras un verdugo lo desollaba vivo a

pleno sol. Le clavaron la cabeza en una pica donde, según la leyenda cristiana, resplandeció como el sol, desprendiendo un agradable aroma. Descuartizaron su cuerpo y distribuyeron las partes entre las grietas que los turcos habían hecho en las murallas de Famagusta. Cargaron su pellejo, mezclado con paja y ataviado en su túnica púrpura con su sombrilla roja, y lo pasearon por las calles de la ciudad a lomos de una vaca antes de colgarlo de la verga de un barco de guerra y emprender un triunfal crucero por todo el Mediterráneo oriental, ahora sí, verdadero territorio de los turcos.

Al final el mismo pachá Mustafá lo llevó a Constantinopla para presentárselo al sultán como trofeo de la victoria. Acabó guardado en el astillero del Cuerno de Oro, justo delante de la plaza donde, trescientos cincuenta años antes, las fuerzas venecianas habían abordado las murallas de Constantinopla para iniciar su aventura imperial. En 1650 un ciudadano de Verona, Jerome Polidoro, lo robó persuadido por la familia para llevarlo de vuelta a Venecia, donde por fin pudo reposar, después de tantos tormentos, en la iglesia de San Zanipolo. En cuanto a la suerte de Polidoro, los turcos lo capturaron para someterlo a una espantosa tortura, pero los Bragadino pagaron su rescate y el señorío, agradecido, le concedió una pensión vitalicia de cinco ducados mensuales.

Así finalizó el breve y desgraciado dominio veneciano en Chipre, de 1489 a 1571. Dos meses después de la caída de Famagusta, la Liga Santa venció a los turcos en la batalla de Lepanto, pero ya era demasiado tarde para salvar la isla. Por entonces apenas quedaban venecianos en Chipre más allá de unas pocas familias nobles que, según las crónicas, se habían librado de la muerte a manos de los turcos confundidas entre los campesinos, y pasaron otros trescientos años en el pueblecito de Athieniou, en la llanura central, como principales muleros de la isla. Los turcos mantuvieron la soberanía absoluta sobre la isla hasta el siglo xix sin conseguir que prosperara feliz. Enconada en su estancamiento y dividida, se descompuso hasta que el recuerdo de los venecianos se borró casi del todo, y no quedó más rastro de ellos que los ruinosos y funestos muros de las fortalezas, un par de iglesias y algún que otro león alado. Las ansiosas generaciones que habitaron la isla agridulce se granjearon

muy poco amor y ninguna gratitud.

Y acaso os preguntaréis: ¿qué fue de Caterina Cornaro, cuyo triste matrimonio tantos años atrás permitió que Chipre se sometiera al dominio veneciano? Al final resultó que la abdicación le trajo suerte, pues la segunda mitad de su vida fue, con diferencia, mucho más feliz que la primera. Nunca volvió a casarse, y el retrato que le hizo Giovanni Bellini en la mediana edad la muestra como una mujer de busto y hombros anchos, con el pelo corto, la boca resuelta y los ojos de aire porcino desplegando un leve pero claro estrabismo. Caterina se consagró a los placeres sociales y culturales y, en sus últimos años, se convirtió en una célebre mecenas artística.

Siguió siendo reina de Chipre, Jerusalén y Armenia, y así firmó hasta su muerte. La República le concedió un seudorreino, un feudo en la pequeña y deliciosa ciudad de Asolo, situada en una colina a sesenta kilómetros al norte de Venecia. Allí vivió feliz con su corte devota, formada por doce damas de honor y ochenta sirvientes, una negra que cuidaba de sus loros favoritos y una pequeña casa de fieras para animar el castillo. Durante veinte años fue señora de Asolo y recibía constantes visitas de amigos y parientes, atenciones de insignes eruditos y escritores y continuos entretenimientos en forma de desfiles y procesiones de antorchas. Murió en 1510 a la edad de cincuenta y seis años, y para su entierro se formó un puente de botes a través del Gran Canal desde el palacio de los Cornaro —cuyos escalones bajó en 1472 al embarcarse en la gran aventura de su vida— para trasladar el cuerpo a la iglesia de los Santos Apóstoles, cerca del puente de Rialto. La enterraron en una noche de lluvia y tormenta, vestida con el hábito pardo de la orden franciscana, pero sobre el féretro reposaba la corona de Chipre.

Orillas de Grecia

El ojo – Sui generis – Cargueros y buques mercantes – Monemvasía – Vistas de una batalla – La última aventura – Un logro duradero

En las páginas anteriores nos quedamos en Chipre, el puesto más oriental del Imperio veneciano. Los soldados de Famagusta que se rindieron nunca embarcaron hacia el oeste rumbo a Heraclión porque los turcos los tomaron como esclavos, pero en épocas más felices, los convoyes venecianos procedentes de Egipto y Levante que dejaban atrás Chipre estaban en aguas propias. Desde Chipre hasta Creta, más allá de las amontonadas Cícladas, al oeste de Citera y el cabo Matapán, hasta quizá encontrarse con otros barcos que regresaban a casa rodeando el Peloponeso, alcanzaban la bisagra de toda la construcción imperial: Modona. Esta ciudad, situada en el extremo suroeste del Peloponeso, actuaba como nexo, punto de abastecimiento, oficina de información, puesto de mando, centro de reparaciones y patio de recreo de todas las embarcaciones venecianas en las rutas orientales. Tenía, además, el castillo marítimo más espectacular del Imperio. Se decía que Modona «estaba a medio camino de cualquier tierra y cualquier mar», y los venecianos la llamaban «el ojo de la República».

Adentrémonos en ella, ya que podemos elegir medio de transporte a voluntad: un convoy de principios del siglo XV, pongamos por caso, cuando Modona estaba en su apogeo y el Imperio veneciano aún prosperaba. Desde la cubierta de proa del barco, tal vez de regreso a casa desde Beirut, con los remeros jadeando y el capitán atisbando el horizonte en la popa con gesto lánguido, bajo el sol de una mañana griega medieval y con el león de San Marcos ondeando por encima de nuestras cabezas, es como si todas las riquezas orientales y del Imperio viajaran con nosotros hacia Venecia.

En la galera hay especias y sedas sirias, algodón de Chipre, pimienta

egipcia en la nave de atrás, monos para las casas de fieras de los ricos, incienso de Arabia, pieles, cuero, utensilios de hierro esmaltado de Constantinopla, esclavos mongoles del mar de Azov, vinos de Naxos o Miconos, hombres de Cornaro de las plantaciones chipriotas de permiso, soldados con suerte trasladados desde Tenos o Frangokastello, delegaciones de Siros, banqueros judíos de Eubea, artistas de iconos griegos y mercaderes hacia su retiro tras una vida entera en Alejandría o de regreso a casa para invertir sus fortunas amasadas en Alepo gracias a unos generosos márgenes de beneficio.

Pasado el islote de Enetika, una proclamación de soberanía sobre el mapa, seguimos navegando y atravesamos el estrecho canal, dejamos atrás la isla de Sapientza hasta entrar en la ancha y tranquila bahía homónima. Alrededor se congregan un montón de barcos. Hay galeras de guerra con proas como picos, fornidos barcos costeros de vela cuadrada, esquifes latinos de las islas… y mientras nuestro convoy encuentra su amarradero, pasando un barco tras otro, la bahía es un ajetreo de botes, gritos, ruidos de cadenas de anclas y silbidos. Sentimos que hemos llegado a un puerto magnífico, la antecámara de la misma Venecia, donde estaremos a salvo, lo cual no es nada sorprendente, porque allí abajo, al otro lado, la fortaleza puerto de Modona se agazapa feroz pero reconfortante como un león de color marfil, ahora que empieza a caer la tarde.

Es una de las vistas más preciosas que puede ofrecernos el viaje por el Mediterráneo. La ciudad se sitúa en el extremo de su propia península, sobre una playa arenosa de media luna, y constituye una especie de pantalla o barricada de torres alineadas en la orilla. Las banderas ondean en las torretas, los guardias patrullan en sus pasarelas, los molinos de viento zumban y las dos grandes compuertas, abiertas al puerto, rebosan de bullicio por el tráfico que entra y sale. El humo de cientos de casas se eleva por encima de las murallas, puesto que la comunidad entera del puerto habita intramuros —mercaderes, agentes, sacerdotes, soldados, constructores navales, abastecedores, banqueros, una floreciente colonia de comerciantes de seda judíos, la famosa posada de los Caballeros Teutónicos donde se alojan los peregrinos, el comandante de las galeras y el todopoderoso alguacil—. Solo una confusa colonia de gitanos vive fuera de las murallas, en esas

tiendas y chamizos sobre el foso que se extienden hacia el norte, cuyos habitantes venden cerdos a los griegos de tierra adentro —y abastecen de tocino a Venecia—. Al este, una pista se aleja hacia las huesudas colinas de Corone, el Segundo Ojo, al otro lado de la península de Mesenia; y al norte, una carretera sube por la costa hacia la fortaleza veneciana de Navarino, pero Modona parece autosuficiente, sustentada por el mar de pies a cabeza.

Cuando un convoy como el nuestro se incorpora a la bahía, esta es un hervidero. Miles de remeros y pasajeros se dirigen hacia tierra firme. Las tiendas y tabernas de intramuros están abarrotadas —«el mero pensamiento de la uva moscatel de Modona me embarga en deleite», escribió el padre Felix Fabri, viajero del siglo xv—. El funcionariado canturrea. Los extraños deambulan perplejos por las calles de la ciudad o admiran maravillados el desnudo paisaje. Flotan olores a especias y madera, se oye un babel de lenguas, los peregrinos se arrodillan en agradecimiento ante la cabeza de san Atanasio, «Atanasio contra el mundo», en la catedral de San Juan. Los oficiales presentan sus requerimientos a los trabajadores de los astilleros; los hombres importantes, sus cartas de recomendación al alguacil; los comerciantes, sus billetes de crédito a los bancos. Es un Stato da mar condensado: agudo, cosmopolita, de estilo rimbombante pero con funciones puramente prácticas.

Al caer la noche, solo los guardias hacen la ronda por las murallas y los centinelas nocturnos murmuran en la cubierta de las galeras; y al despertar por la mañana, han pasado los siglos y vemos una Modona distinta. La Modona del siglo xx no es lo que era en absoluto. El gran fuerte marítimo ya es solo un armazón podrido y sombrío sobre las playas. La ancha bahía está desierta. Un pueblo muy diverso ha crecido extramuros, donde estaban los gitanos, junto a un hotel turístico de cristal a orillas del mar, junto al bastión de Bembo. Un buldócer escarba en la arena de la orilla. Una mujer grita algo a su marido al otro lado del malecón. En una taberna junto al mar el dueño, hurgándose los dientes con un palillo, sirve pescado distraído, con los ojos clavados en la televisión de encima de la barra. Los cientos de casas de intramuros, las dependencias oficiales, los almacenes, los bares, los hostales y los barracones han desaparecido, dejando apenas unos montículos de hierba aquí y allá, un par de muros destartalados, laberintos de cámaras oscuras bajo tierra pobladas de escarabajos y restos astillados del pilar

de la autoridad veneciana, sans león y sans nada. Las grandes compuertas están bloqueadas por toscas piedras. Nobles crestas y animales esculpidos miran desde las sombras tenues, erosionados por los vientos marítimos.

Pero quizá durante el día, como ocurre a veces, estalla en Modona una de esas grandes tormentas del mar de Creta que vienen por el sur. Las viejas murallas se estremecen con los truenos; la silueta de las torres se perfila, magnífica, contra las nubes arrastradas por el viento, y la tempestad suena como si todos los leones alados que existieron alguna vez, por dondequiera que gobernaron los venecianos, lamentaran sus dominios perdidos.

Modona era el mejor puesto continental que adquirieron los venecianos tras la disolución del Imperio bizantino. Detrás, los Estados feudales creados por los cruzados pronto degeneraron en una prolongada lucha por el poder y el territorio, y Grecia era una región marcada por una confusión de violencia e intriga. Normandos, burgundios, italianos, alemanes y españoles marchaban arriba y abajo por las tierras clásicas, y los fuertes francos surgieron entre las ciudadelas de Argos y Corinto, Tebas y Esparta. En el siglo xiv, los griegos bizantinos restauraron el poder en el Cuerno de Oro de forma temporal y recobraron gran parte de Grecia, y en el siglo xv los turcos, una vez tomada Constantinopla, avanzaron inexorablemente por la península hasta apoderarse de todo el territorio.

Los venecianos no podían permanecer ajenos a todo eso, pero lo cierto es que se mantuvieron apartados de las luchas. Ahí, como en todas partes, iban a la suya. Aunque de vez en cuando se veían involucrados en los incesantes conflictos de Grecia, y los ejércitos venecianos entraban en acción tierra adentro, casi siempre persiguieron sus objetivos específicos sin ayuda de otros y se quedaron, como siempre deben quedarse los marinos, cerca del agua. Nunca les interesó colonizar por colonizar, y escogieron sus posesiones griegas, como todas las demás, pensando únicamente en el comercio y la seguridad de la Serenísima.

Desde Nauplia, en el noreste, hasta Patras, en el noroeste, los

venecianos tuvieron en su poder casi todos los puertos principales del sur de Grecia en una u otra época. Además de ser paradas en las rutas de los convoyes y bases para sus escuadrones navales en el Mediterráneo oriental, estos lugares les permitían tener la mayor parte del comercio marítimo griego en sus manos, pues todos los gobernadores latinos del interior dependían de los barcos venecianos para el comercio y el transporte. Las posesiones de la orilla griega se incorporaron al legado veneciano. Llamaban al Peloponeso Morea, porque le encontraban una semejanza con la hoja de la morera, y ese nombre aparece una y otra vez en las crónicas del señorío hasta el siglo xvii. Llamaban a Modona, el eje del territorio, «el receptáculo y nido especial de todos nuestros barcos, buques y galeras» y cuando en 1500 pasó a manos de los turcos, los miembros del Consejo de los Diez de Venecia, ataviados con sus ropas de armiño y calados con sus sombreros de terciopelo, rompieron a llorar al unísono.

Aunque todas estas colonias estaban fortificadas contra los ataques tanto terrestres como marítimos, eran, en esencia, puntos comerciales cuya vida dependía de los ciclos de intercambio entre Venecia y Oriente. Modona era el punto de convergencia de las dos rutas principales del este. Una iba al norte, por el Egeo, hasta el mar Negro y más lejos, al enclave comercial de Tarfa, en el mar de Azov. La otra se extendía por Creta y Chipre hacia Siria y Alejandría, donde los venecianos tenían almacenes desde el siglo xii.

En el siglo xv, el momento en que nos adentramos en la bahía de Sapientza, el Estado veneciano organizaba esas rutas con sumo cuidado. Venecia se acercaba entonces al apogeo de su poder marítimo: en 1414, según el dux Tommaso Mocenigo, poseía tres mil barcos mercantes pequeños, trescientos grandes y cuarenta y cinco galeras de guerra con unos treinta y seis mil marinos. Dos convoyes zarpaban cada año de la laguna para seguir sendas rutas organizadas, y solían navegar juntas hasta Modona. Los venecianos preferían hacer sus viajes largos en veloces galeras remadas por hombres libres, antes que en los enormes barcos que usaban otras potencias, y los convoyes fletados por el Estado consistían, en general, en quince o veinte de esos barcos impresionantes

escoltados por otros más ligeros y preparados para la lucha. En la figura del convoy confluían el capitalismo y la empresa estatal: la República lo organizaba, estipulaba el diseño de los barcos y proveía la escolta naval; y la empresa privada ponía el dinero y se llevaba casi todo el beneficio. Cada hombre a bordo de una galera mercante era, hasta cierto punto, un inversor en la empresa, puesto que tenía derecho a negociar por su cuenta a lo largo del trayecto, y cuando una galera atracaba en un puerto oriental, enseguida se convertía en una especie de bazar flotante, rodeado de botes de suministro, y los comerciantes locales trepaban por la borda, deseosos de empezar a negociar.

Los convoyes se disponían en un orden muy estudiado, comandados por un almirante y conducidos por un oficial de navegación nombrado por la República. El secretario, uno por galera, también era un funcionario encargado de revisar las cuentas, y cada aspecto del viaje estaba regulado con meticulosidad, desde las raciones de los remeros hasta los niveles de carga permitidos o los cambios de rumbo. Cada barco llevaba su complemento de arqueros, lo cual convertía al convoy en una unidad armada, y había capellanes, médicos y jóvenes remeros de proa que, siguiendo una antigua tradición veneciana, navegaban en las galeras como parte de su educación.

La vida a bordo era muy práctica. El capitán solía llevar una rutina tranquila en su camarote de popa, así como los pasajeros importantes, pero el resto del barco apestaba de un modo terrible por las sentinas y los excrementos de ovejas, cabras, terneras, bueyes y cerdos apiñados en la cubierta, alrededor de las cocinas abiertas. Las tripulaciones incluían vagabundos y fugitivos de toda clase, y para el viajero inexperimentado, el trayecto estaba colmado de peligros accidentales. Cuando un joven veneciano del siglo xv embarcó por primera vez, su hermano mayor le advirtió que no jugara a nada con nadie a bordo —salvo a las damas con el capellán—, que no se quedara rezagado cuando el tambor sonara en el puerto —el aviso para regresar—, que no comiera demasiado en tierra y que no se acercara a las prostitutas de Creta y Chipre porque todas estaban enfermas.

Así, varias veces al año asomaba una de esas espectaculares

armadas en la costa griega, como nosotros asomamos esa mañana. Todos los niños del muelle sabían los nombres de los barcos; el rector, el alguacil y el gobernador conocían al capitán y las prostitutas tenían experiencia con la tripulación. No había nada más fantástico que la visión de aquellas magníficas galeras, cruceros del comercio veneciano, acercándose a la costa griega con las banderas aleteando al viento, la escolta rodeándolas y sus contornos largos y elegantes, sus brillantes colores y el ritmo acompasado de sus remos avistados desde algún promontorio de la Hélade, por ejemplo desde la península de Lavrion mirando hacia Cea; muy parecidas, seguro, a los largos barcos de la Antigüedad, trayendo a sus héroes homéricos por esos mismos mares de color vino tinto.

En tiempos de aflicción, y sobre todo durante el largo avance de los turcos por Grecia, las colonias venecianas de la costa hicieron las veces de refugios. En 1460, el Peloponeso entero era turco salvo las colonias venecianas, y no dejaban de aparecer riadas de refugiados para ponerse a salvo entre sus murallas. Muchos caciques depuestos embarcaron en esos puntos o dejaron a sus mujeres e hijos a cargo de los venecianos. Los jóvenes griegos se unían a las caballerías ligeras locales, llamadas stradioti, que siempre reclutaban nuevos miembros para proveer el elemento más vivaz de la defensa terrestre veneciana —uno de esos jóvenes fue Graitzas Paleólogo, famoso por resistir heroicamente el avance turco durante la década de 1450 y convertirse en comandante de toda la caballería ligera de la República—. La presencia veneciana, el león alado sobre la puerta de la ciudad, parecía en esos tiempos violentos una promesa de estabilidad: los normandos y catalanes aparecían de vez en cuando, los turcos podían atacar por tierra, pero allí, al borde de la orilla, las torres venecianas parecían inviolables. A veces era cierto, y en algunas ciudades venecianas los griegos no podían concebir su vida sin la protección de San Marcos. En otras, la ocupación veneciana fue breve pero tan intensa que, en poco tiempo, una arraigada lealtad podía someterse a la influencia veneciana, medio olvidar su pasado y asegurar en apariencia su futuro.

Una de esas localidades fue Monemvasía, en la costa este del Peloponeso. Los venecianos la gobernaron durante menos de un

siglo, de 1463 a 1540, y mucho antes de su llegada ya era un lugar conocido, pero quizá estaba destinado a ellos por alguna razón natural, pues se adaptó a sus designios y maneras como un guante. Monemvasía era un promontorio escarpado y sin apenas un árbol unido a tierra firme gracias a una carretera elevada de unos pocos metros, y siempre había estado deshabitada. Los antiguos habían construido una ciudadela en su cima azotada por el viento. Los bizantinos habían construido una iglesia homónima de Santa Sofía, en Constantinopla, que convirtieron en sede obispal. Los corsarios de Monemvasía fueron célebres durante la Edad Media; al igual que el vino, conocido en toda Europa como malvasía. Sin embargo, los venecianos consiguieron hacer suyo aquel territorio y establecer uno de sus puestos coloniales más interesantes.

Monemvasía significa «la única entrada», y solo es posible acercarse desde tierra firme, por la calzada. En la época veneciana se levantaron grandes fortificaciones, pero hoy en día el canal es tan estrecho que apenas tiene aspecto de puente. Aun así, no hay duda de la insularidad del territorio. Sus enormes pero modeladas rocas emergen del mar en posturas apartadas y maravillosas. En su apogeo estuvo plagado de armamentos, desde la calzada hasta la cima, y ahora, al atravesar las dobles puertas de las murallas, muy cerca de la orilla, sentimos que nos adentramos en un campamento poco acogedor, si no claramente hostil.

En la parte baja del pueblo, enclaustrada en sus propias murallas muy cerca de la base del promontorio, es fácil percibir el predominio bizantino. La habita una pequeña colonia de bohemios y expatriados, y hay un café y una modesta pensión —definida no hace mucho por una sincera guía de viajes como «espeluznante»—, pero casi todo está en ruinas. Sus callejuelas, confusas y entrecruzadas, atraviesan los escombros como las comadrejas o los zorros, y sus casas se amontonan en un revoltijo por la escarpada pendiente sobre el mar, a veces encima unas de otras, de modo que los caminos tienen que excavarse y sondear el terreno hasta poder abrirse, aquí y allá, en una plazuela con una iglesia o una explanada abandonada paralela al rompeolas. Una cabra pace distraída entre las murallas desmoronadas; las voces de unos diseñadores de batik de Stuttgart resuenan densas por los callejones, y una pareja francesa con su spaniel contempla desde la terraza, con las gafas en la mano, el paso de los siglos por el lugar.

Pero arriba, en lo alto de la roca, los venecianos construyeron su fuerte. Un abrupto zigzag conduce a la cima, y a medio camino una enorme puerta de hierro tachonada de balazos delimita la entrada al castro. En este camino, cruzada la puerta, todo debía pasar por la fortaleza veneciana, pues no había otra senda. Hay que franquear la oscura puerta, pasar el puesto de vigilancia, y ahí, al salir a la luz del sol siguiendo hacia la cresta de la roca, se despliega un escenario de glorioso abandono. Al pasear la mirada por el altiplano, cegado y rastreado por el sol, surgen fragmentos desmoronados de antiguos edificios. En la cima están las ruinas del puesto de guardia, y desde ahí los restos del pueblo, amontonados en la meseta llena de baches, ofrecen un aspecto bastante celta, antiguo y escalofriante: si nos tendemos sobre los ciclámenes a contemplar los botes faenando o seguir las ondeantes travesuras de las alondras en el cielo, podremos imaginar un murmullo lejano de voces, y quizá también el chapoteo del agua, chap-chap, chap-chap, en alguna antigua cisterna ahí abajo.

No obstante, lo más probable es que se quede en eso, en una fantasía, porque de todos los edificios de la parte alta, solo la iglesia conserva una cierta vida. Los bizantinos la construyeron al borde de la roca, donde podía saludarla cada barco que pasara, y quizá es la iglesia más maravillosamente ubicada de todas las que hicieron: de hecho, está en el borde del precipicio, como una promesa a la providencia, mirando hacia la bella línea costera que se extiende hacia Atenas, Salónica y la lejana Constantinopla. Los venecianos reconocieron su gloriosa estructura y la embellecieron con un hermoso nártex, y cuando el resto del enclave quedó destruido, la última carga de malvasía hubo zarpado del pequeño puerto y el islam dominaba toda Grecia, la iglesia de Santa Sofía siguió preservando el noble eco de su gran progenitora en el Cuerno de Oro y su prima junto a la plaza de San Marcos.

Así, la construcción mantiene la única chispa de animación entre tanto esqueleto estructural. La gente acude al servicio desde el pueblo de abajo y otros pueblos del interior, después de subir con esfuerzo el camino y atravesar la puerta llena de cicatrices del castro. Las velas siempre están prendidas bajo la cúpula, iluminando con luz tenue los mosaicos de las paredes: en una se ve una moderna pintura de la Santa Sofía original, restaurada en toda

su gloria cristiana por la fantasía del artista, con la Virgen María por doquier y rodeada de todas las columnas, estatuas, obeliscos y memoriales a la Ciudad con mayúscula, a cuya destrucción Dandolo y los venecianos contribuyeron hace tanto tiempo.

En el otro extremo de Grecia, al oeste, dentro del golfo de Corinto, está el pequeño puerto de Naupacto. Aunque amurallado de arriba abajo, parece bastante recatado y modesto hacia el sur, a través del golfo que da a las montañas del Peloponeso, y constituye una encantadora muestra de la Venecia colonial, en el extremo opuesto de la inhóspita fascinación de Monemvasía. En lo alto de la colina se eleva la ciudadela de vigilancia, y en bastiones intermitentes extendiéndose ladera abajo, entre los árboles, volviéndose en casitas enrejadas, pérgolas y bellas callejuelas ya cerca del pie de la colina, las fortificaciones descienden hasta la entrada del puerto, cercando el pueblo con sus murallas protectoras y abrazando también el pequeño puerto, con un faro en el muelle y adustas plataformas sobre los yates oscilantes. Es una estampa muy agradable. En verano, los autocares turísticos se alinean en el paseo marítimo, los caminantes del norte apilan sus macutos bajo las jacarandas de la plaza y los niños trepan por las murallas del puerto para ver las armas.

Cuando los venecianos gobernaban este lugar, dominaban todo el golfo de Corinto, cuyo mar interior los barcos debían atravesar rumbo al estrecho istmo que une el Peloponeso con el resto de Grecia. En la actualidad, muchos barcos que se dirigen a Atenas desde el oeste pasan por aquí, por el canal de Corinto, por lo que en ningún momento deja de haber un barco a la vista. Unos kilómetros al oeste, donde ahora cruza el ferri desde Patras, encontramos el estrecho de Naupacto, la entrada al golfo, «el pequeño Dardanelos», y los modestos castillos de Río y Antirio que lo dominan a cada lado. Para los venecianos este era el más importante de todos los puestos costeros griegos, pero, paradójicamente, solo se convirtió en hogar una vez que lo perdieron frente a los turcos. Y es que esa era la antigua ciudad de Lepanto, de cuyos fondeaderos zarpó la flota turca rumbo a una derrota en aguas abiertas, lejos del estrecho, que proporcionó a los venecianos sus mayores y más orgullosos honores

de guerra.

Los turcos arrebataron la ciudad a los venecianos en 1499 gracias a la incompetencia de Antonio Grimani, uno de esos almirantes cuya suerte revisamos en el tercer capítulo. Su fracaso lo condenó al exilio para luego convertirse en dux, ya al final de su vida; y el comandante de la guarnición acabó colgado a la vista de todos, justo delante del palacio ducal. De inmediato, los turcos hicieron de Lepanto su base principal en Grecia occidental, de modo que en 1571, cuando la guerra entre el islam y el cristianismo alcanzó uno de sus clímax en la más famosa de las batallas navales, los barcos del gran almirante turco zarparon de este puerto, veneciano por antonomasia, rumbo a la contienda.

Era la época de la guerra en Chipre, cuando el dominio turco en el mar y su aparente invencibilidad en tierra parecían amenazar la misma existencia del cristianismo. Los venecianos habían perdido casi todas sus posesiones del Egeo y todos sus fuertes en tierra firme griega. Incluso sus territorios en la costa dálmata, en el mar Adriático, eran poco más que enclaves en tierra enemiga. Nicosia había caído y Famagusta estaba cercada. En semejante situación crítica, los venecianos, la retaguardia de Europa occidental, habían solicitado ayuda a las potencias cristianas; así, en octubre de 1571 se produjo la gran confrontación entre las flotas de la Liga Santa y el Imperio otomano.

Desde el punto más alto de la fortaleza de Naupacto, entre el aroma de los pinos y cipreses, se divisa el escenario. De las tranquilas aguas del golfo que se extiende abajo, donde los barcos suelen navegar hacia Italia o El Pireo, salió una flota turca de doscientas ochenta galeras la tarde del 6 de octubre, pasando los fuertes gemelos del promontorio hacia aguas abiertas. En los barcos ondeaban los largos gallardetes del sultán turco, el bey de Alejandría y el gran corsario Uluj Alí, beylerbey de Argel, del cual se decía que era un monje calabrés renegado. Los galeotes eran prisioneros cristianos y el almirante, otro de esos comandantes turcos semianónimos conocido como pachá Alí y del que apenas se sabe nada más que su nombre. Llevaba consigo un talismán sagrado, un diente del profeta Mahoma montado en una bola de cristal, y en su barco ondeaba el gran estandarte del Imperio otomano, nunca hasta entonces capturado en una batalla y en cuya tela aparecía inscrito

el nombre de Dios veintiséis mil veces. El pachá Alí navegaba en contra de la voluntad de muchos de sus capitanes, que querían mantenerse a salvo más cerca de Lepanto, donde disponían de numerosas armas, pero él solo pensaba en destruir la flota cristiana, sellar el destino de Chipre y poner a Creta y el resto del Imperio veneciano a merced del sultán.

Más lejos, al oeste fuera del estrecho, pasados los ferris que se arrastraban de Río a Antirio y vuelta a empezar, donde la bahía de Patras se ensancha hacia el mar abierto, es fácil imaginar las velas y los remos intermitentes de la flota cristiana reuniéndose para la batalla: barcos de España, Sicilia, Génova, Nápoles, Malta y Venecia comandados por Juan de Austria, de veinticuatro años; hijo ilegítimo del emperador Carlos V y hermanastro de Felipe II, rey de España; vástago impulsivo, engreído pero innegablemente apuesto de la caballería europea. No tuvo un mando fácil porque los aliados solían pelearse entre ellos, los venecianos y los genoveses eran enemigos acérrimos y justo antes de la batalla llegó un barco de Chipre con la descorazonadora noticia de la caída de Famagusta.

Aun así, la flota que podemos imaginar moviéndose para tomar posiciones, aguardando la batalla más allá del estrecho, era la mayor jamás reunida en nombre de la cristiandad, con más de doscientos barcos y cincuenta mil hombres. Más de un centenar de naves eran venecianas, a las órdenes de Sebastiano Venier, capitán general de la marina, y Agostino Barbarigo. De las sesenta procedentes de Venecia, dieciséis tenían galeotes convictos y el resto, hombres libres. Cinco naves eran una contribución de los nobles venecianos de terra firma, treinta venían de Creta, siete de las islas Jónicas y ocho de las posesiones venecianas en Dalmacia.

Ahora bien, la contribución veneciana más deslumbrante era una flotilla de seis magníficas galeazas. Este barco, especialidad del Arsenal, era un cruce entre la galera tradicional, pilar de las flotas de guerra mediterráneas durante siglos, y los grandes galeones con que navegaban las armadas del norte de Europa. Tenía cuatro mástiles, tres de ellos con velas latinas y uno con vela de abanico cuadrada sobresaliendo por la proa. Las galeazas tenían una manga muy ancha, lo cual les permitía llevar, además de una pesada andana, una estructura circular en la proa bastante parecida a una torreta ametralladora moderna, donde se montaban al menos media

docena de cañones. Eran difíciles de maniobrar, y podemos imaginar sus enormes siluetas hacia sus puestos de combate, remolcadas por las galeras.

En la mañana del 7 de octubre, las dos flotas estaban en posición con cien mil hombres preparados para la acción. Era domingo, la fiesta de Santa Justina, y los cristianos se tomaron la batalla como una cruzada. En todas las galeras se levantaron los crucifijos y los hombres confesaron sus pecados al capellán. Don Juan de Austria, armado hasta los dientes, asistía a la misa a bordo de su buque insignia, la galera española El Real, y él mismo izó una bandera en el palo mayor con la imagen de Cristo crucificado y bendecida por el papa. Los turcos se reunieron formando una medialuna, con dos alas de apoyo y una flotilla de reserva detrás; los cristianos se agruparon en tres líneas de batalla, con treinta y cinco galeras en reserva y las seis galeazas venecianas como heroínas en la vanguardia.

Existen cientos de elaboradas imágenes que ilustran la batalla de Lepanto y suelen mostrar sus tácticas con lógica y claridad. También los historiadores navales la explican de un modo muy racional: las dos flotas chocaron mientras las alas turcas trataron de flanquear a los venecianos por la izquierda y a los genoveses por la derecha; las grandes galeazas quebraron el ímpetu otomano; don Juan, navegando a lo largo de la línea, mantuvo a su flota unida y reforzó sus escuadrones más castigados; y la contienda se resolvió en el centro, cuando los soldados españoles abordaron el buque insignia turco y lo forzaron a rendirse. Sin embargo, dudo que desde nuestras vistas privilegiadas en Naupacto podamos ver algún resquicio de orden: la batalla fue, desde luego, un follón terrible, como la mayoría de las batallas navales, desde Accio[9] hasta Midway,[10] y las formaciones clásicas con que las flotas abrieron la operación muy pronto acabaron colapsadas en peleas salvajes cuerpo a cuerpo en las cubiertas destrozadas de las galeras escoradas, prestas a hundirse.

Todos, desde los almirantes hasta los galeotes, estaban en igual peligro en una lucha sin cuartel. Cuando los venecianos de la izquierda capturaron al bey de Alejandría tras rescatarlo del agua, lo decapitaron allí mismo, en la cubierta. Cuando el mismísimo

pachá Alí rindió su buque insignia, le cercenaron la cabeza para presentársela a don Juan antes de montarla en una pica y exhibirla ante la flota turca. Cuando Barbarigo cayó alcanzado por una flecha, el prior Giustiniano, de la Orden de San Juan, quedó a cargo del contingente maltés. (También se cuenta que una de las escaramuzas cuerpo a cuerpo degeneró en un lanzamiento de naranjas y limones entre cristianos y musulmanes, que estallaron en carcajadas por igual.)

Fue una batalla aterradora en la que murieron unos ocho mil cristianos y al menos veinte mil musulmanes. Miles de turcos cayeron prisioneros, otros tantos cristianos cautivos quedaron libres de las galeras y el poder marítimo otomano se contuvo definitivamente en el Mediterráneo oriental. La cristiandad se sintió a salvo, y en muchos lugares de Europa es posible ver aún señales del inmenso alivio que produjo la victoria: pinturas de la batalla en galerías, banderas y trofeos capturados, un púlpito en forma de proa de galera en la localidad bávara de Irsee o un vitral en Wettingen, Suiza. Incluso el florecimiento del estilo barroco, según sugieren algunos historiadores, debe su exuberancia a las esperanzas renovadas que suscitó Lepanto.

Los venecianos eran los más felices, puesto que las noticias de la victoria, que corrieron a Venecia en diez días exactos, llegaron justo después del espantoso relato de Famagusta. Se recibió como uno de los clásicos triunfos venecianos, una prueba de que la vieja sangre seguía corriendo animosa y el león de San Marcos no había perdido su clamor. Después de todo, habían sido los barcos de guerra venecianos los que habían estado al frente de la línea cristiana y resistido el embate del asalto turco. Toda Venecia estalló en una fiesta cuando la galera Angelo Gabriele arribó a la cuenca con una bandera turca, una sarta de turbantes arrastrándose por la popa y la tripulación lanzando tiros al aire y dando gritos salvajes para anunciar la victoria. La basílica ofreció unos servicios espléndidos, se organizaron suntuosos banquetes, se compuso un oratorio, por las calles sonaron decenas de canciones populares, se celebraron emocionantes desfiles en la plaza y los prisioneros turcos se exhibieron encadenados, vigilados por un león de estuco y una mujer ataviada de terciopelo rojo como símbolo de la victoria.

Fue como la noche de Mafeking en Londres trescientos años después.[11] Las barreras se bajaron, las clases se mezclaron e incluso se cuenta que los ladronzuelos se tomaron la noche libre. La euforia duró varios meses. Tintoretto pintó un enorme lienzo de la batalla y Andrea Vicentino otro, consigo mismo caracterizado como oficial torpe pero impecable con el agua al cuello. Veronese pintó una vasta y alegórica Victoria que se colocó justo encima del trono del dux. Un altar se erigió en la iglesia de San Giuseppe di Castello, se reconstruyó la entrada al Arsenal y una nueva hermandad consagrada a las obras caritativas, la Scuola del Rosario, se estableció específicamente para conmemorar el 7 de octubre de 1571.

Por todos los territorios del Stato da mar pueden descubrirse otros memoriales de la batalla y alardes del papel que los barcos y marinos venecianos desempeñaron en ella. Sin embargo, al final, aunque tal vez Lepanto salvara Europa, lo cierto es que hizo muy poco por preservar el Imperio veneciano. Chipre ya estaba perdida, y como apuntó el gran visir en Constantinopla, puede que los turcos hubieran salido con las barbas chamuscadas, pero Venecia había perdido al menos un brazo. La flota otomana se reconstruyó enseguida y, aunque nunca volvió a atreverse a desafiar a la cristiandad, sí recuperó la fuerza suficiente para abalanzarse sobre Creta ochenta años después.

En cuanto al pequeño Lepanto, Naupacto, siempre quedaría para los venecianos como una posesión metafísica, por así decirlo, una colonia en la mente.

De todos modos, regresaron allí más de un siglo después. Para entonces, la República se encontraba en notorio declive, con sus riquezas menguadas, su flota de capa caída, su gente robusta y trabajadora desanimada y su nobleza, antaño consagrada al deber, más egoísta e irresponsable que nunca. El Imperio casi se había perdido: tras la caída de Heraclión, en 1669, solo quedaban las islas Jónicas, Tenos, los puertos de la costa adriática y las tres islas fortalezas cercanas a Creta. Los esplendores de Modona habían desaparecido mucho tiempo atrás, y ahora Venecia dependía por entero de mercenarios extranjeros y barcos construidos fuera del territorio.

Aun así, cuando la guerra contra los turcos volvió a estallar en 1684, los venecianos lucharon con inusitada violencia. Reclutaron tropas alemanas, maltesas e italianas para reforzar el ejército de la República, compuesto por venecianos y dálmatas, y decidieron impedir las ofensivas turcas mediante una invasión masiva de Grecia. Fue una decisión sorprendente, pero había un comandante lo bastante audaz y dispuesto a hacerse cargo de la campaña: Francesco Morosini, el heroico defensor de Heraclión quince años atrás. Su conducta de entonces lo había salvado no solo del desmembramiento o el destripamiento turco, sino también de las mazmorras o las islas espeluznantes reservadas de sólito a los generales venecianos que se rendían, y por entonces era un héroe nacional. Se dispuso una flota, se reunió un ejército de tropas alemanas, venecianas, maltesas, eslavas e italianas y, en agosto de 1684, una fuerza invasora desembarcó en Corone.

Fue un gran triunfo. Una vez más, Morosini se comportó como un líder inspirado, y los cronistas describieron su capacidad para cambiar las tornas de la batalla, cuando las cosas se pusieron feas en Modona, gracias a la mera majestuosidad de su actitud, y a día de hoy aún puede verse un viejo pilar de la fortaleza marcado con su nombre. En pocos meses tomó casi todo el Peloponeso —más territorio del que Venecia había gobernado nunca—, devolvió el león alado a Naupacto, cruzó el istmo de Corinto para capturar Atenas, planeó una invasión en Eubea e incluso pensó en volver a Creta. El señorío estaba tan exultante que erigió un busto del general en el palacio ducal que lo designaba «Morosini el Peloponesiaco». Sin embargo, el grueso de los habitantes griegos de la península no estaba tan entusiasmado, pues tenía malos recuerdos de la vieja arrogancia veneciana y, además, los turcos, salvo excepciones, toleraban su religión. Pese a todo, Morosini estableció la acostumbrada red administrativa veneciana por la región y, durante un tiempo, pareció que el nombre de Morea, tan evocador a oídos venecianos, volvería a formar parte de los anales de la Serenísima.

Al final la ocupación solo duró treinta años, pero dejó a su paso el mayor monumento de los años decadentes del Imperio: la fortaleza de Palamedes sobre la ciudad de Nauplia, en la cabeza del golfo de Argos. Los venecianos poseyeron Nauplia en el siglo XV, que

siempre había constituido un lugar muy importante —tras la guerra de la independencia griega contra los turcos, en 1831, estuvo a punto de convertirse en la primera capital de la Grecia independiente—. En 1685, cuando los venecianos regresaron al cabo de ciento cuarenta y cinco años, ya estaba dominada por la fortaleza de Acronauplia y el castillo que ellos mismos habían construido en el arrecife costero de Bourtzi, que usaron los turcos como refugio seguro para sus verdugos retirados. Los turcos habían reforzado aún más las fortificaciones de la ciudad y coronado las murallas con minaretes —incluso Bourtzi tenía dos— para convertirla en el lugar más adusto y puntiagudo que imaginarse pueda. Aun así, Morosini decidió construir una formidable fortaleza un poco más apartada, en la colina detrás de la ciudad, que haría las veces de cuartel militar veneciano en la conquista de toda Grecia, y acabaría convirtiéndose en la última obra maestra de la aventura imperial veneciana.

Nauplia sigue siendo hoy la más italianizada de todas las ciudades de la Grecia peninsular. Como no desempeñó un papel destacado en la guerra de la independencia griega, en la cual se perdió tanta arquitectura medieval, pudo conservar su jovial encanto. Los minaretes ya no están. Es posible alquilar una habitación en el castillo de la isla de los verdugos. El cautivador muelle está repleto de cafés para turistas, los barracones venecianos de la plaza principal se han convertido en un museo y dos hoteles se erigen entre las murallas de Acronauplia. Unos pintorescos y montañosos senderos suben del mar, y muchas casas son pensiones. Es un lugar pequeño con mucha vida, gambas, retsina,[12] recuerdos en forma de azulejos y excursiones por la bahía.

Sin embargo, inmediatamente detrás se cierne, mucho más sombría, la Palamedes de Morosini, un poco retocada por la arqueología pero impermeable al turismo. Se construyó mucho después del apogeo imperial y es una fortaleza muy consciente de sí misma: una construcción descocada y virtuosa que, pese a su fuerza, expresa quizá la sensación subyacente de un poder despilfarrado; pero tiene un estilo de espectacularidad innegable, y cuando los venecianos la construyeron, Palamedes era la fortaleza más poderosa de Grecia, la única verdaderamente moderna, según los especialistas contemporáneos.

De forma muy elaborada, a través de muchas capas, la construcción corona la colina pelada. Ahora se puede llegar en coche hasta las puertas rodeándola por detrás, pero antes el acceso principal era por un camino cubierto que subía directo del puerto, arqueado y con ballestas para la defensa, y en el tramo superior daba paso a una escalera escarpada y sinuosa que ascendía por la pared rocosa. Aún sigue en pie, y la creencia popular dice que consta de novecientos noventa y nueve escalones —en realidad son ochocientos cincuenta y siete—, que cada día suben turistas tercos, sudorosos y muy a menudo arrepentidos de su decisión. Sin duda esta desagradable escalada, impuesta a visitantes plenipotenciarios, generales derrotados o aliados dilatorios, revelaba sin ambages la actitud del castillo: al alcanzar el último escalón y atravesar la intrincada puerta defensiva de la fortaleza, nadie estaba de humor para faltar al respeto.

Dentro, todos los elementos se disponen con astucia. En la década de 1690 debió de parecer una fortaleza futurista, situada frente a las antiguas ciudadelas griegas. El inmenso muro exterior contiene ocho fuertes menores y autosuficientes, cada uno con sus propios búnkeres de municiones, cisternas, cuarteles y puestos de armas, y en el centro hay un fuerte principal con un enorme almacén, amplias habitaciones para guardar armas y municiones y un campo de tiro que abarca las obras exteriores. Al menos eso dicen los libros. Sin embargo, aunque yo estoy segura de que no había nada casual en el diseño de Palamedes, y cada una de las ranuras y rendijas tenía un propósito militar, hoy en día es difícil captarlo de manera adecuada, y a veces la sucesión de puertas y escaleras, así como las rampas de piedra, los contrafuertes y los arcos bellamente decorados me recuerdan a una prisión de Piranesi,[13] cuyas escaleras no conducían a ninguna parte y cuyos arcos abovedados no se soportaban más que a sí mismos.

Palamedes no desprende una sensación de arraigo en sí misma o en la historia, como ocurre en Modona o Monemvasía, porque protesta demasiado. Desde la colina se respira, por cierto, una sensación de mando casi escénica. El mar brilla a nuestros pies, las montañas se alzan en una neblina sobre el mar, los pozos de lluvia tal vez se inclinan en la pendiente aquí y allá, y a lo largo de la llanura puede verse la alta y rocosa ciudadela de Argos, guardiana gemela de

Nauplia en el golfo durante tantos siglos. Y pese a todo, se siente como un lugar de majestuosidad artificial, del mismo modo que, en retrospectiva, la última aventura veneciana en Grecia carece toda ella de naturalidad, como un gesto a destiempo. Los venecianos, en su valiente regreso a la Hélade, se extendieron demasiado. El ataque a Eubea fracasó y los planes para la campaña cretense se abandonaron, de modo que los turcos volvieron al asalto en 1715. Nauplia cayó tras una resistencia brevísima. Monemvasía ni siquiera se propuso resistir. Las guarniciones de Modona y Corone, más que luchar, se amotinaron. En tres meses todo estaba perdido y el Imperio veneciano de Morea ya era agua pasada. Palamedes fue el epitafio, y Morosini el Peloponesiaco, que había vuelto a casa para convertirse en dux, murió en Nauplia durante un viaje para tratar de salvar la ciudad: una muerte emblemática en el escenario de sus triunfos.

Tres años antes de marcharse, los venecianos erigieron el más decadente de todos los leones alados de su imperio en una puerta situada en el muro bajo de la fortaleza. Aún puede verse en el mismo sitio, rodeado de higos y magnolias silvestres, coronando la escalera que sube de la ciudad: una bestia atrofiada, un león enano con una cabeza demasiado grande y unas alas insignificantes.

No obstante, no dejaremos aquí el relato, puesto que los venecianos crearon un monumento más para sí mismos, más permanente incluso que las murallas de Nauplia, durante sus últimos años en Grecia.

El 26 de septiembre de 1687, un teniente de Luneburgo que servía en el ejército de Morosini se hallaba con su batallón de artillería con morteros en lo alto de la llamada colina de Museo, en Atenas. Las vistas desde este puesto de observación eran estupendas, y ahora es fácil recrear la escena a poco que demos un paseo por los fragantes bosques de la colina. En la cima, entonces como ahora, se yergue el monumento del siglo i en honor al filoheleno sirio Filopapos, en torno al cual el teniente apostó a sus hombres. Hacia el sur, donde ahora se ven los barcos de El Pireo abarrotados como una flotilla invasora en el puerto lleno de humo, podía verse, a través del aire cristalino, la flota veneciana anclada lejos de la

orilla: decenas de embarcaciones de alto francobordo y arboladura latina, según el diseño ya común veneciano, arribadas cinco días antes con un ejército de diez mil hombres. Donde ahora los suburbios del sur de la ciudad se extienden amorfos hacia el mar, el teniente aún era capaz de distinguir las líneas del muro de Temístocles, construido dos mil años antes para conectar Atenas con su puerto. Hacia el norte, donde hoy se extiende la capital kilómetro a kilómetro, calle a calle, sin ningún encanto, el teniente solo veía el pequeño pueblo que era entonces Atenas: unas trescientas casas en total, un pequeño asentamiento decaído del que sobresalían los puntiagudos minaretes de sus gobernantes supremos turcos, con las pequeñas y exquisitas iglesias de los bizantinos formando nudos entre los tejados y, más allá, solo campo, rodeando el monte Licabeto hacia las lejanas montañas.

Justo delante del teniente, y de nosotros ahora, se alza… ¡la Acrópolis! Actualmente es un conjunto de ruinas, pero entonces, cuando era una fortaleza, los turcos apostaban ahí sus fuerzas para guarnecerla. La silueta del lugar, que tan familiar nos resulta hoy, era bastante distinta en 1687, puesto que la figura dominante del Partenón estaba aún entera: después de que los emperadores griegos y los duques francos lo convirtieran en catedral, pasó a ser mezquita bajo los turcos, que lo embellecieron con un alto minarete en la cara norte. Entonces, el sagrado recinto de alrededor se llenó con una maraña de cobertizos, barracas y almacenes donde toda la comunidad turca de Atenas, compuesta por unas tres mil personas, buscaba refugio cuando amenazaba algún peligro. Los turcos habían desmantelado el exquisito templo de Niké, que hoy vemos reconstruido en el rincón suroeste de la Acrópolis, y habían empleado las piedras para levantar defensas en la ciudad. La gloriosa entrada de los Propileos, ahora devastada, entonces ya estaba medio en ruinas por una explosión accidental en un almacén de munición, pero una parte se usaba como harén para el gobernador turco y contaba con una torre cuadrada en lo alto.

La Acrópolis era una fortaleza activa conocida como «el castillo». Las escarpadas laderas de la colina estaban llenas de postes clavados por los turcos, y en la cima había algunas piezas de artillería. Los venecianos, que habían ocupado el resto de la ciudad sin apenas resistencia, no eran capaces de dispersar a la guarnición

de ese notorio reducto. Trataron de excavar un túnel en la roca, pero lo único que lograron fue perder a su mejor zapador, que cayó despeñado. Trataron de bombardear el promontorio, pero los proyectiles rebasaron la cima para acabar hundidos en las casas griegas del otro lado, cuyos indignados dueños exigieron una compensación. Sin embargo, el 25 de septiembre llegó un desertor turco a las líneas venecianas con información crucial: los turcos habían concentrado toda su munición dentro del Partenón. Se dieron órdenes para atacar ese blanco majestuoso, y el teniente de Luneburgo se apostó en la colina de Museo para ajustar la visión de campo.

En realidad, no era un blanco muy difícil. La distancia no superaba los ochocientos metros, y en el aire resplandeciente del Ático, que iluminaba cada detalle, parecía aún más cercano. En la tarde del día 26, el teniente acertó. Se oyó el golpe del mortero, el gemido del proyectil sobre el valle, un ruido sordo a lo lejos al estallar en algún lugar del templo y luego la fuerte explosión, una nube de escombros volando, un temblor de tierra y, cuando el humo y los escombros se disiparon, a través de las llamas surgió el templo de Atenas, el más bello de todos los templos jamás construidos por los griegos, como un montón de ruinas sin techo. Todo el almacén de munición había estallado, matando a trescientos turcos, incluido el comandante de la guarnición, lo cual acabó de un plumazo con la resistencia y dejó una patente y definitiva cicatriz en la Acrópolis.

Los mercenarios germanos, al parecer, se avergonzaron de lo que su compatriota había hecho, pero los venecianos no se veían muy afligidos. Morosini, según escribió uno de sus oficiales, «cayó en éxtasis» mientras observaba el Partenón en ruinas. Informó a su gobierno de que habían tomado la fortaleza gracias a un «afortunado disparo», colocó a una guarnición de inmediato y alzó la bandera de San Marcos sobre los Propileos. Aunque ya había destinado a Venecia la célebre fuente de león que guardaba la entrada al puerto de El Pireo desde la época clásica, pensó que la Serenísima también debía tener un trofeo de la Acrópolis, como una especie de objetivo final, por muy cansados que estuvieran los soldados. Por desgracia, cuando sus ingenieros trataron de extraer a Poseidón con el carro de la Victoria del frontón del Panteón, la estatua se rompió en pedazos. En lugar de eso, decidió enviar a casa

otros leones que encontró por allí; uno de ellos estaba decapitado, pero, como comentó satisfecho al señorío en el despacho que acompañaba el obsequio, no costaría mucho encontrar una cabeza en alguna parte.

La Acrópolis nunca se recuperó de la tragedia. Ahora, al bajar la colina de Museo por un camino en zigzag entre los pinos y luego subir la escarpada ladera de la Acrópolis, al otro lado del valle, al ascender los impresionantes escalones hasta el santuario, pasamos los pilares de los Propileos hasta la roca sagrada y todo sigue envuelto en un aire de batalla, como si entráramos en una ciudad bombardeada. El Partenón sigue ahí tal y como lo dejaron los venecianos, aún destrozado y sin techo, y el amplio espacio vacío de la roca alrededor está regado de columnas rotas, pedazos de estatuas, árboles luchando entre los escombros, como si una bomba hubiera barrido el lugar entero. Ni siquiera las perpetuas multitudes con su cháchara logran disipar la tristeza del escenario, y la envenenada niebla que tan a menudo se arremolina hoy día en torno a la roca, traída por la brisa marina desde las plantas químicas de El Pireo, me recuerda a los gases de cordita.

La posterior carrera del teniente de Luneburgo no ha pasado a la historia, pero, por desgracia, su puntería al disparar sobre la sagrada colina se ha encargado de mostrar a la posteridad la única hazaña veneciana en Grecia que el mundo no olvida con el paso de los siglos.

Blanco y dorado jónicos

Un lugar para el chisme – La importancia de Corfú – El sistema – Circunspección – Señales venecianas – Gitanos – Judíos – Imágenes y valores

La mayoría de los capítulos del Imperio veneciano acaban en explosiones, alaridos, tambores y recriminaciones. No obstante, conforme navegamos hacia la costa noroeste de Grecia, saliendo de la espectacular bahía de Modona, pasamos el castillo antiguo de Navarino y atravesamos las aguas de la batalla de Lepanto por la escarpada y alta costa de Épiro, nos acercamos a la única posesión importante veneciana que se adquirió sin calvarios y sufrimientos, rechazó todos los ataques extranjeros y conservó su entidad de súbdito más o menos leal a la República hasta que esta se desvaneció de pura decrepitud. La isla griega de Corfú está hecha para el placer o la huida —«un rinconcito para el chisme», la definió el escritor Edward Lear en una ocasión—, y según el inquieto paradigma del Stato da mar, constituyó un refugio bastante agradable durante los cuatro siglos de soberanía veneciana. El suave clima, el campesinado dócil y la aristocracia local flexible y adaptada a los patrones venecianos hicieron de Corfú, según el consenso general, el puesto de servicio colonial veneciano más agradable de la época.

En Corfú los venecianos, al menos los primeros años de su dominio, se erigieron como verdaderos hombres de Estado. En las islas del Egeo, Creta, Chipre y las fortalezas portuarias peninsulares griegas, siempre parecían meros sucesores en el curso de la historia: miraban atrás, a los romanos o los bizantinos; a menudo se confundían en las nieblas del paganismo; sus almirantes se perdían en compañía de los dioses y sus leyendas se mezclaban con mitos aún más insustanciales. Al marcharse, los remplazaba la presencia vacía e inculta de los turcos, como una noche cerniéndose sobre el lugar. En la isla de Corfú es donde los sentimos, por primera vez, como antepasados, administradores que un día traspasarían la

responsabilidad contraída a sus sucesores.

Un día que andaba rebuscando en una tienda de antigüedades de la ciudad de Corfú, capital de la isla, encontré una curiosa moneda local, sucia por los manejos de un siglo y un poco aplastada en el borde. Limpié el insulso objeto en la culera del pantalón vaquero y, con la ayuda del escupitajo y el pañuelo del anticuario, descubrí que tenía inscritos dos insignes emblemas: por un lado, el de San Marcos; por el otro, la sucesora directa del león alado en la iconografía del imperialismo, la diosa Britania, con un tridente, una hoja de laurel y un escudo engalanado con la bandera del Reino Unido. Cuando los turcos heredaron la colonia, arrasaron con todo lo veneciano; los británicos, al menos, reconocieron el noble estilo de sus predecesores y tuvieron la cortesía de aceptar un linaje ascendente.

Los venecianos se hicieron con Corfú en la división del Imperio bizantino, pero no pudieron conservar la isla durante mucho tiempo y esta cayó en las sucesivas manos de los déspotas de Épiro, el rey de Sicilia y los angevinos franceses hasta el año 1386. Para entonces, la administración local era tan horrorosa que los corfiotas suplicaron la protección veneciana, enviando una delegación de nobles locales a la sede del Imperio para defender su caso. Los venecianos no necesitaron mucha persuasión, pues Corfú era la puerta del Adriático y, como justo habían terminado su larga guerra contra los genoveses, estuvieron dispuestos a tomar la isla de inmediato.

A sus ojos, el Adriático era casi un lago, el golfo de Venecia, y cuando, en la festividad de la Ascensión, el dux salía con su Bucintoro para desposarse con el mar, era como si, de un modo morganático, el Adriático fuera su novia en un sentido más íntimo y particular. La entrada al Adriático, el estrecho de Otranto, tiene solo ochenta kilómetros de ancho, y el mar interior es muy distinto del Mediterráneo —tanto desde una perspectiva física como climática—, emparentado con sus orillas orientales gracias a la áspera escarpadura del carst, el relieve calizo de los Balcanes, y periódicamente batido por la furia del terrorífico viento de Europa central, el bora, que manda a los barcos pequeños a correr en busca

de refugio y se conoce por haber descarrilado más de un vagón de tren.

Durante muchas generaciones, la política del señorío obligó a que todo el tráfico originado en esa zona interior, de ochocientos kilómetros de largo y nunca más de doscientos cincuenta de ancho, debía canalizarse a través de los muelles, las orillas y los almacenes de la misma Venecia, la Dominante. Los barcos que zarpaban de los puertos adriáticos debían dejar un depósito como garantía de que llevarían sus productos a Venecia, mientras que en tiempos de hambruna los venecianos tenían derecho a confiscar comida de cualquier barco con el que se cruzaran dentro del estrecho de Otranto, viniera de donde viniera. Los poderes reconocían esa soberanía de forma intermitente, y los capitanes de todas las naciones, una vez pasadas las vigilantes galeras de la Serenísima al entrar en el Adriático, se consideraban en aguas semiprivadas.

Corfú se convirtió en el Gibraltar veneciano, y quizá también en una especie de Pearl Harbor, puesto que en los últimos años dos escuadrones de barcos de guerra con base en la isla constituían la fuerza de ataque del poder veneciano. En el apogeo de su soberanía, el alcance de esos barcos era largo y rápido. En 1517, el rey de Túnez envió un insólito y preciado regalo al sultán turco: cuatro grupos de ocho caballos, cada uno de raza y color distintos, atendidos por sendos novios esclavos con el traje y la piel a juego. La remesa, valorada en doscientos mil ducados, se envió en un barco veneciano que, al detenerse en Siracusa, al sur de Italia, para reunir provisiones, de inmediato se vio rodeado por los piratas. No pasaba nada. Los venecianos alertaron a los mandos corfiotas y estos enseguida enviaron tres galeras de guerra rumbo a Siracusa; antes incluso de entrar en acción, los prudentes bucaneros decidieron dispersarse y el policromado establo siguió su camino.

Para Corfú, como para el resto de colonias venecianas, la mayor amenaza era el Imperio otomano. La vista desde el muelle de la ciudad de Corfú, en la orilla oriental de la isla, ilustra esta ansiedad de forma muy gráfica. El municipio se alza como en una masa amontonada sobre los embarcaderos; la bahía bulle con el paso de los ferris, cargueros, caiques de motor y cruceros; la isla se extiende agitada, vestida de azules, grises y marrones, salpicada de dulces

pueblos de montaña y hoteles de mal gusto, y alcanza su clímax en la sagrada cima del Pantocrátor, el Señor de todas las cosas, hoy en día coronado por partida doble mediante la presencia de un monasterio y una estación de radar. Enmarcando esta feliz estampa, sin embargo, se ve a lo lejos una cordillera de montañas más sombrías y grandiosas coronadas de nieve incluso en primavera y con un aspecto tan foráneo como intimidatorio. Son las montañas de Albania, que el fastidioso señor Lear describió como poseedoras de «una cierta torpeza y anhelo de refinamiento». En la época veneciana, contenían a los implacables turcos, mientras que en la actual encierran el Estado más xenófobo y suspicaz de Europa, amigo de nadie y grosero con todos. Solo el estrecho del canal de Corfú, que en su parte más angosta no llega a los cinco kilómetros, separa a las montañas de la isla.

Hoy en día, mirar esas tierras altas e impenetrables a través del mar produce un sentimiento muy extraño, y sin duda los venecianos de hace siglos también sintieron a veces una clara inquietud. Allí aguardaba el gran enemigo. Esas montañas eran un afloramiento rocoso de la inmensa masa terrestre que se extendía hasta Constantinopla, el centro del poder islámico. Corfú se erizaba como un puercoespín al sotavento de tan tremendo recordatorio, y los turcos reiteraban sin cesar sus ataques a la isla. Uno de los mayores saqueos, en 1537, redujo la población de cuarenta mil a diecinueve mil almas, y en 1715, cuando los venecianos regresaron a la isla tras retirarse del Peloponeso, treinta mil turcos sitiaron la ciudad de Corfú durante cuarenta y dos días y les faltó muy poco para tomarla, pero al final no lo consiguieron. La ciudad se erigió como un símbolo de la resolución marcial, y la Serenísima gastó millones de ducados en levantar sus fortificaciones, que en el siglo xvi contenían setecientos cañones.

El centro de las murallas era la Antigua Fortaleza, una ciudadela de picos gemelos que aparece en cientos de ilustraciones y mapas antiguos y acogía intramuros el palacio de los gobernadores venecianos, los mandos navales y la catedral latina. Jamás cayó ante el enemigo, aunque el almirante Nelson sugirió una vez que podría tomarse acercando una fragata a tierra y asaltando las murallas desde los aparejos, tal y como Dandolo organizó el asalto a Constantinopla. Como tantas otras fortalezas imperiales, esta

ocupaba una pequeña península separada de la isla por un foso y respaldada por un amplio espacio abierto despejado que hacía las veces de campo de tiro. El tiempo ha difuminado sus adustos contornos anidando en sus almenas, y en las tardes de verano, cuando las luciérnagas tiemblan entre los arbustos y se oye una banda de música a lo lejos, tal vez situada en el paseo de abajo, parece poco más que una fantasía romántica, pero en sus tiempos el lugar no encerraba abstracción alguna, y en sus flancos, junto al foso, aún pueden verse los amarres de las galeras, los puños de la República.

Tras el aterrador asalto turco de 1537 y poco antes de Lepanto, los venecianos construyeron otro fuerte, la Nueva Fortaleza, al otro extremo de la ciudad. Dominada por esos dos baluartes y otros fuertes en lo alto de la colina que vigilaban los asaltos por tierra, en la época veneciana Corfú era una verdadera ciudad amurallada, y el hombre más importante no era el gobernador ni el arzobispo latino, sino un funcionario llamado superintendente general de Levante, un comandante militar cuyo poder se extendía a todas las colonias venecianas del este. Cuando el noble llegaba a la isla recién estrenado su mandato, el protocolo le concedía una bienvenida casi mística. Se imprimía un volumen especial sobre la etiqueta que dictaría la ceremonia. Los jefes de las iglesias latina y griega debían estar presentes para saludar a Su Excelencia. Un noble corfiota componía un panegírico sobre sus virtudes. Los judíos extendían alfombras por las calles para que recorriera la ciudad desde el puerto. Los restos de san Espiridón, patrón de la isla, se le mostraban para la genuflexión. Más judíos con ramos de flores se inclinaban a su paso al entrar en el palacio de la ciudadela para asumir las inmensas responsabilidades de su oficio.

Tal era la importancia de Corfú en el paradigma de la autoestima y la estrategia de supervivencia venecianas. En la bula de oro mediante la cual declararon su posesión de la isla en 1387, se comprometieron a no abandonarla a su suerte y defenderla frente a todo enemigo, y cumplieron su compromiso hasta el final.

Corfú estaba gobernada, por supuesto, por nobles venecianos —un alguacil y dos consejeros al frente de la administración, como en

Creta—, pero aquí, más que en otras colonias, permitían que la nobleza real tuviera cierta responsabilidad en el gobierno. Un consejo de nobles oriundos de la isla se repartía casi todos los puestos de trabajo, incluso la capitanía de las galeras de guerra corfiotas; y fue un capitán corfiota el que capturó el buque insignia del almirante turco en Lepanto —y otro que cayó prisionero en la misma batalla tuvo el privilegio de que los turcos lo desollaran vivo para vengarse de Venecia—.

Aunque la mayoría de estos asentamientos isleños eran de religión griega ortodoxa, muchos de ellos reivindicaban una ascendencia veneciana y otros tantos se ufanaban en usar títulos venecianos. Contaban con su propia Lista de Oro de la nobleza, compuesta según el Libro de Oro veneciano, cuyos miembros rechazaron con éxito los sucesivos intentos de la burguesía de quedarse con una parte del poder. En 1537, cuando muchísimos nobles perdieron la vida en el asalto turco, el señorío ordenó que la lista se completara con nombres procedentes de la clase media, pero faltó tiempo para que los nuevos aristócratas se volvieran tan arrogantes como sus predecesores. La Lista de Oro permaneció vigente, de forma más o menos atenuada, mucho después del final de la República. En 1797, cuando Venecia cayó, había doscientas setenta y siete familias representadas en el registro, y en 1925, cuando apareció la última actualización, quedaban veinticuatro. De estas, tres remontaban sus orígenes a Venecia capital, mientras que las demás habían surgido de todos los rincones del antiguo Imperio —Creta, el Peloponeso, Chipre, Dalmacia e incluso Constantinopla— para acabar ahí, en esa isla helénica en el ojo del huracán islámico, por mediación de la Serenísima.

En términos generales, los nobles corfiotas formaban una clase de clientela muy útil para sus gobernantes venecianos, y a cambio se veían complacidos por estos con asiduidad. Ni siquiera los campesinos tenían quejas en Corfú, y se avenían a demostrar su lealtad en las funciones públicas con mucha gracia. Eso tenía ciertas limitaciones porque, ahí como en todas partes, la administración no se distinguía por su compasión hacia la gente de a pie. Lo último que los venecianos querían en su Imperio, sobre todo en los últimos años, era una clase trabajadora ilustrada, y en el presupuesto de 1756 para Corfú y las islas hermanas, por ejemplo, de un importe

total de 421.542 ducados solo 882 estaban destinados a mejoras sociales propiamente dichas. Apenas había escuelas en la isla, y puesto que la lengua oficial era el italiano en dialecto veneciano, el pueblo se mantenía muy apartado de los asuntos políticos y estatales.

La corrupción, también ahí como en todas partes, campaba a sus anchas. La clase de nobles venecianos empobrecidos, los barnabotti, proveía la mayor parte de los oficiales expatriados, de notoria venalidad. Los jueces podían sobornarse con facilidad. Los recaudadores de impuestos solían proceder de la forma más fraudulenta. El alguacil vivía a lo grande, atendido día y noche por sirvientes de librea y acompañado a la mesa cada noche por una orquesta privada, pero la subsistencia de la guarnición se reducía al robo y la mendicidad de lo esporádico que era su sueldo, mientras que la armada saneaba sus cuentas gracias al transporte comercial en negro. Durante la batalla de 1537, cuando los turcos casi llegaron a invadir la Antigua Fortaleza, los venecianos no tuvieron ningún reparo en sacar a los ancianos, las mujeres y los niños extramuros, a tierra de nadie, donde vagaron tristemente entre los dos ejércitos enemigos, las mujeres suplicando ayuda en vano y los hombres exhibiendo ante los soldados en las murallas —según contaron luego testigos presenciales— las heridas causadas por otras contiendas anteriores en defensa de los venecianos.

Aun así, la fe en Venecia, esa majestuosidad distante de la laguna, permanecía intacta. Las diputaciones visitaban el norte a menudo para defender los casos corfiotas ante el Gran Consejo en el palacio ducal, y en general parece que lograban sentencias de reparación. Los venecianos siempre recordaban la nefasta experiencia de Creta, con su interminable sarta de rebeliones, y tendían a mostrarse conciliadores con los corfiotas. Los alguaciles venecianos tenían repetidas órdenes de tratar a la gente con justicia, y a veces llegaban agentes enviados desde Venecia para dar cuenta en secreto del estado de la isla.

El señorío tampoco olvidaba que en Creta los mismos venecianos habían llegado a desarrollar ideas políticas fuera de su alcance. Los comandantes de las dos ciudades amuralladas, según contó un viajero inglés del siglo xvii, daban juramento de que no se

comunicarían entre ellos durante su mandato para evitar así establecer un pacto de traición, y en una ocasión la República se sintió compelida a promulgar la prohibición de que se levantaran más monumentos a los gobernadores venecianos en la isla. Los gobernadores de Corfú, por muy destacadas que fueran sus funciones, no debían ser personas notorias: el señorío no quería demagogos brillantes en las fortalezas, susceptibles de caer en las tentaciones de la vía cretense y acabar proclamando la República de San Espiridón en la isla.

«Comparados con los griegos, los venecianos son infinitamente más celosos que desdeñosos —escribió un observador francés en Corfú —. La vivacidad y la perspicacia natural de los griegos, la superioridad de sus talentos naturales y su marcada aptitud hacia las artes y las ciencias se le antojaban llenas de peligros al celoso gobierno.»

Lo más probable es que sea cierto. Los venecianos trataban a la volátil población griega, sobre todo en sus años más veteranos, con perceptible cautela. Ahí, como en Venecia, se animaba a los ciudadanos a espiarse entre ellos y usar los buzones en forma de cabeza de león, situados en los rincones más convenientes de cada localidad, para depositar las denuncias. Los venecianos, en concreto, iban con pies de plomo cuando se trataba de capear las susceptibilidades de la Iglesia griega, y solían salir airosos en sus tratos con la comunidad ortodoxa. Habían llegado a comprender que el clero griego era, invariablemente, también un cuerpo político, semillero perpetuo del sentimiento patriótico, y asumían el poder de los clérigos locales —casi nada aterrorizaba tanto a un campesino corfiota como la posibilidad de la excomunión, dispensada a voluntad por dichos clérigos y anulada según su provecho—.

Así, decidieron implicar a la Iglesia ortodoxa en el establecimiento de la colonia. Es cierto que transfirieron el arzobispado titular al prelado latino, pero permitieron a los griegos una especie de cargo metropolitano, el sacerdote supremo, elegido para oficiar por un grupo de clérigos locales que respondía al feliz nombre de Banda Sagrada. Asimismo, en un gesto muy astuto, veneraron al santo de

la isla, san Espiridón, que ejercía una influencia tan inmensa en el lugar que la mitad de los niños corfiotas llevaban su nombre. Espiridón fue un obispo chipriota del siglo iv cuyo milagroso cuerpo había llegado a Corfú en el siglo xv, cuando se levantó una iglesia para albergarlo y surgió el culto a su figura. Se le atribuían toda clase de maravillas, desde el fin de las plagas hasta la derrota de los pachás, y se convirtió en un elemento central de la fe ortodoxa en la isla: su orgullo y su protector.

Los venecianos alimentaron ese culto hasta la exageración. En 1489 propusieron llevarse el cuerpo a Venecia y solo la súplica unánime de la gente logró disuadirlos, pero, a partir de entonces, nunca volvieron a cometer semejante error. Cuando en 1715 san Espiridón salvó la isla de la invasión turca, el Senado envió una lámpara de plata para que se colgara en el altar a modo de agradecimiento —y allí sigue a día de hoy—. Y cuando el cuerpo embalsamado del santo salía en procesión en su ataúd de ébano —lo cual sucedía cuatro veces al año—, los consejeros y el proveedor general cargaban el palio que le daba sombra. Veintinueve cañonazos saludaban al santo desde la Antigua Fortaleza y las galeras se movían por el muelle, con los remos al compás y en paralelo a la procesión, también a modo de saludo. Mientras el santo avanzaba a hombros de los sacerdotes y un coro con los acólitos entonaba sus letanías; mientras los enfermos eran alzados a lo largo del camino por sus esperanzados parientes, confiando en que el mero paso de Espiridón ante los postrados bastaría para curarlos; mientras todos esos síntomas distintivos de la identidad griega se mecían multiplicándose, los venecianos caminaban llevando solemnes el palio, con un aspecto, cabe imaginar, eminente pero un poco avergonzado.

Aunque los venecianos fueran muy recelosos con los corfiotas, lo cierto es que amaban Corfú. Tan deliciosamente se instalaron allí, tan benigno era el clima y tan encantadores sus contornos —por no hablar de su situación perfecta: ni demasiado lejos de casa, ni demasiado cerca, lo cual podría provocar cierta incomodidad— que suponía un lugar perfecto para la empresa colonial, tanto para un mercader que se instalara como noble rural como para un

funcionario retirado. Era casi como otra isla en la misma laguna, y de hecho en 1753, cuando a la familia corfiota de los Sardina se le otorgó un título nobiliario por sus servicios en la batalla, estos pasaron a engrosar simultáneamente las páginas de otra Lista de Oro: la de la isla de Mazzorbo, de donde eran nativos, un enclave a diez kilómetros al norte de Venecia casi fundido con la ciudad.

La ciudad de Corfú mantiene un aspecto inconfundiblemente veneciano. Como la República la gobernó de forma ininterrumpida durante cuatrocientos años, encierra un aire de constancia civilizada y bienestar únicos entre las localidades griegas. Todavía está bordeada por las dos fortalezas, y su encantadora explanada de hoy en día, que los franceses rodearon de arcadas en los años posteriores y los británicos proveyeron de glorietas y campos de críquet de grava, no es más que el campo de tiro decretado por los ingenieros de la Antigua Fortaleza. Las casas de Corfú, altas y variopintas con sus cuerdas de ropa tendida, se ven engrandecidas a veces por la sombría silueta del palazzo, desde hace mucho tiempo destinado a viviendas comunes y coronado aquí y allá con auténticos campanarios venecianos donde, cada domingo por la mañana, resuena el dulce y resquebrajado tañido de las campanas sobre el agua.

Ahí se ven las calles sombrías de piedra laja veneciana, los soportales de tiendas, los callejones llenos de puestos de hortalizas y fragantes panes, las ratas merodeadoras del mercado, los obsequiosos tenderos, las mujeres que cabecean cubiertas por sus chales negros, los paseantes que dan cuenta del orgullo local, los atisbos de pinturas sagradas a través de las puertas de las iglesias llenas de grietas… Los venecianos trajeron a Corfú, además, sus fuertes, barcos de guerra, cafés, conciertos, óperas y un cierto gusto por el coqueteo cultivado: en el siglo xviii, el comandante naval veneciano contaba entre sus deberes no solo supervisar el mantenimiento y la disposición de sus barcos, sino también organizar la visita anual de los actores de la Comedia del Arte.

«Todas las malas costumbres de los corfiotas vienen de los venecianos», escribió un funcionario de la administración británica. Sin duda estaba pensando en el lánguido temperamento de los isleños, y lo cierto es que hay algo muy italiano en el tranquilo paseo al atardecer por el Liston, el

camino empedrado junto a la explanada, que nadie perdona: las señoras del brazo hablando como cotorras, las filas de estudiantes cruzando la acera, los hombres solemnes con sombrero de fieltro y el periódico bajo el brazo discutiendo con gravedad los asuntos de Atenas mientras pasean de un lado a otro, de un lado a otro bajo los árboles. La costumbre del paseo en Corfú viene de los venecianos, que la convirtieron en privilegio de la nobleza corfiota, y de hecho llamaron al camino Liston por la Lista de Oro. (Para quien desee consultar dicho catálogo nobiliario, ¿dónde mejor que en la biblioteca del Club de Lectura, situado en un pequeño y exquisito palazzo veneciano con vistas a la bahía y lo bastante provisto de cuero, libros, olor a madera, muebles pulidos, bibliotecarios hospitalarios y sabios absortos en antiguas narrativas como para lograr que el erudito más entregado de Venecia, recién llegado de las bibliotecas de San Marcos, se sienta a gusto?)

También en el campo quedan signos venecianos, pese a todas las incursiones turcas que sufrió la isla. Los venecianos no solo construyeron, a finales de su gobierno, las primeras carreteras de la isla, sino que, además, ofrecieron subvenciones a la plantación de olivos, que ahora proliferan en la isla y cuyos arrugados troncos y hojas verde oscuro marcan los tonos del paisaje y parecen tan inmemoriales como los peñascos. Se cuenta que algunos de ellos son supervivientes de la primera plantación, acaecida hace seiscientos años, y quien quiera hacerse una idea certera del impacto estético veneciano en la isla debe tratar de subir una de las boscosas colinas que dominan la ciudad de Corfú por el sur, pues desde allí podrá divisar, sobre las aguas azules que antaño rondaban las galeras, los tejados rojos y las paredes blancas que constituyen la presencia veneciana, los campanarios y castillos enmarcados entre las hojas del legado más imposible de erradicar, el olivo, que hace muchos años arrancó para siempre a la isla de su interior balcánico y la convirtió en parte de la idea mediterránea.

Corfú es otra de las posesiones venecianas donde pueden verse casas de campo venecianas, no en una constelación medieval como las torres de Naxos, sino serenas y modestas en su aire bucólico, rodeadas de almendros y gladiolos, con glicinas trepando entre los cipreses y anémonas brotando a la sombra. En Kothoniki, por ejemplo, entre los campos ondulados al sur de la capital, está la

casa de la familia Sardina, con sus condes de Corfú y Mazzorbo. No es muy grande y tiene un aire como de barco, pues luce incluso un mástil con una bandera en lo alto; pero su porte señorial resulta inconfundible, con su capilla privada en el patio empedrado, su enorme granero y una pequeña aldea de casas apiñadas alrededor de sus muros —los Sardina tenían derecho a dar refugio a los fugitivos de la ley, y durante siglos se enriquecieron a costa de lo que cobraban a estos, por no hablar de su monopolio de las salinas —.

Es un lugar encantador que aún pertenece a la familia y mantiene su estilo intacto. Las habitaciones de techos bajos están ya viejas, pero preservan su aire noble, atestadas de curiosidades, escudos familiares, viejos retratos y pergaminos con genealogías. Es como una Venecia de Pietro Longhi trasplantada en el campo de Corfú y, de hecho, a veces parece que flota ahí mismo, como en sueños: cuando la música griega suena lejana a todo volumen en las radios del pueblo, traspasa los muros de la casa, y cuando nos sentamos en el jardín junto al anfitrión bajo la pérgola, nos invade una sensación de reclusión privilegiada que debió de seducir a los Sardina mucho tiempo atrás.

Eran, por así decirlo, gente exótica en este enclave regido por la sencillez. El santuario veneciano más sagrado de Corfú es la pequeña iglesia de la Virgen Bendita de Kassiopi, en la costa septentrional. Siempre fue un lugar sacrosanto para los marinos. Los romanos construyeron un templo allí y, durante muchos años, los marinos se detenían en sus viajes a Oriente para visitarlo —Nerón presentó ofrendas en Kassiopi cuando se dirigía a Corinto para participar en el concurso de laudistas de los Juegos Ístmicos—. Muy pronto una iglesia cristiana sucedió al templo, y cuando los turcos la destrozaron en 1537, los venecianos la remplazaron por una construcción propia.

Esta también se volvió sacrosanta de inmediato. A finales del siglo xvi, un hombre fue injustamente condenado por robo y quedó ciego por orden de los jueces venecianos. Presa del dolor y la desesperación, deambuló a tientas por la isla hasta llegar a Kassiopi, en cuya iglesia pasó la noche. Lo despertaron unas manos suaves posadas en sus ojos y, al abrirlos, vio a la Virgen María inclinada

hacia él con gesto amoroso. La visión se desvaneció, el hombre recobró la vista y las noticias no tardaron en llegar al alguacil, que confirmó el suceso como un milagro y se apresuró a enmendar las cosas. Aún se celebra una misa cada 8 de mayo para conmemorar aquel día.

Sin embargo, los venecianos erigieron junto a la puerta de la iglesia una placa de mármol bastante más certera sobre su memoria, creo yo, que la historia del hombre ciego. La placa se colocó al reconstruir la iglesia en 1538 y explica que, después de que los «crueles piratas turcos» la devastaran, tres piadosos venecianos la reconstruyeron: Niccolò Suriano, proveedor de flota; Filippo Pasqualigo, comandante del mar Adriático, y Pietro Francisco Malipiero, comandante de los trirremes.

A veces, en el interior de Corfú, en algún claro de sombra bajo los olivos, es posible reparar en un campamento de tiendas levantadas de manera improvisada, y cuando detenemos el coche para observarlo más de cerca, los gitanos salen del bosque como chacales, con sus bebés en brazos llorando y gritando, metiendo los delgados dedos por las ventanillas, golpeando los cristales, pululando salvajes de un lado a otro y persiguiéndonos hasta que desaparecemos de su vista y retomamos el camino temblando, profiriendo odiosas pero afortunadamente ininteligibles maldiciones.

Es culpa de los venecianos. Ellos alentaron a los gitanos a venir a Corfú por la habilidad de estos con la cría de caballos, y es probable que en ningún otro lugar de Europa adquirieran tal prestigio. Los gitanos se asentaron en numerosos lugares del Imperio veneciano: en Nauplia se les concedieron derechos de residencia especiales; y en Modona, como ya hemos visto, se dedicaron a la cría de cerdos. Aun así, su presencia no estuvo tan institucionalizada como en Corfú, donde cada rango social estaba, de algún modo, incrustado en la estructura imperial. Ahí los gitanos constituyeron un feudo propio, amparados por un barón nombrado por los venecianos, «un funcionario de respetable sueldo y merecedor de grandes honores», según señala un historiador corfiota. A ello cabe añadir que ostentaba un gran poder, pues ejercía una autoridad casi total sobre

sus vasallos, que eran su ejército privado a la vez que su servidumbre. El barón gitano podía castigarlos como le viniera en gana, siempre y cuando no los matara. En 1502, el feudo pasó del barón a un capitán corfiota que lo recibió como premio por su gestión del asedio de Modona, la cual acababa de caer en manos turcas; y luego perteneció a uno de los eruditos más eminentes de la isla por sus servicios durante la invasión turca de la isla en 1537. En la fiesta de mayo, los gitanos se acercaban a la ciudad para honrar a su señor. Al son de los tambores y el chillido de los pífanos, desfilaban por las calles con su bandera feudal en lo alto, plantaban el asta a la puerta de la casa del señor, cantaban una peculiar canción a modo de alabanza y entregaban sus cuotas feudales.

A cambio, los gitanos gozaban de valiosos derechos propios. No podían ser reclutados para galeras ni cumplir trabajos forzados para la República. Formaban una unidad militar propia, a las órdenes de un comandante gitano, y durante los cuatro siglos de gobierno veneciano, gracias a esos antiguos privilegios, a su habilidad con la trata de caballos y, desde luego, a su evasiva forma de vivir en los bosques, fueron cada vez más numerosos y prósperos. No es de extrañar que ahora se hayan vuelto depredadores.

Un destino muy diferente aguardaba a los judíos de Corfú, cuyo gueto aún sigue en pie a la sombra de la Nueva Fortaleza, en la maraña de callejuelas detrás de la estación de autobuses. Es difícil de identificar porque, desde la ocupación nazi de Corfú durante la Segunda Guerra Mundial, la amplia y culta comunidad de antaño ha menguado hasta convertirse en una solitaria sinagoga rodeada de unas pocas casas y tiendas. Casi todos sus habitantes fueron deportados en barco hacia los campos de esclavos o las cámaras de gas. Sin embargo, durante el apogeo veneciano, el gueto de Corfú era el más rico e influyente del Imperio, que ejercía una particular fascinación sobre los venecianos porque la creencia popular sitúa el nacimiento de Judas Iscariote en la isla, y antaño se señalaba a su descendiente directo ante los viajeros más crédulos, como uno de los mayores intereses turísticos de la ciudad.

Los venecianos nunca pudieron librarse de los judíos. En todas sus posesiones importantes y puestos comerciales se encontraban con

montones de judíos aferrados a sus clanes y sus polémicas, tan desconcertantes como indispensables. Los judíos eran los intermediarios e intérpretes de su comercio —los judíos turcos solían hablar cuatro o cinco lenguas, y a veces diez o doce—. La República siempre se mostró ambivalente con ellos, y quizá, en ocasiones, la comodidad la llevaba a acercarse demasiado a ellos, pues, a mi modo de ver, siempre ha habido rasgos muy hebreos en los modales, el emprendimiento, el estilo, el aislamiento e incluso la apariencia de los venecianos. No cabe duda de que gran parte de la sangre judía pasó a correr por venas venecianas a lo largo de todos esos siglos de intercambio con el Levante, y el esfuerzo oriental que todo el mundo percibía en lo veneciano solía ser menos bizantino o musulmán que judío.

En la capital de la República, los judíos eran poderosos, pero estaban circunscritos con rigidez a sus propios ámbitos. Shylock[14] era capaz de financiar los cargueros a Oriente, pero lo más probable es que al caer la noche tuviera que volver al barrio judío de la ciudad, el primer gueto de la historia —originalmente en la isla de Giudecca, cuyo nombre viene de los judíos, y luego en la zona noroeste de la ciudad, junto a una fundición de hierro en desuso (gueto significa «fundición de metal»)—. Fueron los venecianos quienes concibieron la idea de que los judíos llevaran una parte del atuendo que los identificara —primero fue un sombrero amarillo y luego rojo—, además de imponerles impuestos exorbitantes y despojarlos de todo derecho civil, hasta el punto de expulsarlos una vez de la República, en 1572.

Sin embargo, la expulsión no duró mucho porque Venecia no podía sobrevivir sin ellos. Controlaban la mayoría del comercio de la ciudad en especias, lana, azúcar y seda, y resultaban imprescindibles en el Rialto, el mercado central. También eran respetados por su cultura y refinamiento, por lo que era frecuente consultarles sobre asuntos eruditos, además de financieros. Los venecianos solían abstenerse de aplicar las leyes que gobernaban a los judíos, o bien hacían la vista gorda, de modo que estos, durante el día, podían verse por las calles de la ciudad sin asomo de sufrir persecución alguna —y las mujeres, se decía en el siglo xvi, «eran hermosas, ataviadas con bellos vestidos, joyas, cadenas de oro y anillos […], con largas y maravillosas colas como princesas

asistidas por damas de honor»—.

Lo mismo sucedía en las colonias: los judíos, en general, estaban a salvo bajo el gobierno veneciano, aunque pocas veces se encontraban a gusto. Los venecianos eran cristianos muy suyos, y es cierto que no contemplaban a los judíos con el brutal fanatismo que prevalecía entonces en Europa, pero, al mismo tiempo, estos componían buena parte de la demonología del Imperio. Las mujeres judías eran acusadas de la inmoralidad —y consiguiente deslealtad— de las ciudades cretenses —en el siglo xvi, un gentil descubierto en pleno acto sexual con una judía podía ser condenado a diez años en galeras, y la judía podía morir en la hoguera—. Fue un hacha judía la que asesinó a Erizzo tras la caída de Eubea en 1470, y un ejecutor judío quien despellejó a Bragadino en 1571. Fue un judío, José Nasí, quien se supone que instigó el ataque turco en Chipre, ya que durante muchos años fue un formidable comerciante, rival de los venecianos, con una red de asociados por todo Oriente y de agentes que iban de Levante a Europa occidental; además, era un hombre de confianza del sultán. Otro judío, nacido en Venecia para más inri, firmó en representación del sultán el tratado por el que Chipre quedó en manos turcas; y de hecho, el resentimiento hacia los judíos por su participación en la humillante pérdida chipriota y el lento debilitamiento del poder veneciano en Oriente fue una de las razones que condujo a su expulsión en 1572.

Sin embargo, los judíos nunca tuvieron que abandonar Corfú. Al igual que los gitanos, recibían un trato especial en la isla, donde llevaban instalados desde el siglo xii, con una colonia hebrea de habla griega y una sinagoga cuyos rabinos, según se cree, realizaron una traducción del Libro de Jonás que constituye el primer texto de prosa demótica griega. La diputación corfiota que fue a Venecia en 1386 a pedir protección a la República estaba compuesta por dos delegados judíos de un total de seis, y, bajo el gobierno veneciano, esta comunidad creció y prosperó hasta convertirse en un elemento vital para el funcionamiento de la colonia. Con el tiempo se construyó una segunda sinagoga. El gueto, aunque amurallado y recluido, se convirtió en el barrio más rico de la ciudad. Los judíos adoptaron la lengua de sus gobernantes y se posicionaron como los principales banqueros y comerciantes de la isla. Sin ellos, el sistema financiero se habría hundido, de modo que no fue la benevolencia

veneciana, sino el puro interés, lo que salvó a los judíos corfiotas de la expulsión.

Aun así, su estatus en la isla también era anómalo. Por muy ricos e influyentes que fueran, no podían poseer tierras, debían llevar la estrella de David cosida en la ropa y siempre estaban expuestos al reclutamiento para las tareas más degradantes del Estado, ya fuera tripular galeras o realizar una labor muy familiar para los judíos medievales: ejecutar a los reos. Los griegos conservaron sus antiguos prejuicios en torno a ellos y cada Sábado Santo, en lugar de lapidarlos, se afanaban en lanzar su vieja loza por la ventana con gran estrépito, preferiblemente al paso de los miembros de la comunidad.

Aun así, los judíos se multiplicaron y resultaban muy útiles. Lucharon con arrojo durante el asedio turco de 1715 y el comandante mercenario veneciano, el conde alemán Johann von der Schulenburg, quedó tan impresionado por sus dotes militares que sugirió al señorío que instalara más judíos en la isla. A finales del gobierno veneciano en Corfú, se cree que los judíos constituían más de un cuarto de la población entera, lo cual convertía el territorio en lo más parecido a Sion que existía sobre la tierra. Nadie lloró más la caída de Venecia que los judíos de Corfú, y con razón, pues nunca, en los gobiernos sucesivos, volvieron a alcanzar semejante grado de poder y prosperidad, y su historia en la isla terminó cuando el peor de todos los imperios, que también vino del norte, se los llevó para aniquilarlos. Todos ellos conservaron el dialecto veneciano como lengua vernácula hasta el final.

Desde entonces, algunos han regresado, y una de las sinagogas vuelve a estar en activo. Junto a la casa del presidente de la comunidad hay una tienda de televisores, y otros judíos han abierto tiendas y negocios en el vecindario. No parecen muy felices. Aún oyen el estrépito de la vajilla el Sábado Santo. Muestran sus tatuajes de Auschwitz y guían a los visitantes por la sinagoga con trazas de melancólico resentimiento.

Otras seis islas —Paxoí, Cefalonia, Léucade, la Ítaca de Homero, Zante y la lejana Citera, en el extremo sur de Grecia— constituían,

junto a Corfú, las posesiones venecianas de las islas Jónicas. Zante, que a partir de 1500 remplazó a Modona como principal puerto de escala en la ruta oriental, prosperó gracias a la exportación de grosellas a Inglaterra, y los venecianos construyeron una ciudad que, en la época, se consideraba la más bella de todas sus colonias, un escenario perfecto alrededor de una bahía del que hoy apenas quedan unas piedras, pues lo destruyó un enorme terremoto en 1953. Cefalonia tenía un gran castillo y, en los últimos años, una pequeña y encantadora ópera que frecuentaban las compañías venecianas de gira. Ítaca quedó del todo vacía después de un saqueo turco en 1479, pero los venecianos la repoblaron —en un pequeño enclave que apenas alcanzaba los quince kilómetros cuadrados— y podía presumir de tener un capitán asentado en la isla y una familia noble en toda regla. En cuanto a Citera, el ojo de Creta y un poco alejada hacia el sur, contaba con una guarnición, tres castillos y, en 1545, mil ochocientos cincuenta habitantes; según apuntó una vez su rector, la mayoría del presupuesto se invertía en el servicio de mensajería, que mantenía a Heraclión informada acerca de posibles ataques turcos.

Estas islas siguieron en manos venecianas hasta el ocaso de la República en 1797, y la impronta de su estilo las marcó en lo más profundo. En 1920 se decía que el modelo de vida social y general de Corfú, desde la titularidad de las tierras hasta el esnobismo, aún era fundamentalmente veneciano: los títulos de la antigua República seguían vigentes y se hablaba italiano por todas partes. Venecia mantuvo estas islas como territorios occidentales durante el largo dominio turco en Grecia, y a día de hoy el griego de la península está repleto de préstamos turcos, pero el de las islas Jónicas cuenta con numerosos italianismos. Cuando el telón se levanta esta noche en el teatro de Cefalonia, cuando las luces se encienden en las exquisitas casas del paseo marítimo de Corfú, cuando se lleva el café a la salita de Kothoniki y los viejos y diligentes eruditos del Club de Lectura se ajustan las bifocales para buscar en las estanterías otro volumen de los Voyages historiques, littéraires et pittoresques de Saint-Sauveur, en todos esos momentos las más benévolas sombras de la Venecia imperial se revuelven y sonríen complacidas.

Así, las islas Jónicas guardan un recuerdo del gobierno veneciano que rebosa, por encima de todo, afecto, pues las mantuvo alejadas

de los turcos, respetó su fe ortodoxa, brindó varios períodos de gran prosperidad y proveyó las ciudades más bellas de Grecia. Lo más importante de todo, no obstante, fue que —más por retraimiento que por intención— preservó el helenismo de las islas y, por una vez, se labró un lugar de honor en los anales de los imperios. Puede que los venecianos admiraran poco o nada los modos de vida griegos e hicieran lo posible por atemperarlos con su arquitectura, su protocolo, sus rituales sociales foráneos, sus óperas y su boato. El clasicismo griego no les interesaba mucho, salvo por sus artefactos más tangibles, como los leones sin cabeza o los capiteles más convenientes, que podían llevarse en los barcos para adornar los palacios de su ciudad natal. Bajo su tutela, sin embargo, Corfú, como antes Creta, se convirtió en puerto y refugio de lo más vivo y creativo de la identidad griega.

Tras la caída de Creta, sobre todo, artistas, eruditos y pensadores de todos los rincones del mundo griego se trasladaron a las islas Jónicas, unas veces solo de paso hacia Venecia y otras veces para asentarse. Lo mismo ocurrió con los centenares de stradioti, mercenarios balcánicos que, al verse privados de sus alojamientos en Grecia, se establecieron en Zante con sus caballos. Durante los años que median entre la caída de Heraclión y el renacimiento griego del siglo xix, estas islas fueron bastiones del helenismo, un lugar donde la dimensión griega seguía viva. No por casualidad, si bien la Nauplia veneciana fue la sede del primer gobierno griego, el Corfú veneciano fue la tierra natal del primer presidente griego.

Los venecianos se marcharon de las islas Jónicas de forma pacífica aunque deshonrosa, forzados por Napoleón, y ocuparon su lugar los británicos, cuyos modales no eran muy distintos y cuyas intenciones para con los isleños eran más o menos las mismas. Cuando los británicos se marcharon por voluntad propia en 1864, las islas se convirtieron en la zona más culta y progresista de la nueva Grecia, mérito que bien podían reclamar los venecianos como propio. Habían gobernado las islas Jónicas durante cuatro siglos y su mayor logro fue dejarlas igual que las habían encontrado: inequívocamente griegas.

Así, cabe afirmar, solo por esta vez, que el Imperio veneciano formó un eslabón más en la cadena histórica que transmitió una tradición

de una a otra época. Uno de los monumentos venecianos más conocidos de Corfú es la fuente de Kardaki, en las afueras de la capital, un antiguo manantial en la ladera de la colina sobre el mar que se utilizaba para abastecer a los barcos y tenía un rico sabor muy veneciano. Destrozado en su frondosa gruta acecha un león alado, que guarda el caño con una pata levantada y una mirada beligerante, y cuando hay buena luz, es fácil ver a las tripulaciones de las galeras del escuadrón corfiota haciendo rodar los toneles por la sinuosa cuesta arriba hacia la fuente, jugando alrededor del caño o mojándose la cabeza sudorosa en el chorro de agua fresca.

Ahora bien, por muy agradables que resulten esas fantasías, existe otra presencia más etérea que domina el sitio de verdad. Dos mil años antes de que los venecianos construyeran la fuente, las aguas de Kardaki manaban por las inmediaciones de un templo dedicado a Apolo en la colina superior. Durante muchas generaciones antes de que los remeros de Venecia se esforzaran abriendo camino por la ladera, los marinos griegos también se acercaban a esas orillas, sudando y maldiciendo, para abastecer sus galeras. Hace falta imaginación para ver a los venecianos en Kardaki, pero no hay que echar mano de visión alguna para evocar a los griegos. Aún viven allí, majestuosos y eternos, en el mar verde azulado, bajo la luz que se filtra entre los árboles, en el aire suave de la isla y la estridente y apasionada charla de los niños absortos en inmemorables juegos griegos con los guijarros de la orilla.

Adriática

Duques de Dalmacia – Korčula – El imperialismo pragmático – La casa de los leones – Ciudades de la armada – Sobre los piratas – Un poco de arena y coraje – Un puzle – De paso, una fábula – Estética – Un destello a lo lejos

Dejemos atrás ahora los picos gemelos de la capital corfiota para trasladarnos al norte con sumo cuidado, por el canal de Corfú, donde podemos estar seguros de que los prismáticos albaneses, como antaño los cañones turcos, siguen nuestro paso, y al acercarnos a la iglesia de los marinos de Kassiopi murmuramos una plegaria y atravesamos el estrecho de Otranto para entrar en aguas conocidas. Todo en el Adriático apunta a la cabeza veneciana, y así llegamos, mecidos hacia el norte —en el siglo xv igual que en el xx —, a la laguna de magnetismo irresistible.

Los venecianos rara vez dejaron una impronta duradera en las orillas occidentales del Adriático, la llana costa italiana, pero nunca en todo el curso de su historia imperial, desde el siglo xiii hasta el xviii, carecieron de puertos y bases en la orilla oriental, la actual Yugoslavia.[15] Esta costa magnífica, conocida con el término genérico de Dalmacia, era de mayoría católica, y los venecianos la consideraban casi una extensión de sus propiedades insulares, igual que consideraban el Adriático como una especie de laguna magnificada. Duque de Dalmacia era el título honorífico externo principal del dux, y recordemos que la Cuarta Cruzada se desvió de su rumbo hacia Tierra Santa por primera vez para que Venecia pudiera recuperar el control de Zadar.

Era una costa muy complicada. La orilla yugoslava, desde Istria, en el norte, hasta la frontera albanesa en el sur, abarca casi setecientos kilómetros a vuelo de gaviota, que superan los tres mil si bordeamos todas las islas, cabos y golfos del litoral —«un

coeficiente de rugosidad de 9,7», declara mi manual yugoslavo—. Hay más de mil islas, sesenta y seis de las cuales están deshabitadas, y quinientos ocho arrecifes y peñascos. También era complicada desde una perspectiva étnica —en la época veneciana, los habitantes del interior eran todos eslavos, pero el Imperio romano había depositado una población de latinos en las localidades costeras— y precaria desde un punto de vista político: a veces los húngaros se acercaban al litoral en uno de sus periódicos espasmos de expansión, y la amenaza inevitable de los turcos se cernía en todo momento desde las montañas.

Durante varios siglos, sin embargo, los venecianos fueron soberanos de este territorio, ganando un pedazo aquí, perdiendo otro allá, imponiendo a veces la fuerza y otras recurriendo a la delegación o la persuasión, en ocasiones perplejos frente a enemigos demasiado difíciles de derrotar pero sin llegar a rendirse en ningún momento. Si perdían el dominio de esa costa, perderían también el Adriático, y estaban dispuestos a luchar contra todo enemigo, ya fuera bizantino, magiar, turco o pirata, para preservar su autoridad en el territorio —al igual que, en los últimos años, los británicos estaban dispuestos a arriesgarse a cualquier ignominia con tal de mantener las rutas de su Imperio en India—.

India fue para los británicos lo mismo que el litoral eslavo del Adriático para los venecianos: casi una parte de sí mismos, un vínculo forjado a base de incontables imágenes y elementos, un acervo de asociaciones tan antiguas que formaban un conjunto casi indivisible, como una casa y su jardín. Los críticos de los venecianos los llamaban «eslavos y pescadores», he aquí el porqué: como el tráfico era recíproco entre ambos lados, así como Venecia influyó profundamente en el aspecto y sentir de Dalmacia, también Dalmacia tuvo un influjo irrevocable en el carácter veneciano.

Apenas hay un kilómetro en esa costa tortuosa o una isla habitada que no alberguen un indicio de Venecia: un campanario, un nombre o una muesca fantasmal de las proas y popas en la arena de la playa, donde antaño escoraban las galeras. Mientras navegamos por la costa, detengámonos primero en uno de sus puertos más venecianos, en representación de los demás: la isla de Korčula,

Curzola para los venecianos, a unos quinientos kilómetros al norte de Corfú, de la cual antaño dependía.

Llegué por primera vez a Korčula una noche de invierno, ya muy tarde, y el pueblecito parecía muy oscuro, casi desierto, apiñado en su montículo sobre el mar y aún guardado por un circuito de murallas. Había una luz tenue y un movimiento amortiguado extramuros, donde los supermercados y bares rodeaban la estación de autobuses; pero enfilando cuesta arriba, hacia la puerta de la Tierra, y atravesando la plazoleta, por los sinuosos carriles que se extendían más allá, no vi ni un alma. Solo cuando alcancé la alta silueta de la iglesia, en la estrecha plaza del centro del pueblo, me llegó un sonido de música de órgano, así que empujé la puerta y entré.

De haber estado en el planeta Marte, habría comprendido también que los venecianos ya estuvieron allí antes. La iglesia de San Marcos de Korčula no es exactamente un clon de su homónima veneciana, pues el parecido físico es escaso, pero sí ha heredado todas y cada una de las características esenciales de la basílica. Un grupo de monjas cantaban un himno con voces chirriantes, dirigidas por un cura solitario en el altar y acompañadas al armonio por una hermana de físico sustancial y tempi pausados. Aunque la luz era muy tenue, todo me resultaba familiar. El mosaico del suelo se agitaba bajo los pies, como las antiguas imágenes astilladas del suelo de la basílica; la piedra parecía brillar a media luz, como toda la materia de San Marcos; y pude sentir, más que ver, los altos monumentos con columnas, dorados y grandilocuentes, con que los venecianos gustaban de recordar a sus servidores estatales.

Toda Korčula es así: llena de alusiones y recordatorios; bastante proustiana, de hecho, para todos aquellos que han probado alguna vez la magdalena veneciana. El pueblo está construido mediante una ingeniosa rejilla torcida, como la espina de un pescado, ladeada para evitar que los vientos invernales barran las calles transversales de un extremo a otro. Sin embargo, el tiempo ha corroído los bordes de la disposición, llena de balcones y protuberancias, con agregados y decadencia, por lo que deambular hoy en día por el lugar, que solo abarca unos pocos centenares de metros a lo largo y ancho, es una experiencia muy veneciana. A veces asoma algún barco al final de las calles sombrías. Las campanas de la iglesia tañen por los

siglos de los siglos con su tan, tan, tan día y noche. De vez en cuando algún gato korčulano, sin duda descendiente de antepasados navegantes de Giudecca o Cannaregio, se desliza de la alcantarilla al cubo de la basura con un aire furtivo verdaderamente veneciano.

Desde todos esos lugares, de Budva a Kotor en el sur, de Split a Zadar, de Fiume a Pula en el norte, los venecianos mantenían un férreo control sobre la costa. Apenas se aventuraban más allá de las ciudades litorales: su frontera era el muro blanco grisáceo del castro, que corría en paralelo con el mar unos cuantos kilómetros tierra adentro, y dejaban tranquilas incluso las llanuras costeras entre los puertos. Se regían por un sistema pragmático, a veces torpe. En los primeros tiempos del Imperio, en general permitían que las autoridades locales, los terratenientes y los clérigos mantuvieran sus dignos privilegios y se limitaban a exigirles una promesa de apoyo en tiempos de guerra y un tributo simbólico anual —por ejemplo, aceite para la basílica en Pula, pieles de marta en la isla de Vis o seda en la isla de Rab—.

Poco a poco, sin embargo, fueron tomando las riendas de la vida local. Al principio no abolieron las autoridades ni los establecimientos oficiales, sino que nombraron a sus propios delegados para ocupar los cargos; primero entre los lugareños respetables y luego a nobles enviados de Venecia. Uno a uno, los municipios semiindependientes de Dalmacia, que a veces disfrutaban privilegios civiles heredados de la época romana, se transformaron en colonias venecianas. La República se hizo cargo de todas las instituciones importantes y los oriundos fieles se transmutaron en venecianos honoríficos e incluso pasaron a formar parte del Libro de Oro de la aristocracia metropolitana.

Para culminar esta hegemonía, los venecianos tuvieron que derrotar —o comprar, como sucedió al final— a los húngaros, pero una vez logrado ese objetivo, nunca dejaron escapar el territorio, donde se impusieron con energía hasta el final del Imperio. Talaron los bosques para saciar su necesidad de madera. Enviaron toneladas de piedra istria en sus barcos para construir casas en Venecia. Expoliaron paisajes enteros con el fin de obtener campos de tiro despejados para sus guarniciones. Explotaron sin pudor alguno las

capacidades marinas de los dálmatas, a quienes reclutaban en los municipios y pagaban sueldos mucho más miserables que otras naciones. Obligaron a las clases altas a hablar italiano, separaron las ciudades de su área rural —en Trogir había profesores expatriados especializados en enseñar la lengua a los nobles— y forzaron a las familias locales a cambiar sus nombres para que resultaran más venecianos: así, por ejemplo, los Cubranović se convirtieron en Cipriani. Incluso afanaron las sagradas reliquias de la costa: un brazo de san Iván —según dicen algunos, porque codiciaban el anillo que tenía en el dedo—, un pie de san Trifón y, durante un tiempo, los restos de una mártir de singular oscuridad llamada santa Eufemia, de la que nada se sabe, más allá de su condición de mártir.

También sofocaron rebeliones con su habitual entusiasmo. El mismo Dandolo sentó precedente cuando arrojó la Cuarta Cruzada al completo contra Zadar para saquear la ciudad, quemarla y destruir todas sus fortificaciones. A partir de entonces, los venecianos siempre fueron muy duros con sus disidentes dálmatas. «Proceda contra los culpables con severa censura, acorde con la justicia y dignidad de nuestro Estado, sin perder de vista en ningún momento la seguridad de nuestros intereses», ordenaron a Vincenzo Capello al enviarlo a aplastar un alzamiento en Hvar en 1514 —lo cual, en el lenguaje de los comandantes en expediciones punitivas, supone ahorcamientos y exilios a mansalva—. Ahí, como en Corfú, la denuncia secreta era una herramienta política de primera mano, y los gobernantes locales venecianos —condes, capitanes o podestás— se erigían en verdaderos autócratas en el seno de sus territorios.

A los yugoslavos les gusta decir que los venecianos no aportaron a Dalmacia más que el hábito de la blasfemia, y lo cierto es que siempre permanecieron ajenos a la vida en esa orilla y moraban recluidos en pequeñas playas almenadas, en los bordes del mundo eslavo. Ahora bien, aunque su gobierno solía estar imbuido en el desafecto, también contenía grandes dosis de lealtad. Durante los más de quinientos años que estuvieron allí, los dálmatas se acostumbraron a depender de ellos: Venecia era su jefe supremo, pero también su cliente, pues toda la producción, desde el cuero a las hortalizas, fluía incesante hacia el norte, a la laguna —los marinos de la isla de Brač cargaban sus barcos de vino y operaban como si fueran bares flotantes por los canales venecianos—.

Además, la presencia del Imperio brindaba a sus hombres de talento infinitas oportunidades de salir de las murallas del castro y traspasar la estrecha costa a sus pies. Los arquitectos dálmatas se convirtieron en figuras europeas. Los artistas dálmatas se realizaban con plenitud en Venecia. Sabemos de la existencia de un arzobispo dálmata en Famagusta, y el traidor que intentó entregar Calcis a los turcos, tal y como vimos en el capítulo tercero, era un artillero de Korčula.

Lo cierto es que, cuando la República de Venecia llegó a su fin, hubo lamentos en toda la costa dálmata. En Istria, al norte, la lealtad nunca se desvaneció, y aún hoy centellea en el anhelo por Italia que imbuye la región. En Perast, al sur, cuando los venecianos por fin se marcharon, la gente enterró la bandera de San Marcos bajo el altar de la iglesia con un réquiem solemne. Tuvo que pasar un siglo y medio para que los dálmatas, con el recuerdo ya agriado por las guerras y ocupaciones posteriores, empezaran a quitar el león alado de las placas y los entablamentos.

¡El león alado! Se cree que la primera vez que entró en combate representado en la bandera veneciana fue durante una temprana expedición a Dalmacia, en cuya costa se extiende una suprema colección de imágenes suyas, estampadas sobre las más diversas estructuras y en mil maneras, posturas y actitudes distintas.

Era una bendición arquitectónica: elegante y musculado, otorgaba una distinción especial a cualquier muralla y un acabado admirable al arco más meticuloso. Unas veces era símbolo de paz y otras, de guerra; de origen religioso pero marcadas intenciones seculares, en ocasiones se lo veía llevando una bandera, una espada o el sombrero del dux, y casi siempre, por muy incómodo que resultara en la composición, el Evangelio de San Marcos abierto o cerrado entre las patas. Si estaba cerrado, era una señal ominosa del descontento veneciano, el registro de un castigo, una amenaza de condena o quizá solo un recordatorio del poder militar veneciano. Si estaba abierto con su sereno eslogan, Pax tibi Marce, evangelista meus —«Paz para ti, mi evangelista Marcos»—, actuaba como una promesa de protección y orden, incluso a veces de justicia, que todo el mundo comprendía a la perfección —el libro entre las patas del león del Arsenal veneciano estaba abierto, pero en blanco

—.

En Dalmacia se erigieron leones alados de innumerables subespecies, y la mayoría aún siguen en pie. A veces solo queda un agujero de la antigua figura, y otras lucen la estrella roja de la Yugoslavia comunista en su entablamento. A veces tiene arrancada la cara o la grupa, pero, en general, casi todos mantienen su anatomía completa y proporcionan una suerte de leitmotiv en cualquier trayecto por la costa dálmata. A veces está estirado y otras aplastado en una forma rectangular, como un espejo deformado. A veces esboza una sonrisa un poco enfermiza, como las que asoman en las escasas fotografías de la reina Victoria o el político y militar lord Kitchener. A veces mira a un lado y otras a otro, y a veces las sinuosas alas se le curvan tras la cola o bajo el lomo. A veces se lo representa como un anfibio simbólico, con los pies traseros en el agua y los delanteros en la tierra, y otras, más que un león, parece una especie de grifo o una rana.

En Trogir había un león cuyo libro rezaba: «Que Dios se levante y sus enemigos se dispersen»; mientras que el de Rovinj decía: «Vittoria tibi Marce, evangelista meus», y el de Budva parecía tener dos libros. En Piran había un león con la siguiente inscripción: «¡He aquí el león alado! Despedazo la tierra, el mar y las estrellas…». A mi entender, sin embargo, el más poderoso de todos los leones del Stato da mar es el que corona la puerta de Terraferma de Zadar, sede del cuartel general veneciano durante muchos años en esta costa; en el otro extremo, entre los menos conseguidos se encuentra el ejemplo tardío de la logia en la misma calle, erigido en 1792 y representado de frente, que sonríe desdentado, señala su libro con algo parecido a una pezuña, se envuelve en una especie de relleno de plumas, como un pavo, y lleva en la cabeza un pararrayos en forma de palmera.

La leyenda afirma que el león de Trogir cerró su libro como por milagro cuando cayó la República, y mucho tiempo después la bestia se conocía por sus poderes mágicos entre los eslavos más humildes, y se reproducía en imágenes cada vez más toscas presentes en todas las casas de los campesinos, a modo de protección contra el mal.

Este es un litoral de marinos: los cría igual que otras tierras crían

granjeros o mineros, y sus aguas fluyen llenas de barcos. Los ferris trabajan incansables de aquí para allá, los hidroplanos de recreo pasan a toda velocidad y los botes pesqueros se apresuran a regresar a casa con la captura del día. A veces, al doblar un peñasco, nos topamos con una bahía repleta de barcos en reparación: grandes trasatlánticos rusos sobre unos pilotes, petroleros asaltados por enjambres de soldadores… En las orillas de las islas remotas o ensenadas imprevistas podemos descubrir pequeños y rústicos astilleros, como garajes, con un solitario vapor de chimenea alta en dique seco o tal vez una grúa que sobresale entre los pinos. Pequeños barcos de guerra grises se amontonan en los malecones, y viejos y recios vapores transportan con paciencia a aldeanos, animales, camiones, motos y cajas de hortalizas entre isla e isla.

Así fue en tiempos venecianos. Dalmacia era la verdadera fuente del poder naval de la República: la mitad de las tripulaciones procedían de sus costas y la experiencia de los marinos dálmatas —que luego pasarían a componer el grueso de la marina austríaca— no tenía parangón en el Mediterráneo. Todas las localidades de esta costa eran marinas. Hvar —antigua Lesina— albergaba el cuartel general de la flota adriática veneciana y tenía un astillero para armar sus propios barcos, así como un teatro para entretener a los marinos. Poreč, en Istria, era la sede del gremio de pilotos venecianos; y seguro que ostentaba ese título con orgullo, puesto que los pilotos eran muy importantes, sobre todo los superpilotos llamados pedotti grandi, los únicos autorizados a conducir las enormes galeazas dentro y fuera de la laguna.

Muchos de los recuerdos más ufanos del pueblo veneciano concernían batallas marítimas en las que había triunfado la causa veneciana. Lepanto era para estas orillas lo que Trafalgar para los ingleses, una batalla que los ancianos recordaban junto al fuego de la chimenea y los ayuntamientos conmemoraban con una fiesta en las correspondientes localidades. Ni una sola catedral de Dalmacia carecía de su placa en memoria de los héroes locales que lucharon en la contienda, y su recuerdo está presente en todas partes: aquí una linterna de galera, allí un ángel elaborado con restos de cañones capturados, más allá un escudo ganado a base de coraje en ese día. La ceremonial puerta de la Tierra de la muralla de Korčula, por la que ya pasamos hace unas páginas, se erigió para

conmemorar Lepanto, igual que la columna de santa Justina en Koper, antigua Capodistria, al otro extremo de la costa. En la puerta del Mar de Zadar, una placa recuerda la gloriosa recepción ofrecida a las galeras de la ciudad a su eufórico regreso de la batalla, y en una sombría puerta de Trogir hay una vieja cabeza de gallo sobre una mano de madera, que una vez formó parte de un mascarón de proa turco y, desde 1571, se exhibe como botín municipal de la victoria.

En el extremo sur de la costa yugoslava, cerca de la frontera albanesa, la línea litoral se ve quebrada, de la forma más abrupta, por un vasto fiordo, el golfo de Kotor —Cattaro para los venecianos—, que se adentra en la masa de tierra como un volcán. Lo que en principio parece otra bahía más resulta, una vez que navegamos un poco hacia el interior, en un par de lagos de agua salada de sombría teatralidad conectados por un pequeño canal, el estrecho de Verige, y dominados por las montañas Lovćen de Montenegro. Este puerto, conocido como Bocas de Kotor, fue durante muchas generaciones una base muy recurrente para la marina veneciana, que cerraba el estrecho con cadenas para dar al enclave una mayor seguridad, y en Lepantani, la lengua entre los lagos, abrieron lo que hoy tendría a bien llamarse un centro de reposo y recreo cuyo nombre se supone una derivación de le puttane, las putas.

En la orilla oriental del golfo hay un lugar llamado Perast que desempeñó un papel crucial en la historia naval veneciana. No es más que una aldea extendida a lo largo de un paseo marítimo con el obligado campanil veneciano, un par de cafés junto a la carretera, alguna que otra palmera y unos cipreses diseminados en la desnuda colina de arriba. Pese a las apariencias, Perast fue el lugar de retiro favorito de los capitanes venecianos, que otorgaron al lugar una cierta enjundia y construyeron sus agradables mansiones con terrazas sobre el mar que ahora se desmoronan entre el aroma de las flores, los trinos de los pájaros y el canto del gallo, y a las que se accede por escaleras de piedra torcidas sujetadas por hierros. Algunas eran lo bastante relevantes para exhibir un escudo en el umbral, y había dos o tres palacetes con balcones y enrejado que en sus buenos tiempos, me atrevería a decir, desafiaban audaces las miradas, asomándose al otro lado de la bahía.

En este lugar tan marino se inauguró una escuela de náutica en una mansión del paseo a cargo de lobos de mar jubilados. Durante muchos años proveyó el grueso de oficiales de marina de la República, con tanto éxito que muchos de sus alumnos se convirtieron en los profesionales venecianos más reconocidos. En 1626 el rey de Rusia Pedro el Grande quiso asentar las bases de la marina rusa y, como estaba muy al corriente de ese centro histórico repleto de logros extraordinarios, envió a su primera promoción de cadetes navales a estudiar a Perast. Aunque él mismo se trasladó a Inglaterra para aprender cómo se construían los barcos de guerra, puso la vista en esa aldea marítima del Adriático con el fin de forjar un acervo de marinos duchos en el arte de navegar para su imperio.

Piratas de todas clases infestaban las orillas de este mar: genoveses, catalanes, árabes, turcos e incluso a veces ingleses o neerlandeses. Solo en el período entre 1592 y 1609 capturaron setenta barcos que se dirigían a Venecia en las aguas adriáticas: a veces los marinos resistían con fuerza, otras preferían confiar en el seguro y abandonar el barco de inmediato. Ya en el siglo x los piratas eslavos saquearon la capital veneciana, llevándose a todas las novias de una macroboda que se celebraba en esos momentos en la iglesia de San Pietro di Castello; y en los siglos posteriores la República no se libró de esa plaga: cuando se los expulsaba de una guarida, los piratas simplemente se buscaban otra. En 1571, el año de Lepanto, el sultán Selim II instaló a un grupo de piratas árabes en Ulcinj, al sur del golfo de Kotor, para hostigar a los barcos venecianos. Contaban con esclavos negros entre la tripulación, cuyos descendientes pueden distinguirse hoy en día en la localidad por el color de piel.

Los más melodramáticos de estos variopintos malhechores eran los llamados uscocos, cuyo terrible recuerdo aún pervive en torno a su vieja guarida de Senj, al norte, que sigue agazapada hacia delante en la bahía con forma de media luna. Los uscocos eran sin duda gente abominable. Su nombre procede, casi seguro, del término serbocroata uskočiti, que significa «saltar», y en su origen eran refugiados cristianos del lado este de las montañas que habían huido de los turcos usando la astucia y la violencia con el fin de asentarse y prosperar, mediante las mismas armas, en el litoral dálmata. Eran villanos épicos. A su líder guerrero más conocido, Ivo, se le atribuía la hazaña de haber derrotado a treinta mil turcos

junto a unos pocos camaradas y regresar de una batalla con la mano izquierda amputada colgando de la derecha. Los venecianos afirmaban que se guiaban por los poderes sobrenaturales de unas mujeres sabias ocultas en las cavernas de su territorio.

Los uscocos se lanzaron al mar con las mismas capacidades y los mismos prejuicios con que se habían defendido en tierra. Aunque profesaban un odio fanático hacia los turcos y los musulmanes, nunca fueron reacios al botín cristiano, y con sus largas melenas, poblados bigotes y aros de hierro que lucían en las orejas, se convirtieron en el terror de todos los marinos. Les gustaba robar los turbantes de los prisioneros turcos para ponérselos en la cabeza, y a veces extirpaban el corazón de sus cautivos aún con vida —nos ha llegado el relato de un comandante veneciano cuyo corazón, de hecho, fue el plato fuerte de un banquete de celebración—. Muchos capitanes preferían encallar sus buques antes de someterse a semejante destino: «como si una ballena pudiera huir de un delfín», comentó con sorna un viajero inglés que seguramente nunca se había topado con los melenudos uscocos de orejas perforadas en alta mar. Senj se convirtió en refugio de canallas y fugitivos de muchos países, por lo que su comunidad residente vivía en un entorno de violencia brutal. Los sacerdotes bendecían piadosos las empresas de los piratas. Toda la ciudadanía contribuía a sufragar sus costes y compartía jubilosa los beneficios, cuya décima parte siempre iba a parar a los monasterios franciscano y dominicano del municipio.

Durante el apogeo de los uscocos, en el siglo xvi, estos gozaban de la protección del ducado austríaco de los Habsburgo y vendían los bienes capturados en el gran mercado internacional de Trieste, de donde se distribuían a lo largo y ancho de los territorios habsbúrgicos. Eso sacaba de quicio a los venecianos, que se enfrentaban a los granujas por tierra y por mar con creciente ira y, después de cada victoria, exhibían las cabezas de los desgraciados uscocos en unos postes que ocupaban toda la plaza de San Marcos. Pero las galeras piratas de poco calado, que remaban diez hombres a cada lado por turnos, eran extremadamente difíciles de atrapar, y solo a principios del siglo xvii lograron erradicarlas del todo: en la última aventura, cuando ya solo quedaban unos cuantos forajidos para tripular las galeras de Senj, lograron apresar un barco

veneciano, por los viejos tiempos, y llevarse el cargamento, valorado en cuatro mil cequís.

Tan perjudicial era la piratería para el comercio veneciano, sobre todo durante ciertos períodos, que el señorío estuvo buscando rutas alternativas hacia el este que evitaran las partes más peligrosas del Adriático. En el pasado, los mercaderes venecianos solían navegar con sus bienes por Durrës, en la costa albanesa, y de allí llevarlos en caravana por la antigua calzada romana, la vía Egnatia, que cruzaba Salónica y Tracia en dirección a Turquía. En invierno, también, las rutas postales venecianas partían de Kotor a Constantinopla a través de las montañas montenegrinas. En el siglo xvi, los venecianos crearon una ruta paralela desde Split, mucho más al norte, que también les permitía evitar la mayor parte del Adriático.

Se trataba, pues, de una política verdaderamente imperial concebida a escala imperial, y solo cabía basarla en la ciudad imperial del emperador romano Diocleciano, nacido y criado en Dalmacia. El conjunto de la ciudad de Split, que los venecianos llamaban Spalato, consistía más que nada en el amplio palacio imperial, a orillas del mar, del que la ciudadanía se había apoderado mucho tiempo atrás para convertirlo en un maravilloso laberinto de casas, tiendas, pasadizos y plazas, con un mausoleo de Diocleciano en el centro, como si fuera una catedral. Un judío veneciano, Daniele Rodrigo, fue el primero en sugerir que ese lugar extraordinario, entonces poco más que un páramo pintoresco, podría ser la base de la nueva ruta comercial, autorizada por el señorío a partir de 1591.

Organizó la ruta con estilo y elegancia: construyó una nueva ciudad fuera de los muros dioclecianos con hostales y almacenes para los comerciantes, aduanas, hospitales y una residencia para enfermos en cuarentena. Rehabilitó las fortificaciones del puerto y reforzó los caminos hacia el interior. Diseñó un nuevo tipo de galera para el corto trayecto por aguas someras entre Venecia y Split, gobernada por una pequeña tripulación de ciento veinte marinos y cuarenta soldados. Cada dos meses uno de esos barcos, los contenedores de la época, hacía el viaje de ida y vuelta: nada más llegar a Venecia para descargar, la tripulación pasaba a otro buque y partía de inmediato rumbo a Split.

El proyecto funcionó a la perfección. Caravanas de cientos de caballos bajaban las montañas hasta la orilla desde lugares tan remotos como Armenia, Persia e incluso India. Por primera vez sedas, especias, pieles, lanas, alfombras y ceras llegaban a Venecia desde Oriente por tierra, lo cual suponía una bofetada no solo para los piratas del Adriático, sino también para los mercaderes rivales de Occidente, que conducían sus carabelas con gran esfuerzo por la ruta del cabo de Buena Esperanza. Split nunca volvió a mirar atrás y se convirtió en el puerto principal de la costa dálmata durante el resto del período imperial, y hoy en día es la ciudad costera más vibrante y cosmopolita de Yugoslavia.

¡Vaya mérito el de los uscocos! No hubo piratas comparables a estos demonios de mar. Un senador veneciano que trataba de acabar con sus predatorios paseos por el Adriático afirmó consternado que aquello era «como intentar detener a los pájaros que volaban por los aires con una mano desnuda». Se dice que, incluso en sus mejores tiempos, los guerreros uscocos nunca rebasaron el millar, pero dejaron tal huella que nadie los olvidará jamás.

Una mota en el ojo veneciano impedía que el mecanismo de su autoridad imperial fluyera del todo en la costa dálmata: la ciudad costera de Dubrovnik, entonces Ragusa, cuyos mercaderes eran tan emprendedores y cuyas flotas tan amplias que los italianos empezaron a usar la palabra ragusea para referirse a una flota, de donde deriva el término inglés argosy, que podría traducirse como «buque» o «bajel». Durante los siglos xii y xiii, Dubrovnik estuvo oficialmente bajo soberanía veneciana, a cargo de un gobernador procedente de la capital, pero nunca se plegó a las reglas del señorío, las rechazó por sistema y fue el único puerto del litoral erigido en oponente de la República hasta el final de sus días.

Quien desee contemplar una evocación, tal vez un espejismo, del significado de Dubrovnik en la época medieval, debería desembarcar en Cavtat, situada en una península a unos quince kilómetros al sur de Dubrovnik, al otro lado de la bahía de Lokrum. Desde ahí puede verse la ciudad en su contexto. A la derecha, las montañas de caliza se alzan puras y sin árboles; a la izquierda, la isla verde de Lokrum; y medio escondida del mar abierto en su

propia ensenada, la ciudad amurallada de Dubrovnik surge como una mancha blanca a la orilla del mar. Desde ahí ofrece un aspecto muy duro y acerado, recluido y conspirador: un lugar secreto entre las altas montañas y el mar, entre su parapeto de islas.

A mi modo de ver, sigue siendo una ciudad dura cuando cruzamos la bahía y atracamos en el muelle, bajo las altas fortificaciones. Es muy bella, pero dura, y carece del provecho o la indulgencia venecianos. Construida con un mármol reluciente e impermeable, encerrada en magníficas murallas, un poco inclinada por la topografía del terreno y ondulada con almenas por todas partes; esto es, recluida en sí misma, la ciudad no adquirió la huella enriquecedora y cosmopolita de su época dorada, pero, en cierto modo, parece una ciudad perfecta en su modernidad, planeada desde el dogma y desplegada ante los visitantes con amagos didácticos, como una ciudad modelo en una feria comercial.

Gran parte de Dubrovnik quedó destruida en el gran terremoto del siglo xvi, pero luego se reconstruyó por entero, y la ciudad que vemos hoy es, en esencia, la Ragusa que antaño llevaba a Venecia por la calle de la amargura. En ciertos aspectos superficiales sí parece veneciana, y muchos visitantes no dudan de que lo es. Sus fundadores recibieron la inevitable influencia de la Serenísima, la fuerza que llevó a todo este litoral a mirar al norte en busca de ejemplo. Aunque la población de Dubrovnik estaba compuesta por eslavos casi en su totalidad, poco a poco se fueron italianizando. Artistas y artesanos italianos vinieron a asentarse entre sus muros y cambiaron la forma de vestir, los hábitos cotidianos o la literatura. Incluso se inventaron genealogías italianas y basaron la Constitución en el modelo veneciano, aunque, como eran muy vulnerables a las ambiciones de los potenciales déspotas, decretaron que su dux, llamado rector, ostentaría el cargo durante un mes cada vez, y solo abandonaría el palacio acompañado por una banda y veinticuatro sirvientes con librea roja.

Sin embargo, todo ello no fue más que un barniz superficial, y Dubrovnik no se sintió veneciana durante mucho tiempo. Su población nunca abandonó la lengua serbocroata, de modo que las influencias del Renacimiento italiano sufrieron sutiles mutaciones al propagarse por la ciudad, cuyo corazón siempre permaneció fiel a la

pureza eslava. Su célebre calle principal, llamada Placa, es austera y metálica, como una plaza de armas. El palacio del rector carece de la festividad voluptuosa que brinda el toque veneciano. La esencia de su estilo, pese a toda la finura de sus detalles, es en cierto modo defensiva, como si la ciudad tuviera conciencia de estar sola en el mundo, y sus ciudadanos, que siempre la han amado con una peculiar intensidad, hablan de ella hasta hoy como si fuera una república independiente atribulada por los cambios.

Lo cierto es que fue un prodigio de la historia europea, y en sus buenos tiempos el santo patrón, san Blas —dotado con la particular habilidad de curar el catarro común—, era un protector casi tan poderoso como san Marcos en Venecia. Hoy existe otra Dubrovnik extramuros: las residencias vacacionales proliferan a lo largo de la costa, tanto al norte como al sur, y trepan por las colinas sobre la gran autopista dálmata. No obstante, durante la época de su antiguo esplendor, Dubrovnik consistía simplemente en una pequeña ciudad amurallada de un radio de unos cinco kilómetros; pero tan admirables eran las dotes de sus políticos, economistas y marinos que este minúsculo Estado se convirtió en potencia mundial, una de las grandes fuerzas marítimas de su tiempo.

A finales del siglo xvi, el tonelaje comercial de Dubrovnik era probablemente tan enorme como el de Venecia, y sus barcos, hombres y mercaderes recorrían todo el mundo. Hay constancia de un ragusino convertido al islam que defendió el fuerte indio de Diu contra los portugueses a principios del siglo xvi. Vemos a otro navegando desde Lisboa al mando de un buque de la armada española, y a otro amasando una fortuna en las minas de plata peruanas de Potosí. Los mercaderes de Dubrovnik eran muy activos en todos los Balcanes y tenían centenares de colonias comerciales en Bulgaria, Serbia, las provincias del Danubio o Constantinopla; también eran muy conocidos en Inglaterra. Tantos nobles de Dubrovnik salían al extranjero a recibir su formación que los dos rangos jerárquicos se llamaban salamanqueses, por Salamanca, y sorboneses, por la Sorbona, y los diplomáticos locales se movían tan a gusto por las cancillerías del mundo entero que los cínicos se referían a su Estado como settebandiere, la República de las Siete Banderas.

Pese a que cada año una caravana de nobles atravesaba las montañas para pagar el tributo municipal al sultán de Constantinopla, Dubrovnik era, de hecho, una pequeña república independiente muy peculiar. Estaba gobernada por una aristocracia muy ilustrada, que fue de las primeras en decretar la prohibición del comercio de esclavos y vetar la tortura. En 1347 se inauguró una residencia municipal para los ancianos, y los índices de educación superior siempre se mantuvieron muy altos. El sentimiento patriótico era intenso y no hay registro alguno de revoluciones internas en una república que sobrevivió a Venecia.

Dubrovnik nunca entró en guerra con Venecia, pero de vez en cuando surgían escaramuzas, y ambas potencias siempre mantuvieron unas relaciones muy frías. Los capitanes de Ragusa manifestaban una gran indiferencia ante las pretensiones venecianas de dominar los mares, y los venecianos, por su parte, levantaron una serie de fuertes de vigilancia alrededor del perímetro del pequeño Estado. Los ragusinos tenían tantas ganas de poner distancia con los territorios venecianos que, en 1699, cedieron a los turcos dos franjas de tierra, al norte y el sur de la ciudad, para formar un cordón sanitario entre san Blas y san Marcos. Los ragusinos no tenían ínfulas expansionistas —el suyo era el tipo de Estado comercial más puro, que se sostenía por entero a base de negocios y sentido común— y tampoco eran xenófobos, pues solían emplear a muchos extranjeros como secretarios de Estado —Maquiavelo fue uno de los candidatos al puesto, que al final no consiguió—, pero guardaban con celo su independencia, que mantuvieron incluso durante el apogeo del Imperio veneciano y luego durante su largo declive, hasta que un sargento francés leyó una declaración napoleónica en 1806 que sentenciaba la extinción de Ragusa como Estado.

El territorio ganó muchas cosas gracias a ese empeño en la autosuficiencia, pero también perdió unas cuantas. Entre las ganancias podemos citar, sin duda, la autoestima y el bienestar social, así como una voluntad de asimilar el progreso occidental mucho más notable que la de sus subyugados vecinos litorales. Sin embargo, creo que perdieron el sentido de pertenencia a una unidad, cortesía y propósito más amplios, que muchas veces constituye la gracia salvadora del imperialismo. Así, Dubrovnik

estaría condenado a ser un lugar solitario, con esa irritabilidad que suelen mostrar las comunidades aisladas, y también con una cierta sabiduría. Hoy en día, pocos de sus habitantes admitirían algo así, tan pocos como en la época de Ragusa, pero se echa en falta el león alado en los muros de la pequeña y resuelta ciudad, así como la calidez del genio veneciano que, con todos sus defectos, aportaba luz, orgullo y fantasía propios allá donde se asentaba.

Arena llena de coraje en la playa y arriba, en las montañas, un enigma que los venecianos nunca llegaron a resolver. Sobre el golfo de Kotor, donde la ciudad de Dubrovnik queda casi a la vista, se yergue Montenegro, Crna Gora en serbocroata. A su regreso a casa agotado después de crear el mundo, Dios llevaba un saco de piedras que no había utilizado y que estalló de camino a los cielos, y así surgió Montenegro. Entre el imponente montón de rocas vivían osos, linces, lobos, ranas arbóreas, buitres, grandes jabalíes, víboras ilirias y truchas monstruosas en lagos de montaña, así como los vecinos más desconcertantes de Venecia en Dalmacia, los montenegrinos: a veces enemigos, a veces aliados ocasionales, pero siempre a mano.

Durante la mayor parte del período de dominio veneciano, los montenegrinos no tuvieron su propio litoral, y contemplaban resentidos los asentamientos venecianos alrededor del golfo de Kotor desde los altos nidos de su patria, el macizo de Lovćen, en cuyos inaccesibles y desagradables huecos construyeron la capital, Cetiña. El camino hasta allí era sobrecogedor y emocionante. La localidad veneciana de Kotor se amontonaba en el mismo flanco de la montaña, la mitad del día en penumbra y atravesada por el típico arroyo de los pueblos alpinos: justo después, un vertiginoso sendero en zigzag trepaba por la cara escarpada del Lovćen en una serie de setenta y tres estrechas y empinadas curvas. Ese pedregoso camino de mulas se antojaba imposible para los foráneos, pero era el único paso para acceder a Cetiña desde el mar, y por ahí subía y bajaba el limitado comercio con Montenegro a lomos de burros y mulas y a hombros de los viajeros, por lo que al alzar la vista para contemplar la montaña desde el malecón de Kotor, a cualquier hora del día podían verse pequeñas figuras negras a lo lejos, trepando por los

peñascos.

El sendero se llamaba Escalera de Cattaro, y aunque hoy en día empieza en un lugar distinto y solo contiene veinticinco curvas mucho menos desconcertantes, sigue siendo bastante imponente. Para imaginar lo que debió de ser aquel viaje para los mercaderes, diplomáticos y espías venecianos que, durante tantos años, enfilaron a regañadientes el camino a Cetiña, lo mejor es recorrerlo al llegar el invierno, cuando ya hay nieve en el suelo pero aún no ha bloqueado el paso. El mundo cambia a medida que ascendemos. Abajo está el mundo mediterráneo, con las torres y casas construidas por los venecianos y con sus adelfas junto al mar. En la cima están los Balcanes blancos, pedregosos e inciertos. Al doblar la última curva del retorcido camino, surge ante nosotros un paisaje como en ruinas, ondulado aquí y allá por una especie de canales de antiguas avalanchas, sin agua, al parecer sin suelo y salpicados solo por esporádicos arbustos áridos y espinosos. Eso es Montenegro. Al pasar una aldea azotada por el viento, agazapada en un declive de la llanura nevada, no se ve nada, ni una cabaña, ni un granero, hasta que de pronto divisamos, en mitad del erial que se extiende ante nosotros, como una bola glacial entre las montañas, la ciudad de Cetiña.

Desde ahí proyectaban los montenegrinos su inquebrantable resistencia contra todos los visitantes, y especialmente contra los turcos. Durante generaciones, fueron la primera línea de defensa de la cristiandad contra el islam y, en su soledad balcánica, nunca se rindieron. Gustaban de adornar las calles con cráneos turcos y se esforzaban por inculcar a sus hijos un patriotismo de lo más feroz. En sus años más prósperos, estuvieron gobernados por príncipes obispos llamados vladikas, prelados guerreros que combinaban toda autoridad espiritual y secular en una potente figura y, a diferencia de los venecianos, creían de firme en el poder de la personalidad individual. Los bardos cantaban alabanzas de los jefes tribales montenegrinos e ignoraban por completo las prácticas venecianas, y su héroe de cabecera, el príncipe obispo Pedro II de Montenegro, no habría sobrevivido a las cautelosas salvaguardias de la constitución veneciana: era un teólogo erudito, un dotado lingüista, un jurista académico, un tirador avezado, el principal poeta de la literatura montenegrina, un hombre corpulento que rebasaba el metro

ochenta de estatura y un ídolo para su pueblo, que lo enterró con toda pompa, según sus deseos, en la cima del monte Lovćen, donde aún pervive su mausoleo. Jactanciosos, engreídos y terriblemente supersticiosos, los montenegrinos iban a todas partes armados hasta los dientes, con un porte, según un escritor inglés de 1911, «soldadesco y viril, aunque algo teatral». Los venecianos trataban a este pueblo con una predecible ambigüedad. Al fin y al cabo, eran cristianos y enemigos acérrimos de los turcos. Además, Kotor era su única salida al mundo, de modo que daban trabajo a banqueros, mercaderes y agentes venecianos. El dinero de la República permitió a los montenegrinos pagar el rescate de su príncipe obispo Danilo cuando los turcos lo condenaron a la crucifixión, y fue una imprenta veneciana la que, en 1493, en el monasterio montenegrino de Obod, imprimió el primer libro en lengua serbocroata, solo medio siglo después de la invención de Gutenberg. Algunos montenegrinos ricos, cansados de su perpetua vida de asedio, se retiraban a Venecia, que en ocasiones reconocía con títulos nobiliarios a los jefes de ese país.

Por otra parte, eran vecinos muy complicados. Su afán de hacerse con una salida al mar era una constante amenaza para los puestos venecianos costeros, y las casas de Kotor y Perast tuvieron que reforzarse con fortificaciones contra sus guerrillas. Al mismo tiempo los venecianos, siguiendo su ambigua política con respecto a los turcos, eran cautelosos a la hora de aliarse de forma deliberada con semejantes enemigos del islam, de modo que los rechazaban, engañaban o dejaban en la estacada una y otra vez, se negaban a ayudar a sus ejércitos cuando estos se hallaban al borde de la aniquilación, los decepcionaban en las negociaciones diplomáticas y, una vez, conspiraron con los turcos para asesinar al vladika.

Pese a todo, puede decirse que lo único que salvó la costa adriática de los turcos, y es muy posible que también Venecia, durante los siglos xv, xvi y xvii fue la furiosa determinación de los montenegrinos, que lucharon hasta el final del Imperio veneciano, y hoy ese heroico legado aún impregna las ventosas calles de Cetiña. Flota un crudo desafío en el aire. Las barracas que hacían las veces de palacio de Pedro II, llamado Biljarda por la mesa de billar transportada con tanto esfuerzo, aún se esconden bajo la ladera de la colina que sube hasta la Escalera de Cattaro y, gracias a la

protección del zar de Rusia, se distingue la solitaria tumba en la misma cúspide del Lovćen enterrada bajo la nieve.

Por desgracia, mucho después de que los venecianos abandonaran el golfo de Kotor, uno de los últimos príncipes de Montenegro, Nicolás, otorgó a la pequeña capital un significado muy distinto: en sus aspiraciones de unirse a la egregia comunidad monárquica que entonces reinaba en Europa, se proclamó rey en 1910. Las potencias del continente se lo tomaron muy en serio. El rey de Italia se casó con una de sus hijas, el rey de Serbia con otra, y otras dos se convirtieron en grandes duquesas que introdujeron a Rasputín en la corte rusa. Un montón de grandiosos consulados se erigieron en las calles de Cetiña, y Nicolás se construyó un palacio para atiborrarlo hasta el último rincón de esos retratos firmados, órdenes de caballería y recuerdos de zares, emperatrices y reinas Victorias tan esenciales para cualquier residencia real. Así, la capital montenegrina, que tantos años había atormentado a los venecianos del litoral, se convirtió en la capital de Ruritania hasta que, al término de la Primera Guerra Mundial, el guiñapo lleno de pretensiones cayó arrastrado al olvido, dejando tras de sí unos pocos museos.

Así, por cierto, fue como el hijo del príncipe montenegrino Ivo el Negro se casó con la hija del dux Pietro Mocenigo de la República veneciana. Aquel escribió al dux: «¡Escúcheme, dux! Puesto que dicen que tiene en su casa a la más bella de las rosas, su hija, y en mi casa vive el más hermoso de los claveles, mi hijo, deberíamos unir a ambos en matrimonio», a lo que el dux replicó: «Sea». Ivo el Negro se presentó en el palacio ducal veneciano con bellísimos regalos de oro, y la boda se fijó para el otoño siguiente. «Amigo dux —dijo Ivo—, entonces me verá aparecer el próximo otoño acompañado de seiscientos selectos compañeros, y si entre ellos hay uno solo más apuesto que mi hijo Stanicha, no tendrá que entregarme novia ni dote alguna.» El dux aceptó de buen grado e Ivo partió hacia Montenegro.

Sin embargo, cuando ya se acercaba el otoño, Stanicha se vio afectado por una terrible viruela que le destruyó toda la belleza y le marcó la cara. Ivo el Negro no informó al dux al respecto, pero

cuando llegó el mensaje de Venecia anunciando que todo estaba listo para las nupcias, congregó a seiscientos hombres y puso rumbo a la República. Eran los más hermosos del territorio, de frente ancha y mirada imponente, procedentes de Ulcinj y Bar; las águilas de Podgorica y los mejores hombres hasta la otra orilla del verde río Lim.

«¿Qué decís, hermanos? —les preguntó Ivo—. ¿Ponemos a uno de vosotros en lugar de Stanicha para la boda, y a la vuelta le concedemos la mitad de los ricos presentes que se le darán como supuesto novio de la hija del dux?» Los jóvenes consintieron y, tras declarar a Obrezovo Djuro el más apuesto de todos ellos, lo eligieron para representar el papel. Así, embarcaron rumbo a Venecia ataviados con coronas de flores.

Al llegar a la capital, el dux Mocenigo quedó impresionado por la belleza de Obrezovo Djuro, a quien tomó por el hijo del príncipe. «Es sin duda el más apuesto de todos», dijo, y de inmediato quiso celebrar la boda, cuyos festejos se prolongaron durante una semana entera. «Amigo dux —dijo Ivo al terminar la semana—, debemos regresar a nuestras montañas», y el duque entregó a Djuro, a quien seguía tomando por Stanicha, una manzana de oro como prueba del casamiento, dos fusiles damasquinados, dos túnicas del mejor lino con hilo de oro y muchos regalos más, hasta que la comitiva partió de vuelta a Montenegro con la bella hija del dux.

Cuando llegaron a las montañas, la novia conoció a su verdadero marido, Stanicha, todo picado por la viruela. «Aquí tienes a tu verdadero marido, mi hijo Stanicha», dijo Ivo el Negro. La hija, decepcionada, se enojó muchísimo, puesto que la mitad de los costosos regalos del dux, entre ellos las túnicas que ella había cosido con sus propias manos, eran para Djuro. «Si tengo que ser la esposa de Stanicha —dijo—, este debe luchar con Djuro para recuperar hasta la última túnica de oro. Si no lo consigue, arrancaré una espina, me la clavaré por toda la cara y con la sangre escribiré una carta que mi halcón se apresurará a llevar hasta la gran Venecia».

Así, Stanicha mató a Djuro clavándole una lanza en la cabeza, lo cual hizo estallar la guerra en todo Montenegro, hasta el punto de que Ivo pudo ver la llanura entera cubierta de caballos y jinetes

despedazados. Los jóvenes lucharon con tanta furia para vengar el asesinato de Djuro que Stanicha se vio obligado a cruzar las montañas hacia un país muy lejano, y la novia regresó a Venecia aún virgen.

En la costa dálmata, pese a estar corroída por la lacra del turismo en muchos lugares, reina una estética muy peculiar que, desde luego, se asienta en parte en el esplendor del paisaje, una incomparable combinación de mar, islas y barreras de piedra caliza; y en parte en el clima, en general benigno, aunque con cambios repentinos que desatan mares hirvientes y veloces nubes cuando el bora azota el Adriático con su aciago soplo. Acaso también se debe, en parte, a la naturaleza de sus habitantes, casi todos eslavos ahora incluso en las ciudades, gentes duras y fornidas que se apagaron un poco con las exigencias del comunismo y se entregaron a una violencia muy particular en la guerra; gentes sombrías e indiferentes ante los extraños a la mesa del comedor pero capaces de mostrar, si se las convence con paciencia, una auténtica bonhomía.

Ahora bien, lo que de verdad brinda a esta costa su sabor característico y la distingue de cualquier otra orilla es la peculiar mezcla de lo latino y lo eslavo, que fue un regalo de Venecia a Dalmacia. La historia se ha encargado de suprimir una parte: apenas quedan trazas de la cocina italiana en la región, y la lengua italiana se ha erradicado por sistema incluso en aquellos lugares como Zadar, Rijeka o los puertos de Istria, que pasaron a ser italianos en la época de entreguerras. Sin embargo, en la sarta de pueblos que componen esta costa, cabe detectar una peculiar y nervuda seducción que surge, creo yo, de dicha asociación de temperamentos. Asumo la teoría de que Vittore Carpaccio era originario de Koper, Istria, por la fría y austera visión que mostraba en sus cuadros, tan distinta del estilo exclamatorio de un Tiziano o un Tintoretto o de los suaves misterios de Giorgione: Carpaccio refleja a la perfección la mezcla dálmata de ornamento e ingenuidad, el mar y el carst.

Hay cierta similitud entre las localidades, pero cada una guarda su propia esencia: tiene su plaza, aún reconocible como centro del poder

veneciano; suele contar con pequeñas y elegantes logias con pilares, tejados con tejas y frecuentes leones que unas veces se emplean como tribunales de justicia secundarios y otras como posadas para viajeros. Aún queda un puñado de casas patricias en pie, primas lejanas de los palazzi del Gran Canal, a veces decoradas con blasones y, desde hace mucho, divididas en pisos o donadas a los sindicatos populares. Otras se yerguen orgullosas en mitad del pueblo y constituyen centros activos de devoción cristiana, esto es, iglesias.

En realidad, no podemos decir que las iglesias dálmatas sean construcciones venecianas. La mayoría se levantaron o rehabilitaron bajo la égida veneciana, a menudo bajo el mando de arquitectos venecianos y otras veces modeladas a ejemplo de un original de la República. No obstante, su magia peculiar casi siempre procede del toque eslavo sobre la base italianizada. Suelen ser edificios muy sensuales, hechos de mármol resplandeciente y arenisca suave, que guardan la intimidad en sus pequeñas capillas laterales y sus oscuros presbiterios, embellecidos con curiosas imágenes sagradas y profanas, instructivas o cargadas de mera frivolidad. Aunque parecen, en su espiritualidad, miniaturas de la basílica de San Marcos, como la de Korčula, físicamente suelen exhibir un individualismo a veces rayano en la excentricidad, marcadas por las preferencias de algún artista oriundo de la zona o concebidas según las circunstancias locales.

Por ejemplo, la catedral de San Lorenzo de Trogir parece, a primera vista, una simple muestra de arquitectura veneciana medieval de singular belleza, de la época en que el románico se ensambló con el gótico. Situada en un nítido conjunto compuesto por la plaza, la logia y la casa patricia, como una antigua quinta, no cuesta mucho imaginarla traspuesta en algún campo veneciano. Sin embargo, en su pesado nártex en forma de arco, hundido en la sombra, se revela una extraña maravilla: un pórtico elaborado, casi tallado con violencia, de un estilo tan vigoroso y áspero que ningún artista veneciano podría haber hecho algo así. Es una obra de Radovan, escultor croata del siglo xiii, y está guardada por dos de los leones más fornidos y truculentos del Imperio veneciano: leones eslavos de la cabeza a los pies en guardia cual mercenarios.

La catedral de Šibenik, Sibenico para los venecianos, es otra declaración

de independencia. El principal arquitecto de esta célebre construcción fue un dálmata que estudió en Venecia y se conoce por su nombre italiano: Giorgio Orsini, que se casó con una veneciana y poseía haciendas en varios territorios venecianos. Aun así, su catedral resulta, pese al impacto inicial del déjà vu, muy poco veneciana, sobre todo el interior, que en nada recuerda a ese estilo. Una serie de escalones conducen del nártex al altar, pero no con la gracia de Santa María de los Milagros de Venecia: la oscura nave no se desliza hacia el altar superior. Fuera, la postura de la iglesia, cuando nos detenemos a contemplarla, surge con una extraña audacia musculosa, tal vez un poco pirática, y al fondo se disponen setenta cabezas esculpidas que, al parecer, representan a los ciudadanos tacaños que no contribuyeron al coste del edificio; todos ellos observan a los visitantes con semblante perplejo, como cabezas decapitadas de enemigos capturados, algunos bigotudos y contumaces, otros inocentes y espantados.

No obstante, la expresión más desconcertante de esta estética híbrida se encuentra en el pueblo isleño de Rab, Arbe para los venecianos, a unos ochenta kilómetros al norte de Zadar y accesible por ferri desde la antigua guarida uscoca de Senj. Rab es una pequeña localidad situada en un promontorio que no llega al kilómetro de largo y con tres calles estrechas a lo ancho, pero su contorno resultaba muy familiar a los marinos venecianos que navegaban por la costa, y hoy sigue siendo inconfundible. Tiene como emblemas cuatro campaniles seguidos que dan a la orilla oeste y brindan al conjunto un efecto muy extraño, incluso cuando la playa está repleta de turistas. Si recorremos el eje que atraviesa la localidad entre el aroma a pinos proveniente de los bosques que la bordean, las cuatro altas torres parecen hacernos señas para que nos acerquemos, como si fueran postes indicadores; caminamos por las calles de piedra laja y sin calzada, bajo los viejos arcos de piedra envueltos en enredaderas, pasamos la pequeña y oscura logia en el centro del pueblo, pasamos pintorescos y blasonados palacios con jardines de altas cercas hasta que, al final del trayecto, ya cerca del extremo del promontorio, descubrimos la acanalada fachada de la pequeña iglesia de estilo italiano en su plazoleta junto al mar.

Hay un mirador al lado con una agradable sombra donde podemos inclinarnos a ver pasar los barcos, pero seguro que la mirada no se queda ahí por mucho tiempo, porque sobre el portón de la pequeña

iglesia se encuentra el verdadero foco de toda la isla, el objeto hacia el que —ahora nos damos cuenta— nos han conducido las cuatro circunspectas torres durante todo este tiempo. Es la más cruda y triste, quizá la más verdadera de todas las Pietàs: una Virgen desconsolada acariciando a un Cristo aún retorcido por el dolor de la cruz. Nada más lejos de la amplia y confiada fe del arte cristiano veneciano. La figura está hecha con carst y tallada desde una amarga perspectiva.

Hacia el norte, a través de las islas costeras, conforme el litoral con sus accidentes se despliega a estribor, vemos el golfo traicionero llamado «bahía hirviente» —donde, cuando sopla viento del norte, las olas parecen bullir, silbar y echar humo—; Rijeka, antes llamada Fiume, en cuya iglesia de San Guido los venecianos construyeron una copia notoria por su inexactitud de su querida basílica de Santa María de la Salud; Pula, una base naval a lo largo de su historia —romana, húngara, austríaca, italiana y yugoslava[16]*—, y, al norte, la accidentada península de Istria. Esta era la posesión más cercana a su ciudad natal que tenía el Stato da mar, separada de Venecia solo por Trieste y la laguna de Venecia Julia.*

Ahí acaba Dalmacia, y los pequeños pueblos marítimos, que adquieren ya un aspecto mucho más veneciano, otorgaron al dux el primero de sus títulos complementarios —dux totius Istriae— y formaron parte de Italia hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial. Solo se confirmaron como irrevocablemente yugoslavos en 1975, cuando su futuro quedó sellado junto al de Trieste, y aún contienen núcleos de población italiana muy significativos. Incluso hoy cuesta recordar que Capodistria se llama Koper, Parenzo es Poreč y Rovigno, Rovinj. Todos esos lugares están impregnados de una poderosa nostalgia que brilla por debajo de la roña comunista, y cada fin de semana, sus habitantes se disponen a cruzar la frontera italiana a millares para aprovisionarse no solo de pantalones vaqueros, confiterías y toda clase de repuestos, sino también del estilo y color a los que tantos siglos de gobierno veneciano los acostumbraron.

Esta melancólica península —asolada durante largos períodos por diversas plagas— siempre resultó familiar a los venecianos. Estaba solo a un día y una noche navegando desde la laguna incluso en la Edad Media, y los puertos istrios, más que los demás asentamientos

imperiales, constituyen pequeñas ilusiones de la misma Venecia. A veces su aparición en este entorno todavía extraño, quizá con algún que otro destello de rojo verdaderamente veneciano aquí, un patrón de verdadero matacán veneciano allá en el horizonte o una perfecta réplica del campanario de San Marcos surgiendo entre los tejados, respaldada por sobrias colinas y pinares y a menudo rodeada de modernos bloques de oficina, puede resultar tan triste como perturbadora.

Sin embargo, existe un buen remedio para ello. Hay que hacer lo que hacían los venecianos: subir los cerros detrás de Koper, pongamos, en un bonito día de primavera, cuando el mar solo está salpicado por pequeños rizos de espuma y la larga línea costera aparece despejada, como un dibujo a bolígrafo. Entonces, nos sentamos entre las coníferas, sacamos el pícnic y unos prismáticos y, cuando el sol justo empieza a ponerse, podremos distinguir a través de las lentes una indefinida mancha gris en el horizonte por el oeste, donde se aprecia —en la fantasía, si no en la realidad— un débil brillo dorado. Hay un montón de edificios en la línea costera, eso sí, y el contorno de una torre. ¿Y esa manchita en la lente, ese copo de polvo dorado, no es un ángel de oro?

Esta vez no se trata de una copia nostálgica ni de una extensión de estilo, fe o estrategia. Lo de allí a lo lejos es real. Hemos llegado al final de nuestro viaje por mar, y ahora estamos contemplando Venecia.

El posimperio

Vuelta a los usos imperiales – Efectos del Imperio – Cosas que suceden – Etnias – Por fin lejos del sol

Así, cruzamos navegando la bahía de Trieste hacia el resplandeciente destino al otro lado de las aguas, guiados ahora, si no por el destello real del sol en la cima del gran campanil, como los marinos de antaño, al menos por la relumbrante certeza de su presencia allí. Muchos barcos a día de hoy siguen navegando por el golfo de Venecia hacia la Dominante: petroleros que llevan su carga a las refinerías de la laguna, cargueros rumbo a los bulliciosos muelles de la ciudad, cruceros con retumbante música disco, hidroplanos de Trieste y, de vez en cuando, buques de guerra de la armada italiana pasando a toda velocidad, esbeltos y elegantes como las galeras de antaño para atracar esta noche en la Riva degli Schiavoni, el muelle de los eslavos, a tiro de piedra del Arsenal.

Ahora volveremos a los usos imperiales atravesando la puerta del Lido, como hicieron los cruzados, los valientes de las Cícladas, el barco correo de Petrarca procedente de Creta arrastrando la bandera capturada, la pobre Caterina Cornaro, Morosini volviendo a casa tras la victoria y la derrota y los incontables bajeles, galeazas, galeras de peregrinos y buques de guerra que regresaron en algún momento durante la larga historia del Imperio veneciano, triunfantes o humillados a la laguna.

Una fortaleza abandonada pero aún resplandeciente nos saluda al cruzar la compuerta, engalanada, desde luego, con un gigantesco león de San Marcos: es la fortaleza de San Andrés, diseñada por el mismo Sanmicheli que levantó las murallas de Zadar y Heraclión y cuyos cañones, al disparar con imprudencia contra una fragata francesa en 1797, brindaron a Napoleón el casus belli que ansiaba para acabar con la República de Venecia. Rodeamos el lugar por las tranquilas aguas de

la laguna, a refugio de las aguas abiertas gracias a la larga línea de islas del Lido, y ante nosotros, con el sol centelleando desde las cúpulas y esferas doradas, desde el bosque de campaniles, desde la emperifollada presencia de Santa María de la Salud y el imponente palacio ducal, se extiende la Serenísima una vez más. Ahora más que nunca, tras recorrer sus dominios perdidos, se asemeja a una ciudad imperial, dorada gracias a su provisión de tesoros, memoriales y actitudes propios de tan larga aventura. Ahora, de hecho, no gobierna nada, es solo una de las veinte capitales de región italianas, pero conserva un carisma propio del mando y se ha aferrado a sus trofeos.

Desembarcamos donde Dandolo zarpó hace casi ochocientos años, y la sensación de ocasión permanente es tan emocionante ahora como al empezar. La piazzetta sigue siendo un muelle a la medida de príncipes o cruzados. El quimérico león alado y san Teodoro con su melancólico anfibio nos dan la bienvenida de nuevo desde lo alto de sus columnas. Dandolo nunca regresó de Constantinopla, salvo quizá como un saco de huesos, pero si ahora resucitara no tardaría en reconocer el escenario, y sin duda se regocijaría al ver el evidente éxito del proyecto imperial al que se lanzó en su día. Era un anciano terrible, pero amaba su ciudad, y la ciudad aún lo sigue amando a él: hay un monumento en su honor con una placa en latín en su modesta casa cercana al puente Rialto, en San Marcos número 4172, y desde su época hasta nuestros días siempre ha habido en Venecia Dandolos deseosos de declarar su parentesco con el dux.

Volvemos donde comenzó nuestro viaje, pero ahora reconocemos las secuelas del Imperio alrededor. Venecia, a diferencia de Londres, nunca ha menospreciado la memoria de su poderosa misión. Al menos en un sentido estético, la ciudad aún guarda en prenda la presencia oriental, como un lugar donde Oriente y Occidente se unen con la mayor naturalidad: donde la torre gótica conversa con la cúpula bizantina, el arco ojival se enfrenta al cimbrado, las trazas islámicas ornamentan estructuras cristianas, los basiliscos y camellos acechan las estatuas y la fragante sugerencia oriental se combina con la fría diligencia del norte. Augsburgo converge con Alejandría en estas calles desde hace mucho, y nadie se ajusta mejor a la puesta en escena veneciana que los jeques con túnica que se

ven hoy día dando de comer a las palomas de la plaza, conduciendo a sus veladas esposas por la Merceria o apuntando con sus cámaras japonesas a san Teodoro como el turista contorsionado de aquel cuadro antiguo.

Por todas partes se aprecian alardes imperiales —Venecia, tal y como señaló George Eliot, es «una criatura nacida con actitud imperial»—. El palacio ducal está lleno de ellos en sus estudios alegóricos de Venecia coronada por la fama, Venecia sentada sobre el mundo con su león, Venecia rodeada de virtudes recibiendo el cetro del dominio; o bien en representaciones más específicas, como las vívidas reconstrucciones del saqueo de Zadar o la toma de Kotor en 1378 por Vettore Pisani. Afuera, junto a la puerta del Papel, están los cuatro caballeros hechos en pórfido que vimos engrosar el botín de los venecianos en la página 61. Muy cerca se hallan las columnas ornamentales de la misma página y alrededor las losas de mármol como seda jaspeada, los cuadros de pórfido y las piezas misceláneas de tallado antiguo traídas de la Cruzada a modo de lastre.

La plaza, tal y como la vemos ahora, es puro imperio. Su forma y escala denotan una majestuosidad que hace palidecer cualquier ciudad-Estado: el mejor saloncito de Napoleón en Europa era, en realidad, un recibidor del Mediterráneo oriental. El campanil se alza en su tremenda desproporción por encima de nuestras cabezas; no tal y como lo conoció Dandolo, puesto que se desplomó en 1902, pero aún se distingue como una torre de faro y un campanario en cuya cúspide se asienta, sublime bajo su aureola, el ángel que saluda a los capitanes al pasar. A sus pies se halla la Loggetta donde Júpiter, de parte de Creta, y Venus, como personificación de Chipre, yacen al servicio de una Venecia disfrazada de Justicia; y muy cerca están los tres mástiles donde ondeaban, en las grandes ocasiones oficiales y según el estado del Imperio, las banderas de Chipre, Creta, Eubea o el Peloponeso. La gran plaza que la rodea está tan abarrotada, abigarrada y entretenida —y es tan extremadamente cara— como en los días de la dominación, cuando, según nos cuentan las crónicas, «la frecuentaban turcos, libios, partos y otros monstruos marinos».

Dominando el escenario, como siempre, está la basílica, que ya no

funciona como capilla privada del dux, ni siquiera como iglesia pública, pero sigue siendo la sede del patriarcado veneciano, el santuario de todo lo veneciano, un ecléctico y mágico revoltijo de tantos ritos, anomalías y matices que conforman la fe cristiana. La fachada parece hundirse por el peso de los adornos de oro, las estatuas, los fragmentos de arte antiguo, los elegantes toques de mármol y los añadidos arquitectónicos desde la época de Dandolo, por lo que su silueta, aún elegante y etérea, parece como si tratara de moverse, pero está sostenida por el puro peso de su magnificencia. Las achatadas cúpulas bizantinas del siglo xiii se han cubierto de otras más prominentes, lo cual brinda al conjunto un aspecto mucho más oriental, y encima de cada una hay un artilugio de dorada frivolidad que aporta un último toque de brillo y exuberancia.

En el interior de este edificio inimitable, a lo largo de los ocho siglos transcurridos desde que comenzó nuestro viaje, los venecianos han descargado muchos barcos de riquezas expoliadas. La colección es un nido de grajilla repleto de relicarios, cálices, ornamentos sagrados, huesos, dedos, rizos, viales con sangre de incontables santos, piezas de altar exquisitas de iglesias perdidas de Bizancio, vestiduras maravillosas y anillos episcopales de Grecia, el Egeo y más al este… Todo ello robado. Se supone que las paredes de la capilla Zen, antaño entrada principal al edificio, están revestidas del mármol y las lápidas verdes y moteadas de los emperadores bizantinos. El Pala d’Oro, retablo del altar mayor de oro con mil trescientas perlas, trescientos zafiros, trescientas esmeraldas y quince rubíes, está tachonado con los preciosos esmaltes que los cruzados se llevaron de Constantinopla, y la figura del emperador Juan II Comneno, su patrón original, en el centro, se metamorfoseó en la del dux Ordelafo Falier.

En su propia capilla del ala norte del altar mayor está la Nikopoia, el más sagrado tesoro del Imperio y al que ya nos hemos referido. Aunque hizo un gran servicio a los bizantinos por mucho tiempo, mejor y más largo fue su servicio a la República. Los venecianos adoptaron la imagen de la Virgen como su Señora de la Victoria, ante la cual celebraban las misas al inicio de las guerras para pedir el triunfo, así como las misas de agradecimiento posteriores al éxito. Los venecianos adornaron su sencillez inicial, disponiéndola en un

suntuoso marco, pero sus ojos brillantes, ahumados y consoladores asomaban desde los recovecos para bendecir a los almirantes antes de zarpar o felicitar a los leales condottieri.[17]

En 1979, un par de jóvenes matones de tierra adentro robó algunas joyas del marco de la Virgen tras esconderse en la basílica a la hora del cierre nocturno. Cuando se abrieron las puertas de la basílica a la mañana siguiente, los chicos salieron corriendo con las manos cargadas de trofeos, y al pasar frente al guarda le propinaron un buen porrazo en la cabeza a modo de despedida, cual jenízaros en Nicosia. Aunque las joyas se recuperaron enseguida, yo me encontraba ese día en la ciudad y me apresuré a asistir a la misa de arrepentimiento y súplica que el patriarca ofició de inmediato. Nunca la historia salió a la luz de una manera tan conmovedora. Una profunda sensación de tristeza invadía el templo, las monjas suspiraban y los curas se sonaban la nariz mientras lamentaban la profanación de esa imagen tan querida como robada.

Hay muchas piezas en esta ciudad que encajan mejor una vez que hemos viajado por las rutas imperiales. ¿Qué son esos mapas en relieve que se caen a pedazos de la fachada de Santa María Zobenigo y por qué están ahí? Son las fortalezas de Split, Corfú, Heraclión y Zadar, y están ahí porque varios miembros de la familia Barbaro, patrones de la iglesia, batallaron en todos esos lugares. ¿Quién es el héroe recostado y rodeado de soldados romanos que mira desde lo alto del muro de San Zanipolo? Es el dux y guerrero Pietro Mocenigo, antiguo capitán general de la marina, con cuyas galeras nos topamos en Chipre en la página 137 y cuyo epitafio es franco y sencillo: «Del botín de los enemigos». ¿Por qué la iglesia funeraria de San Miguel, en la isla cementerio, exhibe un aire tan familiar? Se cree que está basada en la obra maestra de Orsini: la catedral de Šibenik.

Los restos de Morosini el Peloponesiaco, que se trajeron a casa desde Nauplia, reposan, como era de esperar, bajo la mayor losa funeraria de Venecia en la iglesia de San Esteban, al doblar la esquina del Campo Morosini. Los restos de Pisani, vencedor de Chioggia, y de Venier, vencedor de Lepanto, yacen juntos en San Zanipolo, los primeros bajo una estatua de piedra del siglo xiv y los

segundos bajo una escultura en bronce del siglo xii. Los restos de Jacopo Pesaro, el obispo almirante, yacen en la capilla familiar de Santa Maria Gloriosa dei Frari. Pesaro lo hizo todo con mucho estilo, y muy cerca de él se halla el maravilloso altar que muestra a la familia Pesaro prostrada ante la Virgen y el niño, que encargó a Tiziano cuando sus días de guerra ya habían llegado a su fin. Si nos fijamos bien en la tumba de Bragadino, en la nave sur de San Zanipolo, veremos que está rodeada de símbolos de fortaleza y virtud, leones con y sin alas, querubines o escudos de armas, y en el bajorrelieve aparece representado el terrible final del general, su degradación ante el pachá Mustafá a las puertas de Famagusta y su desollamiento vivo junto a la iglesia de la plaza mayor de la ciudad. En el centro de la composición hay una pequeña urna de piedra donde yace, por fin en paz, el pobre y desfigurado pellejo del héroe, que regresó de Constantinopla gracias a un arriesgado sacrificio.

El mayor de los leones alados, el que debió de rugir más alto bajo la tormenta de Modona, monta guardia sobre la puerta del Arsenal, el mayor centro de poder de todo el Imperio. Lo rodean cuatro leones sin alas, todos trofeos imperiales. A la derecha, un poco alejado, está el que Morosini mencionó en su despacho desde Atenas de la página 189, ahora con una cabeza nueva. En el extremo izquierdo está el león que echaba un chorro de agua por la boca en el puerto y fuerte de El Pireo y que, de hecho, dio nombre al puerto del León de la ciudad: en el costado luce una inscripción rúnica tallada, según se cree, por miembros de la guardia varega que protegía a los emperadores bizantinos con tan formidable empeño en el capítulo segundo.

Detrás, el Arsenal sigue siendo un astillero en la actualidad. Desde sus inicios, se ha ampliado mucho a lo largo de los siglos, pero si nos situamos en el puente de madera, un poco apartados de las torres gemelas protectoras, podremos mirar hacia el interior y ver el mismo muelle del que, en los años del Imperio, zarpaban los barcos de guerra venecianos con admirable profusión. Navegaban hacia aguas abiertas bajo nuestros pies, deteniéndose apenas en las oficinas del malecón, donde, según se cuenta, hacían acopio de vituallas y armamento para enfrentarse a las contingencias de las rutas comerciales. Hoy los barcos aún se preparan para salir a la mar en estas instalaciones, y es muy probable que en algún

cobertizo de hierro se esconda el último descendiente del Bucintoro del dux, llamativo y grandioso como siempre, sometiéndose a los últimos retoques para la próxima ceremonia oficial.

Ahí está la iglesia de los Griegos, con su precaria torre inclinada sobre el Rio dei Greci, y su custodio, el Instituto Helénico. A este núcleo de helenismo fundado por cretenses y corfiotas y poseedor de una célebre colección pictórica de la escuela véneto-cretense acudían los escritores, filósofos y teólogos exiliados. Al doblar la esquina está la Scuola dei Schiavoni, el gremio caritativo de los eslavos, muy poderoso en Venecia, que proveía de muchos trabajadores al Arsenal, además de gran parte de los marinos, y encargó a uno de sus compatriotas la decoración del edificio: Vittore Carpaccio el Istrio, cuyas exquisitas fantasías de santos, ciudades, dragones y perritos hacen del lugar uno de los rincones más encantadores de Venecia.

No es posible ignorar la presencia del Imperio en las calles y los santuarios de Venecia. Los museos albergan banderas turcas capturadas y enormes maquetas en madera de las fortalezas coloniales, por todas partes se ven pinturas imperiales y se dice que hay cincuenta cuerpos de santos esparcidos por la ciudad, y miembros sueltos de otros tantos, la mayoría recibidos como botín imperial y algunos arrebatados a los turcos en el momento preciso —como la cabeza de Atanasio, defensor del credo de Nicea, al que vimos en Modona en la página 165, que ahora reposa en la ciudad imperial—. Los dux más recordados hoy día son los que, como Dandolo, Morosini o Venier en Lepanto, navegaron con sus flotas en busca de aventuras imperiales. Los mayores artistas venecianos no dejaron de representar escenas imperiales en sus obras, y no es de extrañar que Bajamonte Tiepolo, un villano cuyo intento de golpe de Estado en 1310 se frustró porque una anciana le lanzó un almirez de piedra desde la Merceria, ya hubiera tenido problemas con los colonos de Modona.

El nombre del palacio Querini-Stampalia, en el Gran Canal, es un recuerdo de que muchas familias de la aristocracia veneciana poseían intereses financieros en las colonias: los Querini eran señores feudales de Stampalia, en el Egeo. Asimismo, el nombre del palacio Vendramin-Calergi, ahora casino municipal, evoca el hecho

de que numerosos clanes de las colonias hicieron fortuna en la metrópolis —en este caso, los Calergi eran originarios de Creta—. El Museo de Historia Natural, entre el puente de Rialto y la estación de tren, fue hace tiempo el Fondaco dei Turchi, esto es, el almacén donde los mercaderes turcos tenían su cuartel general, construido en 1621, en la tregua entre la pérdida de Chipre y el ataque otomano a Creta.

Pocas mujeres figuran en los anales del Imperio veneciano —o en la historia de Venecia, por así decirlo—, pero es cierto que la ciudad nunca ha olvidado a su única heroína trágica, Caterina Cornaro. Su último palacio en Venecia, ahora Monte de Piedad, aún se conoce como palacio Cornaro della Regina —aunque sea para diferenciarlo de los otros quince palacios que perpetúan el nombre de la familia—. La excursión a Asolo, el feudo pastoral de Caterina en las colinas a las afueras de la ciudad, es una opción muy popular en los paquetes turísticos. Muchas guías destacan la figura de Caterina en el famoso cuadro de Bellini, El milagro de la cruz caída en el canal de San Lorenzo, actualmente expuesto en la Galería de la Academia: ahí aparece arrodillada, rechoncha, pía y firme en el borde del canal, con su fila de damas de honor. La recepción de Caterina como reina de Chipre está representada en un bajorrelieve de la iglesia de San Zanipolo, donde recibe las llaves de la ciudad sobre la tumba de su protector, Mocenigo. Sus restos se han trasladado unos metros en la misma calle: de la iglesia de los Apóstoles han pasado a la iglesia de San Salvador; pero ahí, en su lujosa capilla funeraria, el sacristán aún enrolla la alfombra con gesto reverencial para mostrar el lugar exacto donde yace la pobre reina envuelta en su áspero hábito pardo.

Y si es posible leer la sustancia del Imperio en los textos imperiales, también puede hacerse lo mismo en los rostros de la gente. Venecia nunca es tan auténtica como durante la temporada alta veraniega, cuando se puebla de rentables visitantes que ocupan hasta la última buhardilla. Lo mismo sucedía cuando la Dominante aún dominaba. Las hordas de turistas actuales corresponden a los antiguos peregrinos, mercaderes itinerantes, marinos y suplicantes. El Hotel Danieli, la Pensione Accademia, el hostal juvenil de Giudecca son meros sucesores de las posadas que, en tiempos de Enrico Dandolo, ocupaban toda la cara sur de la plaza. El Florian y el Quadri, los cafés cuyas orquestas de cuerda compiten con tanto vigor sobre los

adoquines, siguen la tradición de las tiendas que, en 1580, introdujeron el café entre los primeros clientes europeos. La Bienal de arte moderno o el Festival Internacional de Cine son descendientes naturales de la antigua feria comercial de Pentecostés, donde los comerciales del este y el oeste se reunían para intercambiar productos, exhibir sus muestras y entregarse al espionaje industrial.

Sigue habiendo judíos en el gueto veneciano, más prósperos ahora de lo que fueron en muchísimas generaciones, y sus sinagogas se han restaurado con mucho esmero. Aún hay griegos rezando en la iglesia de San Giorgio. Los armenios, muchos de los cuales siguieron la bandera veneciana paso a paso ante el avance turco, tienen sus propios monasterio, iglesia y escuela —la Escuela Católica Armenia, que acoge a estudiantes de Estambul, Damasco y Teherán, es la más importante de su categoría— en una isla. Y los eslavos, que tanto trabajaron para que el Imperio saliera adelante, se distinguen por todos los rincones de la ciudad.

En 1797, cuando la República estaba a punto de exhalar su último suspiro, el dux recibió un resuelto mensaje procedente de Dalmacia: «¡Póngase la corona y venga a Zara!». Un poco más tarde, los refuerzos eslavos de Dalmacia llegaron a Venecia en el último minuto para ofrecer una última oportunidad de resistencia a Napoleón. Al dux Ludovico Manin le aterraba la posibilidad de emplearlos, y sintió pánico al ver la hoguera que los leales colonos encendieron ante su ventana a modo de saludo. Para entonces, Venecia era medio eslava, y hoy apenas puede considerarse una ciudad italiana en su vertiente más tradicional y popular. Esos ojos azules y corteses, esos hombros corpulentos de los gabarreros y los vendedores del mercado, vienen de las costas dálmatas que, durante tantos años, fueron el mayor terreno de reclutamiento de la República; y hasta por las venas del gondolero, heraldo mayor de la ciudad, corre la sangre salada de Perast o Hvar.

Hay otra fuerza que, más que notarse, se percibe; un gesto sutil y evasivo, un giro de cortesía, un irónico encogimiento de hombros que recuerda que, pese a que enarbolaron la bandera del Evangelista y representaron con orgullo la civilización cristiana contra los turcos, los imperialistas venecianos nunca volvieron del

todo la espalda, ni en trato ni en simpatía, al islam.

sus hijas recibieron la dote [escribió Byron]

del botín de las naciones, y el inagotable Oriente

derramó en su regazo lluvias de gemas centelleantes…[18]

Llegamos al final con el botín más maravilloso y conmovedor de todos —puesto que la Nikopoia, como sabemos, no logró preservar el Imperio veneciano, como tampoco pudo salvar el Imperio bizantino, además de decepcionarme en toda regla cuando me encomendé a ella para el referéndum de Gales en 1979 sobre la devolución de poderes autónomos—, más majestuoso que el león de El Pireo —cuya mirada, de hecho, parece bastante lúgubre y rastrera, como la de un sabueso—, más cegador que el brillante Pala d'Oro, más enternecedor que los pequeños emperadores exhibidos mano a mano en la piazzetta. Los cuatro caballos dorados de Constantinopla, sementales de san Marcos, eran la quintaesencia del botín, el estandarte del amor propio nacional.

Ningún registro histórico da cuenta de un trofeo imperial comparable a esa cuadriga, por mucho que ahora esté marcada por las vicisitudes del tiempo y la guerra, haya perdido gran parte del antiguo brillo y se montara mal en la galería de la fachada de la basílica, en dos parejas en lugar de una simple cuadriga. Aun así, durante ochocientos años ha sido el símbolo supremo de Venecia, poderoso pero siempre magnánimo. Si el león alado defendía la autoridad veneciana, los caballos dorados representaban la generosidad y constancia de la Serenísima. Cuando en 1379 el almirante genovés Pietro Doria arribó con su flota a las mismas puertas de la laguna, declaró con aire fanfarrón que no se marcharía hasta haber «embridado los caballos de san Marcos»: al cabo del año que duró el asedio, Doria estaba muerto y todos sus barcos y hombres se habían rendido de la forma más humillante.

Aunque no se sabe quién hizo esos caballos, los venecianos se

apropiaron de ellos y los consideraron parte de la sensibilidad de la ciudad como ninguna otra imagen. Tintoretto incluyó a uno como caballo de guerra de un centurión romano en su monumental Crucifixión. Carpaccio montó a san Martín en otro. Canaletto los sacó de la galería, por un famoso capricho, y los recolocó sobre unos pedestales en la piazzetta. Numerosos poetas, desde Petrarca a Goethe, los han celebrado con sus versos: John Ruskin los veía «ardiendo en la amplitud de su fuerza dorada»,[19] y Max Beerbohm dijo que le hacían sentir ordinario.

Durante el largo declive veneciano, la cuadriga permaneció a buen resguardo, pues Venecia nunca sufrió una invasión ni una revolución triunfante. Solo con la caída de la República en 1797 se trasladaron a París después de seis siglos. Permanecieron unos años entre las Tullerías y el Louvre, salieron en procesión escoltados por camellos y fieras salvajes en jaulas con ruedas y se montaron en el Arco del Carrusel como el más maravilloso trofeo de batalla napoleónico —aunque Napoleón, cosa rara, rechazó la sugerencia de agregar una estatua de sí mismo a la cuadriga, conduciendo un carro—.

Después de Waterloo volvieron a Venecia, pero nunca recuperaron del todo su orgullo, porque Venecia había perdido su independencia para siempre. Los caballos por fin se habían embridado. Durante unos cuantos meses de 1848, cuando el patriota veneciano de origen judío Daniele Manin lideró una heroica pero malograda rebelión contra Viena, recobraron su significado simbólico, y cuando por fin Venecia pasó a formar parte del Reino de Italia después de la unificación, se quedaron en la galería como amigos muy queridos, pero ya no como emblema del desafío. Se trasladaron por seguridad durante las dos guerras mundiales, y en 1977 los administradores de San Marcos decidieron que debían permanecer a cubierto, lejos de los humos y la sal. Para consternación de millones de admiradores de la cuadriga triunfal, bajaron por decreto de sus pedestales, se restauraron y ahora y para siempre lucen como piezas de museo en las salas traseras de la galería.

Ahí siguen, por fin lejos del sol. Entrando en su último lugar de reposo podemos ver sus formas, orgullosas como siempre, recortadas contra la penumbra, con los cascos levantados en un

eterno gesto de saludo, camaradería o compasión. Siguen con las cabezas giradas para mirarse entre ellos, pero el soplo de vida de antaño ha desaparecido, así como el poder y la voluntad han abandonado Venecia. Los venecianos decían que cuando los caballos dorados se movieran, el Imperio caería —el Imperio bizantino en 1204, el veneciano en 1797, el napoleónico en 1815, el del káiser en 1918, el de Hitler en 1945—. Ese último traslado a la sala, sin embargo, no es más que un gesto obituario, una larga despedida, un reconocimiento de que la gloria de Venecia desapareció y solo quedan las formas.

Cuatro réplicas los suceden, hechas de bronce en Milán. Son copias muy exactas, de proporciones perfectas, con la misma escala y una pátina aplicada con medios artificiales; pero son objetos inertes. Carecen de golpes, arañazos, indicios, y de la inmensa experiencia de los caballos dorados de San Marcos. Nunca vieron al viejo Dandolo asaltando las orillas del Cuerno de Oro, ni recibieron a las majestuosas galeras, llameantes con sus banderas y sus ganancias, cuando volvían a casa tras surcar los mares del Imperio.

Cronología

En tiempos de la Cuarta Cruzada, aunque los venecianos ya eran una potencia comercial en el Mediterráneo oriental, sus territorios de ultramar se limitaban a unos pocos puertos diseminados por la costa dálmata. La Cruzada les brindó una línea de fortalezas, islas y puertos en el Egeo y alrededor que los convirtió en una potencia imperial.

1202: La Cuarta Cruzada parte de Venecia

1202: La Cuarta Cruzada somete Zadar

1204: Captura de Constantinopla

1204-1210: Venecia adquiere Creta, Eubea, Corone y Modona. Los ciudadanos venecianos se instalan en las islas Cícladas

1234: Construcción de la iglesia de San Zanipolo

1297: Establecimiento de la autoridad patricia

A finales del siglo xiii, la República veneciana tiene establecida su independencia, ha instaurado un sistema de gobierno aristocrático y empieza a construir la ciudad de Venecia tal y como la conocemos.

1310: Conspiración de Tiepolo contra la República

1330: Construcción de la iglesia de Santa Maria Gloriosa dei Frari

1340: Construcción del palacio ducal

1355: El dux Marino Faliero es decapitado por traición

Durante el siglo xiv, Venecia se vio envuelta en una viciada contienda con su mayor rival comercial, Génova, en un contexto de

inestabilidad política en su territorio. Acabó con el triunfo veneciano y la derrota de los genoveses en Chioggia, a las puertas de Venecia, que supuso la consolidación de la oligarquía patricia en la capital.

Tras la derrota de Génova, los venecianos se quedan con territorios interiores adyacentes y, a mediados del siglo xv, han establecido un imperio terrestre que llega casi hasta Milán y que da a los venecianos una mayor libertad de movimiento. Durante el siglo xiv y hasta bien entrado el siglo xv, Venecia continuó la expansión imperial.

1380: Los genoveses se rinden en Chioggia

1386: Venecia adquiere Corfú

1388: Venecia adquiere Nauplia

1403-1405: Venecia adquiere Bassano, Belluno, Padua y Verona

1420: Queda asegurado el control veneciano de Dalmacia

circa 1429: Nace Gentile Bellini

circa 1430: Nace Giovanni Bellini

El auge del poder turco era ya amenazador, y a la caída de Constantinopla en manos musulmanas pronto siguió la primera pérdida de territorio veneciano en Eubea. Aunque ese fue el verdadero punto de inflexión de la historia imperial, los venecianos continuaron adquiriendo posesiones de forma pragmática hasta finales del siglo xv.

1453: Los turcos toman Constantinopla

1454: Venecia adquiere Treviso, Friuli, Bérgamo y Rávena

1464: Venecia adquiere Monemvasía

circa 1460: Nace Carpaccio

1470: Los turcos toman Eubea

circa 1471: Nace Giorgione

1482: Venecia adquiere Zante

1489: Venecia adquiere Chipre

1500: Los turcos toman Corone y Modona. Venecia adquiere Cefalonia

1508: Se forma la Liga de Cambrai contra Venecia

1518: Nace Tintoretto

circa 1528: Nace Veronese

Los últimos tres siglos del Imperio fueron un período de retirada. Pese al papel que desempeñaron los venecianos en la victoria cristiana frente a los turcos en Lepanto, y pese al breve resurgimiento de sus energías imperiales en Grecia y luego contra los corsarios musulmanes en el norte de África, Venecia se vio sobrepasada por las superpotencias de Oriente y Occidente. Con la pérdida de sus colonias orientales una a una a manos de los turcos, cuando se produjo su caída era poco más que el puerto adriático que había sido en sus inicios.

Pese a algunos períodos artísticos muy fructíferos, el poder y la virilidad central de Venecia no dejó de declinar durante esta última etapa del Imperio. Aunque su constitución permaneció intacta, su fuerza se vio mermada por los cambios en su entorno y la carga de sus compromisos. En el siglo xviii se sumió en un período dominado por el carnaval y los excesos hasta que Napoleón Bonaparte se declaró el Atila del Estado veneciano y abolió la República con gran desdén.

1540: Los turcos toman Monemvasía y Nauplia

1566: Los turcos toman Naxos y las Cícladas

1571: Los turcos toman Chipre. Batalla de Lepanto

1630: Empieza la construcción de la iglesia de Santa María de la Salud

1650: Los turcos asedian Heraclión

1669: Los turcos toman Creta

1684-1687: Venecia arrebata el Peloponeso a los turcos

1696: Nace Tiepolo

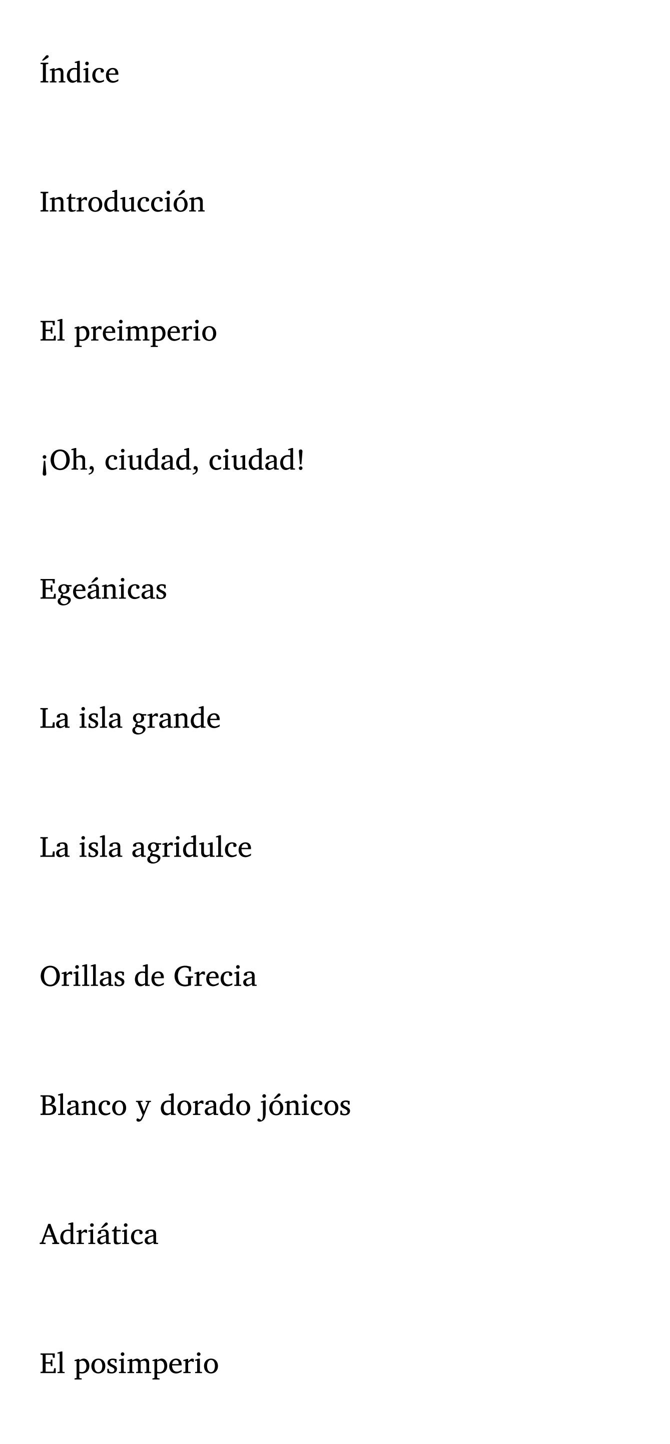
1697: Nace Canaletto

1715: Los turcos toman Tenos

1716: Venecia se rinde en el Peloponeso frente a los turcos

1785: Los venecianos bombardean Túnez

1797: Caída de la República veneciana y fin del Imperio



Índice

Introducción

El preimperio

¡Oh, ciudad, ciudad!

Egeánicas

La isla grande

La isla agridulce

Orillas de Grecia

Blanco y dorado jónicos

Adriática

El posimperio

Cronología

Notas al pie

Notas al pie

1 Nombre con que se conocía al Imperio otomano, cuyo origen reside en la antigua práctica de los gobernantes orientales de anunciar sus decisiones y edictos en la puerta de palacio. (Todas las notas son de la traductora.)

2 En 2020, el presidente turco Recep Tayyip Erdogan decidió convertirla de nuevo en mezquita.

3 Del poema Las peregrinaciones de Childe Harold.

4 Poema anónimo cretense.

5 Compañía comercial británica fundada en 1592 que ostentaba el monopolio del comercio de Reino Unido en el Mediterráneo oriental, sobre todo en el Imperio otomano.

6 Versos del poema «The Old Ships».

7 Extracto de Las bacantes.

8 Nombre del legendario país imaginado por Anthony Hope en El prisionero de Zenda.

9 La batalla de Accio (Grecia) tuvo lugar en el año 31 a. C. entre la flota de César Octavio, primer emperador romano, y la de Marco Antonio y Cleopatra, y se saldó con la absoluta victoria del primero.

10 La batalla de Midway tuvo lugar en el atolón homónimo del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, en 1942, entre la flota japonesa y la estadounidense; acabó con la derrota japonesa y constituyó un punto de inflexión en el desarrollo de la guerra.

11 El sitio de Mafeking (Sudáfrica) acabó con la mayor victoria británica en la segunda guerra de los bóeres el 17 de mayo de 1900, cuando la resistencia de la ciudad ante el asedio de los afrikáneres, encabezada por Robert Baden-Powell, fue liberada por las fuerzas inglesas.

12 Vino fuerte típico de Grecia.

13 Giovanni Battista Piranesi (1720-1778) fue un arquitecto, arqueólogo y grabador italiano célebre por sus grabados de edificios reales e imaginarios y sus originales diseños.

14 Personaje de El mercader de Venecia, de Shakespeare, y retrato despiadado del usurero judío.

15 Hoy día las costas de Eslovenia, Croacia, Bosnia y Herzegovina y Montenegro.

16 Actualmente croata.

17 Mercenarios al servicio de la República.

18 Del poema Las peregrinaciones de Childe Harold.

19 John Ruskin, Las piedras de Venecia y otros ensayos sobre arte.

Índice de contenido

Inicio